ACANTILADO



Karl Schlögel

Ucrania, encrucijada de culturas

Historia de ocho ciudades

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

ACANTILADO

Karl Schlögel

Ucrania, encrucijada de culturas

Historia de ocho ciudades

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



KARL SCHLÖGEL

UCRANIA, ENCRUCIJADA DE CULTURAS

HISTORIA DE OCHO CIUDADES

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



ACANTILADO
BARCELONA 2023

CONTENIDO

POR VUESTRA Y NUESTRA LIBERTAD
PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

La niebla se ha disipado. Treinta años después de 1989 no hemos entrado en un largo período de paz, sino en un nuevo período de preguerras. La guerra que comenzó en la primavera de 2014 con la ocupación de Crimea por parte de Rusia ha llegado abierta y definitivamente a Europa. Un ejército de ciento cincuenta mil hombres proveniente de los cuatro puntos cardinales cruzó la frontera de Ucrania el 24 de febrero con la esperanza de someter y ocupar el país en una acción relámpago. Pero la toma de Kiev fracasó, el gobierno se mantuvo en pie y el pueblo ucraniano ofreció heroica resistencia. Los agresores rusos emplearon entonces toda su fuerza en conquistar completamente la región del Dombás para crear un paso terrestre hacia la península de Crimea y en destruir los medios de subsistencia de los territorios libres de Ucrania. Con ello se desató una guerra cuyo objetivo declarado es aniquilar el Estado ucraniano, someter al país y destruir su cultura. Había ocurrido lo que hasta entonces nadie se había atrevido a imaginar: misiles y bombas cayeron sobre las grandes ciudades, con ataques premeditados destinados a destruir barrios residenciales, infraestructuras e instalaciones de suministro de agua y electricidad, oleoductos, líneas ferroviarias y comunicaciones. Algunas centrales nucleares quedaron en los frentes de guerra. Una parte del pueblo ucraniano, millones de personas, mujeres, niños y ancianos, cruzaron las fronteras de los países vecinos en busca de refugio, en un éxodo como no se había visto desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Ciudades de millones de habitantes sufrieron el aislamiento y la hambruna, los habitantes tuvieron que guarecerse durante meses en sótanos y túneles del metro; ciudades y pueblos fueron saqueados, marcados por las huellas de un horror espantoso. Las acusaciones de la maquinaria de propaganda de Putin—en Ucrania se estaba produciendo un genocidio contra los rusos residentes en el país, el gobierno estaba formado por nazis adictos a las drogas, Ucrania debía ser desnazificada y desmilitarizada—eran tan absurdas como la monstruosa devastación causada por los invasores rusos, que sólo podrá repararse en muchas décadas. La Rusia de Putin se ha

hecho culpable de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, y llegará el día en que tendrá que rendir cuentas y pagar el precio por ello.

Ha sido necesaria una guerra abierta y genocida para que se prestara atención a un país que había permanecido fuera de los focos de interés de Europa a pesar de la ocupación de Crimea, un hecho del que aún no nos separan ni diez años, y de los permanentes combates en la zona del Dombás. Contábamos y contamos con imágenes de ese campo de batalla llamado «Ucrania»: civiles asesinados al borde de las carreteras, imágenes de drones y satélites en las que podemos identificar a simple vista barrios residenciales y fábricas arrasados, fosas comunes. Es la hora de los corresponsales de guerra, que nos muestran en detalle los asedios, los bloqueos y avances de las líneas del frente, y nos mencionan las cifras de muertos y supervivientes. Nunca antes el mundo estuvo tan directamente conectado con lo que ocurría en las zonas de conflicto. El país que en tiempos de paz podíamos ir descubriendo poco a poco, ahora, en tiempos de guerra, lo percibimos en medio del *staccato* de las noticias de última hora. Es el ritmo que dictan las sirenas de las alarmas antiaéreas, las imágenes de un estado de excepción, del final de la normalidad en un país europeo normal. Las instantáneas de una catástrofe civilizatoria. La sociedad que una vez se reunió en Maidán se halla ahora en las trincheras, la vida cotidiana de los civiles ha sido sustituida por el día a día del estado de guerra. La imagen de un revolucionario *levée en masse* es más convincente que cualquier manual de historia.

Ucrania, encrucijada de culturas, publicado en 2015, presenta una suerte de exploración del país que, a raíz del ataque de Rusia en Crimea y en el Dombás, había acaparado de pronto la atención y alentado el examen de la historia de Ucrania y, sobre todo, de Rusia. Mi análisis de Ucrania no era un relato históriconacional, pues existen magníficos trabajos de los que me serví para documentar este libro. Más bien ofrecí un recorrido, una exploración de la geografía cultural, un paseo de un lugar a otro. Ese modo de proceder no sólo se debió al principio metodológico al que me atengo desde hace años de explorar y narrar la historia de ciertos lugares partiendo del lema de «en el espacio leemos el tiempo». Además me pareció el método más apropiado para experimentar y describir el carácter polifacético y heterogéneo de esa «Europa en miniatura» que es Ucrania. Las ciudades ucranianas constituyen el mosaico del que se compone Ucrania y al que debe su riqueza específica, no sólo la fractura y heterogeneidad que a menudo se considera un signo de su debilidad

y su vulnerabilidad. Esas exploraciones resumidas en el libro reflejan el estado del país antes de la guerra, cuando experimentaba un proceso de redescubrimiento y reinvención, y estaba liberando nuevas fuerzas a pesar de todas sus contradicciones y de la complicada herencia rusa. Esa Ucrania excarcelada, que hacía frente a su independencia y su libertad, ha sido alcanzada de nuevo por la guerra, pero las reivindicaciones de Rusia no restan legitimidad al proyecto de la nueva nación. Por el contrario, hacen más patente lo que se juega Ucrania si es anexionada por la fuerza de nuevo al imperio—sea ruso, soviético o postsoviético—: su existencia como nación soberana y libre. La destrucción y la devastación ocasionadas por la guerra que ha declarado Rusia muestran de un modo contundente lo que Europa perdería y la amenaza que supondría si Ucrania fuese sometida.

A las ocho ciudades mencionadas en el subtítulo de la edición de 2015 se le han añadido otros capítulos que no nos proporciona ningún libro de texto, sino sólo la cruda realidad. Los misiles lanzados contra Odesa o Járkov apuntan a ciudades europeas, nos apuntan a nosotros, y de nosotros depende tomar una decisión. Ya no podemos permanecer impasibles, aferrándonos a la ilusión de que el asunto no tiene nada que ver con nosotros. Cuanto más dura y larga sea la lucha contra la agresión rusa, más tendremos que prepararnos para asumir privaciones y sacrificios de cualquier tipo. Ya no podemos eludir la decisión que se ha tomado en Kiev: someternos u oponer resistencia.

La guerra nos afecta hace tiempo, ha penetrado hasta en los ámbitos más íntimos de nuestras vidas: en las discusiones familiares o en el círculo de amigos, en la evaluación de los pros y los contras de los compromisos que adquiramos con el país amenazado, en la ayuda que brindemos a los que han huido del país, en las reflexiones sobre lo que habrá que hacer cuando acabe la guerra. Tal vez Europa, que hasta hace poco parecía haber perdido la fe en sí misma, encuentre en la salvación de Ucrania y en la reconstrucción del país nuevas fuerzas para fortalecer su unión.

Junio de 2022

LA UCRANIA EUROPEA
UNA INTRODUCCIÓN

No sabemos cuál será el desenlace de la pugna por Ucrania. No sabemos si el país conseguirá consolidarse frente a las agresiones por parte de Rusia o acabará claudicando, ni si los europeos, Occidente en general, la defenderán o la abandonarán a su suerte. Ni siquiera sabemos si la Unión Europea se mantendrá unida o se fragmentará. Sólo hay una cosa cierta: Ucrania ya no desaparecerá de nuestros mapas mentales. No hace mucho tiempo, esa nación y ese pueblo apenas existían en la conciencia colectiva. En Alemania, especialmente, estábamos acostumbrados a suponer que Ucrania era, de algún modo, «parte de Rusia», del Imperio ruso o de la Unión Soviética, una región en la que se hablaba una lengua que era una suerte de dialecto de la rusa. Con la llamada «Revolución de la Dignidad» en la plaza de la Independencia (Maidán),[1] y también con su resistencia a los intentos de Rusia por desestabilizar el país, los ucranianos han demostrado que esa visión ha quedado superada desde hace mucho por la cruda realidad. Es hora, por lo tanto, de echar una nueva ojeada al mapa para cerciorarnos otra vez.

O al menos eso es lo que me parece. Escribir un libro sobre Ucrania no estaba previsto en mis planes vitales. Pero hay situaciones en las que no es posible hacer otra cosa, en las que uno se ve obligado a echar por tierra todos los planes e involucrarse. El golpe de mano de Putin en Crimea y la guerra que desde entonces se extiende por todo el este de Ucrania no me han dejado otra opción. Y no porque me sienta especialmente competente para hacerlo, al contrario: me he visto obligado a reconocer que uno puede pasar la vida ocupándose del este de Europa, de Rusia y de la Unión Soviética sin necesidad de tener conocimientos más precisos sobre Ucrania, y no soy el único en esta disciplina que se ha visto obligado a admitirlo. Más perdido aún estaba el público general: en los constantes debates de los medios de comunicación, el tema central casi exclusivo ha sido la Rusia de Putin, pero no considerada como sujeto y actor político, sino como la víctima que reacciona a las acciones emprendidas por Occidente. Se ha hablado poco con los propios ucranianos, se

ha hablado, más bien, de ellos y de su país. Se deducía fácilmente que muchos de los que participaban en el debate no conocían el país del que hablaban, ni siquiera habían considerado necesario visitarlo. Mientras que a cualquiera se le ocurría decir algo sobre el «alma rusa», a otros muchos—especialmente a los alemanes, que ocuparon y devastaron Ucrania en dos ocasiones a lo largo del siglo XX—no se les ocurría nada mejor que repetir los clichés sobre los ucranianos como eternos nacionalistas y antisemitas. Uno sentía una especie de impotencia ante esa ignorancia pertinaz y frente a la presunción de considerarse más progresistas. Mientras que cada semana uno puede escoger en la televisión entre decenas de películas rusas—preferiblemente viajes a través de algún río o documentales históricos—, la televisión (pública), un año después de que Ucrania se convirtiera en el escenario de una guerra, aún no había conseguido poner rostro a aquel país, un rostro que no fuera las imágenes de Maidán: ni un solo documental sobre Odesa, sobre la región del Dombás o sobre la historia de los cosacos, ningún recorrido por ciudades como Lviv (antigua Leópolis) o por Chernivtsí (Czernowitz), lugares con los que en Alemania—gracias a escritores del pasado y del presente—debería tener más familiaridad. Resumiendo: Ucrania siguió siendo un espacio en blanco en el horizonte, una *terra incognita* que a lo sumo nos proporcionaba un motivo de inquietud.

Este libro es un intento—el mío—de dar una idea de Ucrania. No es una historia al uso de ese país como las ya contadas y presentadas por otros historiadores en obras excelentes (las más importantes de las cuales se mencionan en la bibliografía). Tampoco intenta describir o comentar los acontecimientos que tienen lugar ahora mismo: esa labor ya la realizan—a veces con heroísmo—muchos periodistas y reporteros. Mi método para darme una idea reside en explorar las topografías históricas. El modo en que suelo presentarme a mí mismo la historia y la singularidad de un país o de una cultura pasa por recorrer los lugares y explorar los espacios. He descrito ese método en mi libro *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica* (2003). Es posible «leer las ciudades», descifrarlas como texturas y palimpsestos, sacar a la luz sus estratos en una suerte de arqueología urbana que invita a hablar al pasado. Las ciudades son documentos de primer orden que pueden leerse y sondearse. A diferencia de lo que sucede en una perspectiva macrocósmica-global o en una microcósmica, las ciudades

se revelan como puntos de máxima condensación de los espacios y la experiencia históricos.

El centro de este volumen lo ocupan retratos de varias ciudades ucranianas que son el resultado de esa suerte de arqueología urbana. La mirada a ese nivel intermedio tiene ventajas incalculables precisamente en el contexto de una historia de Ucrania como nación definida no étnica, sino políticamente, un país cuyo territorio ha quedado marcado por la historia y la cultura de distintos imperios. Es precisamente lo fragmentario, lo particular y regional lo que define ese elemento tan específico de la formación nacional y estatal ucraniana. La lista de retratos urbanos aquí reunidos no está completa. ¡Cuánto me hubiera gustado dar cabida también, en este libro, a ciudades como Vínnytsia (Vínnitsa) o Cherníhiv (Chernígov), o también al mundo de la aldea ucraniana, tan terriblemente afectado por el Holodomor! Cuán importante habría sido visitar el raión de Uman o Drogóbich para descifrar allí las huellas visibles del *shtetl* exterminado durante la Shoah, lugares que fueron, en otro tiempo, el centro del judaísmo en el este europeo. También habría sido necesario cruzar la corona del dique de Dneproges, esa represa que es todo un icono de la modernización soviética. Sin embargo, a pesar de todas esas limitaciones, creo que los textos aquí presentados pueden abrir los ojos del lector ante la extraordinaria complejidad y riqueza de Ucrania. El estudio de este país limítrofe de Europa, de esta «Europa en miniatura», no ha hecho sino comenzar.

Los retratos de ciudades como Lviv (Leópolis o Lemberg) y Chernivtsí (Czernowitz) los escribí a finales de la década de 1980; los de Odesa y Yalta son del año 2000. Ya se han publicado en otros contextos, de modo que han quedado superados por los acontecimientos históricos; no obstante, preservan una perspectiva (y un cambio de perspectiva) que los hace en extremo reveladores: ciudades como Lviv y Chernivtsí formaron parte de nuestro horizonte en una época en la que la llamada Mitteleuropa, esa Europa situada más allá de Oriente y Occidente, había tomado la palabra. Ucrania estaba entonces en el horizonte de Europa. «El centro se encuentra hacia el este», había expresado yo mismo en la década de 1980, aun antes de la caída del Muro de Berlín. Ahora, observando ciudades como Járkov, Dnipropetrovsk o Donetsk, comprobamos que la expansión de nuestra mirada hacia el este tendrá que proseguir en esa dirección. También de las descripciones de Crimea y Odesa puede extraerse un aspecto muy importante: la impronta imperial del

espacio postsoviético, ese que en otra época perteneció a Ucrania, una impronta que nadie podrá suprimir por decreto de un día para otro, sino que seguirá ejerciendo su influjo aún por mucho tiempo.

Ucrania ha decidido recorrer su propia senda, así como defender la forma de vida que ha escogido ofreciendo resistencia a las agresiones de Rusia. El Maidán fue un levantamiento no sólo bajo la enseña de Ucrania, la bandera de color azul y amarillo, sino del estandarte azul de Europa, con sus estrellas doradas.

Para finalizar, un comentario de tipo técnico-editorial: los textos que abordan problemas ruso-ucranianos se enfrentan no sólo al dilema habitual que surge a la hora de trasladar al alemán los nombres de lugares y personas—la decisión de hacer una transcripción algo más amable con el lector o de recurrir a la transliteración científica—, sino también a la cuestión del idioma que se debe emplear para designar algo en un país tan marcadamente bilingüe: el ruso o el ucraniano. Era preciso adoptar aquí una vía intermedia entre los hábitos de lectura más comunes—para los que el ruso es la lengua dominante—y la leve ucranización que está teniendo lugar, sin necesidad de forzar esta última opción a modo de *affirmative action*. Hallar esa vía intermedia sin violentar a unos ni a otros no es labor sencilla. En lo que atañe a los comentarios adicionales, se ha prescindido en los textos ensayísticos de las notas a pie de página y de las indicaciones bibliográficas. No obstante, el lector podrá encontrar la bibliografía empleada y citada en el apéndice dedicado a cada capítulo por separado.

K. S.
Viena, junio de 2015

ESCRIBIR EN LA «SITUATION ROOM». SOLEDAD

En tiempos de normalidad puede uno escoger las condiciones en las que escribe. Uno mismo determina el ritmo de trabajo, repasa el listado de la bibliografía que debe consultar, va armando un capítulo tras otro. Todo tiene su momento, es calculable y factible. Hay, en cambio, instantes y situaciones en los que es preciso echarlo todo por tierra y readaptarse, resituarse, ya que se quiere estar a la altura de los tiempos y recuperar el equilibrio. El ritmo con el que se planifica queda determinado entonces por los acontecimientos que llegan del exterior. Es preciso reaccionar a los mismos, ofrecer una respuesta, y no porque pretenda uno participar, hacerse oír o «alzar la voz», sino porque se siente afectado, y eso, de repente, lo abarca todo, también aquello en lo que uno ha trabajado toda una vida, y porque, en cierto modo, uno se siente herido. No queda más remedio entonces que rebelarse, ya que no podría hablarse de contraatacar. Una situación así se presentó a raíz de la masacre cometida contra los manifestantes de Kiev en la plaza de la Independencia, la Maidán Nezalézhnosti—a la que llamaremos, sencillamente, «Maidán», es decir, 'plaza'—, y también a raíz de la desvergonzada mentira de Vladímir Putin cuando afirmó que no estaba teniendo lugar una anexión de Crimea, a pesar de que veíamos con nuestros propios ojos que era eso, precisamente, lo que estaba ocurriendo.

Situation room ['sala de crisis']: la expresión empezó a aparecer con suma frecuencia en algún momento del pasado 2014; al parecer se trataba de un formato conocido desarrollado por la CNN: «*You're in the situation room, where news and information are arriving all the time. Standing by: CNN reporters across the United States and around the world to bring you the day's top stories. Happening Now* [...] *I'm Wolf Blitzer, and You're in the situation room*». El origen de dicho formato se remonta a la *situation room* creada por el presidente Kennedy en la Casa Blanca: un centro de control donde toda la información recibida se recopila y se sintetiza en tiempo real para obtener una imagen de conjunto.

Cuando el mundo está tan próximo que nos impide hacer lo que nos habíamos propuesto, no todo cambia de repente, pero sí casi todo. Ya no es posible mantenerse ajeno a las noticias, más bien empieza uno a sentir una apremiante dependencia de ellas. Alguien como yo, que no ha claudicado en su reticencia a internet y se niega a estar disponible a todas horas, ha de familiarizarse en el tiempo más breve posible con las técnicas de la red si quiere estar al tanto de lo que ocurre. Y ya no por adicción a las imágenes o por matar el tiempo, sino porque de la siguiente noticia, del siguiente acontecimiento depende todo: que la espiral de violencia se haya detenido o continúe. Con cada segundo transcurrido, las catástrofes ya no son sólo concebibles, sino una realidad pura y dura. Uno se ve arrastrado a un torbellino de informaciones que, hoy en día, son infinitamente asequibles, infinitamente numerosas y variadas, que se contradicen o desmienten las unas a las otras. A dichas noticias les siguen los análisis que resumen los hechos, los comentarios, las distintas opiniones, y todo en un lapso mínimo, si bien nada de ello sirve como punto de partida en el que apoyarse o al que aferrarse, ya que los propios acontecimientos lo derogan y le toman la delantera. No obstante, y aunque uno se encuentre a miles de kilómetros de distancia, está allí, porque son miles los ojos emplazados en miles de puntos del espacio en el que transcurren los hechos: ahí está la ventana del edificio que hace esquina en el raión de Leninsky, en Donetsk, desde la cual se tiene una vista panorámica del cruce de una calle donde se desenvuelve la vida cotidiana de la ciudad ocupada; por allí pasan los vehículos blindados, pero también se construye un carril para ciclistas, mientras que, al fondo, se oyen los impactos de las granadas. Ahí están las imágenes tomadas en los sótanos ahora convertidos en refugios antiaéreos, y las conferencias de prensa de los *warlords* que han tomado posesión de los despachos de los oligarcas. El director provisional de la Ópera de Donetsk concede entrevistas sobre el repertorio actual, y un sociólogo forzado a abandonar su universidad ofrece un último diagnóstico sobre las fracturas sociales en la ciudad: autopsia sociológica desde un territorio en guerra. Todo eso llega a mi gabinete de trabajo a través de los canales más disímiles: las cadenas de la televisión rusa, ucraniana u otras; los periódicos que es posible leer en la red: *Donetsk Times*, *The Kharkiv Times*, *Kyiv Post* o el moscovita *Novaia Gazeta*. Uno puede seguir simultáneamente, en varios programas de debate, las reflexiones sobre los acontecimientos: el moderado por Savik Shuster en Kiev, en ruso y ucraniano; los de la cadena Dozhd en Moscú, un

canal de televisión por cable que—asombrosamente—todavía funciona; las entrevistas en Echo Moskvy y los infinitos debates de las emisoras alemanas, que siguen casi todas el mismo ritual—en Alemania, un país que, por algún motivo, sigue sin darse cuenta de lo que está ocurriendo realmente en Ucrania—. Imágenes, cartas, comentarios, desmentidos: todo confluye en este gabinete de trabajo en el que, en circunstancias normales, se trabaja en libros que abordan la historia de esos espacios de donde ahora nos llegan las noticias. Uno sabe entonces que jamás podrá mantener el paso, que ya no podrá aportar de inmediato—quizá por mucho tiempo—nada que contrarreste la fuerza gravitatoria de la costumbre, la ignorancia, los prejuicios que se retroalimentan y se propagan por todas partes. Se experimenta una sensación de impotencia infinita. En la *situation room* a la que llegan las noticias y las imágenes de Ucrania—y, sobre todo, de las zonas de combate—, resulta difícil mantener la cabeza fría y controlar los nervios.

«Desestabilización» no es un concepto abstracto. La desestabilización que practica Rusia va dirigida contra «el poder» y «la soberanía de un Estado». Pero, en realidad, la desestabilización busca minar todo aquello que permanece intacto en el bando contrario agredido, su sociedad o, más exactamente, sus gentes. La desestabilización de una nación o de una sociedad significa, en última instancia, acabar con las personas. Poner de rodillas a un Estado significa poner también de rodillas a sus ciudadanos. Forzar la capitulación de un gobierno significa obligar a someterse a quienes lo han elegido y, a su vez, obligarlos a aceptar el sometimiento. El control sobre la escalada de un conflicto no es algo que se imponga contra una instancia abstracta como el Estado, el Ejército o un gobierno concreto, sino que constituye una imposición *ad hominem*. A alguien se le dictan ciertas reglas, a alguien se le impone una voluntad, a alguien se le da un ultimátum y debe responder de un modo u otro. Eludir un conflicto que a uno le imponen desde fuera es posible, por supuesto: puede recurrirse a la indiferencia, la apatía, al cinismo o a una actitud derrotista, magnitudes y posturas que han sido cruciales en el actual conflicto en torno a Ucrania. En el pasado fueron a veces decisivas: promovieron guerras, las desataron, pero en ningún caso las evitaron.

En la *situation room* no cabe relajarse. Las noticias de última hora llegan las veinticuatro horas del día. Aquí rige otro tiempo. Los acontecimientos exigen comentarios o intervenciones para los que uno apenas se siente preparado. Como historiador de oficio, uno se ocupa más bien de la *longue durée*, de una

secuencia de hechos concluidos. La competencia propia atañe a asuntos del pasado y de la historia, pero no sabe moverse a la velocidad de los tiempos. Quien está a la altura de los tiempos es el hombre de acción, el que comanda los tanques y da la orden de avance, el que genera la siguiente noticia de última hora. Esa figura no se detiene en explicaciones, éstas llegan *post festum*. El único que puede estar a la altura de un hombre de acción es quien se enfrenta a él; pero a éstos—con excepción de los ucranianos obligados a combatir—no se los ve por ninguna parte. Los nuevos medios posibilitan que nos mantengamos al corriente y recibamos un suministro de imágenes en tiempo real, de modo que podamos seguir casi sin fisuras los desplazamientos de los frentes, la toma de lugares, la voladura de puentes y líneas del ferrocarril. Google Maps y los sistemas de información por satélite lo hacen posible: reconocemos en las imágenes la avenida principal de Donetsk, el estadio de fútbol, el parque de la cultura, el aeropuerto (entretanto reducido a cenizas). Hacemos un zoom para aproximarnos a un paisaje estepario a través del cual discurre la autovía europea número 40 y ver los campos sobre los que se estrelló el avión de pasajeros de Malasia. Sobre el escritorio, en mi gabinete de trabajo—donde normalmente yacen los mapas en los que localizo los escenarios históricos—, hay ahora mapas sobre los que se puede navegar por los actuales territorios en guerra: Górlivka, Yenákievo, Torez, Debáltsevo, Artémivsk (actual Bajmut) y otros. Podemos seguir el curso de las acciones de guerra, marcar el desplazamiento de los frentes. Leemos en los blogs los mensajes y cartas enviados desde allí sobre lo que está pasando en los sótanos, en las cárceles. De ese modo, uno se convierte en mero testigo ocular o auditivo, el invitado que observa detrás de una valla una lucha que otros deciden y pagan con su vida.

En la *situation room* uno se encuentra solo. A partir de la avalancha de imágenes y noticias uno se ve forzado a hacerse una idea propia, y cada cual lo hace a su manera. El mundo de las certezas se desmorona. La capacidad de juicio se ve tan exigida que uno llega a desear no tener que quedar expuesto jamás a semejante prueba. Las granadas que hacen trizas los paisajes urbanos también destruyen las descripciones de éstos. El presente te impide ocuparte del pasado como corresponde: desde la distancia. ¿Cómo es posible, en tiempos de guerra, detenerse en la colina de Kiev sobre la que se alza el monasterio de las Cuevas y dejar vagar la mirada sobre el Dniéper sin caer en el *kitsch*? Describir una ciudad en época de bombardeos es absurdo. Es el turno del reportero de guerra o, mejor aún, del fotoperiodista desde zonas en conflicto.

Detalles normalmente insoslayables suenan ahora a cháchara ociosa, están fuera de lugar, son impertinentes. No estamos acostumbrados a ser testigos oculares de situaciones peligrosas. Jamás aprendimos el oficio de describir una batalla. Nosotros, observadores y comentaristas a distancia, nos hemos vuelto superfluos. Durante mucho tiempo las opiniones nos han dividido en bandos estables que respetaban mutuamente los preciados clichés del otro, pero tal equilibrio se está desintegrando, y cada cual ha de tomar posición ante la nueva situación. Y ese nuevo posicionamiento implica nada menos que cada uno deba tomar nuevas decisiones. Es un proceso individual, molecular. No es la sociedad la que se reposiciona al verse confrontada con una nueva situación, la elección recae en cada individuo. La estructuración de un mecanismo de defensa contra una guerra atizada desde el exterior va precedida de un largo y tormentoso período de desestabilización, fragmentación y atomización. La desestabilización es una forma de tránsito hacia otra Europa. ¿La soportaremos, la sufriremos? Quizá todo haya sido superado por los hechos en el momento en que este libro vea la luz. Serán, entonces, apuntes de ayer.

ADIÓS AL IMPERIO, ¿ADIÓS A RUSIA? UN INTENTO DE EXPLICACIÓN

La anexión de Crimea fue para mí como el proverbial rayo que, de pronto, nos cae del cielo. ¿No era algo que podía haber sabido o sospechado? ¿Cómo pude ignorar o desestimar indicios tan inequívocos? ¿Qué mecanismo de autoprotección se puso en juego en este caso, ante una realidad que se percibía como amenaza? A lo largo de los años, de muchas décadas incluso, he visitado la Unión Soviética y Rusia, pero ni una sola vez oí decir que Crimea fuera una «herida sangrante y abierta» que hacía sufrir a los rusos. ¿Fue un acto consciente no querer darme cuenta, una forma de cerrar los ojos ante algo que no deseaba ver? Es posible. Sin embargo, durante años he hablado con mis conocidos más cercanos acerca de todo lo que nos mueve o nos conmueve. No recuerdo una sola conversación en Moscú en la que Crimea saliera a relucir como *topos* del sufrimiento. Como *topos* literario quizá sí: en las librerías de anticuario uno encontraba las guías Baedeker de tiempos prerrevolucionarios o soviéticos sobre la «Riviera Roja». Poseo una pequeña colección de esas guías. Pero ¿como elemento de discordia o de disputa en una conversación? Sólo recuerdo un caso. Debo confesar que al principio yo era un admirador de Yuri Luzhkov, el alcalde de Moscú, cuya capacidad de acción me impresionaba y en quien veía un retorno de los grandes patriarcas de la capital anterior a 1917, como Pável Tetriakov, el mecenas y benefactor. Me impresionaba la transformación de Moscú en una *global city* del siglo XXI. Por eso tomé nota de la visita de Luzhkov a Sebastopol, de sus discursos en Crimea y de la colecta de donativos, pero no me tomé esa visita con la seriedad necesaria hasta que un amigo, el sociólogo Lev Gudkov, me llamó la atención sobre lo que a sus ojos era el peligroso patriotismo del alcalde de Moscú, tan provocador y desafiante para Ucrania. Ello me permitió ver el reverso de toda la historia de éxitos de Luzhkov. Fuera de eso, no percibí ni un solo vestigio de inquietud o de apasionamiento favorable ante los destinos de Crimea. Los rusos que podían viajar—y eran muchos los que uno podía ver en el aeropuerto moscovita—no lo hacían precisamente a Crimea, sino a París, Florencia, las islas Canarias,

Grecia, la Riviera turca de Antalya o Sharm el-Sheij. En mis propias visitas a Crimea me llamaban la atención cosas muy distintas: la pésima infraestructura cuando uno llegaba a Simferópol, los palacios hoteleros de la era soviética que, lejos de funcionar a plena capacidad, permanecían vacíos; el tono hosco—otra herencia de los tiempos soviéticos—con el que se despachaba a los huéspedes en la recepción; los baratos fuegos artificiales en el paseo de Yalta y la blanca ciudad de piedra de Sebastopol, que yacía allí en medio de una luz esplendente, tal como la captó magistralmente Aleksandr Deineka en sus cuadros de la década de 1930. También recuerdo las chozas pegadas a las laderas de la montaña y que, según me decían, eran las nuevas urbanizaciones de los tártaros de Crimea, que en los últimos años habían regresado en gran número, acompañados de sus familias, desde Asia Central, adonde Stalin los hizo deportar en mayo de 1944. Crimea era, por lo tanto, un lugar pletórico de magia, pero en decadencia, apartado de la Historia con mayúsculas, no un foco de conflictos internos o de complots internacionales. Fue Putin el que catapultó de nuevo a Crimea al mapa internacional, a un horizonte donde se apela a los mitos, pero donde se habla sobre todo de guerra y paz.

UNA NEGATIVA A PUTIN

La anexión, pero sobre todo la mentira descarada con la que Putin la negó, hicieron que me resultara imposible aceptar la Medalla Pushkin que el presidente de la Federación Rusa otorga, desde principios de la década de 1990, a quien destaque por sus méritos en la divulgación de la cultura de ese país en el extranjero. Escribí al embajador de la Federación Rusa en Berlín—al que aprecio—para decirle que, a raíz de lo sucedido, no podía aceptar la distinción que me había sido anunciada en noviembre de 2013 y con la que se rendía honor a mi trabajo. ¿Era un acto de retirada con el cual transigía ante las presiones de una opinión pública indignada por el golpe de mano de Putin? ¿Era deslealtad, incluso una «traición a Rusia»? ¿No habría sido necesario, en ese instante de enorme decepción con la política del mandatario ruso, «mantener la lealtad» al país? No eran simples preguntas retóricas, como muy pronto se pudo comprobar: en una interminable serie de debates televisivos en los que se discutía en torno a la política rusa, salió a relucir una y otra vez la larga historia de las relaciones ruso-alemanas, lo que Gerd Koenen ha llamado

el «complejo ruso» de los alemanes. Esas relaciones han sido presentadas y analizadas en numerosos y brillantes estudios; piénsese tan sólo en la temprana —pero todavía hoy válida—monografía de Walter Laqueur en la década de 1960 o en los trabajos de la serie «Reflejos del este y el oeste» surgidos del llamado «Proyecto de Wuppertal» iniciados por Lev Kópelev cuando emigró a la República Federal de Alemania, así como en las numerosas investigaciones que se han dedicado a la guerra germano-soviética o al régimen de ocupación nacionalsocialista. También yo había contribuido con algunos trabajos que fueron publicados incluso en lengua rusa, como, por ejemplo, el libro sobre el «Berlín ruso. La estación del este de Europa».

¿POR QUÉ RUSIA?

Sin embargo, la política de Rusia en relación con Ucrania—el inicio de una guerra contra ese «pueblo hermano» *par excellence*—puso en cuestión, de forma radical, todo lo alcanzado hasta entonces en las relaciones ruso-alemanas. Dado que Rusia, para mí—y seguramente para la mayoría de los que se han ocupado del país—, no era solamente un objeto de estudio e investigación, sino que estaba íntimamente ligado a mi vida personal, la llamada crisis de Ucrania se convirtió en una especie de hora de la verdad, un momento de examen y autoexamen. Ello no se manifiesta en un repaso general a los estudios realizados sobre el desarrollo de las relaciones culturales, diplomáticas o económicas, sino que apunta a un ámbito interior e íntimo, el de un compromiso en el que está en juego algo más que una «postura» que es necesario «revisar» o seguir «desarrollando». Se trata de algo en lo que uno ha puesto «su alma entera», a lo que se ha dedicado «de corazón», una dedicación que no podía quedar sin consecuencias y que uno casi se siente tentado a llamar un hechizo, algo en lo que uno se ha visto «implicado». Resumiendo: se trata de una Rusia que es parte de la historia vital, se trata de dar una respuesta a la pregunta sobre lo que ocurre cuando los acontecimientos en Ucrania ponen en entredicho esa parte de la labor vital y de la historia personal. Por importante y fructífero que pueda ser pasar revista otra vez a toda la serie de encuentros afortunados y de dramáticos conflictos entre Rusia y Alemania en los siglos pasados, tales panoramas—casi siempre cronológicos—tienen algo de encubridores en su intención de dar objetividad a lo tratado. En ellos salen a

relucir los temas centrales, los *leitmotivs* literarios, los autores y actores, pero no brindan información alguna sobre las fuerzas reales que dieron el impulso o consolidaron los vínculos que hacen efectivas esas relaciones hasta hoy. Con ellos, lo que uno ofrece, en lugar de conclusiones definitivas, son falsas aclaraciones. Uno podría lidiar con ello a nivel privado si no fuera porque todo cobra una gran significación social. Porque se trata, nada menos, de aclarar el modo en que uno mismo y «los alemanes» han de comportarse en relación con la política rusa hacia Ucrania. Para medir la fuerza gravitatoria del «complejo ruso» es preciso reconocerla, y más que trazar un abstracto bosquejo de una historia abstracta de las ideas, conviene empezar por uno mismo. Porque esa fuerza surge tanto de las experiencias como de las ideas, tanto de las impresiones como de las lecturas.

Para alguien que creció en la década de 1950 en un pequeño pueblo de Algovia, que por entonces era probablemente el rincón más remoto de un país todavía apartado del mundo, Rusia quedaba demasiado lejos. Pero sólo a primera vista, porque en las tumbas del cementerio y en la placa de la capilla erigida para conmemorar a los muertos en la guerra se encontraban los nombres de los soldados caídos que pertenecían a familias conocidas de nuestra familia. Y allí aparecía, de un modo más bien vago e impreciso—como si no hubiera en ese territorio fechas ni lugares concretos, sino un espacio enorme—: «Caído en Rusia, invierno de 1942». Rusia era la guerra y la prisión tras la guerra. Y ésos eran temas de conversación que nos llegaban a nosotros, los niños, sobre todo cuando nuestro padre, una vez al año, se reunía con otros camaradas del frente que, como él, habían conseguido salir ilesos. Rusia, o más exactamente Stalingrado, Siberia, se convertían entonces en lo que más tarde podría llamarse literalmente un *lieu de mémoire*, un espacio imaginado que se forma a partir de lo que uno podía encontrar en la no demasiado bien surtida biblioteca del internado de los benedictinos: *Tan lejos como los pies te lleven*, de Josef Martin Bauer, un escritor que también había sido alumno de mi instituto de bachillerato, o *Die Armee hinter Stacheldraht* [‘El ejército tras el alambre de espino’], de Edwin Erich Dwinger, un autor al que más tarde pude identificar como figura monumental de la novela comercial alemana y autor también del libro *Sibirien als deutscher Seelenlandschaft* [‘Siberia: paisaje del alma alemana’]. En casa hablábamos poco de Rusia. Mi padre había «hecho» la guerra desde el primero de septiembre de 1939—es decir, desde la «campaña en Polonia»—hasta el final, en la primavera de 1945. Había sido, como él mismo decía,

soldado raso y chofer, y había permanecido casi todo el tiempo en el frente oriental. De esa época eran las fotos en blanco y negro de borde dentado que se guardaban en una caja de latón, fotos iguales a las que habrían traído a la patria centenares de miles, quizá incluso millones de «soldados rasos»: fotos de puentes dinamitados, columnas de humo sobre ciudades cuyos nombres se indicaban a veces en el reverso y que más tarde yo reconocería en mis visitas, paisajes fluviales—el San, el Dniéper—, plazas centrales, escenas en las que se sacrificaba un cerdo o un ganso, la unidad entera bañándose en un río, imágenes de una pista de aterrizaje que conducía a un espacio de vastedad infinita. De allí venían también los nombres de ciudades y puntos de intersección de tránsito que uno había cazado al vuelo cuando era niño y se habían asentado en la memoria, configurando un *mental map* que se ha conservado hasta hoy: Lviv, Lublin, Orsha, Kremenchuk, Kramatorsk, Stálino. Más tarde, tras la muerte de mi padre, pude reconstruir en su cartilla militar la ruta que lo condujo desde Algovia hasta el frente oriental, al ancho mundo. Averigüé entonces que yo había recorrido las mismas rutas sin tener conocimiento de su andadura.

El primer contacto visual con los «rusos» lo tuve en la autovía interzonal, viajando de Baviera a Berlín Occidental. Hacia finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, era impensable la socialización política de un colegial de Alemania Occidental sin esos viajes obligatorios de formación fomentados por el Ministerio del Interior. Ésa constituyó una gran diferencia entre quienes crecieron en la Alemania Oriental y quienes lo hicimos en la Occidental. «En el Este» existía una suerte de cohabitación con los rusos, allí estaban sus cuarteles y eventos deportivos, sus mansiones para oficiales y tiendas especiales, los trenes que llevaban el cartel «Wünsdorf-Saratov» en alfabeto cirílico. Por cerrado que fuese el mundo de las «Fuerzas Armadas soviéticas», ellos formaban parte del hábitat en la RDA, del mismo modo que los *GI's*, los *jeeps* y los *malls* del *US-Army* formaban parte de la vida diaria en la parte occidental. En fin, que con los primeros «rusos» me tropecé en el aparcamiento de un área de servicio cerca de Leipzig, pero pronto volvería a verlos en las librerías Drushba de Berlín Oriental, en Praga, en Sofía, en cualquier sitio del bloque oriental adonde me llevaron mis viajes desde mediados de la década de 1960. Lo ruso atraía: la presentación de la obra *Der Drache* ['El dragón'] de Yevgueni Shvarts en el Deutsches Theater, en una puesta en escena de Benno Besson rodeada por la aureola del inconformismo; la lectura de Yevgueni Yevtushenko en Múnich

con sus poemas «Babi Yar» y «A los herederos de Stalin», publicados luego en lugar destacado en *Die Zeit*, y que se convertirían en algo así como la señal más visible (y audible) del proceso de desestalinización. Había en aquella lectura algo que encarnaba lo que nos había fascinado toda la vida: el poeta declamando en el escenario… Algo similar pude experimentar otra vez más tarde, viendo a Joseph Brodsky en Berlín, o a un físico que recitó poemas de Yesenin en las colinas que descienden hacia la playa de Sochi: el significado de la palabra, la recitación de memoria de poemas enteros, algo pasado de moda en nuestra educación escolar. En ello residió tal vez el inicio de la fascinación por ese fenómeno llamado *inteliguentsia*, ese pequeño grupo marginal que, moralmente, se creía con derecho a serlo, que luchaba y se arriesgaba a sacrificarlo todo con tal de intervenir en el curso de la historia.

Como suele suceder en la vida, en la que nada está predeterminado, fue necesaria la sucesión de varias casualidades para que yo alcanzara esa senda rusa: un instituto de bachillerato en Baviera en el que, curiosamente—a pesar de ser un colegio dirigido por padres benedictinos—, se enseñaba la lengua rusa y ensayaban las primeras canciones en ruso, guiados por un maestro que, en realidad, era un polaco oriundo de Białystok que, tras la guerra, se había quedado en la zona controlada por los estadounidenses en su condición de *displaced person*; también los profesores (los sacerdotes) eran abiertos, individuos a los que se les notaban las heridas de la guerra—un disparo en la mejilla, una pierna rota—, pero sobre todo su infinita gratitud por haber salvado la vida, en no poca medida gracias a la generosidad inesperada—después de todo lo sucedido en «Rusia»—de gente sencilla. Hablaban con el singular vocabulario ruso de los prisioneros de guerra. De ese entorno formaba parte también, quizá, el espíritu abierto de la época del Concilio Vaticano II, en cuya preparación había colaborado, desde una posición privilegiada, nuestro abate, que tuvo una participación destacada en el diálogo ecuménico y las relaciones con los patriarcas de Constantinopla y Moscú; también desempeñaba su papel la proximidad de Múnich, que, a diferencia de la cerrada y amenazada Berlín Occidental, era en mis tiempos de colegial el hogar de una considerable comunidad rusa en la diáspora. Más tarde nos enteramos de que Fiódor Stepun, el filósofo, sociólogo y literato expulsado de la Rusia soviética en 1922—quien, además, había impartido clases en Dresde antes de la guerra y después de 1945 pasó a ser la encarnación viva del «espíritu ruso» en la Universidad de Múnich—, había pasado sus vacaciones de verano en nuestra

escuela, y era aquel extranjero al que pudimos ver de lejos y al que identificábamos como el hombre del pelo blanco y chapela.

En ese entorno, no es tan extraño que yo le escribiera una carta a Jruschov—¿o fue a Radio Moscú?—ni que pocos meses después obtuviera respuesta: dos gruesos paquetes de libros envueltos en un papel de embalaje duro y basto que hoy forman parte de la *material culture* de una época desaparecida. En los últimos años del bachillerato tuvo lugar el primer viaje al otro lado del Telón de Acero, a Praga, que se convirtió entonces en la *porta orientis*: la exteriormente intacta metrópoli de Europa Central—algo casi inconcebible para quien sólo conocía ciudades destruidas por las bombas—, escenario del entonces incipiente mito de Franz Kafka y de un movimiento político que afloraría y desaparecería pocos años después con el nombre de «Primavera de Praga».

Los primeros encuentros en persona con «Rusia»—aunque en realidad se trataba de la Unión Soviética—tuvieron lugar un año antes de graduarme de bachiller y tras haberme matriculado en la Universidad Libre de Berlín. La historia del viaje realizado antes de acabar el instituto quedó plasmada en un primer texto bastante largo que se publicó bajo el pseudónimo de Paul Tjomny (pseudónimo creado en parte por coquetería y en parte también por una especie de timidez que existía aún durante la Guerra Fría) y que llevaba por título *Russisches Tagebuch* [‘Diario ruso’]. Al releer hoy esas páginas me llama la atención lo bien planificado que estuvo ese viaje: asistimos a seminarios sobre «materialismo histórico»—inspirados por el experto más destacado de esos años, el profesor jesuita Gustav O. Wetter—, sobre la colectivización de la agricultura soviética y la economía planificada, pero también sobre la literatura rusa y el período del deshielo. El viaje en sí, organizado por nuestro grupo de clase y apoyado financieramente por empresas de nuestro entorno—como la de alimentos para bebés Hipp—, nos llevó a través de Viena, Budapest, Úzhgorod, Mukáchevo, Lviv, Kiev, Járkov y Kursk hasta Moscú, y terminó—como cabía esperarse de un internado católico—con una visita a Zagorsk, lugar de peregrinaje y centro de la Iglesia ortodoxa rusa, ciudad que hoy ha abandonado otra vez el nombre del revolucionario ruso y vuelve a llamarse Sérguiev Posad. Dos años después, a ese primer viaje le siguió un segundo que emprendí en un R4 desde Berlín Occidental, pasando por Estocolmo, Helsinki, Viborg, Leningrado, Moscú, Kursk, Rostov (a orillas del Don), Grozni, Ordzonikidze (hoy Pokrov), Tiglis o Ereván, hasta la frontera

soviético-iraní, para, de allí, pasar por Sochi, Kiev, Eslovaquia y Praga (un año después de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia) y volver a Berlín.

Lo que quedó de esos viajes—que más tarde se repitieron una y otra vez a todo lo largo y ancho del mapa de la Unión Soviética—precisa ser expuesto aquí sólo en la medida en que sirve para que yo mismo entienda una experiencia que hoy, décadas después, parece quedar en entredicho y, en cierto modo, hasta revocada. En retrospectiva, parece como si la fuerza motriz de mi interés por Rusia naciese de un deseo de reconciliación germano-rusa. Era una restricción al aspecto político que con frecuencia va unida a la pretensión de tener que cumplir una misión moral, la «superación de la imagen del enemigo». Decidir interesarse por lo ruso en la Alemania Occidental de las décadas de 1950 y 1960 era no pocas veces la expresión de querer ver otras cosas y hacer algo muy distinto. ¿Por qué, cuando todos querían viajar a Francia o Inglaterra, no iba a querer uno partir en la dirección opuesta, no hacia el oeste, sino hacia el este, hacia la Unión Soviética? No sólo tenía algo que ver con la «fascinación por lo exótico», sino también con el deseo de diferenciación, el deseo de hacer o de ser algo fuera de lo común. Y cuanta más resistencia—por parte de la casa paterna, por ejemplo, o de la escuela—, tanto mejor. Interesarse por la Unión Soviética o por Rusia era, si no directamente una declaración de guerra, al menos sí el cauteloso anuncio de una diferencia, de una disensión. Tenía, por lo tanto—y eso no debería pasarse por alto—, algo que ver con un incremento de la autoestima y la conciencia de la propia valía, con querer ser y hacer algo especial.

FASCINACIÓN

Quien se interesaba por esa región del planeta no hacía sacrificio alguno (a diferencia de aquellos comunistas que, perseguidos en la República Federal de Alemania, fueron a parar incluso a prisión por su lealtad a la «patria del proletariado»); más bien era recompensado en abundancia: el descubrimiento de un mundo que había desaparecido tras el Telón de Acero, la *otra* historia de Europa, la que habíamos perdido tras la división del mundo. Viajar a los países del Bloque Oriental (especialmente a la Unión Soviética) era hacerlo a un espacio de experiencias e historia a la espera de ser descubiertas. Uno podría hablar ahora de la fascinación de «lo ajeno», de la «invención del Otro», pero se

trataba ante todo de la percepción y la apropiación de una historia que se había vuelto—al menos para los habitantes de Alemania Occidental—cada vez más y más ajena. No puedo afirmar que la Unión Soviética, como sistema político, haya tenido jamás ningún atractivo para mí. Era una dimensión muy distinta la que me cautivaba, y quizá no sólo a mí. ¿Cómo hacer un bosquejo de todo sin recurrir al relato autobiográfico?

Viajar a la Unión Soviética, a Rusia, era tanto como adentrarse en un horizonte temporal distinto, decir adiós—al menos por un tiempo—a una época determinada por la premura y el estrés. Allí el tiempo se detenía, dejaba de tener valor, uno podía reponerse; allí no eran válidas las normas dictadas por el lema *time is money*. De esa experiencia distinta del tiempo formaban parte los largos viajes en tren de varios días, las conversaciones nocturnas en una cocina en las que el tiempo no importaba. Un viaje a un tiempo pasado, perdido. ¿El tiempo, acaso, de la infancia? El hecho de que ese tiempo detenido también pudiera experimentarse y padecerse como un tiempo plomizo—pasar toda la vida en infinitas colas de espera—sería tema para otro ensayo.

De esa experiencia de los viajes por la Unión Soviética formaba parte la vastedad del espacio, un espacio en el que no había límites, al menos después de cruzar la gran frontera que rodeaba, manteniéndola cerrada, una «sexta parte de la Tierra». Salir de las estrechas circunstancias de Europa Occidental y, sobre todo, de Europa central era algo así como la experiencia de un mundo enorme y vasto, como la vivencia del continente americano, que para mí—simultáneamente—no dejó menos impronta que la vivencia de Rusia. Mirar hacia atrás desde el «espacio ruso», mirar a Europa, a su estrechez y su provincianismo, no dejaba de tener su atractivo. Huir del provincianismo de la Alemania (dividida): algunos preferían el trayecto Estambul-Teherán-Goa, otros se iban a Estados Unidos y seguían la Ruta 66, mientras que a otros (aunque en menor número) les atraía el espacio ruso, la infinitud del imperio en el que los trenes entre Moscú y Taskent, entre Leningrado y Odesa transitaban por un territorio en el que uno sencillamente podía perderse, desaparecer, volverse ilocalizable. Y ese imperio eran los grandes ríos que uno cruzaba en el Transiberiano, la Gran Ruta Militar georgiana a través del Cáucaso, las fundiciones de acero que parecían ciclópeas esculturas abandonadas en la estepa. Uno podía moverse por todas partes si se lo proponía y estaba dispuesto a aceptar ciertas incomodidades; aprendía con rapidez que existía una vida oficial en la que un papel, un sello, una antesala o

un permiso eran cruciales, y otra vida en la que todo eso podía ignorarse. Sí, existía algo así como una magia del imperio producida por la homogeneidad, o también podría decirse por la homogeneidad de un *soviet way of life* que no era en Minsk muy diferente que en Novosibirsk o Vladivostok, bajo el cual se extendía un estrato mucho más antiguo, formado por edificios de estilo clasicista, palacios de gobernadores, mansiones de comerciantes, estaciones ferroviarias, arquitecturas que, partiendo del vasto y heterogéneo espacio, habían creado el espacio «único e indivisible» del imperio, a pesar de todas las revoluciones, guerras, rupturas, impulsos modernizadores y desastres provocados por la tecnología.

El modo en que la vastedad de Rusia cautivó a «los alemanes» puede verse con bastante exactitud en la infinidad de documentales sobre el país y su gente, filmes bastante informativos, aunque a menudo redundantes, que desde hace años se muestran en los programas de la televisión alemana, sobre todo en la época de Navidad, cuando los alemanes suelen viajar a Mallorca o tienden al ensimismamiento.

No sé si existe algo parecido al «hombre ruso», pero sí sé con certeza que el libro de Klaus Mehnert *El hombre soviético*, publicado en alemán a finales de la década de 1950, me causó una impresión enorme. En aquel libro se notaba que el autor—nacido en Moscú, había estudiado en Alemania antes de mudarse a la Unión Soviética a principios de la década de 1930, lleno de entusiasmo juvenil—había entendido algo de aquel «país y su gente». Lo cierto es que también en mis primeros viajes conocí a personas que encajaban al cien por cien con el juicio positivo existente sobre los rusos. Aún se veía en las calles y en las estaciones de tren a los mutilados de guerra, hombres amputados hasta el torso, sentados sobre tableros, que avanzaban apoyando en el suelo sus manos envueltas en sacos; en algunos campings uno se tropezaba con veteranos que vestían sus camisas de rayas azules y blancas, capaces de dar acogida al joven alemán recién llegado de Occidente como si nada hubiera sucedido: como si no hubiera habido una guerra, ni muertos, ni tierra calcinada. Esa cordialidad y generosidad, que, como bien sé, no sólo me dedicaban a mí, tenía algo de obvio y privado, no era ninguna exhibición de superioridad moral, como si quisieran callar y olvidar ante los hijos del enemigo. Se ha hablado largo y tendido de la cordialidad y la hospitalidad de los «rusos», algo que yo siempre atribuyo a la herencia de ese espíritu de comunidad que crea la aldea, tan semejante al comportamiento de personas que viven en condiciones de penuria

y han de permanecer unidas si quieren salir adelante. Sucede, pues, que casi todos los que viajaron «allí» se sintieron siempre bienvenidos, bien acogidos, y para muchos de los que veían un motivo de malestar en el estrés, la indiferencia y la «frialdad» de Occidente, Rusia se convirtió en una especie de segunda patria, una patria que parece haberse disuelto en las duras condiciones del mundo postsoviético.

HUBO OTRA RUSIA

Cuando rastreo los singulares vínculos que fui creando con Rusia a lo largo de muchos años, ese apego que hace tan difícil para muchos de nosotros ver la Rusia de Putin tal como es, me doy cuenta de que hay muchos otros aspectos que entran en juego. Siendo estudiante en Berlín Occidental, uno tenía el Muro delante de las narices, las caras enfurruñadas de los guardias fronterizos en el paso de la Friedrichstrasse, los tanques del Pacto de Varsovia en Praga en 1968. El comunismo soviético no era interesante para quienes hablaban con entusiasmo de la Revolución Cultural en China sin saber en realidad nada sobre ella. Para un radical de izquierdas, la historia rusa del siglo XX ofrecía, en cambio, una invaluable reserva de posibilidades de identificación: figuras fascinantes, gestos heroicos y un número infinito de tragedias, de destinos colectivos o individuales que podían atribuirse en su totalidad a una «revolución traicionada». Pero a pesar de todas las imitaciones y disfraces, algunos rayanos en lo ridículo, la fascinación seguía extendiéndose, o por lo menos la idea de que en este «siglo ruso» había tenido lugar algo grandioso y terrible, de proporciones casi bíblicas. Existía una especie de núcleo incandescente que no se había apagado y que fue legado como enigma aún sin solucionar a los que nacimos después. No importaba el nombre que se le quisiera dar: Revolución rusa, Edad de Plata, el Ejército de Caballería del general Budionni, el perfil de intelectual de Trotski, los Ballets Rusos de Serguéi Diághilev en París, las vanguardias soviéticas, el constructivismo, El Lisitski, la estética cinematográfica de Serguéi Eisenstein, en todo había algo merecidamente inolvidable y vigente o que—como en la RDA—uno había recibido de forma mutilada o instrumentalizada, pero que era preciso sacar de nuevo a la luz. Y lo más importante: en la propia Unión Soviética, tras los estragos provocados por el estalinismo, algo empezaba a moverse de nuevo:

disidentes, luchadores por los derechos civiles, prensa clandestina, escritores que eran la «conciencia de la nación», el renacer de la intelectualidad y del mito de la *inteliguentsia*. Por poco interesante que fuese para la izquierda occidental la Unión Soviética de Brézhnev y sus sucesores, todos fallecidos en rápida secuencia, tanto más fascinantes eran las figuras que emergían de la clandestinidad y se enfrentaban al poder. Con ellas uno podía identificarse, solidarizarse, depositar nuevas esperanzas en la continuidad de la historia. Los encuentros con los disidentes—a mediados de la década de 1970 en los nuevos lugares de la diáspora como París, Londres, Copenhague o Múnich—y más tarde con la escena artística moscovita o leningradense a principios de la década de 1980 supusieron algo así como una nueva conexión con la heroica historia del movimiento radical y revolucionario ruso y su infinidad de víctimas. En ese contexto surgieron mis estudios acerca de la oposición obrera en la Unión Soviética, sobre San Petersburgo como laboratorio de la modernidad, sobre los discursos de la intelectualidad rusa, sobre el Berlín ruso de los años veinte y el Gran Terror en Moscú en el año 1937.

Sería muy extraño calificar esos trabajos como una labor de «reconciliación» o de «entendimiento», como una misión o un sacrificio que fuera necesario llevar a cabo. Era mucho menos, pero al mismo tiempo mucho, muchísimo más: era el descubrimiento de un continente que uno iba explorando más para sí mismo, un continente repleto de inauditos destinos humanos, de los cuales nosotros, crecidos en un mundo ordenado de paz y bienestar, apenas podíamos hacernos una idea. Y era ese descubrimiento de un mundo distinto, de una historia diferente, lo que nos conmovía y lo que intentábamos transmitir a nuestros compatriotas. Toda esa cháchara tan de moda hoy, a veces tan molesta, acerca de la «necesidad de profundizar» y de «mantener el diálogo» sólo puede venir de personas que jamás participaron de las aventuras de estos encuentros o que han hecho de la organización del diálogo un asunto aparte de su propia profesión. Ese diálogo existió siempre por encima del Muro y a través del Telón de Acero, no fue un invento de los diplomáticos escenificado por políticos deseosos de figurar. La cocina moscovita de las décadas de 1970 y 1980 fue el lugar de nacimiento de un diálogo ininterrumpido sobre todo lo humano y lo divino, un diálogo que luego, en la época de la perestroika, saltó a la plaza pública, a la televisión, a la plaza de las grandes ciudades, al Parlamento, para más tarde, bajo el régimen de Putin y de los medios

estandarizados y controlados por él, pasar a una posición marginal o ser desterrado al extranjero.

UN NUEVO COMIENZO Y UN CALLEJÓN SIN SALIDA

En el momento en el que la Unión Soviética se disolvió había muchas razones para temer una catástrofe: apenas hay un imperio que haya desaparecido de escena sin violencia; en cambio, había también motivos suficientes para que los Estados surgidos de aquel imperio en proceso de fragmentación, entre ellos la Federación Rusa, encontraran nuevas formas de soberanía interna. Vistos en retrospectiva desde la era de Putin, desde la perspectiva del vencedor (provisional), los años noventa son los únicos «años de caos», frenéticos años de robos y asesinatos, de total desorientación, de expropiación inescrupulosa de la propiedad estatal y nacional, los años de las mafias y los oligarcas, del saqueo y la fuga de capitales. En la retrospectiva de los teóricos de la transición, se trata del fracaso de un «programa correcto en sí y para sí» que no pudo implementarse adecuadamente debido a la falta de personal cualificado. Uno podría estar completamente de acuerdo en que el final del imperio ha traído consigo también el final del peso del imperio; que gracias a un vertiginoso e inquietante período de recuperación han tenido lugar procesos de aprendizaje que habrían sido imposibles bajo las arraigadas estructuras de las «sociedades occidentales»; que millones de personas han reorientado su vida a costa de grandes riesgos y sacrificios: desde el llamado *euroremont*, que consistía en la rehabilitación de los interiores de las viviendas según estándares europeos, hasta el establecimiento de ramos profesionales completamente nuevos. Había muchos indicios de que el país, agotado y tensado hasta el extremo, conseguiría evitar el abismo de una guerra civil y encontraría un nuevo equilibrio con el propósito de ganar tiempo para una reorientación de la vida que no podía consumarse por mero voluntarismo o por decreto de las altas esferas. El frenesí y el desorden de aquellos años, tanto en las calles como en los círculos intelectuales, en los asuntos privados y en las instituciones, eran alarmantes, pero apenas podía entenderse de dónde sacaba el país las fuerzas para llevar a cabo todos esos cambios relevantes que se observaban por todas partes—incluida la llamada provincia—sin llegar a fragmentarse. La estabilidad que Putin había prometido desde que llegó al poder era sólo aparente, o al menos

así se reveló *a posteriori*: se apoyaba en la riqueza que afluía al país gracias a las exportaciones de petróleo y gas natural, una riqueza que no se corresponde con la verdadera modernización del país, vinculada a una sola persona que vive con la peligrosa ilusión de que su destino es el destino de Rusia. Para todos aquellos que han simpatizado con el destino de Rusia, ver el callejón sin salida al que Putin ha arrastrado al país con la guerra vecinal contra Ucrania supone algo más que una de esas decepciones a las que uno debe resignarse en la edad adulta. Sin embargo, una vez que nos hemos resignado a la humillante derrota de este giro inesperado de la historia que ha desbaratado inevitablemente nuestras esperanzas, con consecuencias que se extenderán más allá de nuestras vidas, podemos reconocer que, como todo acto de destrucción, tiene un lado liberador: ofrece una oportunidad para reflexionar una vez más sobre Rusia, pero de un modo nuevo.

DESCONCIERTO Y SENTIMENTALISMO

Es difícil lidiar con la nueva situación, sobre todo en Alemania. Putin se ha atrevido a iniciar una guerra inconcebible. ¡Y contra un pueblo hermano! La integridad territorial de ese país ha quedado derogada, tropas y material se envían a través de la frontera, hay miles de personas muertas y otros centenares de miles emprenden la huida; Donetsk, con varios millones de habitantes, se ha convertido en una ciudad fantasma y vive bajo el terror de las unidades de una milicia formada por criminales, excombatientes en Chechenia, expertos rusos en alta tecnología, agentes de la Spetsnaz y personas que han hecho carrera en el mundo de las relaciones públicas. Lo que empezó como una acción relámpago ha pasado a ser una guerra no declarada con final imprevisible. Putin no ha conseguido poner de rodillas a Ucrania, al menos no hasta ahora; ha sucedido, más bien, todo lo contrario: en contra de su voluntad, ha ayudado a gestar un proceso de formación de la nación que, en circunstancias normales y menos dramáticas, habría costado probablemente varias décadas. Pero no sólo ha errado ese cálculo: Putin ha conducido a Rusia a un callejón sin salida al que no habrían podido llevarla los embargos, las sanciones, ni las acciones de un imperio del mal, por malo que fuese; una situación en la que nadie puede pronosticar qué será lo siguiente que ocurra.

Esa conmoción ha afectado sobre todo a quienes se han ocupado toda la vida de Rusia e intentado mejorar las relaciones entre rusos y alemanes. Todos se preguntan si no han desatendido o pasado por alto algún aspecto, si han estado engañándose a sí mismos y engañando a los demás, y ahora tienen que admitir su fracaso. Algunos afirman que lo habían visto venir. Yo no estoy entre ellos. Muchos todavía recuerdan—tal vez con cierta inquietud—el discurso de Putin ante el Bundestag en septiembre de 2001. En 2005, Putin calificó el fin de la Unión Soviética como la «mayor catástrofe política del siglo XX», lo cual dejó perplejos a algunos; luego, en la Conferencia sobre Seguridad de Múnich de 2007 pronunció otro discurso que los participantes consideraron «chocante», calificándolo como un «retorno a las condiciones de la Guerra Fría». Entretanto esos discursos han sido analizados de mil maneras, han sido estudiados en sus cualidades retóricas y sus matices semánticos. Y con razón. El discurso en el parlamento alemán, un edificio cuyas paredes están cubiertas por los grafitis restaurados con sumo esmero de los soldados del Ejército Rojo que participaron en el combate final por Berlín, se produjo en un momento en el que confluían muchos aspectos: el hecho de que un presidente ruso hablara ante el Parlamento alemán, que ese presidente otorgara valor al hecho de pronunciar el discurso en la lengua de Schiller y de Goethe, aun cuando su niñez había transcurrido en Leningrado, en una ciudad todavía marcada por el bloqueo impuesto por la Wehrmacht alemana y en la que él mismo perdió a un hermano. Quien hablaba era un presidente ruso que de golpe parecía refutar todos los prejuicios que conservaban muchas personas debido a las actividades de espionaje de Putin en Dresde; un hombre que, por su propia constitución física, se diferenciaba radicalmente de la balbuceante gerontocracia que representaban los dirigentes soviéticos. Recordar desde esa posición las tragedias germano-rusas del siglo XX, hablar incluso de la doble experiencia de los totalitarismos alemán y soviético para, de inmediato, abrir un horizonte en el que por fin se dirimieran los conflictos y pudiera iniciarse un trabajo de cara al futuro, hablar de sus empresarios, sus ingenieros, banqueros, artistas o directores de museos, todo ello fue impresionante y prometedor por sí mismo. Todas las contradicciones y reticencias parecían disolverse en el lenguaje de una voluntad y una posibilidad de mutuo entendimiento.

No es difícil comprender *a posteriori*, por lo tanto, por qué aquel discurso se vio interrumpido constantemente por aplausos que se convirtieron en ovaciones al final del mismo. En parte se debió al sentimiento de gratitud por

la comprensiva participación de Rusia en el éxito de la reunificación, junto con el eterno complejo de culpa de los alemanes ante «los rusos», y en parte también al más que comprensible anhelo de paz tras un siglo de espantosa violencia y a la idea de que todos los problemas, por grandes que sean, pueden solucionarse mediante el diálogo. Éstos son los estados de ánimo y expectativas que, hasta el día de hoy, siguen actuando como un bloqueo mental—ahora nostálgico y patéticamente *kitsch*—, y que llegan hasta la firme convicción de que los alemanes y «Occidente» perdieron una buena oportunidad de cara al futuro al rechazar aquella «declaración de amor» del presidente ruso.

La comparecencia de Putin en la Conferencia sobre Seguridad de Múnich en 2007 se interpretó como el retorno de una Rusia pletórica de confianza en sí misma, sobre todo cuando el presidente ruso le leyó la cartilla a Occidente (especialmente a Estados Unidos), culpándolo de aplicar un doble rasero moral, de incumplir la palabra dada y de abandonar ciertas normas internacionales, al tiempo que acusaba concretamente a Estados Unidos de aspirar a un orden internacional unipolar y al dominio global. Lo cierto es que una potencia mundial como la estadounidense, con sus propias dificultades para lidiar con el nuevo orden mundial y el final del viejo mundo bipolar, ofrecía, en ese sentido, suficientes flancos por donde atacarla: estaba, sobre todo, la guerra de Irak, iniciada por la alianza dirigida por el presidente George W. Bush, que había engañado a la opinión pública internacional. Desde entonces Putin ha sido el hombre que «alecciona a Occidente» y, en especial, a los «americanos»—que están, supuestamente, detrás de todo—; es la figura tras la que se escudan quienes se enfrentan a la arrogancia del poder, a Estados Unidos y, en general, a la globalización y sus consecuencias. Es el vengador de todos los que se ven a sí mismos como víctimas, ya sea del terrorismo consumista, de las películas de Hollywood, de la NSA (Agencia de Seguridad Nacional estadounidense) o de la fracasada reunificación alemana. Todo ello forma parte del «relato» según el cual «Occidente» carga con la responsabilidad de la «crisis de Ucrania», mientras que Rusia es la víctima de una política agresiva de Occidente y de la OTAN.

HUMILLACIÓN Y «FAILING MAN»

Pero la gran Rusia no es la víctima, por mucho que Putin intente arrogarse ese papel. La humillación y la vejación de las que el presidente habla sin parar y de las que obtiene demagógicamente buenos réditos no son el resultado de un asedio y una amenaza provenientes del exterior, sino que se derivan de la vergonzosa situación reinante en el país más grande del mundo, el cual, bajo el gobierno de Putin, se muestra incapaz de dar los pasos necesarios para entrar en el siglo XXI. Quien ha vivido la caótica y darwinista lucha por la supervivencia de la Rusia de la década de 1990 puede entender muy bien los anhelos de tranquilidad y orden de la población. Las llamadas elites, en un proceso histórico sin igual, se ocuparon de acaparar la propiedad estatal y de sacar las riquezas del país. En los años noventa fueron, sobre todo, los oligarcas; a partir del año 2000, los miembros de los servicios secretos y los familiares de los miembros de los aparatos del poder, que se autoproclamaron la nueva «aristocracia». Chipre, la City de Londres, los agentes inmobiliarios de la Costa Azul, las zonas *offshore*, todos vivían a costa de esos flujos de dinero. Es cierto que era evidente que algo no marchaba bien en esa nueva estabilidad acompañada de un control rígido de los medios de comunicación. En ninguna parte las riquezas eran tan desmedidas ni exhibidas tan impúdicamente como en Moscú. Reinaban circunstancias que sólo se conocían en los países del Tercer Mundo: un lujo esperpéntico en la metrópoli y un retroceso a una situación desesperada en el vasto territorio de el campo. Como lectores de Marx, sabíamos que también «en Occidente» el capital, en su acumulación originaria, se había amasado de forma sangrienta y mezquina, y que fue necesario el paso de varias generaciones para que ese capital se «civilizara». Como visitante regular del país, uno podía percibir también avances puntuales, el modo en que Rusia iba transformándose en un país «normal», lo cual proporcionaba confianza en que el resto del país también lo lograría: por sus propios medios y sin recetas de los Chicago Boys. Pero la riqueza que había afluido al país en una coyuntura global favorable—la del *boom* del petróleo y el gas natural—no se invertía en la modernización del país ni en la renovación de una obra centenaria como el Transiberiano o en la reconstrucción de tramos de ferrocarril de alta velocidad, en parques tecnológicos o redes de comunicación. Nunca tantas personas abandonaron Rusia como en la última década: un éxodo sin precedentes de jóvenes altamente cualificados que no veían ninguna oportunidad en su propio país. Ni siquiera la emigración rusa de 1917 trajo consigo una fuga de talento comparable. Millones de personas, la mayoría

provenientes de las grandes ciudades, han estado en el extranjero en los últimos veinte años en calidad de turistas o de hombres de negocios, y han visto con sus propios ojos lo que se puede crear en una década en términos de infraestructuras, servicios y cultura de los negocios: especialmente chocante ha sido para los turistas rusos la experiencia del milagro económico chino. La década de 1990 fue un «período de caos» en el que todas las certezas se esfumaron, con meteóricas carreras y caídas estrepitosas. Rabia, decepción, desorientación, búsqueda de culpables era lo que predominaba en un país en el que los oligarcas y burócratas podían hacer y deshacer con total impunidad, en el que *estabilización* significaba 'control y neutralización de toda oposición',[2] verticalismo del poder, redistribución de la propiedad en favor de una cleptocracia descontrolada. Abundaban el odio y la envidia. Los encargados de los estudios de opinión comprobaron que existía un profundo sentimiento de humillación y vejación que no tenía que ver con asuntos tan distantes como la OTAN o la Unión Europea, ni con el suspicaz e innecesariamente ofensivo comentario de Obama al plantear que Rusia era una potencia regional («*Russia is a regional power*»), sino con el hecho de vivir en un país en el que personas capaces, con energía y cualificadas apenas tenían oportunidad alguna y se veían forzadas a emigrar por culpa de la falta de perspectivas de que algo cambiara en cuanto al derecho de participación y la seguridad jurídica. La llamada crisis de Ucrania es, en primer lugar, una crisis de Rusia. Y esa crisis la ha provocado un gobierno que no ha estado a la altura para cumplir con una tarea secular: modernizar el país. Ocupar Crimea en una pequeña acción quirúrgica demostró ser más sencillo que terminar de construir una autovía entre Moscú y San Petersburgo. En el discurso alemán sobre Rusia, la situación dentro del propio país apenas tiene cabida, aunque en este aspecto no carecemos de conocimientos, saber y bibliografía. Es mucho más fácil interpretar la política de Rusia como reacción y consecuencia de una amenaza externa—asedio, *containment*, ampliación de la OTAN—que como la acción lógica de un país aquejado de «dolores fantasmas» o, en resumidas cuentas, por culpa de otros, de Occidente—de Estados Unidos sobre todo—. En ese debate no hace falta siquiera saber nada sobre Rusia.

UN OCCIDENTE DESBORDADO: UCRANIA, «TERRA INCOGNITA»

Tampoco es preciso saber nada de Ucrania en esos debates, si es que siquiera tienen lugar. Ucrania, que sigue siendo el segundo país más grande de Europa en superficie, con cuarenta y cinco millones de habitantes, es un Estado soberano desde 1991, pero en el mapa mental de la mayoría de los alemanes el país no existió hasta hace muy poco tiempo, excepto como una antigua provincia de Rusia primero, y, más tarde, de la Unión Soviética. Hasta hace muy poco el ucraniano no se consideraba una lengua propia, sino más bien un dialecto del ruso, no del todo aceptado. En Alemania no se podía—o no se quería—entender que era posible ser ucraniano rusoparlante y que el país era bilingüe como lo son tantos otros en el continente europeo. Los alemanes saben mucho sobre los crímenes cometidos por los propios alemanes en la Unión Soviética, pero sienten culpa sólo ante los «rusos», como si millones de ucranianos no hubieran formado parte del Ejército Rojo, millones de ucranianos no hubieran sido deportados como «trabajadores en el este», por no hablar ya de la Shoah en territorio de Ucrania. Este país, hasta hace poco, no era para la mayoría de los alemanes sino una periferia, un traspatio, un glacis, una esfera de influencia, una franja de seguridad y un objeto que manipular, no un sujeto con una idea propia de su historia, un país que puede y sabe dar forma a su propia vida del modo que quiera, como se le permite hacer, sin condiciones, a cualquier otra nación. En ese discurso, la experiencia histórica de los pueblos situados entre Rusia y Alemania—Polonia y los países bálticos, sobre todo—cuenta todavía muy poco, cuando no se la rechaza como algo idiosincrásico, una suerte de reacción histérica que los hace incapaces de actuar de acuerdo con la realpolitik.

Si algo se les puede reprochar a «Occidente» y a la Unión Europea no es que se hayan comprometido demasiado con sus vecinos del Este, sino que los percibieran como una carga que ponía en peligro la cohesión de la Unión Europea y de Europa, especialmente en tiempos de crisis interna. No sólo Catherine Ashton, la comisionada europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, se sintió desbordada en 2013 con la «crisis de Ucrania». Durante mucho tiempo—como si pretendiera tranquilizarse a sí misma—Europa se repitió el mantra de una sociedad en transformación, de un tránsito automático y forzoso de la economía planificada a una economía de mercado, de la dictadura a la democracia, mientras la historia, en «tiempos de caos», hacía tiempo que había tomado otros derroteros. Tras mofarse durante décadas de una supuesta superación de la geopolítica, se toparon con que, de pronto,

tenían como evidencia la expresión que se popularizó rápidamente, *geography matters* ['la geografía importa']. Desprevenidos se mostraron también aquellos críticos que hacía tiempo habían dicho adiós a la «historia hecha por los grandes hombres» y de pronto se enfrentaban al ascenso de un hombre que demostraba su capacidad para «el control de la escalada de conflictos», que desafiaba a la alianza militar más poderosa del mundo y sabía pulsar con virtuosismo y acierto las teclas de los medios de comunicación.

Europa no sólo no estaba preparada para esta nueva forma de guerra, sino que hasta ahora se ha mantenido a la zaga en relación con la *information war* desplegada a gran escala por Vladímir Putin. Se habla de un «retorno a la Guerra Fría», mientras la llamada guerra híbrida—la guerra a pequeña escala, local, no lineal—está en su apogeo. En los programas de debate no se ve a nadie que pueda explicar de manera competente, desde el punto de vista militar, lo que está sucediendo. Quien desea estar informado lo consigue mejor en las profundidades de internet que a través de la información transmitida por los responsables de esos servicios de inteligencia financiados con el dinero de los contribuyentes. Mientras que algunos expertos europeos descubren la geopolítica, de lo que se trata en realidad es de algo a lo que nadie hasta ahora había prestado oídos pero que de algún modo nos resulta conocido: la nueva-vieja combinación de «pueblo y territorio», de región y etnia, algo que ya una vez, con su mezcla de imperialismo y reclamo étnico, desplegó una fuerza explosiva devastadora. Sin embargo, no fue otra cosa lo que anunció Putin el 18 de marzo de 2014, cuando dijo que, en cualquier parte donde residieran rusos y hablantes de la lengua rusa, Rusia se vería legitimada y comprometida a intervenir. Lo mismo se oyó decir a los *Freikorps* alemanes en la época de entreguerras: «Donde estemos nosotros, está Alemania». Es asunto de cada cual imaginar dónde puede ocurrir lo que ha planteado el presidente ruso: en los países bálticos, por ejemplo, o en Moldavia, en Georgia o quizá hasta en Alemania, donde, después de todo, residen tres millones de personas de lengua rusa y cientos de miles tienen pasaporte ruso.

«INFORMATION WAR»

Desde la ocupación de Crimea, la burda mentira no sólo ha recorrido los canales de televisión rusos como si fuese la cosa más natural del mundo, sino

que, en general, se espera que creamos que no existe diferencia entre los hechos concretos y la ficción, entre la verdad y la mentira. El personal mediático de Putin está familiarizado con el lenguaje de la postmodernidad y también con los valores de la sagrada Rusia. La Unión Europea, con sus veintiocho miembros, es ridiculizada como una estructura heterogénea, incapaz de llevar adelante una acción concertada, sin fuerzas siquiera para defender sus propios valores y defenderse por medio de la fuerza militar. En su discurso a la nación, Putin representó el papel de defensor de los verdaderos valores europeos, y portavoz y líder de una nueva Internacional que incluye tanto a la izquierda alemana como a la derecha nacionalista francesa, en una confluencia de todas aquellas fuerzas que sean lo suficientemente antieuropeístas y antiamericanas, una coalición que no se inhibe a la hora de invitar a Moscú a figuras antisemitas o neonazis, mientras que en los canales de la televisión estatal se propaga la lucha contra la «junta fascista» de Kiev. Todos están obligados a elegir entre la Rusia de Putin y la otra Rusia, que existe a pesar de toda movilización nacionalista y chauvinista, una Rusia que defiende los pocos canales y espacios a los que ha quedado reducida, que resiste con firmeza las presiones del acoso desatado contra «agentes» y «traidores a la patria».

LA OTRA RUSIA TOMA LA PALABRA

La anexión de Crimea se convirtió en un catalizador de tensiones dentro de la intelectualidad rusa. Representantes de la clase culta del país reaccionaron con llamamientos, unos aprobatorios y otros reprobatorios. Aun antes del gran discurso de Putin el 18 de marzo de 2014, en el que el mandatario justificó la anexión, algunos representantes de la vida cultural rusa habían publicado una declaración para apoyar su posición en relación con Ucrania y la península de Crimea. En ella se decía:

> En los días en los que se decide el destino de Crimea y de nuestros compatriotas, los representantes de la cultura de Rusia no podemos permanecer indiferentes ni presenciar estos hechos con los brazos cruzados. Nuestra historia común, nuestras raíces comunes, nuestra cultura y nuestras fuentes espirituales, nuestros valores fundamentales y el idioma nos han unido para siempre. Queremos que la comunidad de nuestros pueblos y de nuestras culturas tenga un sólido futuro. Por ello declaramos nuestro decidido apoyo a la posición del presidente de la Federación Rusa en relación con Ucrania y Crimea.

La declaración la firmaron quinientas personalidades, entre ellas algunos artistas conocidos y representantes de la cultura que residen fuera de Rusia, como el violinista Yuri Bashmet, el director de orquesta Valeri Guérgiev, el documentalista Stanislav Govorujin, el cantante de moda Iósif Kobson, conocido en toda la Federación, o el arquitecto moscovita Mijaíl Posojin. En ciertos posicionamientos individuales se mencionaron también los motivos de este apoyo a la política de Putin: muchos de ellos vienen de familias mestizas (herencia del imperio multiétnico soviético), algunos han tenido malas experiencias con el nacionalismo ucraniano y otros actuaban contra la «política fascista» de los dirigentes de Kiev.

En una carta a *Novaia Gazeta* del 13 de marzo de 2014, la escritora Liudmila Ulítskaia y el defensor de los derechos humanos Lev Ponomariov expresaban una posición bien distinta:

> Nuestro país se encuentra implicado de nuevo en una aventura muy peligrosa. Con la consigna de «Defender a los rusos que residen en Crimea, pero también a todos los ucranianos ante el nuevo e ilegítimo poder fascista de Ucrania», ha tenido lugar la anexión *de facto* de la península de Crimea. Se ha violado de un modo grosero el derecho internacional, se han destruido los principios de la seguridad y la estabilidad europeas. Rusia avanza con paso seguro hacia una nueva Guerra Fría con Occidente cuyas consecuencias resultan imposibles de predecir. En todos los medios de comunicación de masas de Rusia se ha vertido una avalancha incontrolable de mentiras que desinforman, al tiempo que se orquesta una ensordecedora campaña propagandística contra todos los que intentan cuestionar la legalidad de las acciones emprendidas por las autoridades señalando las graves consecuencias que tendrán para el país y para el pueblo. Todos los que no están de acuerdo son calumniados sin más preámbulos, descalificados como «quintacolumnistas» o «fascistas». Y hay montones de personas que no están de acuerdo. Basta con enumerar los medios de comunicación no censurados o las numerosas tomas de posición en las redes sociales para ver que muchos politólogos, economistas y expertos en política exterior, o también personas humildes con algo de sensibilidad social, están alertando sobre el hecho de que Rusia avanza hacia una auténtica catástrofe de tipo económico, político y humanitario. Posicionándose en contra de la guerra han tomado la palabra escritores del PEN Club de Rusia, del Consejo de los Derechos Humanos, que une a los más importantes líderes de las principales organizaciones de derechos civiles, cineastas, científicos, ecologistas y estrellas del rock, como Borís Grebenshchikov, Andréi Makarevich, Yuri Shevchuk, Viacheslav Butusov y muchos otros.

Este llamamiento lo firmaron doscientos cincuenta representantes de la vida cultural, entre ellos numerosos miembros de la Academia de Ciencias,

directores de cine y teatro, conocidos defensores de los derechos civiles y veteranos del movimiento disidente, como Liudmila Alekséieva y Serguéi Kovaliov, la escritora Alla Bossart, la poeta Alina Vituchnovskaia, escritores como Vladímir Sorokin, Vladímir Voinóvich, Alexander Genis, Víktor Yeroféiev, el sociólogo Borís Dubin, la editora Irina Projorovna, los cineastas Mark Rozovski y Eldar Riazánov, la economista Irina Yasina y la filóloga Marietta Chudakova. Llama la atención el número de escritores prominentes y la gran participación de representantes de los antiguos movimientos disidentes y reivindicativos de los derechos civiles. Muchos de ellos habían participado activamente en la campaña de protesta contra el fraude electoral en la plaza Bolotnaia, y siguieron participando activamente tras esta declaración, por ejemplo, en el congreso de Kiev organizado por Mijaíl Jodorkovski para intelectuales rusos y ucranianos. Ejemplo del estado de ánimo y el coraje de éstos es la toma de posición de Liudmila Ulítskaia, quien en un artículo en *Der Spiegel* escribía:

Yo vivo en Rusia. Soy una escritora rusa de origen judío y educación cristiana. Mi país ha declarado actualmente la guerra a la cultura, a los valores del humanismo, a la libertad de la persona y a la idea de los Derechos Humanos, fruto de todo el desarrollo de la civilización. Mi país está enfermo de incultura agresiva, de nacionalismo y megalomanía imperial. Me avergüenzo de mi Parlamento agresivo e ignorante, de mi gobierno agresivo e incompetente, de los hombres de Estado que lo encabezan, con ínfulas de supermanes y partidarios de la violencia y la astucia, me avergüenzo por todos nosotros, por nuestro pueblo, moralmente desnortado. La cultura ha sufrido en Rusia una grave derrota, y nosotros, hombres y mujeres de la cultura, no podemos cambiar la política suicida de nuestro gobierno. La comunidad intelectual de nuestro país está hoy dividida: como a principios del siglo, hay una minoría que se manifiesta de nuevo a favor de la guerra. Con cada día que pasa, mi país pone al mundo más cerca de una nueva guerra, nuestro militarismo se ha estado afilando los dientes en Chechenia y en Georgia, y ahora se entrena en Crimea y en Ucrania. Adiós, Europa. Me temo que jamás formaremos parte de la familia europea. Nuestra gran cultura, nuestro Tolstói y nuestro Chéjov, nuestro Chaikovski y nuestro Shostakóvich, nuestros pintores, actores, filósofos y científicos no han podido impedir la política de los fanáticos religiosos ni las ideas comunistas en el pasado, y mucho menos podrán impedir la política de esos locos del presente obsesionados con el poder. A lo largo de trescientos años nos hemos alimentado de las mismas fuentes—fueron nuestro Bach y nuestro Beethoven y nuestro Shakespeare—, y jamás hemos renunciado a la esperanza. Hoy nosotros, los hombres y mujeres de la cultura en Rusia, esa pequeña parte a la que yo pertenezco, sólo podemos decir una cosa: «¡Adiós, Europa!».

El autor de *best sellers* Borís Akunin también se había distanciado de la Rusia de Putin, y hasta se marchó temporalmente a Francia. Akunin escribió:

> Cada uno tiene su propia Rusia. Pero yo no tengo nada en común con la Rusia de Putin, todo en ella me resulta ajeno. Y en una época de ofuscamiento general de la razón me resulta difícil permanecer en el país. La verdad es que preferiría no emigrar, pero pasaré la mayor parte del tiempo fuera de Rusia. Quizá no sea bueno que una persona sobria permanezca bajo el mismo techo con otra borracha. Pasaré por aquí de vez en cuando para ver si la orgía ha terminado.

A medida que aumenta el número de artistas e intelectuales que viven en el extranjero se multiplican también las voces contra el modo en que evolucionan las cosas en el interior de Rusia, como demuestran los posicionamientos del escritor Vladímir Sorokin, que vive en Berlín, o de Mijaíl Ryklin. Las respuestas no se hicieron esperar. Entretanto, la difamación como «quintacolumnista» a toda posición independiente forma parte del buen tono en los medios estatales rusos, y tras el asesinato de Borís Nemzov el 27 de febrero de 2015 ya no son ni siquiera raras las amenazas de muerte.

UCRANIA EN EL MAPA MENTAL DE LA INTELECTUALIDAD RUSA

Hasta donde he podido valorar, la agresión a Ucrania también ha tomado por sorpresa a la intelectualidad crítica rusa. La editora Irina Projorova se preguntaba, perpleja: «Quien conserva la lucidez se hace por centésima vez las mismas preguntas angustiosas: ¿qué nos ha ocurrido? ¿Cómo es posible que personas cultas, formadas, reclamen con euforia: "¡Crimea nos pertenece!"? ¿Cómo hemos permitido que dos pueblos amigos se conviertan en enemigos mortales?». Como señalaba Projorova la propaganda mediática por sí sola no permite explicar esta transformación; la crisis había «tocado ciertas fibras sensibles de la sociedad actual», un trauma colectivo nacido del miedo a una guerra civil y al choque de mentalidades fundamentalmente distintas. No se trata de que los intelectuales rusos no le hayan quitado el ojo a Ucrania desde su independencia y hayan estudiado ese Estado independiente, la nación que está emergiendo allí y todo lo relacionado con ella. Hubo algo así como un mapa mental de Ucrania que yo trazaría de este modo: se percibía Ucrania como un territorio, un pueblo con un dialecto específico, pero no como un Estado soberano. A diferencia de las repúblicas bálticas, atrincheradas tras sus

lenguas no eslavas, Ucrania, aunque tiene su propia lengua, era «de algún modo», idiomáticamente, un enigma. Los lazos familiares eran estrechos. Apenas había una familia en Rusia que no hubiera estado vinculada a Ucrania de algún modo y en algún momento. Existía una especie de cohabitación familiar «natural» facilitada por el espacio del imperio, con todo lo que ello supone: carreras, biografías, estudios y redes de relaciones personales extendidas por toda la Unión. Pero aunque Ucrania fuera percibida como un Estado independiente, sus centros no eran considerados verdaderas capitales. Constituían una especie de centros regionales, provincias. Todos los viajes a Kiev debían pasar por Moscú, Odesa, Járkov y otras ciudades de habla rusa, de modo que los visitantes no se sentían como si estuvieran en el extranjero. Lo que quedaba eran las diferencias del paisaje, la distinta coloración y la atmósfera que tanto disfrutan los intelectuales rusos (y no sólo ellos): Crimea era el destino anhelado por excelencia en Rusia, sustituido tras el fin de la Unión Soviética por Antalya, Tenerife o la Costa Azul. Para los intelectuales, Crimea era un *lieu de mémoire* de primerísimo orden: la Koktebel de Maksimilián Voloshin, la casa de verano de Chéjov en Yalta y la novela utópica de Vasili Aksiónov *Isla Crimea*; la antigua joya del imperio y la Riviera Roja, la cual—en lo tocante a magia paisajística—competía con las costas del Mediterráneo, y Sebastopol, escenario de glorias bélicas, primero durante la guerra de Crimea y luego en la Segunda Guerra Mundial. Las líneas del tren se adentraban más allá de las fronteras de la república, y desde niño uno conocía sus destinos; Artek, el campamento modelo para jóvenes pioneros, era uno de ellos. Lo que casi siempre faltaba en esa imagen de Crimea eran los habitantes de la península, que no eran únicamente rusos, sino una población mestiza formada por tártaros, judíos, griegos, italianos y ucranianos. Lo que faltaba en esa imagen era sobre todo la historia—mucho más extensa—de la Crimea tártara y de las deportaciones colectivas a Asia Central de los tártaros de la región en 1944. La Ucrania occidental, Lviv y Chernivtsí eran para los intelectuales moscovitas Occidente, algo inexistente en el Imperio ruso: un trozo de Europa Central, ciudades acogidas al Derecho de Magdeburgo, que les otorgaba derechos de fuero, con cementerios polacos y residencias de magnates. Kiev representaba, en esa percepción, la ciudad con una ubicación privilegiada a orillas del Dniéper, con su catedral de Santa Sofía, el monasterio de las Cuevas, la avenida Jreshchátyk, una urbe resurgida tras la guerra. Las huellas de la vieja gloria del Dombás, el antiguo centro de la industria pesada

en mitad del imperio y luego de la Unión, eran visibles por doquier. Y de esa imagen formaba parte también otro Dombás, no tanto el centro de una cultura proletaria otrora muy viva, sino un dinosaurio envejecido sin esperanzas, venido a menos, insalvable, el de una época industrial ya pasada; en el mapa mental del ciudadano soviético, los grandes proyectos de construcción—la represa de Dneproges, la fábrica de tractores de Járkov, los sistemas de riego—no estaban tan asociados a Ucrania como a la industrialización soviética. Y del mismo modo que en la Rusia postsoviética se evitó e incluso se desalentó por todos los medios la discusión sobre el terror y la violencia durante el período soviético, también se consideró que no era preciso hablar del Holodomor como una experiencia específicamente ucraniana, puesto que también había habido millones de campesinos rusos y nómadas kazajos que habían sido víctimas de la colectivización y la hambruna. Existía Babi Yar, sí, pero el genocidio cometido contra los judíos había quedado oculto durante décadas, tras la fórmula de los «crímenes nazis contra pacíficos ciudadanos soviéticos». Sí, yo lo plantearía de este modo: en las mentes de la intelectualidad (o entre la población soviética en general), Ucrania no existía como una nación, con una historia y una nacionalidad propias, sino como un paisaje con un dialecto peculiar; fuera de eso, había algo así como una sospecha general de que toda insistencia en una identidad ucraniana propia, toda reclamación de «ucranianidad», resultaba nociva por nacionalista. Ni siquiera un poeta tan sutil y disidente como Joseph Brodsky se libraba de ese resentimiento, como mostraba su poema «Por la independencia de Ucrania», de 1994.

La agresión de Rusia a Ucrania no sólo ha dañado y destruido por mucho tiempo las tan estrechas relaciones entre rusos y ucranianos. Tendrán que pasar generaciones para poder cerrar esa herida hecha de forma deliberada. Putin es también el gran destructor de la labor llevada a cabo tanto por rusos como por alemanes en aras de un entendimiento después de la catástrofe que una vez partió de suelo alemán. Los alemanes deben ahora escoger si unirse a la Rusia de Putin o mantener su lealtad a aquellos que defienden a esa Rusia que vendrá después de Putin y con ello también la integridad de Ucrania y la «Revolución de la Dignidad».

HACERSE UNA IDEA: DESCUBRIR UCRANIA

Cuando en mayo de 2014 varios intelectuales y artistas de distintos países europeos se reunieron en Kiev para participar en el congreso «Ukraine: Thinking Together», convocada por Timothy Snyder y Leon Wieseltier, para la mayoría de los participantes aquélla fue la primera visita a la capital de la segunda nación europea más grande. El congreso, con sus conferencias y debates excelentemente preparados, tuvo lugar en el edificio de la Academia Diplomática, que antes de la Revolución de 1917 había sido un instituto de bachillerato, con una fachada clasicista y ornamentos neogóticos en el interior. El edificio se halla situado en la longitudinal de una plaza ubicada delante del monasterio de San Miguel, cuyo complejo de color azul y blanco y cúpulas doradas fue dinamitado en la década de 1930 y reconstruido tras la independencia de Ucrania. En diagonal encontramos el edificio de los Tribunales, escenario en 1913 del tristemente célebre juicio a Mendel Bailis, que causó una gran conmoción y acabó con la absolución del acusado, presentando a la opinión pública burguesa un triunfo contra el antisemitismo reinante en los últimos años del zarismo. Todavía podían verse los restos de las barricadas y de la colonia de tiendas de campaña del Maidán delante del monasterio de San Miguel, que se había convertido, en los días de violencia, en un hospital para los manifestantes heridos. En torno al monumento de santa Olga se reunían los turistas; unos tártaros de Crimea organizaban una manifestación de solidaridad con sus compatriotas en la Crimea ocupada por Rusia. A lo largo de la amplia plaza soplaba un aire primaveral, los cafés estaban llenos de gente y la vida, a pesar de las omnipresentes huellas de los incendios, aún sin haberse disipado del todo el olor a quemado, parecía haber recuperado su ritmo habitual. Otra sede del congreso fue la Academia Pedro Mogila en Podil, la ciudad baja de Kiev, situada a orillas del Dniéper, la cual, hasta el siglo XIX, había sido una ciudad independiente de artesanos y comerciantes, un centro de la Kiev judía, y actualmente era uno de los barrios de «clase media» más animados de la capital, con infinidad de estudiantes, artistas, un barrio que, previsiblemente, en un futuro muy próximo

experimentará todas las fases de la gentrificación. Cuando uno se desplaza desde la parte alta de la ciudad hacia la parte baja, disfruta de una vista magnífica sobre el río Dniéper y los barrios situados en la orilla oriental.

El congreso, con su nutrido programa, ofreció una excelente introducción a los problemas que ocupan a muchos europeos desde que se desató la «crisis ucraniana»: ¿Cuánto de verdad hay en el reproche de discriminación contra los rusos y los ciudadanos rusoparlantes de Ucrania? ¿Qué papel desempeñan los nacionalistas y extremistas de derecha? ¿Cuál es la situación en el Dombás? ¿Cuál es la actitud de las comunidades religiosas en Ucrania, especialmente la judía, en relación con el Maidán? Los forasteros llegados desde tan lejos encontraron en Kiev interlocutores muy competentes para abordar estas cuestiones: Josif Sisels, por ejemplo, de la comunidad judía, representantes de las Iglesias ortodoxa y católica ucranianas, periodistas llegados desde Lugansk y Donetsk, activistas por los derechos civiles de Járkov. Las acciones violentas de los separatistas en la Ucrania oriental ya estaban en marcha; en pocas semanas debían celebrarse elecciones presidenciales. «Thinking Together» sacó a la luz lo enorme que puede ser la necesidad de repasar conocimientos incluso entre personas normalmente bien informadas y comprometidas. Por los distintos estrados pasaron figuras como Carl Bildt, antiguo ministro sueco de Asuntos Exteriores; Roger Cohen, durante muchos años reportero de *The New York Times* en los escenarios de guerra en Yugoslavia; Adam Michnik, el combativo activista del movimiento por los derechos civiles en Polonia, incansable en su compromiso; Bernard-Henry Lévy y Bernard Kouchner, llegados de París; el príncipe Karel Schwarzenberg, confidente y compañero de lucha de Václav Havel; Wolf Biermann; Slavenka Drakulić, que había recogido literariamente el furor nacionalista en Yugoslavia, y, llegados directamente de Moscú, el escritor Víktor Yeroféiev y el veterano del movimiento por los derechos civiles Aleksandr Podrabínek.

Era curioso: Ucrania, que en el curso de los meses anteriores se había convertido en un *hot spot*, un punto candente del panorama internacional, seguía siendo, *de facto*, un gran país desconocido, un vacío en el mapa en el que ahora iban inscribiéndose poco a poco los primeros signos, lugares, líneas fronterizas. Con cierto horror, se comprobaba que apenas existía una imagen de este país situado en el este de Europa, que apenas se conocía su «rostro». Si esa primera impresión era cierta, ¿cómo podía explicarse ese extraño vacío?

La mayoría de alemanes y austríacos todavía no han reparado en que para viajar a Ucrania no han necesitado visado desde hace algunos años, que sólo es necesario comprar un billete para viajar por tierra o por aire. En realidad, la eliminación de la obligatoriedad del visado—una medida, hasta ahora, unilateral—ha sido como una segunda caída del Muro, si se tiene en cuenta lo que representaron durante mucho tiempo las trabas burocráticas al preparar un viaje al antiguo bloque oriental. Desde Berlín se trata solamente de un vuelo de dos horas y media hasta Kiev-Borýspil, si bien sólo hay uno al día. Desde Múnich, antes de las acciones de guerra en el Dombás, se podía volar directamente a Járkov y a Donetsk. Quien puede permitírselo, porque dispone de flexibilidad de tiempo, toma un autobús junto a la torre de la televisión de Berlín y al cabo de quince horas está en Lviv, y tras veintitrés horas arriba a la estación de Kiev-Datschnaia. Saliendo de Austria, los trayectos son incluso más cortos. Desde Viena puede volarse directamente a cinco ciudades ucranianas: Járkov, Dnipropetrovsk, Kiev, Lviv y Odesa. Quien desee ahorrar un poco de dinero, puede viajar en autobús: en la estación final de la línea 3 del metro, en Erdberg, sale a las seis de la tarde el autocar de Eurolines. Tras nueve horas y cinco minutos de viaje se llega a Úzhgorod, al cabo de doce horas y cuarenta minutos a Lemberg, a la estación de la calle Stryiska. Hasta las estaciones de autobús de Rivne, Zhitomir o Kiev son varias horas más. Una alternativa un poco más rápida son los *marshrutka* o minibuses privados, que cubren una densa red de trayectos y originalmente estaban destinados a satisfacer las necesidades de los pequeños comerciantes. A través de esas rutas, de las que también forman parte las líneas aéreas de bajo coste, han ido surgiendo en los últimos años varios movimientos moleculares—yo los llamo «corrientes de fuga»—que unen firmemente a Ucrania con el resto del mundo. Por el camino uno se tropieza con estudiantes ucranianos, hombres de negocios, turistas, migrantes laborales y, sobre todo, mujeres que se ganan la vida trabajando en el extranjero para mantener a flote a sus familias, y que, con el dinero ganado, pueden proporcionarles a sus hijos una vida mejor.

Quien tras viajar a Kiev en un vuelo de dos horas y media desde Berlín llega al centro de la ciudad, se encuentra en el corazón de todo. La escalera mecánica de la estación de metro Jreshchátyk-Maidán transporta al forastero a la

superficie desde cien metros de profundidad y lo deposita en la plaza que nosotros, telespectadores, ahora conocemos tan bien, vista casi siempre desde la perspectiva de las cámaras de televisión instaladas en el *sky desk* del hotel Ucrania, bajo el cual se abre un espacio urbano impactante, enmarcado por los monumentales edificios de la avenida Jreshchátyk reconstruidos tras la guerra. La plaza del Maidán nos resulta, gracias a aquellas imágenes, tan familiar como otras plazas en las que se ha escrito la historia en los últimos años, como la plaza Tahrir de El Cairo, la plaza Taksim en Estambul, o las callejuelas de Hong Kong y otros grandes escenarios de la confrontación entre unos ciudadanos que—parafraseando la definición que hace Lenin de *revolución*—ya no quieren vivir en un orden antiguo y las autoridades que ya no pueden sostenerlo.

Ninguno de nosotros se ha convertido en especialista en Ucrania de la noche a la mañana a partir de las transmisiones en directo de aquellos instantes históricos, pero al menos ahora sabemos algo más acerca del país que era para nosotros una *terra incognita*: no nos lo han acercado los programas didácticos, sino las imágenes y los reportajes que se emitían cada noche, las noticias de los acontecimientos en curso, la conmoción que nos hizo implicarnos en unos hechos con los cuales, en realidad, no queríamos tener nada que ver. Desde entonces nos hemos familiarizado con datos fundamentales sobre la geografía y la historia de Ucrania. Kiev había sido siempre—eso sí que lo sabíamos—una importante capital europea, pero fue con los reportajes del Maidán que se nos grabó su *skyline*: el campanario de la catedral de Santa Sofía, las cúpulas del monasterio de las Cuevas, la vista del Dniéper. Poco a poco fue perfilándose una topografía en nuestra mente: se nos grabaron nombres que nos decían algo sobre la envergadura del idioma, la cultura y la historia de ese país europeo. ¿Quién tenía antes una idea concreta de Crimea? Tal vez los ciudadanos de la antigua RDA que pasaron allí algunas vacaciones, o los amantes de la literatura rusa que sabían que Antón Chéjov tenía en la península su casa de verano, que la Koktebel de Maksimilián Voloshin era el punto de encuentro de la *bohème* intelectual de la Edad de Plata de San Petersburgo. Acompañamos a los reporteros y corresponsales, los encargados de tomar acta, que actuaban en la primera línea del frente y recogían *in situ* los instantes históricos, mientras recorrían un escenario que cambiaba vertiginosamente, con puestos de control, líneas de demarcación en sitios donde hasta ese momento no habían existido las fronteras; estuvimos allí en vivo, viendo cómo hombres armados y

enmascarados, de forma anónima y sin ningún emblema nacional, violaban las fronteras de un Estado europeo. Conocimos el paisaje estepario del Dikoie Poljé, del campo salvaje, porque allí, en Torez—un lugar del Dombás llamado con ese nombre de sonoridad francesa en honor del célebre Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista de Francia—, fue derribado, el 17 de julio de 2014, el Boeing 777 de Malaysia Airlines con 298 pasajeros a bordo. El ultramoderno aeropuerto de Donetsk, terminado para la Eurocopa de fútbol de 2012 y bautizado con el nombre del compositor Serguéi Prokófiev, nacido cerca de allí, se nos quedó grabado como un paisaje apocalíptico, arrasado por unos combates que ni siquiera Hollywood hubiera sido capaz de poner en escena de un modo más cruento. Por esa vía nos familiarizamos con una topografía como otras generaciones se familiarizaron con los nombres de ciudades de la Guerra Civil española o de la guerra de Vietnam. En la memoria de nuestros contemporáneos no estarán Teruel, Madrid o Saigón, sino Donetsk, Lugansk, Mariúpol, Odesa, Ilovaisk, Debáltsevo, quizá también Minsk I y Minsk II. Nos sumergimos en miríadas de imágenes que nos llegan día tras día, hora tras hora; *smartphones*, cámaras digitales, redes sociales, blogueros y canales de televisión nos las suministran sin cesar, en tiempo real, y a partir de ellas debemos hacernos una idea de la situación en el país.

Pero ¿estamos de verdad más cerca del país que fue calificado demasiado precipitadamente de *terra incognita*? Empecemos por Austria: Viena tiene, en ese aspecto, el privilegio de la ubicación. La Europa oriental y suroriental, y también Ucrania, están aquí más próximas, por razones históricas, pero también actuales. Las relaciones se han transmitido incluso por tradición familiar, están documentadas en álbumes de fotos, en las visitas a las no pocas «pequeñas Vienas» de la antigua monarquía danubiana; y, sobre todo, existe la familiaridad creada por la literatura: Joseph Roth, Karl Emil Franzos, Paul Celan, Gregor von Rezzori y otros. El horizonte perceptivo es aquí distinto al que se tiene, digamos, en Berlín o incluso París. También los observadores profesionales, los corresponsales, periodistas y reporteros que nos informaban sobre lo que ocurría «al otro lado del Telón de Acero» tenían y tienen aquí su puesto de mando. El libro de Martin Pollack *Nach Galizien* ['Viaje a Galitzia'] nos abrió ya en 1984 una puerta a esa región desaparecida; *Im blinden Winkel. Nachrichten aus Mitteleuropa* ['En el ángulo ciego. Noticias de Mitteleuropa'] se tituló en 1989 un volumen compilado por Christoph Ransmayr, mientras que Karl-Markus Gauss lleva años recorriendo esos espacios de experiencia que

nosotros hemos perdido. Lo mismo vale para el presente: en el metro uno oye a muchos jóvenes de ambos sexos hablando en ucraniano, y se nota que se mueven con la soltura que da la rutina de cruzar las fronteras y de orientarse en la ciudad extranjera. Por todas partes hay actos, exposiciones o *happenings* sobre el tema ucraniano: una exposición de fotografías de Oleksandr Ratuschniak sobre el Maidán, documentales, numerosos foros de debate, talleres o la inauguración de una exposición reunida en Cracovia sobre el «mito de Galitzia». En una galería de Leopoldstadt, el segundo distrito vienés, podemos ver unas fotos de guerra de soldados alemanes, una serie de 1942 que se titula *De Donetsk al Don* y recorre exactamente el territorio que hoy, nuevamente, ha devenido escenario de los estragos y crímenes de la guerra. En lo que respecta al mundo académico, la Universidad de Viena es una de las pocas en el ámbito de habla alemana en la que la historia de Ucrania tiene un arraigo institucional y personal, y desde allí irradia hacia todo el continente europeo. En Viena—como en otras partes: la City de Londres, Suiza—se han establecido algunos clanes de oligarcas ucranianos como los Asarov, los Yanukóvich, los Firtasch, todos con sus conglomerados de empresas; el último de los mencionados, por ejemplo, Dmitry Firtasch, sobre quien desde hace tiempo pesa la amenaza de que se cumpla una orden de extradición estadounidense, es ahora el promotor de una multimillonaria iniciativa benéfica para Ucrania, la cual, curiosamente, no está vinculada al gobierno ucraniano.

Aunque Berlín apenas puede competir con Viena en lo relativo a las relaciones culturales con Ucrania, sí que existen algunos vínculos: poco después de arribar a la estación de Silesia, Alexander Granach inició su carrera en los teatros berlineses; Martin Buber llegó a Alemania desde Lviv; en la época de entreguerras, existió un Instituto Ucraniano de Ciencias sostenido durante algún tiempo por emigrantes de ese país; Pavló Skoropadski, el hetman designado en Kiev en 1918 por los poderes mediadores, pasó el resto de su vida, tras la evacuación de la ciudad, en los alrededores de Berlín. Ciertos sectores del Reich Alemán coquetearon repetidas veces con la idea de jugar con el «mapa de Ucrania», primero contra el Imperio zarista, luego contra la Rusia soviética. La historia de Alemania en Ucrania es sobre todo una historia de violencia, documentada en centenares de fotografías de los soldados de la Wehrmacht, en los noticiarios semanales sobre el avance por las cuencas del Bug y del Dniéper, preservada en los recuerdos de los supervivientes que fueron

condenados a trabajos forzados y trasladados por millones desde Ucrania hasta el Reich; también en la memoria de la posteridad han quedado grabadas, de un modo indeleble, las imágenes de lugares como Babi Yar. Frente a esas huellas del horror, preservadas en impresionantes documentales y trabajos de investigación sobre la Shoah, son pocas las referencias positivas en la historia del siglo XX. Sin embargo, también en ese aspecto muchas cosas han cambiado. Escritores ucranianos entran y salen de Berlín como Pedro por su casa, la joven literatura ucraniana tiene en Berlín casi un hogar y ha encontrado allí a su público, mucho más allá de la comunidad de ucranianos que, entretanto, ha crecido considerablemente.

LA MIRADA IMPERIAL: LA AUSENCIA DE UCRANIA EN EL HORIZONTE DEL OBSERVADOR CONTEMPORÁNEO

En mi caso, no puedo decir que no conociera Ucrania. Visité el país por primera vez en la década de 1960, durante un viaje fascinante con un grupo de compañeros del bachillerato en Baviera, gracias al cual estuvimos en Úzhgorod, Lviv, Kiev y Járkov. Pero aquéllas fueron estaciones en un viaje cuyo destino era Moscú. En esa ocasión me llevé fuertes impresiones del paisaje, de las ciudades —incluso del grandioso complejo de la Bauhaus en Járkov, que data de la década de 1920—, del Dniéper. Sin embargo, aquél fue un viaje a la Unión Soviética, y el idioma en el que nos entendimos fue el ruso. También estuve en el país más tarde, mientras cursaba mis estudios universitarios, pero siempre fueron excursiones que partían de un centro, Moscú, desde el cual se viajaba «a la provincia», aunque ese calificativo no fuera tan válido en el caso de Ucrania. El papel del ruso como *lingua franca* podía hacernos olvidar que había otras lenguas (aunque los pueblos del Báltico o del Cáucaso en ocasiones usaban sus lenguas como barreras para mantener a los extraños a distancia). Nos ha costado mucho tiempo, hasta fecha muy reciente, percibir y tomar en serio a Ucrania como sujeto histórico, con un idioma, una cultura y una historia propios. El país no existía como entidad política y cultural autónoma, sino más bien como un collage de regiones y lugares: Kiev representaba el Rus de Kiev, Lviv encarnaba el mundo mitteleuropeo, polaco y austrohúngaro, que era para nosotros de más fácil acceso idiomático; Odesa era la encarnación del mundo de la Rusia meridional, mediterránea y judía, con su mito de literatos urbanos

y cosmopolitas, como Isaak Babel, Konstantín Paustovski o Ilf & Petrov. Cada cual extraía de Ucrania lo que encajaba mejor en su horizonte: Mitteleuropa, el *shtetl* judío, la modernidad soviética y, también, por supuesto, el mito de Crimea, la «Perla del Imperio ruso».

Pero esa imagen implicaba siempre un enfoque imperial, su perspectiva central se situaba siempre fuera de aquel territorio y de aquel Estado que hoy denominamos Ucrania. Uno miraba a Ucrania desde Viena, desde Cracovia o Varsovia, desde San Petersburgo y Moscú, desde el Imperio otomano. Para Alemania, Ucrania había sido durante las dos guerras, sobre todo, un granero, proyección de fantasías y planes coloniales. Vista desde esos centros imperiales, había sido siempre periferia. Había visiones polonocentristas, austrocentristas y rusocentristas, a las que sucedió más tarde la perspectiva del Imperio soviético, de modo que era preciso preguntarse si existía en realidad una historia ucraniana autónoma, independiente. Para mi asombro, no era yo el único (ni mucho menos el primero) que de la noche a la mañana se veía confrontado con esa pregunta, y por lo visto habían sido necesarias la articulación y rebelión postsoviética, antiimperialista y anticolonial de Ucrania para romper ese efectivo y duradero contexto colonial y relativizarlo, sometiéndolo a debate. Pero casi de manera automática, como un reflejo, se presentaba también la sospecha general de que toda autoafirmación de Ucrania reclamada desde dentro no podía ser más que la manifestación del nacionalismo ucraniano, cuando no del extremismo de derechas y del antisemitismo.

El complejo imperial se extendía entonces hasta el capítulo más sombrío de las relaciones de los alemanes con Ucrania, y sigue influyendo a día de hoy; en los programas de debate en los que expertos y profanos intercambian opiniones, cuando se habla de la guerra de la Alemania nazi contra la Unión Soviética se alude automáticamente a «Rusia» y a «los rusos». Se entiende que todos los crímenes cometidos por los alemanes en los territorios ocupados de la Unión Soviética son vistos como cometidos sólo en «Rusia» y contra «los rusos». Así, todos los sentimientos de culpa y responsabilidad que los alemanes, realmente, tienen motivos para abrigar se proyectan sobre «los rusos». En esta percepción—para la cual, en la mayoría de los casos, la Segunda Guerra Mundial no se inició en 1939 sino el 22 de junio de 1941—, no existen ni Bielorrusia ni Ucrania, que quedaron completamente invadidas por la guerra, ocupadas, explotadas como «graneros para cereal» y como proveedoras de mano de obra esclava. No existe tampoco Kiev, ciudad que fue arrasada, cuya

población de casi un millón de habitantes se redujo a 180v000. La destrucción de miles y miles de pueblos, la inundación de los pozos mineros y la voladura de diques y centrales eléctricas, la deportación al Reich de 2,1 millones de ucranianos como mano de obra esclava (de un total de 2,8 millones de soviéticos condenados a trabajos forzados); el hecho de que 5,3 millones de personas, el equivalente a uno de cada seis habitantes del territorio ucraniano, pagara con su vida; que Ucrania, el centro del judaísmo europeo antes de la guerra, perdiera 2,5 millones de sus ciudadanos judíos, un 60 por ciento de todos los judíos de la Ucrania soviética, casi el 90 por ciento de los ciudadanos judíos de la región de Galitzia, nada de eso se tiene en cuenta en el discurso de los alemanes sobre Ucrania. Tampoco el hecho de que dos millones y medio de ucranianos combatieran contra Hitler en el Ejército Rojo, ni que decenas de miles de ellos lucharan tanto contra Hitler como contra Stalin; nada de eso vale. Lo que define la imagen de Ucrania en Alemania eran los llamados *Hiwis*,[3] los ucranianos en los territorios ocupados que colaboraron con los nazis, el pogromo desatado por los nacionalistas de la OUN[4] y el antisemitismo de Stepán Bandera en la ciudad de Lviv tras ser evacuada por el Ejército Rojo, así como dos divisiones de las SS al final de la guerra. Que Ucrania tuviera que lidiar con la opresión llegada de dos frentes, que para muchos la lucha entre la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin constituyera una oportunidad para luchar por la independencia es algo que, por regla general, no aparece en el discurso que se escucha en Alemania sobre Ucrania. Para un país como Alemania, que tiene en tan alta consideración su «análisis crítico del pasado», es válido lo que dijo sobre los estadounidenses Arnold Margolin, representante judío de Ucrania en la Conferencia de Paz de París en 1919: «*They are as uninformed about Ukrainians as the average European is about the numerous African tribes*» [‘Están tan desinformados sobre Ucrania como la media de los europeos lo está sobre las numerosas tribus africanas’].

Pero aparte de toda competición sobre el número de víctimas y de la ideología victimista, está claro el modo en que Ucrania se ha convertido, en el siglo XX, en el escenario de una violencia devastadora. Uno puede verlo casi en cada ciudad, en miles de lugares. Allí se recorre una auténtica topografía de la violencia, del terror y de las grandes catástrofes: el tributo de sangre de civiles y soldados en los escenarios bélicos de la Primera Guerra Mundial; las fosas comunes de las víctimas de la guerra civil; los pogromos contra los judíos y la

primera gran hambruna de 1920-1921; la huella de las deportaciones en los territorios afectados por la colectivización; las fosas comunes para las víctimas del Holodomor de 1932-1933; la oleada de suicidios desencadenada por la represión contra la elite cultural ucraniana entre 1934 y 1935; las víctimas de las deportaciones masivas en el año del Gran Terror, entre 1937 y 1938; el sistemático exterminio de los judíos en territorio ucraniano, en lugares como Babi Yar, Drobitsky Yar, Odesa, Kamianéts-Podilskyi, el campo de Yanovska en Lviv; la muerte de millones de prisioneros de guerra soviéticos; los muertos de la «guerra civil dentro de la guerra», que duró hasta bien entrada la década de 1950, y, no lo olvidemos, los damnificados del accidente nuclear de Chernóbil, así como las más de seis mil personas que han perdido sus vidas a raíz de la guerra atizada por Rusia en los territorios orientales de Ucrania.

Aún hoy los alemanes—y quizá también los ciudadanos de otros países—ignoran las razones por las que los ucranianos tuvieron pocos motivos para sentir lealtad hacia el régimen de Stalin. Centenares de miles de campesinos fueron deportados, millones de personas sucumbieron en medio de una hambruna en parte provocada con fines muy concretos, la elite nacional fue diezmada, y la resistencia antisoviética, exterminada en una guerra implacable y cruel.

De los intelectuales ucranianos que residen en Occidente se esperan, en caso de que se les pregunte, respuestas sobre lo que opinan en relación con el nacionalismo y el antisemitismo; a casi nadie le interesa el modo en que Ucrania ha obrado el milagro de resistir, a pesar de una gran presión externa, a la obvia tentación nacionalista, uniendo en un gran movimiento a ciudadanos de todos los credos, ortodoxos, católicos, judíos o musulmanes, más allá de toda filiación religiosa o étnica. Otras naciones como Polonia, Letonia, Lituania o Estonia manifiestan una actitud más comprensiva: vivieron la experiencia de la doble ocupación de dos sistemas criminales, y para ellas es más fácil comprender cómo y por qué hoy en Ucrania se actúa y piensa de la manera en que lo hacen los ucranianos.

Ucrania, al igual que otras naciones de Europa central y oriental, aparece en esa perspectiva alemana—tan concentrada en Rusia—como un derivado, un fenómeno secundario, no independiente, como un objeto, a fin de cuentas, por encima de cuya cabeza puede llegarse a un entendimiento con el otro, al que muchas veces se le concede incluso el título de «vecino», a pesar de que en la actualidad no existen fronteras comunes entre Alemania y Rusia.

EN BUSCA DEL «GRAN RELATO»

La ausencia de Ucrania en el mapa mental de los europeos o de Occidente no se limita, por lo general, a la opinión pública. Quien tendría que saberlo es el historiador alemán y experto en Rusia Dietrich Geyer, quien constataba en su introducción a una historia de Ucrania compilada por Frank Golczewski: «Para el mundo cultural occidental, y especialmente para el mundo cultural alemán, la cultura y la historia de Ucrania siguen siendo *terra incognita*. Aun historiadores de profesión tienen, salvo raras excepciones, una vaga noción». El hecho de que el país, como objeto de estudio y de teorías, «sólo goce de una existencia modesta y limitada» ha sido confirmado por Andreas Kappeler, uno de los pocos que se han ocupado de la historia de Ucrania en el contexto de habla alemana. Resulta reveladora—y, al mismo tiempo, señala el camino a seguir para adoptar una nueva manera de abordar la historia de ese país—la «confesión» formulada en la década de 1990 por el historiador estadounidense y experto en Rusia Mark von Hagen, quien admitió haber tenido siempre a Ucrania en su agenda académica, pero sólo dentro del marco de otras historias —la de Rusia o la de Polonia—, por lo que en su carrera como historiador había necesitado algún tiempo para hacerse la siguiente pregunta: «¿Tiene Ucrania una historia propia?», o, en otras palabras, ¿qué hace genuinamente «ucraniana» la historia de Ucrania? Para la historiografía rusocentrista, Von Hagen, con tal planteamiento, se convirtió rápidamente en sospechoso de adoptar un sesgo nacionalista, mientras que a ojos de los historiadores ucranianos, con su argumentación basada en los aspectos étniconacionales (también dentro de la diáspora de los exiliados ucranianos), es visto como el agente de una historiografía contaminada de rusocentrismo.

Las diversas historiografías nacionales reservan a los ucranianos un sitio en la periferia. Frank Golczewski nos muestra cuán fácil pueden instrumentalizarse políticamente las proyecciones derivadas de todo ello:

> Para muchos rusos, los ucranianos eran unos «pequeños rusos» con un dialecto especial; para los nacionalistas polacos, formaban un pueblo de campesinos en un estadio cultural inferior que, con una mejor educación, prosperaría de forma absolutamente natural en el seno de la nación cultural polaca. ¿Quién no ha oído hablar de los cosacos? Por otra parte, ¿quién tiene una idea precisa de lo que designa el término? Los nacionalsocialistas consideraban a los

cosacos una etnia de raza bien definida, los comunistas soviéticos los tenían por la «espada de la reacción», para los campesinos polacos y los judíos eran bandas de asesinos, mientras que para los románticos ucranianos eran la primera sociedad democrática de Europa. Según fuera el interés político, era posible aprovechar con eficacia cada una de esas visiones distorsionadas, pero sin indagar demasiado en la realidad histórica.

Incluso al poder austríaco en Galitzia, con sus simpatías por Ucrania, sólo le interesaba tener un contrapeso a la superioridad de los polacos, mientras que a los enemigos de Rusia dentro de Polonia y Alemania les interesaba el debilitamiento de Rusia, no los ucranianos en sí: «En cuanto cambiaban las constelaciones políticas, se extinguía también el interés por Ucrania». El resultado, según nos dice también Frank Golczewski, no es tan sorprendente, por lamentable que sea:

Es por ello que estamos obligados, hasta hoy, a componer la historiografía de un país que está entre los más grandes de Europa a partir de libros de historia de Rusia o Polonia, obteniendo forzosamente impresiones que se derivan de la perspectiva de esos países.

Por grandes que hayan sido los progresos en los últimos veinte años en cuanto a la creación de nuevos enfoques en la historiografía moderna, Mark von Hagen alude sobre todo a la apertura de la historiografía polaca, lo cual es todo menos obvio teniendo en cuenta las relaciones polaco-ucranianas, conflictivas durante siglos; asimismo, por grande que haya sido el consenso relativo a un rechazo de toda construcción ahistórica y esencialista de una «nación ucraniana original», y por poco que se cuestione que existe una historia ucraniana *sui generis*, sigue siendo controvertida la cuestión sobre cómo ha de escribirse esa historia, cómo debe ser el gran relato en el que se preserve la experiencia histórica de las personas que han vivido en el territorio de la actual Ucrania. La labor en un relato histórico de tal índole ha de moverse, según Andreas Kappeler, entre Escila y Caribdis, entre los estereotipos negativos de los ucranianos como nacionalistas incorregibles y antisemitas, los traicioneros cosacos y partisanos (desde Jmelnitski y Mazepa hasta Bandera, pasando por Petliura) y los campesinos que hablan un dialecto eslavo impuro, así como los «mitos de la historiografía nacional ucraniana» que remiten la génesis de la nación ucraniana a un pasado remoto, afirmando que data de hace mil años.

Los ucranianos no son la única nación que se vio privada por mucho tiempo de un Estado propio, de una estructura social completamente desarrollada y

una lengua literaria distinta. En casi toda Europa, el proceso de formación nacional y de consolidación de un territorio estatal unificado ha sido complejo, interrumpido por continuos reveses. Según Andreas Kappeler:

> Esa discontinuidad contribuye de manera esencial a que los ucranianos ofrezcan hasta nuestros días la imagen de un colectivo poco estable y siempre amenazado. Esa inestabilidad, agravada por el tradicional sentimiento de superioridad de los rusos y los polacos ante el llamado «pueblo de campesinos de espaldas a la historia», pone a algunos ucranianos a la defensiva y los hace particularmente sensibles a la crítica, promoviendo en ocasiones, a modo de compensación, una conciencia nacional exacerbada.

Son sobre todo los historiadores ucranianos de generaciones más recientes, como Yaroslav Hrytsak y Gueorgui Kasianov, los que han reconocido desde hace algún tiempo el peligro que entraña una estrecha perspectiva étniconacionalista de la historia del país y han decidido seguir otros derroteros. Entre los trabajos clásicos—empezando por el padre de la historiografía ucraniana, Mijailo Jrushevski, hasta llegar a los representantes de la historiografía de la diáspora, como Orest Subtelny, Román Szporluk y Paul Robert Magocsi—, han surgido en las últimas décadas, estimulados por el propio proceso de la *nation building*, nuevos y fascinantes estudios que dejan la impresión de que la historia ucraniana podría convertirse en el modelo de una historia europea narrable desde la perspectiva transnacional.

Tanto la riqueza como la infinita complejidad de esta historia pueden inferirse de la dificultad para trazar un relato: tanto da si se trata de compactas monografías como de manuales escolares, de ensayos sobre la historia del arte o de recorridos por museos históricos de significación local o nacional. Una opción es tal vez la reconstrucción de «historias plurales *in situ*» que hagan justicia a los heterogéneos hilos históricos que confluyen en Ucrania. Mientras recorremos esos museos, experimentamos esa historia como algo «fluido», y percibimos que, con las interpretaciones, van cambiando también los objetos expuestos y desplazándose los acentos, al tiempo que algunas piezas de exposición desaparecen y otras ocupan su lugar, como sucede, por ejemplo, en el Museo Nacional de Historia de Ucrania, en Kiev. La historia es un campo en disputa, y los museos, dada su ambición de educar e informar, lo son de un modo particular en épocas de cambios radicales.

Todas las historias de Ucrania empiezan, como muy tarde, con el Rus de Kiev, que se afirmó entre los siglos IX y XIII como el reino más significativo de

las tribus eslavas orientales y uno de los más grandes de la Edad Media en Europa; su próspero centro se situaba en Kiev, en la mitad de la cuenca del Dniéper, en el «camino que va de los varegos a los griegos». A ese punto de partida pudieron remitirse posteriormente, aunque no en una secuencia sucesoria directa, ucranianos, rusos y bielorrusos, si bien por entonces no podía hablarse aún de etnias, y mucho menos de naciones en un sentido moderno. A través de Bizancio, el reino de Kiev encontró el acceso a la cristiandad oriental y a su cultura, y sólo perdió su posición central en el mundo eslavo oriental tras la conquista del Rus por los mongoles, después de 1236.

Los centros políticos y culturales se desplazaron con el ascenso del Gran Ducado de Lituania en el siglo XIV y su unión—que en 1386 fue personal, y real sólo en 1569—con el reino de Polonia, lo que tendría consecuencias que han llegado hasta hoy: la influencia de la lengua y la cultura polacas, el influjo de la Iglesia romana y, no en menor medida, los privilegios asociados al otorgamiento del derecho de fuero y las formas de autoadministración burguesas. La revuelta contra el Reino de Polonia de los cosacos del Dniéper, que habitaban la frontera sur en 1648, constituyó el «mayor éxodo de pueblos en la Europa oriental a inicios de la era moderna» (Andreas Kappeler), y ello fue acompañado de espantosos pogromos contra los judíos, desembocando en la formación del Hetmanato cosaco que para algunos representa el preludio de la posterior nación ucraniana. El Hetmanato perdió su independencia muy pronto ante el Imperio de Moscú, y sucumbió a raíz de la división de Polonia y de la integración total de la parte oriental de Ucrania al Zarato ruso.

El segundo polo determinante para la historia del territorio ucraniano surgió con el ascenso del Gran Principado de Moscú y del Imperio zarista ruso que se extiende más allá de Moscú, el cual, tras la derrota del Hetmanato cosaco, insistió en su autonomía y, tras la división de Polonia en el siglo XVIII, se convertiría en el poder que dejaría su impronta en la mayor parte del territorio hasta bien entrado el siglo XX.

El tercer centro de poder que dejaría sus huellas definitorias hasta hoy fue, tras la primera división de Polonia en 1772, el Imperio de los Habsburgo. En el siglo XIX, Galitzia se convirtió en el punto de partida del movimiento nacionalista ucraniano, pero, tras el fin de la monarquía del Danubio y de una breve República Popular en el oeste de Ucrania en 1919, pasó a formar parte de la resurgida República de Polonia.

El sucesor del régimen de la Horda de Oro tomó posesión de la orilla norte del mar Negro y de Crimea en el siglo XV como kanato de los tártaros de Crimea, hasta que fue anexionado al Imperio ruso en 1783. Como poder independiente pero vasallo del Imperio otomano, el kanato de los tártaros de Crimea fue un factor importante en la lucha fronteriza entre los imperios. A pesar de la rigurosa política de rusificación que tuvo lugar en el siglo XIX, y a pesar también de la deportación colectiva de los tártaros ordenada por Stalin al final de la ocupación alemana en 1944, Crimea siguió siendo la patria de los tártaros.

Otra consecuencia de peso derivada de la división de Polonia fue la presencia otra vez en territorio del Imperio ruso de los súbditos judíos de la corona polaca. En el llamado raión de asentamiento—que existió desde 1791 hasta su disolución en el año 1915—, situado entre el mar Báltico y el mar Negro, hacia finales del siglo XIX vivían cerca de cinco millones de judíos, la mayor parte de los cuales residía en el actual territorio de Ucrania, lo que lo convertiría—hasta el exterminio casi total de los judíos por parte de la Alemania nazi—en el centro del judaísmo en Europa del este.

LA FRONTERA DE EUROPA: UCRANIA COMO LABORATORIO DE LAS FRONTERAS

Por todas esas razones se infiere que el territorio de la actual Ucrania se constituye a partir de regiones marcadas por improntas muy distintas, y que una «historia ucraniana» que pretenda hacer justicia a esa variedad ha de dar cabida a todas esas historias heterogéneas: la heterogeneidad y la diversidad de tradiciones históricas, de lenguas y literaturas y de distintas confesiones. Una historia narrada a partir de una única comunidad étnica, lingüística o religiosa no haría justicia a la complejidad de la formación nacional y estatal de Ucrania.

Ucrania es, como su propio nombre indica, el país fronterizo por excelencia, pero no sólo en el sentido de una frontera con la estepa, sino el territorio a través del cual pasan varias fronteras. A Ucrania pertenece—dicho a modo de resumen—el territorio central en torno a Kiev, a ambos lados del Dniéper, el Hetmanato. De Ucrania forma parte la Ucrania oriental con el Dombás. A Ucrania pertenece igualmente el sur, que tras la liquidación del kanato de Crimea fue ocupado y explorado como la Nueva Rusia, y también Crimea. De

Ucrania forman parte asimismo el oeste—integrado durante mucho tiempo a la dinastía de los Habsburgo (Galitzia, la Bucovina)—y la Ucrania de los Cárpatos, con su impronta húngara. No existe una historia ucraniana sin una pluralidad de confesiones: las iglesias ortodoxas orientales bajo el patriarcado de Moscú, de Kiev o de Constantinopla, la Iglesia greco-católica ucraniana, los protestantes, los judíos y los musulmanes; de la literatura de Ucrania forman parte otras literaturas en lengua ucraniana, rusa, polaca, yiddish o alemana. No es exagerado decir que ese país de frontera llamado Ucrania es un verdadero laboratorio de paisajes fronterizos o que constituye una Europa en miniatura. No es necesario un dramático «cambio de paradigma» para entender que la complejidad de la historia ucraniana sólo puede narrarse de un modo apropiado si nos apartamos de historias tribales sobre los orígenes, cerradas herméticamente y obsesionadas con lo nacional.

Existe, como se sabe, una larga discusión en torno al concepto de frontera, que casi se ha convertido en una amplia disciplina de estudio. Algo para lo cual otras lenguas necesitan una variedad de palabras y conceptos, lo abarca la palabra alemana *Grenze* ('frontera, límite'), que, con su enorme riqueza semántica, cubre un infinito y matizado campo semántico. Con *Grenze* se definen fronteras suaves o duras, franqueables o herméticas; puede tratarse de fronteras reales o virtuales, de fronteras desaparecidas o fronteras fantasmales que pese a haberse borrado siguen teniendo efectos palpables, de fronteras verdes o custodiadas militarmente, de fronteras territoriales o marcadas por diferencias sociales. Con el vocablo pueden designarse «fronteras naturales» del relieve físico-geográfico o difusas zonas de tránsito, *borderlands*, *shatter zones*, *lands in between*, *buffer zones*. Por último, aunque no menos relevante, está la frontera protegida por alambre de espino, las trincheras que representan las más duras líneas de demarcación, en las que el asedio, el ataque o la defensa son cuestiones de vida o muerte. Disciplinas enteras de la *boundarology* se han desarrollado entretanto a partir de la riqueza del fenómeno de la frontera. Como sabemos por Georg Simmel y Friedrich Ratzel, las fronteras forman parte de las experiencias espaciales y temporales humanas más elementales.

Y ahora mismo Ucrania es otra vez el escenario de violentos desplazamientos fronterizos. Casi a simple vista hemos podido seguir cómo se abrían trincheras allí donde antes no había ninguna, cómo se trazaban líneas de demarcación donde hasta ese momento uno podía moverse libremente, sin restricciones, cómo algunos espacios urbanos se ocupaban primero simbólicamente, luego de

manera violenta, y cómo las regiones se transformaban en enclaves de hombres armados, zonas de ocupación, corredores y líneas de un frente de combate. Allí se han ignorado y violado fronteras nacionales reconocidas por la comunidad internacional, hombres armados han interrumpido el hasta entonces libre tránsito de personas. Algunas regiones han quedado degradadas a *no-go areas*, tierras de nadie, campos de tiro, y todo ello ocurre en medio de Europa, un espacio experimental de la disolución de fronteras existentes y la creación de otras nuevas.

Todo esto ocurrió y ocurre en un país de tránsito como no existe apenas otro en el continente europeo. Aquí el mestizaje es en realidad la norma, no la excepción. Casi todos los ucranianos tienen familiares en Rusia, los matrimonios o familias rusos-ucranianos son—como resultado de muchas generaciones de migrantes, ya sea por razones de trabajo o por deportaciones forzosas—vínculos indestructibles. Carreras académicas y políticas llevaron a la gente, durante generaciones, por el camino de San Petersburgo y Moscú, del mismo modo que, a la inversa, el idioma ruso—también impuesto forzosamente por las prohibiciones y la discriminación—era la lengua de las escuelas, las universidades y los medios de comunicación. En el espacio público, el ruso; en el círculo familiar y de amigos, el ucraniano: un bilingüismo vivido que ha traído consigo la formación de un mestizaje idiomático muy específico, el *súrzhyk*, surgido en las zonas de un contacto lingüístico más intenso. En ningún otro país de Europa, ni siquiera en Bélgica o en Suiza, ha funcionado tan bien ese bilingüismo como en Ucrania—y se ha podido observar en los programas de debate, en los que los participantes se entendían en ambos idiomas, o en las transmisiones de partidos de fútbol, en las que el comentarista deportivo pasaba de un idioma al otro—, no sólo como un gesto simbólico de buena voluntad, sino como una práctica obvia y cotidiana.

Hacer de la diferencia idiomática una diferencia étnica, y de esa diferencia étnica una social, política e ideológica, fue obra de fuerzas políticas cuyo único capital consiste en atizar las contradicciones hasta el grado de la hostilidad abierta. La capacidad de entenderse en un país y una ciudad con distintos idiomas y culturas se pone también de manifiesto en el ámbito religioso y confesional en un entorno en el que la existencia de diferentes «corrientes» ortodoxas y cristianas posibilitan un reconocimiento mutuo casi desde el

origen, un pluralismo vivido alejado de nociones y prácticas de un clericalismo casi de Estado similar al que podemos constatar en la Iglesia ortodoxa rusa.

En cuanto se deja de determinar la historia ucraniana a partir del aspecto étnico, entendiéndola como el conjunto de tradiciones desarrolladas y experimentadas en el territorio de Ucrania, la cuestión del «ucranianismo»—es decir, la relacionada con la identidad ucraniana—cobra la máxima actualidad: ¿cómo puede una nación, un gobierno, acoger en su seno y asimilar experiencias tan disímiles y polarizadas? Una historia de esa índole, como bien ha demostrado la historiografía ucraniana de corte transnacional y multiétnico de los últimos años, tendría que acoger toda esa pluralidad de perspectivas y relatos y realizar una labor enorme de síntesis. En esa historia tomarían la palabra no sólo los representantes del ucranianismo—los cosacos y hetmanes como Bogdán Jmelnitski e Iván Mazepa—o los precursores de la naciente literatura ucraniana, como Tarás Shevchenko e Iván Frankó, o el fundador de la historiografía ucraniana Mijailo Jrushevski, sino también aquellos ucranianos cuya socialización tuvo lugar principalmente en un contexto ruso o soviético e hicieron carrera en su entorno—tanto si se trata de Nikolái Gógol, oriundo de Mirgorod, como de Anna Ajmátova-Gorenko, originaria de Odesa—. A ello habría que añadir las biografías de personalidades rusas oriundas de Ucrania o que ejercieron su influencia allí, como Iliá Repin, Serguéi Prokófiev o Nikita Jruschov, al igual que prominentes judíos con un pasado ucraniano, como León Trotski, Sholem Alejem o Isaak Babel. Incluso escritores judíos de habla alemana oriundos de la Bucovina o de la Galitzia oriental, como Paul Celan, Rose Ausländer o Joseph Roth, deberían formar parte de una historia de Ucrania de carácter multiétnico. Una historia de esa índole incluiría el martirio del Holodomor en las aldeas ucranianas, los pogromos judíos de la guerra civil y el exterminio de los judíos ucranianos por parte de las fuerzas de ocupación alemanas y sus cómplices; tampoco perdería de vista a las víctimas de las dos ocupaciones, la alemana y la soviética, ni a sus colaboradores y beneficiarios. La variedad de culturas ha dejado su huella en todas las regiones de Ucrania. Las encontramos por todas partes, pero sobre todo *in situ*, allí donde las lenguas y las culturas se entremezclan, donde a menudo colisionan y, a veces, han producido algo único y muy característico. La diversidad de la cultura ucraniana se ha plasmado en las texturas y palimpsestos de las ciudades del país. Aun después de las violentas «acciones de purga» étnica y social llevadas a cabo en el siglo XX—el amplio exterminio de los judíos, la «depuración étnica»

que sufrieron polacos, tártaros de Crimea, griegos del mar Negro y miembros de otras minorías—; aun tras el cierre o la destrucción de iglesias, sinagogas y mezquitas, la eliminación de nombres y derribo de monumentos, es posible, a día de hoy, identificar con facilidad el mestizaje de culturas. Paisajes como los centros urbanos de Ucrania dan forma a todo el espectro de ese gran país europeo.

LA EXPERIENCIA DE LA FRONTERA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN POLÍTICA

La experiencia de la frontera—hacia el exterior y hacia el interior—es algo constitutivo de Ucrania. El país puede describirse en muchos sentidos como una *frontier society*. El término *frontier* ha hecho escuela a raíz del ensayo de Frederick Jackson Turner *The Significance of the Frontier in American History* (1893) [*La frontera en la historia americana*], un texto que ejerció una gran influencia no sólo en la historiografía de Estados Unidos, sino también en los modos de entender la nación americana. Turner hizo hincapié en el avance de los colonos hacia el interior del continente y la manera en que la frontera configuró la naciente sociedad y nación estadounidenses, a fuerza de recompensar la osadía, la iniciativa individual, el individualismo y la responsabilidad personal en vez de la dependencia, y mucho menos la sumisión, a las instituciones del Estado.

Muchas virtudes americanas que por rutina y autocomplacencia parecían extinguidas en las relaciones establecidas y consolidadas del antiguo Este americano, experimentaron una repetida regeneración, según Turner, gracias a la lucha de esos pioneros que tuvieron que abrirse paso a través de aquellos indomables entornos salvajes.

A veces las analogías nos llevan a callejones sin salida, pero existe más de un paralelismo entre esa frontera móvil del *American West*—a lo largo de la cual se va formando una sociedad—y Ucrania. Ucrania significa, como ya hemos mencionado, tierra de frontera. Las experiencias de la frontera están entre las más elementales del proceso de formación de la nación y el Estado ucranianos.

De ello forman parte las fundamentales diferencias existentes entre la estepa y las regiones boscosas, entre los territorios de asentamiento y desplazamiento de poblaciones sedentarias o nómadas. El espacio natural y cultural de la estepa—

que se extiende desde la costa norte del mar Negro hasta Mongolia, pasando por las estepas de Asia Central—fue siempre un espacio de tránsito, territorio de operaciones y dominio de los pueblos nómadas. Contra algunos de ellos hubo de afirmarse el Rus de Kiev formado desde el siglo IX a orillas del río Dniéper, su canal de tráfico y comercio más importante. También en la época en que los territorios del desaparecido Rus de Kiev se desplazaron al ámbito de dominio del Gran Ducado de Lituania y, más tarde, de la Mancomunidad de Polonia-Lituania (también conocida como República de las Dos Naciones), extensas regiones de la actual Ucrania eran territorios fronterizos, colindantes entonces con el kanato de los tártaros de Crimea. Fue en esa frontera y en ese espacio intermedio donde a finales del siglo XVI y principios del XVII, en el territorio de los cosacos del Dniéper y del Hetmanato, se manifestaron los primeros indicios de la formación de una nación en sentido moderno. Muchas de sus prácticas, virtudes y comportamientos nos recuerdan la caracterización de Turner: el estar a merced de sí mismos, la estructura democrática de la asamblea de cosacos, la insubordinación ante las autoridades estatales y un concepto más bien anarquista de la libertad, todo lo cual se desarrollaría para crear un auténtico mito de los cosacos (en clara oposición al mito negativo que prima sobre ellos como organizadores de pogromos y fiables colaboradores de la autocracia rusa).

Los ucranianos no fueron los únicos privados por mucho tiempo de una configuración nacional propia. Tras las sucesivas divisiones de Polonia en el siglo XVIII hubo polacos viviendo durante más de una generación en entornos confesionales, institucionales y sociales muy distintos, con todo lo que ello implicaba en términos de experiencias idiomáticas y culturales. La brecha entre experiencias divergentes y hasta contrarias desde el punto de vista histórico ha dejado huellas que vemos todavía hoy, tanto más porque la historia de territorios divididos no acabó tampoco en el siglo XX. Los ucranianos sólo consiguieron constituirse como un sujeto soberano y con conciencia de sí mismos en muy pocos momentos, todos muy breves, como el intervalo que va de 1917 a 1920. Fue el final de la Unión Soviética lo que devolvió a los ucranianos—ahora hace ya un cuarto de siglo—su propia soberanía y configuración estatal.

LA AMENAZA EXTERIOR COMO CATALIZADOR DE LA NACIÓN

A pesar de las nuevas divisiones y fronteras que cruzan en la actualidad las formaciones paraestatales y los territorios ocupados del este de Ucrania, los acontecimientos más recientes, provocados por una intervención militar, han tenido un resultado paradójico. Sobre este asunto, la socióloga ucraniana Tatiana Zhurzhenko ha escrito:

> Al mismo tiempo, la agresión rusa completa algo que no consiguió ninguno de los presidentes ucranianos, ni Kravchuk ni Yanukóvich: ha sido el catalizador para la creación de una nación política. La identidad ucraniana, asociada durante tanto tiempo con etnicidad, idioma y memoria histórica, se ha vuelto de repente territorial y política, e incluye, de ese modo, a ciudadanos rusoparlantes y rusos, así como a otros de orígenes étnicos distintos. Un buen ejemplo son los tártaros de Crimea, que tras la anexión han permanecido fieles a Kiev y son vistos hoy como ucranianos «genuinos».

De modo similar, el historiador de Lviv Vasil Rasevich ve la posibilidad de que se fusionen memorias antagónicas e imágenes propias bajo la presión impuesta desde el exterior; sobre ello ha escrito: «La Revolución de la Dignidad y la lucha por una Ucrania soberana e independiente representan ya una historia ucraniana más abarcadora, la historia de una nación política en gestación y del triunfo de la sociedad civil ucraniana».

Pero ¿no podría afirmarse lo contrario? ¿No podría decirse que el Maidán, por ejemplo, abrió y consolidó la brecha, hizo añicos la postura del «tanto lo uno como lo otro», del *laissez-faire*, que había sobrevivido más de veinte años y evitado cualquier toma de partido militante, e incluso militar, profundizando así la división del país, haciéndola incluso irreversible? ¿Cómo pueden atenuarse, aproximarse o incluso fundirse antagonismos tan agudos fomentados desde el exterior? ¿Cómo hacer posible que en una misma concepción de la historia se fundan la heroización de la clandestinidad antisoviética—que muchos asocian con Bandera y con la colaboración con los nazis—con la imagen de los soldados ucranianos del Ejército Rojo que llegaron combatiendo hasta Berlín para defender su país? ¿Cómo conciliar las imágenes de la heroica modernidad soviética—la represa de Dnieproges, la fábrica de tractores de Járkov—con la hambruna del Holodomor, que asolaba por esas mismas fechas al país, causando millones de víctimas? ¿Cómo reunir los antiguos y nuevos días festivos nacionales con los días festivos—ya convertidos en un hábito—heredados de tiempos soviéticos sin que ello genere nuevos

motivos de malestar? ¿Cuál sería la figura integradora situada por encima de todas las filiaciones y antagonismos?

Tal reconciliación no será posible sin una profunda revisión histórico-política; no ocurrirá sin que se desvelen y analicen críticamente las «manchas oscuras» en la historia de Ucrania: colaboracionismo por ambas partes, traición por ambas partes. Tampoco podrá ocurrir sin la pluralización de las interpretaciones y los relatos de la historia, y de todo ello existen ya ejemplos alentadores, como han demostrado en los últimos años algunos congresos celebrados en Ucrania sobre temas muy controvertidos de la historia del país. Sin embargo, el principal recurso que pueda convertirse en un catalizador para la disolución de los relatos antagonistas será el movimiento político que llene el espacio en el que una visión compartida de la nación sea posible sin verse obstaculizada por las presiones o las intervenciones desde el exterior, sean del bando que sean.

FENOMENOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN Y NACIMIENTO DE LA NACIÓN POLÍTICA

Qué fue el Maidán será objeto de estudio para los historiadores futuros. Pero no cabe duda de que, en un principio, tuvimos dificultades para entender lo que estaba ocurriendo. Alguna razón debe de haber cuando ciertos reflejos elementales—en este caso la solidaridad con los agredidos—dejan de funcionar. En una ocasión, refiriéndose a la actitud de la izquierda europea en relación con el movimiento de derechos civiles en la Europa del Este, Václav Havel habló de una «anatomía de la reticencia». Sin embargo, lo que sí es seguro es que el resultado, a pesar de toda su variedad—*flash mobs*, tiendas y cocinas de campaña, luchas de barricadas, proyectiles de fabricación casera, universidades y clínicas improvisadas—, forma parte ya de la historia de las revoluciones europeas. El Maidán, como movimiento popular, nos sorprendió a todos los que teníamos aún fresco en la mente el ensayo de Hannah Arendt *Sobre la revolución*: crecimos con la imagen de Walter Benjamin de los revolucionarios apuntando a los relojes de los campanarios para detener el tiempo y dar el salto a una nueva era. La revolución como ruptura, discontinuidad, cambio de épocas, *point of no return*.

Como algo cualitativamente nuevo—al menos así se ha afirmado reiteradamente desde 1989—, se añadió a ello la ausencia de violencia: la *self-limiting revolution* de Jadwiga Staniszkis y la práctica de la «mesa redonda», según la cual a los dictadores derrocados no se los liquida, sino que se los envía al exilio o se los jubila. La revolución ya no se muestra sedienta de venganza, sino que es generosa, se las arregla sin barricadas ni mártires, no adopta una postura de blanco o negro, no obliga a elegir entre la vida o la muerte, sino que apuesta por la comunicación y la disposición a hacer concesiones. Negociación —*negotiation*—era la palabra mágica. Encajaba en una época que se entendía como postheroica. Un nuevo paradigma de la transformación radical se había consolidado: la revolución pacífica como verdadero logro de un siglo tan sangriento y lleno de guerras civiles.

Pero entonces llegó el Maidán, la sublevación popular, y dinamitó la imagen que se había convertido casi en un arquetipo ideal. La crónica de los acontecimientos que se iniciaron el 21 de noviembre de 2013—cuando, poco después de las diez de la noche, unas mil personas se reunieron para protestar contra la acción del gobierno de retirar su solicitud de ingreso a la Unión Europea—, que continuaron con la marcha de un millón de personas y concluyeron con la huida del presidente el 22 de febrero del año siguiente, está documentada al detalle y nos permite echar una ojeada al «rostro de la revolución». En medio están todos los estadios imaginables de aceleración, confusión, radicalización, pero también de distensión temporal y de esperanza de un desenlace pacífico.

Como alguien que no dio crédito a lo que estaba viendo y mostró su recelo en relación con aquel *pathos* revolucionario, alguien que se dejó llevar más por el modelo de la «revolución que se limita a sí misma» y llegó al escenario demasiado tarde, cuando ya todo estaba decidido—un monumental escenario de asfalto calcinado, fachadas ennegrecidas por el fuego, monumentos improvisados para los héroes de la Nebesna Sotnya ('Los cien héroes celestes') —; como alguien, además, que en realidad no tenía derecho alguno a inmiscuirse en un asunto de vida o muerte, sólo me resta citar las imágenes, si bien hoy en día nada debería parecernos más convincente que la afirmación de que las imágenes, *per se*, ya no constituyen ninguna evidencia. Pero no, sí que existen evidencias: la de los estudiantes que—movilizados a través de Facebook por el brillante periodista ucraniano de origen afgano Mustafa Najen—fueron apaleados por miembros de la policía especial, la Berkut, que no podían

entender que hubiera personas que no estaban dispuestas a obedecer sus órdenes; las crecientes multitudes que no podían haber sido sobornadas, ni siquiera por la CIA; los rostros de los ciudadanos que se unieron a las protestas porque querían que los dejaran en paz, porque no podían entender que su gobierno ordenara a las fuerzas de seguridad que los golpeara o incluso les disparara. Hay imágenes que muestran una sociedad como otra cualquiera, sin poses ni gestos heroicos; imágenes de una ciudad que ya no deja que hagan con ella lo que les apetezca a otros. Y está, por supuesto, la manifestación, la «ciudad dentro de la ciudad», los ciudadanos que se mantienen firmes en la plaza central, a fin de protegerla y abastecerla. Están las imágenes de los que se turnan para dormir o hacer guardia, de los exhaustos y heridos, de los que son trasladados al monasterio de San Miguel y atendidos allí.

Yo afirmo que esas imágenes refutan la mentira del «fascismo en el centro de Kiev». Habría que ver a los cientos de miles de personas que se reunieron en esa plaza la noche de Año Nuevo para asistir al concierto del grupo Okean Elsy. Sólo movimientos llenos de fuerza y conciencia de sí son capaces de crear una «universidad abierta» en plena lucha, de establecer hospitales para atender a los heridos, de organizar conciertos empujando entre los dos frentes un piano en el que un supuesto pianista-terrorista interpretó obras de Chopin. La máscara era su protección, no el equipo de un atacante.

La violencia tiene también un rostro, y afirmo que es posible reconocerlo. Ahí están esos robots vestidos de negro y armados hasta los dientes, los francotiradores, los matones que sacaron a los heridos de los hospitales para torturarlos y matarlos: «Mirad, esto es lo que haremos con vosotros». Y ahí están los disparos bien dirigidos contra los que yacen sobre el pavimento de las calles Instytutska y Jrushevski, los ya heridos por las balas, mientras que los siguientes disparos van dirigidos contra los que los ayudan, los que acuden al auxilio de los heridos. También ellos son tiroteados. Sobre todo esto se pude leer ahora, *a posteriori*, en numerosos documentos.

Existen pocas imágenes comparables a todo lo que tuvo lugar en aquella plaza entre noviembre y marzo (pues no contamos con testimonios fotográficos de gran parte de los acontecimientos históricos parecidos): la Comuna de París, las propias revoluciones en Rusia, y también los alzamientos de Berlín en 1953, en Posen y Budapest en 1956, así como en Praga en 1968. La cuestión es por qué la generación que sigue recordando lo ocurrido en mayo del 68 en París permaneció mayoritariamente en silencio ante lo ocurrido en Kiev, y por qué

asuntos tan elementales como el coraje cívico, el valor, el arrojo para enfrentarse a la violencia de un régimen corrupto no generaron comentarios, por qué las escasas declaraciones de simpatía quedaron atenuadas por la sordina de la reticencia reflexiva, las matizaciones y dudas. Lo sabemos: las declaraciones de Victoria Nuland sobre los suministros de armas a Ucrania, sobre los miles de millones supuestamente invertidos por Estados Unidos en la creación de ONG, los pósteres del líder nacionalista e independentista Stepán Bandera justo al lado del escenario del Maidán y muchas otras cosas. Pero nada de eso—fueran rumores o hechos concretos—anula las imágenes de la Revolución de la Dignidad.

Entretanto ha transcurrido más de un año, pero no es demasiado tarde aún para ocuparse otra vez del Maidán y, sobre todo, de nuestra actitud hacia esos acontecimientos, no con la intención de ofrecer una imagen romántica de los hechos ni de ensalzarlos a partir de una teoría de la revolución, sino para encontrar un punto de conexión con un presente que nos ha pillado desprevenidos.

LA GUERRA: IRRUPCIÓN DE LA VIOLENCIA Y FIN DE LOS DISCURSOS

Lo que nos sorprendió aún más fue el regreso de la violencia, el comienzo de una era de guerra que no está claro si es el eco de aquella Guerra Fría que duró cuarenta años, un retorno a las condiciones de la misma o siquiera la entrada en un período prebélico en una época de disolución de las hegemonías y de gran caos global. Durante una prolongada postguerra, protegida por las medidas disuasorias de las grandes potencias, Europa se había acostumbrado a la idea de que la violación de fronteras era un tabú, que las fronteras nacionales debían respetarse por encima de cualquier diferencia. No obstante, con la anexión por la fuerza de la península de Crimea, se ha atentado contra una norma que, de generalizarse y hacer escuela, echaría por tierra todo el orden mundial. Su fundamentación histórica suena como un manual de instrucciones para destruir el orden alcanzado con la postguerra europea. Siguiendo los argumentos de corte étniconacional ofrecidos por Putin y la justificación histórica que afianza sus pretensiones, todas las fronteras podrían ser cuestionadas de ese modo. La ocupación militar de un territorio ha sido un

hecho insólito en Europa después de 1945. Esa violación de las normas internacionales ha destruido ahora un mundo fundamentado en la negociación, la diplomacia y una cultura del discurso.

Para varios sobrios observadores con experiencia en la guerra de Yugoslavia, la agresión contra Ucrania es una suerte de *déjà vu*. Y, en efecto, abundan los paralelismos. Sin embargo, en la guerra que una potencia provista de armas nucleares ha desatado ahora contra un país europeo se pone de manifiesto algo cualitativamente distinto, nuevo. Este retorno de la violencia resulta desolador no sólo por algunos detalles específicos—como los francotiradores, las torturas, el derribo de un avión de pasajeros, los actos brutales de guerrilleros separatistas y mercenarios—, sino también porque es un ejemplo claro del dominio de la escalada militar: el desarrollo del conflicto lo controla el bando que tiene la última palabra, superioridad militar, incluidas las armas nucleares.

Por último, tenemos que vérnoslas con una guerra no declarada, una guerra que oficialmente no existe. La agresión, que es evidente—no son tropas ucranianas las que ocupan un territorio de Rusia, sino tropas rusas las que se encuentran en territorio ucraniano—, es negada. Se considera promotores de la misma no a aquellos que suministran armas e instructores a los territorios ucranianos ocupados, sino a quienes se les enfrentan y defienden esos territorios. La autodefensa parece una provocación, lo cual lleva a una nueva escalada. No sólo tiene lugar una inversión de los hechos, sino que se cuestionan los hechos mismos. Soldados cuyas existencias están documentadas de forma irrefutable no serían, en este caso, soldados, sino invenciones, proyecciones, quizá hasta turistas que se han extraviado al otro lado de la frontera. Los soldados muertos se envían de vuelta a Rusia en ataúdes sin identificar y sus familiares sólo reciben una pensión si callan su nombre y su trayectoria. De ese modo los muertos desaparecen por segunda vez. Y dado que los instructores y coreógrafos de la ocupación de Simferópol, Sloviansk, Kramatorsk, Donetsk y Lugansk están tan convencidos de la justicia de su causa y, a estas alturas, se han vuelto algo parlanchines, conocemos hasta los detalles más nimios de los hechos de los que todavía hace un año se decía que eran invenciones. El propio Putin no pudo evitar, al cumplirse un año de la ocupación de Crimea, vanagloriarse de la profesionalidad con la que se había llevado a cabo su guerra relámpago.

Hace mucho que no se trata ya de propaganda y contrapropaganda, sino de determinar si existen o no diferencias entre los hechos concretos y la ficción.

Los hechos devienen una cuestión de interpretación, según la divisa de que todo es mentira y, por lo tanto, todo puede ser verdad. La mentira descarada se cuela hasta en una rueda de prensa oficial, o llega incluso a los círculos diplomáticos—donde supuestamente debe observarse una proverbial discreción, un tacto muy específico—en el momento en que un veterano profesional como el ministro de Exteriores Serguéi Lavrov habla sin pudor y con retórica demagógica de «genocidio contra el pueblo ruso en Ucrania». La mentira burda campea hace tiempo en los programas de debate de los medios, y a menudo ni se replica, ya sea porque no hay nadie que se atreva a interrumpir al mentiroso o porque los presentadores de televisión están bajo presión y han de velar por mantener la equidistancia según la cual la verdad absoluta no existe, sino que siempre está en algún punto intermedio. De ese modo, el discurso continúa mientras los tanques avanzan. La *information war*, la guerra de la información, que se sirve con virtuosismo de la retórica postmoderna de la multiplicidad de perspectivas, relativizándolo todo, nos ha alcanzado hace mucho tiempo.

Es evidente que han fracasado tanto los sistemas de alarma militares como los intelectuales. Apenas existen respuestas apropiadas a los proyectos imperialistas del *ruski mir*, 'mundo ruso', ni a los planes del neoeurasianismo; apenas se ha empezado a montar una defensa en cierto modo organizada contra el ejército de mentiras y las campañas de desinformación en redes sociales usadas a ese efecto; no parecemos ser conscientes de las virtuosas coreografías tras las cuales se forjan las alianzas de los extremismos de izquierda y de derecha, ni de que esas alianzas aprovechan las muchas contradicciones internas de una estructura tan compleja como la Unión Europea y podrían conducir a su fractura.

LA FRONTERA DE EUROPA

No se trata únicamente de Crimea, del Dombás o de Ucrania, sino de algo más. Y en ese sentido me refiero a Ucrania como la frontera de Europa. Después de 1989, muchos han reflexionado sobre una «nueva constitución de Europa». Yo he de admitir que la destrucción de la Europa que se configuró después de 1945 estaba fuera de mis horizontes. Pero estamos ahora ante una emergencia, y Europa puede fragmentarse, puede que no consiga resistir a los chantajes, que el campo de batalla en el que se ha convertido Ucrania desde

hace un año se aproxime cada vez más a nosotros y la desestabilización hacia la que se quiere empujar a Ucrania pueda alcanzar al conjunto de la Unión Europea, si es que no la ha alcanzado ya.

En todas las decisiones que se toman hoy en el marco de la Unión Europea está sentado a la mesa, invisible, un «convidado de piedra»: tras el fracaso de los intentos por salvar Grecia acecha la amenaza de que ese país pueda buscar refugio en los brazos de Putin y de los oligarcas rusos, y Konstantín Maloféiev, el oligarca ortodoxo amigo de Duguin, promotor de las actividades encubiertas en Crimea y el Dombás, ya ha creado hace tiempo su *greek connection*. En lo que se refiere a los suministros de combustible en Europa se ha puesto por fin sobre la mesa el tema de cómo el continente puede independizarse para evitar todo tipo de chantajes. Ciudades, regiones y zonas urbanas que dependen del turismo—la «milla de oro» en el primer distrito vienés, el Kurfürstendamm en Berlín, la especulación inmobiliaria en Barcelona—reflexionan ya sobre los modos de compensar una caída del número de clientes rusos, tan dados al consumo, y cómo recuperarlos. Las redacciones de los periódicos y las cadenas de televisión se esfuerzan en no ponerse en evidencia, por lo que prestan mayor atención que nunca a la equidistancia, con tal de no hacerse sospechosos de fomentar los «estereotipos antirrusos».

Los europeos no estaban preparados para esta nueva situación, y han necesitado algún tiempo para adaptarse. Si bien la guerra híbrida—y también extraoficial—ya estaba en curso hacía tiempo, se creía todavía en la efectividad de la disuasión simétrica. Mientras el armamento y el personal militar rusos cruzaban la frontera de Ucrania, las instituciones que se ocupan de la inteligencia aún no estaban en condiciones de ofrecer pruebas, o simplemente no quisieron hacerlo por razones políticas. El trabajo de documentación, identificación y reconstrucción del transporte de armas se dejó en manos de los reporteros de la prensa, quienes, a menudo en condiciones muy riesgosas, siguieron pistas, realizaron entrevistas en los escenarios de combate y tomaron fotos que no dejaban lugar a dudas sobre la identidad de los agresores. Mientras que el pasado año los intelectuales y el mundo académico, casi con furor criminológico, se sumergían en los detalles que les ayudaran a reconstruir el momento exacto en que se había desatado la Primera Guerra Mundial, pasaban por alto la fase de incubación de otro conflicto militar que se iba abriendo paso ante sus propias narices. En 2014 fue el centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial el que acaparó toda la atención y toda la agudeza

analítica, y en ese momento estuvimos mejor informados sobre el pasado que sobre el presente. ¿Quién sabía algo del concepto del «eurasianismo»? Se sabía que en la década de 1920 había existido un grupo de intelectuales con ese nombre, pero éste sólo tenía interés para los historiadores de las ideas. En cambio Aleksandr Duguin, el nuevo líder del neoeurasianismo, no sólo era un exégeta e intérprete de textos con cierto interés, sino que en discursos públicos y blogs hacía llamamientos a la formación de unidades de voluntarios al estilo de los *Freikorps*: «¡Matad, matad, matad!». El concepto anunciado por Putin del «mundo ruso» no fue sólo un programa para los amantes de la literatura y de la cultura rusas, sino que declaraba de forma tajante: «Allí donde haya rusos, donde se hable ruso, está Rusia». Sonaba a la consigna de los *Freikorps* alemanes en la década de 1920: «Allí donde estemos nosotros, está Alemania». De pronto los rusos residentes fuera de las fronteras de Rusia se encontraron en una posición semejante a la de las poblaciones de origen alemán en el período de entreguerras: utilizables como «quinta columna» para movimientos identitarios delirantes y revanchistas. Entonces fueron los alemanes de los Sudetes contra Checoslovaquia, hoy son los grupos étnicos rusoparlantes en el Báltico o en Ucrania.

La tragedia consiste no sólo en que esos grupos sean utilizados para llevar adelante una abierta política imperialista, sino en que la retórica nacionalista y etnicista clava su pica dentro de la propia Federación Rusa, que, como indica su nombre, *Rossískaua Federatsia*, no es únicamente rusa ni étnicamente homogénea, es una confederación de regiones rusas, el espacio de un Estado multiétnico. El «mundo ruso» pretende ser, además, una alternativa a nuestro mundo: un mundo de valores inmutables estrechamente ligados a los preceptos morales y las ideas sociales de la ortodoxia rusa. Los medios de comunicación rusos se burlan de Europa llamándola «Gayropa» (una Europa de gays), la desprecian, aun cuando los oligarcas de esa nación y sus funcionarios estatales mandan a sus hijos a estudiar en internados ingleses o pasan sus vacaciones en mansiones de la Costa Azul. El fundamentalismo islámico no es el único que puede seducir a jóvenes desorientados, también pueden conseguirlo la ortodoxia fundamentalista y un régimen autoritario. Los ciudadanos rusoalemanes reclutados para combatir en el bando de los separatistas en el Dombás no serán, sin duda, los últimos.

LA CRISIS RUSA TRAS LA CRISIS UCRANIANA

Uno no pude sino constatar que detrás de la llamada crisis de Ucrania se oculta, en realidad, una crisis fundamental rusa. Se puede hablar de los evidentes puntos débiles, los males y tumores, de un fracaso de años y décadas de las elites políticas en una Ucrania que celebra ahora un cuarto de siglo de independencia; puede hablarse, asimismo, de la malograda privatización que ha permitido a unos pocos apropiarse de lo que pertenecía al pueblo y alcanzar riquezas inimaginables de la noche a la mañana (riquezas que luego sacan del país); podría hablarse también de una producción de mitos nacionales comprensible tras un largo período de represión, mitos que también constituyen una provocación, dividen al país y pasan a ocupar el lugar de una esmerada labor por alcanzar un relato histórico que acoja las experiencias de todos los ucranianos, también los del Dombás; podría hablarse de la corrupción sistemática, tan difícil de extirpar, de la miseria en la que se han sumido grandes sectores de la población. Pero todo ello es asunto de los ucranianos, y ellos, sobre todo los movilizados por el Maidán, son quienes mejor lo saben. Ha habido en el país, en los últimos veinte años, elecciones correctas y cambios pacíficos de poder, existe un espacio público en el que se analizan y negocian los problemas nacionales, y es más bien un milagro que Ucrania se haya mantenido firme hasta ahora, a pesar de las amenazas externas y de la subversión interna.

Mucho más difícil resulta entender siquiera aproximadamente lo que ocurre hoy en Rusia. Lo admito: las dificultades de la Rusia postsoviética eran extraordinarias. Pero hubo una época en la que el fin del imperio no fue percibido como una pérdida, sino como la liberación de una carga, como la posibilidad de concentrarse por fin en la recuperación y la renovación de un país que se había visto golpeado y desangrado a lo largo del siglo XX. Putin perdió una oportunidad cuando dejó pasar los años en los que las exportaciones de petróleo arrojaban réditos exorbitantes. En lugar de modernizar el país, ponerlo a la altura del siglo XXI y explotar su potencial, redistribuyó las riquezas en favor de una *clique* cleptómana, minando y destruyendo las instituciones que lo habrían ayudado a levantarlo: medios, Parlamento, agrupaciones de la sociedad civil. De la crisis a la que condujo al país ha querido salir con una huida hacia adelante: librar una guerra y ganarla sería más fácil que abordar la secular tarea de modernizar ese gran país. La

culpa la tienen los otros: nada es más fácil ni sirve mejor para desviar la responsabilidad. Pero a la larga ningún país puede cohesionarse ni regirse por métodos dictatoriales, ni siquiera Rusia, que ha resistido la prueba de grandes catástrofes. En algún momento esa cohesión promovida a través de una «integración negativa» (Lev Gudkov) se romperá. Y si mencionamos a Putin no es con la intención de demonizarlo o desenmascararlo, sino porque, a raíz de la destrucción de las instituciones, todo el poder se ha concentrado en su persona: una maldición para cualquier país, especialmente para Rusia. Putin ha hecho algo que era impensable para los rusos y que por lo tanto no existe oficialmente, así que ha de ser ocultado, porque es un crimen por el que en algún momento se le pasará factura: ha instigado una guerra contra un «pueblo hermano». A pesar de lo que nos dicen todas las encuestas y *rankings* de popularidad, Putin muestra todos los rasgos de un *failing man*.

UCRANIA ANDARÁ SU PROPIO CAMINO

La guerra contra Ucrania continúa. El armisticio se mantendrá o se romperá según sean las necesidades coyunturales. No sabemos lo que ocurrirá mañana o pasado mañana. Putin se siente—como puede inferirse de la puesta en escena de su desaparición y de sus vanidosas y casi frívolas comparecencias a la vista de la tragedia rusoucraniana—dueño de la situación. Lo que continúa funcionando es su control de los medios para una escalada del conflicto. La coreografía se sofistica. Una virtuosa interpretación en el teclado de las contradicciones internas de Europa y de Occidente y sus competencias. No obstante, su cálculo no ha dado (aún) los resultados esperados. Ha ganado una batalla, pero ha perdido la guerra. Ha tomado Crimea con un golpe de mano, pero se le ha atascado el proceso segregacionista en Novoróssiya (Nueva Rusia) y en el sudeste de Ucrania. El proyecto colonial de Putin del que ha hablado Timothy Snyder ha fracasado. Los territorios ocupados de Donetsk y Lugansk no son viables como entidad nacional, pero bastan para desestabilizar a Ucrania por largo tiempo. Las consecuencias de la guerra—una guerra en medio de Europa—son muy graves: ciudades destruidas, más de un millón de refugiados, más de seis mil muertos, infraestructuras arruinadas. Con todo, Ucrania no se ha arrodillado. Ha perdido el control sobre partes de su territorio, pero la resistencia contra la agresión ha espoleado la unidad de los ucranianos como

nación política. La sociedad soporta hasta ahora la carga de insólitos sacrificios; los voluntarios, los ciudadanos comunes y corrientes hacen las veces del Estado, que está debilitado y ha fracasado en funciones tan elementales como la defensa del país. Pero, resumiendo: lo que llamamos *nation building*, aun en una situación de amenaza, no se ha debilitado.

Los historiadores no tienen recetas para solucionar problemas del presente, pero el curso de los acontecimientos actuales no les resulta indiferente. Hacia dónde marchará Ucrania es asunto de los propios ucranianos. Seguramente aceptarán gustosamente consejos y apoyo material del exterior cuando sean de utilidad. Habrá que hacer todo lo humanamente posible para frenar el conflicto. Pero todo ello no es más que una serie de lugares comunes. Los amigos de Ucrania deben encontrar la manera de ser menos susceptibles al chantaje, pero no es tarea fácil. A falta de otras respuestas, será necesario imponer las sanciones establecidas, pero ¿cómo hacerlo, si para ello es necesario un acuerdo de todos los Estados miembros de la Unión Europea? Habrá que agotar todos los recursos diplomáticos, pero ¿qué pasará si nuestro interlocutor incumple lo acordado? Es preciso ofrecer acuerdos al enemigo, pero ¿cómo detener una agresión imposible de contener por medio del diálogo? La agresión a Ucrania no atañe sólo a Ucrania, lo que está en juego es Europa, Occidente, o como queramos llamarlo; una forma de vida que Putin y sus adeptos perciben como una amenaza. La guerra ha regresado a Europa. Estamos ante una emergencia, una situación para la que los europeos, después de 1989—y a pesar de la experiencia de Yugoslavia—, no estábamos preparados. Ahora tenemos que decir adiós a la ilusión de que los conflictos puedan evitarse por medio del diálogo. Para verlo no hace falta trazar analogías con lo ocurrido en Múnich en 1938, basta con llamar a las cosas por su nombre. Sin embargo, eso parece sumamente difícil, porque de ello, de un modo u otro, se derivan consecuencias. Debemos insistir en la diferencia entre agresor y víctima. Hay una guerra que no ha sido declarada, y la autodefensa de Ucrania no sólo es legítima, sino que merece todo nuestro apoyo. La manera en que ello suceda será sólo cuestión de la utilidad políticomilitar. Todas éstas son obviedades, no habría que recordarlas si no hubieran dejado de ser obvias. En una época de intencionada confusión conceptual, en la que la agresión rusa se disfraza de antifascista y una «revolución de la dignidad» es tildada de «golpe fascista», todo se ha vuelto posible. Deberíamos mirar de frente a este estado de emergencia que ha irrumpido en nuestras vidas. Las consecuencias prácticas

que se deriven de él para nosotros en general, para nuestras sociedades y para cada uno de nosotros como individuos están por ver. No deberíamos renunciar a la distinción entre hechos y ficción, entre verdad y mentira. Eso sería lo mínimo para no cometer nuevamente aquella *trahison des clercs*, la traición de los intelectuales que Julien Benda lamentaba en el período de entreguerras. La tarea comienza por mirar a nuestro alrededor y ver por nosotros mismos para hacernos así una idea de la gravedad de la situación en Europa, pero también de la desesperación y la fuerza de un país que resiste.

KIEV, METRÓPOLIS

Sólo un poeta como Ósip Mandelstam puede empezar un ensayo sobre Kiev, escrito en 1926, con estas palabras:

La más resistente ciudad de Ucrania. Los castaños están cubiertos de cirios: plumas de color rosa y amarillo, buscapiés. Jóvenes damas con chaquetas de seda introducidas de contrabando. La pelusilla de los tilos, recordatorio de pogromos en el nervioso aire de mayo. Niños generosos, impertinentes. Un zapatero remendón trabaja bajo los tilos, con alegría de vivir y con ritmo.

Y así continúa. En el centro de Kiev, Mandelstam ve «edificios gigantescos como arcas» y echa una ojeada al interior del «romántico mundo en miniatura» de las viviendas, «destrozadas por el odio, la envidia o complicadas intrigas». En la gran avenida de la ciudad, la Jreshchátyk, reluce el hotel Continental, el mejor de la época anterior a la Revolución, ahora en su nuevo esplendor. «En cada ventana se asoma algún negro integrante de la orquesta de jazz». Todo lo que tenía rango y nombre en el mundo del teatro y el circo soviético en la década de 1920 se daba cita allí: el teatro judío de cámara de Moscú, el legendario domador Durov, el director teatral de vanguardia Meyerhold. Mandelstam lo enfatiza: «La ciudad tiene un alma grande y resistente. De un profundo y triple aliento está impregnada esta ciudad ucraniana, judía y rusa».

Estas observaciones las escribió pocos años después de finalizar la guerra civil, cuando el antiguo Kiev vivió un período de decadencia. En ese momento los habitantes de la ciudad se disponían a recuperar el ritmo y el rumbo de la vida cotidiana, pero aún no podía decirse si se trataba de una auténtica recuperación o de un esplendor aparente y pasajero, febril.

ENTRE ÉPOCAS

También el que visita Kiev en nuestros días, después de la revolución del Maidán, debería poseer cierto don especial para retener todo lo que tiene lugar simultáneamente en esta gran ciudad, hallar la forma de plasmar ese curioso

estado dual en el que todo es a un tiempo real y puede ser puesto en entredicho a cada instante, un estado suspendido en el que existen pruebas irrefutables de que la ciudad se mantiene inamovible, que las cosas siguen su curso, pero que, al mismo tiempo, te permiten percibir que se trata sólo de un estado intermedio, de la confluencia paradójica de ciertos azares, de un gesto falso o de una provocación orquestada con exactitud, que podría causar la implosión de toda esa calma tan propia de la rutina de la vida urbana.

Kiev en la primavera de 2015. Acaba de inaugurarse la quinta edición de la Feria del Libro, que se celebra en las naves del Arsenal, una antigua fábrica de municiones construida en el siglo XIX reconvertida en centro de exposiciones. Hay editoriales de toda Ucrania, debates y lecturas sobre temas como «la guerra y el idioma», una avalancha de traducciones que de inmediato salta a la vista; allí están los representantes de la nueva literatura joven ucraniana, políglotas, cosmopolitas, admirados por sus lectores y fans, un público como el que puede verse en Fráncfort o en Gotemburgo. A pesar del gentío, todo fluye de manera amable y tranquila. En el café instalado fuera puede uno echar un vistazo, por encima del muro, a las cúpulas doradas del monasterio de las Cuevas, y unos pocos metros más allá están los parques que se extienden por toda la orilla del curso superior del Dniéper, de un extremo al otro de la ciudad. Un paseo por caminos bien cuidados, entre fuentes y kioscos, siempre con la vista incomparable del río, de las islas, de los barrios de nueva construcción que se extienden por el horizonte en la ribera izquierda. A lo lejos se ve a los primeros turistas sacar sus aparejos de baño, y se oye el rumor atenuado del tráfico. La gente conduce muy de prisa en Kiev, y para contrarrestar esa locura sólo están el relieve escarpado de la ciudad, surcado de cuestas y bajadas, y el basto adoquinado que aún perdura en las calles del centro. Kiev reluce: trazos de escritura contrastando con el cielo, monumentos, fachadas y plazas iluminados por las noches. Los fines de semana el centro queda cerrado al tráfico a la altura de la avenida Jreshchátyk y Maidán, los habitantes de Kiev se pasean por las tiendas, los cafés, entre jóvenes que bailan *breakdance* o músicos que tocan la bandura. Los turistas admiran asombrados el milagro de esa gran capital luminosa; han venido para hacerse una idea del escenario que ya conocen por las noticias de la televisión. En ese lugar donde el tráfico fluye de nuevo y por donde la gente se pasea, mataron a varias personas hace más de un año. Hace un año, tras finalizar los combates, las aceras estaban todavía levantadas, las huellas de las barricadas estaban marcadas en el asfalto, había montones de

neumáticos apilados, adoquines, sacos de arena. Los coches en la calle Jrushevsky debían pasar entre las barricadas como en una prueba de slalom, como si tuvieran que detenerse un instante para rendir tributo a los manifestantes que perdieron allí su vida. Varias semanas después de los combates flotaba todavía sobre la plaza el olor de la goma quemada, en los portales de los edificios y en las paredes podían verse los grafitis con las consignas de los activistas del Maidán, las aceras de la calle Instytutska estaban cubiertas de tumbas improvisadas para los asesinados, con cirios, flores de papel, amuletos, retratos protegidos por hojas de plástico con el nombre, el lugar de nacimiento, la profesión y la edad. Quien bajaba por la calle Instytutska desde la salida del metro situada en lo alto de la plaza o desde el hotel Ucrania contemplaba un paisaje casi sublime en el que todos parecían bajar la voz, aminorar el paso y detenerse ante las tumbas improvisadas o los carteles en los que se buscaba a un pariente desaparecido. Aún se erguían allí las tiendas de campaña y los campamentos para el personal de guardia, gente vestida con toda clase de ropa de aspecto algo exótico que parecía negarse a regresar a la normalidad del día a día en la gran ciudad. Ahora, un año después, Kiev parece haber encontrado un modo de preservar la memoria en medio de la rutina diaria, tras esa especie de primer homenaje espontáneo y provisional, con galerías de retratos, fragmentos de barricadas, inscripciones. El tráfico fluye de nuevo, las aceras han sido reparadas casi del todo, los cristales de las ventanas han sido repuestos y la entrada del estadio del Dinamo de Kiev reluce con un color blanco casi provocador. Sólo la Casa de los Sindicatos, que hace esquina, un edificio que un año atrás ardió por completo, sigue cubierta de lonas, a la espera de su rehabilitación. «¡Gloria a los héroes! ¡Gloria a los Cien Héroes Celestiales!», puede leerse en unas pancartas.

Sin embargo, la plaza del Maidán, transformada ahora en un paisaje de la memoria, refleja las huellas de otra batalla. Desde que tuvo lugar la agresión rusa contra Ucrania—primero en Crimea, luego en las regiones orientales del país—, son miles las personas que han sido víctimas de una nueva oleada de violencia: ciudadanos de los territorios ocupados, voluntarios y soldados del Ejército ucraniano.

La huella de la guerra—un año después del fin de los brutales enfrentamientos de Maidán—es omnipresente. Le sale al paso al visitante que aterriza en el aeropuerto de Kiev-Borýspil en forma de noticias de última hora desde el frente a través de las pantallas de los televisores instalados en las salas

de espera. Allí donde han concluido unos combates, se nos informa acerca de otros recién iniciados, y cuando se rememora a los Cien Héroes Celestiales, los muertos del Maidán, se muestran pancartas recientes con los nombres de los caídos en los combates actuales. «Los héroes nunca mueren», anuncian los carteles de un escaparate. La guerra está presente en la recepción del hotel, donde han colocado una hucha de colecta para el Ejército; en la taquilla de la estación del ferrocarril, y en los supermercados, donde unos voluntarios hacen colectas para comprar alimentos para el frente; lo está, asimismo, en el museo, donde no sólo se recuerda el septuagésimo aniversario de la victoria en la «Gran Guerra Patria», sino también a los caídos en la guerra actual. Aunque los acontecimientos en el frente—en Donetsk, Shyrokyne, Mariúpol—parecen muy distantes de Kiev, todo el mundo está al corriente de cómo se desenvuelve la situación allí, porque es algo que afecta a casi todos. La televisión habla de familias que se despiden de sus padres o sus hijos. Los voluntarios hablan de la buena respuesta a sus colectas, algunos empresarios y hombres de negocios dan consejos sobre cómo ayudar a armar el Ejército, centenares de refugiados de las regiones de Lugansk y Donetsk recorren las calles de Kiev: se los reconoce por las matrículas de sus coches. El domingo por la mañana, en el metro que va a Dárnytsia, se ve a grupos de jóvenes y no tan jóvenes vestidos de camuflaje. Vienen, por lo visto, directamente de sus casas, y sus mochilas y bolsas deportivas, con los que acuden normalmente a la oficina o al gimnasio, están ahora repletas de provisiones extra, además del portátil y la ropa interior. Mientras otros bajan en la estación de Gidropark para ir a la playa, ellos continúan hasta el punto de reunión desde el cual partirán hacia el frente. Sólo media un abrir y cerrar de ojos entre el día a día normal de una gran ciudad europea y la guerra, una guerra que lo cambia todo, que los cambia a todos. Un viaje en metro los lleva de la paz a la guerra.

KIEV: PANORAMA Y RELIEVE

El encuadre al que debemos nuestra imagen de Kiev es una toma desde lo alto, las imágenes de una cámara emplazada en la azotea del hotel Ucrania que daba al Maidán. Allí abajo se había reunido la ciudad. Desde arriba uno podía mirar hacia la plaza como en un estadio y, de ese modo, presenciar el drama. Allí se encontraba el punto de reunión de la resistencia, el centro logístico, el

escenario para las comparecencias públicas y los discursos a la nación o al mundo, el lugar para distenderse durante las pausas entre los combates callejeros, la plataforma para las lecturas y las misas, el espacio protegido destinado al salvamento de los heridos. Allí confluyeron las redes de la resistencia de los activistas que acudieron presurosos desde todos los puntos del país: de Chernígov, de Odesa, de Lviv o Poltava, de Vínnytsia. En los mapas antiguos, esta plaza, la Maidán Nezalézhnosti o plaza de la Independencia, tenía otros nombres: en tiempos soviéticos se llamaba plaza de los Sóviets, más tarde se llamó plaza de Kalinin, en honor del estadista soviético; en la época de la ocupación alemana fue la plaza del 19 de Septiembre—día de la conquista de Kiev por la Wehrmacht—; más tarde, tras la guerra, pasó a llamarse plaza de la Revolución de Octubre. Antes de 1917 fue la plaza de la Duma de la ciudad, en la que había un monumento dedicado a la figura del gran reformador Piotr Stolypin, asesinado en 1911 en un atentado perpetrado en la Ópera de Kiev. Junto con la avenida Jreshchátyk, que la cruza, la plaza de la Duma—con su parlamento—había sido el centro de una capital en auge situada en el suroeste del Imperio ruso. Aquí se reunían todos los que tenían rango y nombre, y en ese sentido la actual Maidán—que es, significativamente, un vocablo de origen turco-árabe para designar una plaza urbana—es también un retorno a ese centro de la vida capitalina, nudo en el que confluyó todo. A la Jreshchátyk, que corta la plaza de la Independencia, se la ha comparado con los Campos Elíseos, a pesar de que sólo se extiende a lo largo de 1,3 kilómetros. Aquí se concentran las oficinas más importantes, los bancos, los grandes almacenes, los hoteles. Va desde un extremo, la actual plaza de Europa y la Filarmónica, hasta el mercado de Besarabia, situado en el otro. Esta avenida de la Belle Époque está entre los recuerdos de infancia de Iliá Ehrenburg:

> En la calle Jreshchátyk estaba la papelería de Chernuja donde vendían cuadernos escolares con cubiertas brillantes y coloridas; en aquellos cuadernos incluso un ejercicio de porcentajes parecía más divertido. También estaba la confitería Balábuja, en la que vendían confitura seca (se llamaba *balábuja*); cuando abrías la caja, encontrabas un bombón con forma de rosa que desprendía perfume. En Kiev comía *varéniki* de cerezas y panecillos de ajo. Los transeúntes tenían una sonrisa en el rostro. En verano, en la avenida Jreshchátyk, la gente se sentaba en las cafeterías, en la mismísima calle, y tomaba cafés y helados. Yo los miraba con envidia y admiración.

Desde Maidán y la avenida Jreshchátyk la ciudad asciende en forma de terraza por las laderas que, de un lado, dan a la alta orilla del Dniéper, con el complejo de edificios del monasterio de las Cuevas y los elegantes barrios residenciales de Lypky y Pechersk, y, del otro lado, se vuelve hacia la parte alta de la ciudad, con su catedral de Santa Sofía y el monasterio de San Miguel. Allí estuvo situado el centro del Rus de Kiev, el «Kremlin» de la ciudad, y la iglesia más antigua, la de los Diezmos, destruida en 1240 tras el ataque de los mongoles, así como el monasterio de San Miguel y su imponente portón dorado que ha sobrevivido sólo fragmentariamente y hoy puede visitarse tras su costosa «reconstrucción». En ese lado de la avenida se desarrolló rápidamente, en el siglo XIX, la pujante ciudad nueva con todos los edificios públicos importantes emplazados a lo largo de las calles principales, de las avenidas Vladímir y Bibikov: la Ópera, la Universidad de San Vladímir, el Instituto Politécnico, los institutos de bachillerato y los museos.

En Pechersk y Lypky encontramos las más lujosas mansiones y edificios de alquiler de los años del cambio de siglo, las viviendas erigidas tras la guerra o los edificios de apartamentos del Kiev postsoviético. Allí se concentraban también los edificios del gobierno y del aparato político.

Algo apartada de la parte alta de la ciudad y de la propia terraza sobre el Dniéper, encontramos hacia el norte, junto al río, el tercer núcleo urbano: Podil. Es el distrito de los artesanos, los comerciantes y la pequeña burguesía, del mercado, el enclave de la Universidad Pedro Mogila, que en la época dorada del Hetmanato cosaco fue el centro del Humanismo y de la Ilustración, para luego, a partir del siglo XIX, convertirse en el núcleo central del judaísmo en Kiev, sobre todo de sus estratos más pobres y de clase media.

Pero es posible contemplar Kiev también desde otro punto muy distinto: desde la terraza del Dniéper, donde se ofrece una vista panorámica que corta el aliento cuando uno ve desde lo alto la imponente corriente de agua y la planicie que se extiende al otro lado. Uno se inhibe de calificar la vista de sublime, pero lo es. Aquí la ciudad nos dice: «Yo fui, yo soy, yo seré». Desde este punto es posible experimentar la vastedad que empieza al otro lado del río, la belleza de los parques que se extienden por la cordillera, en medio de los cuales resalta el brillo dorado de las cúpulas de las iglesias y los campanarios: una imagen que, como bien ha comentado Gueorgui Fedótov, el filósofo ruso residente en el exilio, habría hecho enmudecer incluso al «poeta del norte», a Aleksandr Pushkin. La vista desde esta altura nos permite comprender por qué

Kiev, únicamente por su ubicación, no sólo se ha grabado en la memoria de muchos, incluso fuera de las fronteras de Ucrania, como una de las ciudades europeas más bellas, sino también como la «madre de todas las ciudades rusas».

Todas las épocas han reconocido y alabado este lugar: los monjes, que, en el siglo XI, fundaron el monasterio de las Cuevas, convertido luego en un auténtico «Vaticano de la Iglesia ortodoxa»; los hetmanes, que en el siglo XVII impulsaron el resurgimiento de la ciudad; los zares rusos, que erigieron residencias como el palacio de María, fraguas de armas como el Arsenal y numerosos edificios de la administración gubernamental. Los comerciantes, que, en el siglo XIX, crearon una Arcadia en plena ciudad gracias a los parques que financiaron, mientras que en el siglo XX se promovió especialmente, en las alturas del Dniéper, la construcción de monumentos consagrados a recordar las catástrofes sufridas por la ciudad: el monumento de acero a la Madre Patria, de 108 metros de altura, terminado en 1981, en recuerdo de la Gran Guerra Patria; el monumento al Holodomor, semejante a una cripta y erigido ya en la Ucrania independiente, coronado por una estilizada torre en forma de cirio; el parque de la Gloria, dedicado a los soldados caídos en la batalla de Kiev, con su lacónico obelisco en el centro. Sobre un mirador situado en lo alto de Podil se levanta un arco de acero de treinta metros de diámetro que pretende recordar el Tratado de Pereyáslav de 1654, que estableció la «amistad eterna entre Rusia y Ucrania». Allí encontramos también una larga serie de hoteles, instituciones culturales y palacios de pioneros, un paisaje de áreas de recreo, de conmemoración y ocio.

El relieve de Kiev es dinámico. La ciudad conoce calles muy empinadas, y el visitante se muestra perplejo ante el tiempo que se necesita para salir de las profundidades del metro a través de las escaleras mecánicas. Un funicular de principios del siglo XX supera en un viaje casi en vertical la enorme diferencia de altura entre la parte baja y la alta de la ciudad; en las escaleras del metro hacen falta varios minutos para llegar abajo, al nivel de la orilla del río. «Uno cruza laberínticos patios adoquinados, terrenos baldíos y veredas en medio de la piedra». Mandelstam lo captó a la perfección: «En terrazas se va apilando la gran ciudad junto al Dniéper, la ciudad que ha pasado por todas las desgracias». Kiev tiene algo de las abruptas subidas y bajadas y los rápidos cambios de perspectiva típicos de Lisboa o San Francisco. La vista desde la caudalosa corriente que fluye, el relieve de la orilla superior surcada de barrancos, genera perspectivas siempre nuevas. Dicho perfil no ofrece espacio

para las sobredimensionadas plazas destinadas a maniobras o desfiles militares. La superficie de Kiev está determinada por la naturaleza, que irrumpe en la ciudad en los grandes parques y a lo largo de las anchas avenidas. Ese relieve obliga a los arquitectos a aprovechar al máximo el espacio, obligándolos a encontrar soluciones muy pintorescas. Por su naturaleza, Kiev no está en condiciones de ofrecer perspectivas infinitas con grandes y magistrales avenidas. Carece, por lo tanto, del potencial imperial, su amor no atañe a la geometría, sino a las líneas y ascensos de su perfil irregular. Aquí la gente prefiere sentarse en la terraza de un café que participar en un desfile.

EL MONASTERIO DE LAS CUEVAS: «VATICANO DE LA ORTODOXIA»

En la cresta de la cordillera hay espacio para el llamado «Vaticano de la Ortodoxia». Situado en las laderas del río, de cara a él, asentado en pendiente, se eleva el recinto del templo, una ciudad rodeada de una muralla y senderos, con sus suntuosas puertas erigidas en los siglos XVII y XVIII en el estilo conocido como «barroco cosaco»—también llamado «barroco ucraniano»—, y catedrales, un refectorio, una biblioteca, un campanario, una imprenta, dependencias, celdas de clausura y albergues para peregrinos. La montaña está surcada, desde el siglo XI, por varios kilómetros de pasillos y túneles en los que recibieron sepultura, hace más de mil años, los monjes del monasterio de las Cuevas. Aquí se encuentra el centro espiritual, aquí surgieron los «Relatos de Años Pasados», la primera crónica eslava, también conocida con el nombre de *Crónica de Néstor*, gracias a la cual atesoramos mucho de nuestro saber sobre el Rus de Kiev. En tiempos de la Unión Soviética el monasterio fue transformado en un museo cuyo fin era ilustrar el absurdo de la adoración de las reliquias, del oscurantismo y la fe en los milagros. Hoy el monasterio está poblado otra vez por monjes, peregrinos y turistas que deambulan por el lugar devotamente y recorren los pasadizos iluminados con cirios en las manos, pasando junto a los cuerpos momificados de los monjes. En uno de los patios del monasterio hay toda una hilera de jeeps negros, *humvees* y limusinas de lujo, una buena prueba de que la jerarquía eclesiástica, que hace tiempo ha dejado de ser marginal para establecerse en el centro de la sociedad—o, mejor dicho, del lado de los poderosos—, ha regresado, y se muestra ahora a la altura de los tiempos, en toda su magnificencia. Una galería fotográfica situada en los terrenos del Lavra

muestra la historia del monasterio de las Cuevas, convertido en un museo en el año 1926. El campanario, que destaca en lo alto de la terraza sobre el Dniéper, permaneció intacto durante la ocupación alemana de la ciudad; la catedral ortodoxa de Uspenski, en cambio, erigida en un barroco magnífico, fue minada con toda probabilidad por zapadores soviéticos y demolida en una explosión controlada a distancia el día 3 de noviembre de 1941. El joven Anatoli Kuznetsov presenció cómo ardía el monasterio:

> Estaba envuelto en llamas. Todas las aberturas del campanario principal brillaban con una luz de color naranja incandescente, como si la torre estuviera iluminada. Apenas se veía humo. La catedral de la Ascensión de la Virgen ya no existía, en su lugar había ahora un montón de piedras, entre cuyos restos destacaban los muros cubiertos de frescos. Todos los museos ardieron, toda aquella ciudad en miniatura estaba en llamas en medio de sus murallas.

Tras su reconstrucción, que tuvo lugar entre los años 1998 y 2000, el conjunto se yergue de nuevo allí como si nada hubiera ocurrido. Con un gran despliegue de recursos y la ayuda de expertos en arte, la catedral fue reconstruida en un plazo récord, y lo mismo ocurrió con otros «objetos de culto» en una ciudad que, antes de la guerra y del furor demoledor de la década de 1930, mostraba con orgullo sus ciento sesenta iglesias y monasterios.

Cuando uno dirige desde aquí la mirada hacia el oeste, al otro lado del Dniéper, ve claramente que en este lugar cobró forma un puesto avanzado de la iglesia eslava, un *antemurale christianitatis*; y el monumento a san Vladímir, erigido a orillas del Dniéper en el siglo XIX, conmemora el bautismo del Rus en el año 988.

La línea vertical de los campanarios y las cúpulas doradas, visibles desde muy lejos, determinan la silueta de Kiev también en la parte alta de la ciudad: la catedral de Santa Sofía, la de San Vladímir, el monasterio de San Miguel. Las puertas, los campanarios, las cúpulas de la catedral de Santa Sofía muestran el colorido barroco de los cosacos; en el interior, sin embargo, el visitante se siente transportado a Bizancio. Frescos y mosaicos como éstos los hemos visto en Constantinopla o en Rávena. Algo llevado al extremo resulta el juego con las líneas verticales en la iglesia de San Andrés, de Francesco Bartolomeo Rastrelli, situada junto a la escalinata homónima y suntuosamente ornamentada en colores azul y blanco; la escalinata conduce hasta Podil y es casi una escultura barroca sobresaliendo en medio del verde exuberante del

parque del Dniéper. Los distintos renacimientos religiosos de la ciudad—primero hacia el año 1900, luego, otra vez, en el presente—fomentan por doquier la construcción de edificios eclesiásticos cuyas cúpulas doradas definen la silueta de la urbe. La impresión más impactante se tiene cuando uno, viniendo del aeropuerto, cruza uno de los puentes sobre el Dniéper y mira hacia arriba, hacia el monasterio de las Cuevas. Esa vista salió bastante perjudicada con la monumental escultura de la Madre Patria erigida hacia finales de la era soviética (una obra de ciento ocho metros de altura) y está aún más amenazada desde que los arquitectos postsoviéticos se han empeñado en emular el postmodernismo y desfiguran las alturas del Dniéper con sus toscos edificios.

PODIL: CIUDAD JUNTO AL RÍO, DERECHO DE MAGDEBURGO, ACADEMIA MOGILA

Hasta el siglo XIX, Kiev estuvo constituida, de hecho, por tres ciudades: Pechersk y su monasterio de las Cuevas, la ciudad alta de San Vladímir y Podil. El monasterio de las Cuevas representaba el poder espiritual, San Vladímir era la encarnación del gobierno, y Podil, la ciudad baja—situada directamente a orillas del río—, era el lugar de los artesanos, del transporte y el comercio. El desarrollo de Kiev sería impensable sin el río. Todo indica que fue allí donde hubo los primeros asentamientos humanos. Cruzando el río y sus afluentes, uno puede experimentar y explorar la vastedad del espacio. El río—que tiene dos mil trescientos kilómetros de longitud y que, como el Volga o el Daugava, que fluyen en direcciones y hacia regiones distintas, nace en la meseta de Valdai en la Rusia central—ha comunicado desde tiempos inmemoriales el mar Báltico y el mar Negro, la península escandinava con el Mediterráneo y el Oriente. A través del Dniéper llegaron en el siglo IX los varegos, que desempeñaron un papel decisivo en la consolidación del antiguo Rus, la mayor institución política medieval de las tribus eslavas del este. Y a través del Dniéper—Borístenes para los griegos, Slavútych para los eslavos y Danapris para los escitas—llegaron hasta el mar Negro y Bizancio. En esta intersección del comercio entre el mar Báltico y el mar Negro, con sus redes en la Ruta de la Seda, que comunicaban a China con el Asia Central y el Oriente con Europa Occidental, surgió una ciudad que, antes de su destrucción a manos de los

mongoles en el año 1240, todos sus visitantes describían como una de las ciudades más populosas de Europa, con cincuenta mil habitantes en una época en la que París contaba sólo con cinco mil y Londres con treinta mil. Algunas monedas halladas en las desembocaduras del Lýbid y el Potchaina en el Dniéper prueban que Podil siguió siendo un centro importante del comercio aun después de la destrucción de Kiev. El Gran Ducado de Lituania, al que la ciudad se incorporó después de 1362, le otorgó a Podil en 1494 los derechos de fuero, según las disposiciones del Derecho de Magdeburgo—jurisdicción y administración propias y un burgomaestre—, derechos que estuvieron vigentes hasta 1834. Ese hecho lo conmemora hoy una columna erigida a orillas del río. Tras la unión de Lituania con Polonia en la llamada Unión de Lublin, en 1569, Podil no sólo siguió siendo un centro comercial con una de las principales ferias anuales en la llamada plaza de los Contratos, sino también un centro espiritual de primer rango. Con el incremento del influjo polaco y católico surgió en Podil, en el año 1632, el Colegio de Kiev bajo la dirección de Pedro Mogila, que convirtió Kiev en un decisivo centro de divulgación de las ideas del Humanismo y el Renacimiento, al cual el Principado de Moscú debería, mucho antes de Pedro el Grande, decisivos estímulos modernizadores. En Podil se reunían comerciantes de todas las naciones: griegos, armenios, italianos, alemanes, eslavos. En 1690 existía allí una magistratura, trece iglesias ortodoxas y tres católicas. Tras las divisiones de Polonia en el siglo XVIII y la inmigración de judíos, Podil pasaría a ser el distrito con mayor influencia de la cultura judía, con varias sinagogas y casas de oración.

Tras el tratado firmado con Moscú en 1654, que crea el Hetmanato a las órdenes de Bogdán Jmelnitski, se incrementaría también la influencia de Rusia, y el centro del desarrollo urbano volvió a desplazarse hacia otro sector de la ciudad. Pedro el Grande visitó Kiev en 1706 y dispuso convertirla en una fortaleza contra los polacos, suecos y otomanos y ampliarla en colaboración con sus aliados, los tártaros de Crimea. Catalina II hizo una parada en Kiev en 1787, durante un viaje a Crimea, y se maravilló al encontrar únicamente fortalezas y ruinas. Dio órdenes entonces de desarrollar un nuevo plan urbanístico para la ciudad. Hacia el año 1800, la incorporación de Kiev al Imperio ruso era casi un capítulo concluido. Pero sería sobre todo el impulso desarrollista del siglo XIX—industrialización, modernización, urbanización—el que obligaría a la ciudad, en muy pocas décadas, a superar el particularismo

de sus tres distritos urbanos y fundirlos para crear una metrópoli de rango europeo.

«BOOMTOWN, BELLE ÉPOQUE»

El centro de esa nueva Kiev no será ya el monasterio de las Cuevas en Pechersk ni la catedral de Santa Sofía en San Vladímir; tampoco será la ciudad baja de Podil, sino un nuevo enclave: la avenida Jreshchátyk. Sin mucho esfuerzo, puede leerse en las fachadas el entramado del poder político y económico, de la sociedad urbana y la cultura que, en su conjunto, hicieron de Kiev la «tercera ciudad» en importancia en el marco del Imperio ruso. Encontrar aquella avenida Jreshchátyk no es del todo fácil, ya que el espacio urbano que hoy lleva ese nombre es una especie de *remake*, una imponente construcción nueva erigida en sustitución de la antigua avenida Jreshchátyk, destruida en una serie de explosiones pocos días después de la entrada en Kiev de las tropas alemanas, el 19 de septiembre de 1941, cuando la ciudad en su totalidad quedó muy dañada a consecuencia de las acciones de guerra. Lo que vemos hoy es la reconstrucción de la avenida tras la guerra: con el edificio de Telégrafos, Correos, las grandes tiendas, los restaurantes, los cafés y las viviendas. Es casi la imagen ideal de una ciudad planificada que, por un lado, supera con creces las dimensiones de la avenida anterior a la guerra—si bien acoge en su disposición y sus proporciones las amplias aceras, las escalinatas y arcos, los *cour d'honneur* —y las líneas de la avenida Jreshchátyk prebélica, y ha creado, por otro lado, un espacio urbano más generoso, que sin embargo no amedrenta. De todos los grandes engendros urbanísticos de la postguerra—Stalingrado, Minsk, el centro de Varsovia, la avenida Stalin en Berlín Oriental—la solución de Kiev parece la más lograda. La amplitud de la avenida Jreshchátyk, orlada por la disposición simétrica de edificios de hasta diez plantas, queda atenuada por las escalinatas, las fuentes y monumentos. Hoy día están representadas en la avenida Jreshchátyk y en los pasajes contiguos casi todas las marcas internacionales, y a través de la amplia avenida se ve pasar a toda velocidad—por lo menos cuando no están en medio de un atasco—las conocidas e imponentes limusinas. Pero se trata, sobre todo, de un espacio en el que es posible experimentar y recorrer la ciudad, a pesar de la abundancia de granito rojo, de pedestales de roca negra, de los marcos de roble en las ventanas y todos

esos materiales de construcción típicos del poder. Aquí la planificación urbanística soviética y los ciudadanos de Kiev que regresaron a la ciudad tras la guerra lograron algo que sólo merece nuestra admiración: una operación quirúrgica destinada a restituirle a la ciudad un corazón nuevo y robusto. Y tuvieron éxito.

Lo que fue la Jreshchátyk antes de la guerra, antes de su reconstrucción y su rehabilitación, puede verse fragmentariamente en ejemplos como el edificio de la Cámara de Comerciantes, de 1882, actual Sociedad Filarmónica; el edificio del Banco de Rusia, de Fédor Lidwal (en el número 13); el Banco del Canal del Volga, de Leontij Benois (en el número 8); el edificio constructivista para la central de Univermag (situado en la esquina de la calle Bogdán Jmelnitski), o la osada estructura del techo del mercado de Besarabia (1908-1912).

No es casual que se esté redescubriendo la Kiev de la Belle Époque ahora que la ciudad ha iniciado el camino hacia una nueva era. Un montón de libros ilustrados y colecciones de postales históricas alimentan la comprensible nostalgia. Kiev, que hacia 1800 contaba con tan sólo 20.000 habitantes, en 1913 tenía 594.400. Con la construcción de los puentes sobre el Dniéper, la ciudad devino un importante eje ferroviario, y se crearon en ella las principales instituciones de enseñanza: institutos de bachillerato, el Instituto Tecnológico, la Universidad de San Vladímir (un imponente edificio de color rojo que todavía hoy impresiona). Sin embargo, su riqueza se debía sobre todo a la agricultura industrial: la exportación de cereales, la industria azucarera y la industria de los molinos. La imagen urbana de Kiev se definía menos por los edificios oficiales del imperio que por las edificaciones representativas de sus fabricantes, comerciantes, astilleros, empresarios ferroviarios y barones del azúcar. Kiev era la ciudad de un imperio multiétnico en medio de una región que en San Petersburgo se conocía por el nombre de Pequeña Rusia. Sus alcaldes tenían nombres como Gustav Eisman—un alemán del Báltico, dueño de una fábrica de tejas y ladrillos—, Iván Tolli—descendiente de un griego de Odesa—o Józef Zawadzki, de origen polaco. Hacia 1900, Kiev habla sobre todo ruso, la literatura ucraniana está prohibida, la lengua ucraniana ha sido desterrada de las universidades. Hay una Kiev polaca, no demasiado fuerte por su número de habitantes, pero todavía muy influyente. Existe una burguesía ucraniana pujante en la ciudad, representada, por ejemplo, por la familia de industriales Tereshchenko. Con la flexibilización de las leyes contra los judíos, éstos empiezan a acudir en masa a la ciudad provenientes del raión de

asentamiento. La población judía de Kiev creció de 500 habitantes en 1862 a casi 90.000 (un 15 por ciento) en el año 1917. En 1911, un 17 por ciento de los estudiantes y un 44 de los comerciantes de la ciudad eran de origen judío. Los Brodsky, Halpern, Záitzev poseen las mayores fábricas de azúcar, los mayores molinos y las mayores fábricas de cerveza, mientras que un 40 por ciento de la población judía en Podil depende de los donativos de filántropos y mecenas judíos.

La ampliación que la convierte en una gran ciudad moderna va avanzando a marchas forzadas: entre 1863 y 1868 se construye la línea ferroviaria Kiev-Balta-Odesa; en 1870, se instalan servicios de agua corriente en toda la ciudad; en 1888, el teléfono; en 1891, se crea el primer tranvía tirado por caballos; en 1892, el primer tranvía eléctrico de Rusia; en la década de 1890 se hace la canalización de la ciudad y la central eléctrica. La industrialización había comenzado con la construcción del grandioso edificio del Arsenal, al que le siguieron varias fábricas de maquinarias y muchos barrios obreros. En el año 1905 se pone en funcionamiento el funicular que une la parte alta de la ciudad y la baja. Kiev empieza a verse rodeada por la aureola de ciudad con un buen estándar de vida, con infinitos centros de ocio, excelentes hoteles y restaurantes. La guía Baedeker ensalza algunos hoteles de lujo como el Continental o el Leipzig. Muchos de los parques en lo alto del Dniéper, con sus pabellones de música y el legendario Château de Fleurs, fueron erigidos por los miembros de la Cámara de Comercio (el parque de los Comerciantes se convertiría más tarde en el parque del Konsomol). Iliá Ehrenburg, que nació en Kiev en 1891 y era hijo del director de la fábrica de cerveza Brodsky, lo recuerda así:

> En Kiev había enormes jardines donde crecían castaños; para un niño moscovita eran árboles tan exóticos como palmeras. En primavera los castaños destellaban como candelabros con los brotes blancos en sus extremos; en otoño recogía castañas relucientes, como pulidas. En todas partes se veían jardines: en las calles Instytutska, Mariinsko-Blagoveschénskaia, Zhitómirskaia, Aleksándrovskaia […] Más tarde, cada vez que regresaba a Kiev me sorprendían la ligereza, el carácter acogedor y la vivacidad de sus habitantes. Por lo visto, cada país posee su sur y su norte.

En las calles del aterrazado barrio de Lypky—hoy situado directamente detrás del hotel Ucrania—lujosos edificios de apartamentos hacían competencia a las mansiones de los magnates; el espacio era escaso y las calles

empezaron a crecer hacia arriba. Con el edificio Ginzburg, Kiev tuvo su primer «rascacielos». Entre la década de 1890 y el comienzo de la Primera Guerra Mundial hubo una fiebre constructiva en la que participaron casi todos los arquitectos de la Academia de San Petersburgo. Después del clasicismo—que en cierto modo se había convertido en el estilo del imperio desde principios del siglo XIX—, Kiev empezó a mostrar un exceso de eclecticismo y de Art Nouveau. Hay ejemplares especialmente suntuosos en la Jaroslaviv Wal, con la sinagoga caraíta de estilo morisco (hoy Casa de los Actores) y la sinagoga coral, situada no muy lejos del mercado de Besarabia y que, en tiempos soviéticos, fue el teatro guiñol. Pero, sobre todo, están los edificios de alquiler de Lypky. En ellos se hallan representados todos los estilos: neorrománico, neogótico, un neobarroco bastante exuberante. Entre los muchos arquitectos—también reconocidos internacionalmente—destaca sobre todo uno: Vladislav Gorodezki, a veces llamado el «Antoni Gaudí de Kiev», quien también era un apasionado cazador y literato, y cuya mansión en la calle Bankova es alabada como uno de los milagros de Kiev. La llamada Casa de las Quimeras es un ejemplo de Art Nouveau en hormigón, con su color gris cemento, con las faunescas figuras en forma de ranas y rinocerontes que adornan el techo y la fachada. La Villa Gorodezki es actualmente la residencia del presidente de Ucrania, y permanece cerrada en un gran perímetro por razones de seguridad. En algunas de las mansiones que sobrevivieron a la expropiación cumpliendo funciones como edificios oficiales o viviendas colectivas se puede entrar y estudiar los interiores de la Kiev prerrevolucionaria: por ejemplo, la llamada «casita de chocolate» del fabricante farmacéutico Mogilevzev, con sus habitaciones moriscas y su mobiliario parcialmente conservado. Muchos de estos edificios, abandonados durante mucho tiempo, están siendo ahora restaurados. La galería que se hicieron construir en la década de 1890 Bogdán y Varvara Chanenko es ahora un museo público de acceso libre, al igual que la mansión de los Tereshchenko. Como en todas las ciudades del Imperio ruso, las personas pudientes y los filántropos adinerados compensaron el fracaso de la inversión pública; y ello es especialmente válido en una ciudad como Kiev, distante de los centros del poder. El Estado soviético jamás agradeció nada a estos benefactores y mecenas ucranianos, muchos de los cuales tuvieron que marchar al exilio: los Tereshchenko, por ejemplo, se fueron a Francia—uno de ellos regresó hace unos años a Ucrania y ha recuperado su nacionalidad—; Gorodezki murió en Irán; de Lazar Brodsky, al que la ciudad debe la

construcción de numerosos institutos científicos, un sanatorio pulmonar, la sinagoga coral o el mercado de Besarabia—tras su muerte en Basilea en 1904 su cadáver fue llevado en tren y en la estación fue recibido por una procesión—, nadie quiso volver a saber nada en los tiempos del poder soviético. Sólo al desaparecer la Unión Soviética los ucranianos empezaron a recordar de nuevo a los representantes de esa burguesía de Kiev y a honrarlos con exposiciones y dedicatorias públicas.

Pero el desarrollo económico febril, la competencia y el odio siempre fueron cogidos de la mano. Y Kiev, a finales del Imperio zarista, era caldo de cultivo para ambas cosas. En el año 1913, la ciudad fue la sede de la Exposición Panrusa de la Industria y el Arte, la muestra de logros más importantes del Imperio ruso, una auténtica victoria para la llamada «tercera ciudad». Pero 1913 fue también el año en el que el nombre de Kiev saltó a los titulares de la prensa mundial por el proceso por asesinatos rituales contra el ayudante de comercio judío Mendel Beilis y por el sensacional triunfo conseguido por sus abogados al alcanzar la absolución del acusado en contra de la predisposición del tribunal y del ambiente de antisemitismo reinante en el país, promovido desde las altas esferas.

MIJAÍL BULGÁKOV: EL MAESTRO Y LA CIUDAD

La Gran Guerra, la Revolución derivada de ella y la caída del Imperio zarista fueron para Kiev—y para Ucrania—más una suerte que una catástrofe. La guerra y la Revolución hicieron caer el imperio que se había opuesto durante siglos a la creación de una nación y de un Estado ucranianos, usando la opresión para impedirlo. La caída del Imperio liberaba, primero, el camino hacia la autonomía—alcanzada en el verano de 1917 y proclamada en la Primera Declaración Universal de la Rada Central dirigida a «todo el pueblo ucraniano»—, y más tarde con la Cuarta Declaración Universal de enero de 1918: «A partir de este día la República Popular de Ucrania será independiente y autónoma, un Estado libre y soberano del pueblo ucraniano».

Pero poco después los bolcheviques ocuparían Kiev, y algo más tarde llegaron las potencias centrales. Debía ponerse fin, de una vez y para siempre, a la condición de ciudadanos de segunda clase de los «pequeños rusos» (o «rutenos», como llamaban a los ucranianos en el Imperio austrohúngaro), y

con ello, además, debía abolirse la prohibición que pesaba sobre la lengua y la literatura ucranianas, así como la discriminación de los judíos, que hasta 1915 habían residido en el raión. Sin embargo, la caída del imperio había puesto fin también al orden que había servido de impulso y sostén al ascenso de la ciudad en las décadas de las grandes reformas. La lucha por la autodeterminación nacional, la sublevación contra las antiguas elites, las revueltas de los campesinos y los pogromos antisemitas: todo esto se fue engranando en los años siguientes, transformando Kiev en el escenario de infinitas e incalculables confrontaciones, cuyo desenlace no fue la consolidación de la República Popular de Ucrania, sino el triunfo de los bolcheviques y la reincorporación de Ucrania a un nuevo modelo de imperio, el surgido bajo las siglas de la URSS, con Járkov como capital de la nueva Ucrania.

Nada de lo ocurrido en Kiev entre 1917 y 1921, en una sucesión apenas inextricable de poderes y frentes en pugna, puede enumerarse de forma suficientemente breve: proclamación de la República Popular de Ucrania, toma provisional del poder por parte de las tropas bolcheviques, entrada de las tropas imperiales alemanas a raíz del Tratado de Paz de Brest-Litovsk y el establecimiento del gobierno títere de Pavló Skoropadski (antiguo general del Ejército zarista convertido ahora en hetman de Ucrania); el breve régimen del Directorio Nacionalista de Izquierda liderado por Simon Petliura; las tropas de la Guardia Blanca apoyadas por Francia e Inglaterra y a las órdenes del general Denikin, que luchaban por el restablecimiento de una «Rusia unida e indivisible»; y no olvidemos la ocupación relámpago de Kiev en 1920 por tropas polacas lideradas por Józef Piłsudski, durante la cual fue dinamitado el puente sobre el Dniéper, el más largo de Europa. Al final, el Ejército Rojo venció y puso fin al «período de caos». En esos años de frentes y gobiernos rápidamente cambiantes, Kiev devino lugar de tránsito para ejércitos, refugiados, merodeadores y beneficiarios de la guerra de toda índole. Iliá Ehrenburg recordaría más tarde a los oficiales alemanes de bigotito al estilo del emperador Guillermo, dejándose mimar en la avenida Jreshchátyk con filetes empanados vieneses, crepes berlinesas, *shashlik* y crema agria. Kiev se convirtió provisionalmente en una gran sala de espera y un punto de tránsito:

Kiev daba la impresión de ser un balneario descuidado, rebosante de forasteros. Los kievitas se mezclaban con los refugiados procedentes del norte. La avenida de Jreshchátyk era la primera etapa de la emigración rusa, antes de alcanzar el malecón de Odesa, las islas turcas, las

pensiones de Berlín y las buhardillas de París. ¡Cuántos futuros taxistas se paseaban entonces por Kreschátik! Había allí altos dignatarios de San Petersburgo con rango de príncipe, astutos periodistas, artistas de variedades, propietarios de pensiones lucrativas y pequeñoburgueses de poca monta: el viento del norte los barría como hojas otoñales.

Cobraron auge los casinos de juego, los cabarets, el mercado negro. Kiev pasó a ser el gran bazar del imperio desaparecido:

Poco a poco fue apareciendo una multitud de tiendas de antigüedades: era algo nuevo y sorprendente; se vendían pieles, crucecitas con cadena, iconos guarnecidos de metales preciosos, cuberterías de plata, pendientes, mantas escocesas, encajes; en suma, todo lo que la gente había podido llevar consigo de Moscú y Petrogrado. Circulaban tipos diferentes de moneda: rublos del zar, kérenki, dinero ucraniano; nadie sabía cuál era la peor de todas ellas. Junto a la Duma, los especuladores ofrecían los deseados marcos alemanes, coronas austríacas, libras, dólares. Cuando llegaban noticias de las derrotas infligidas a los alemanes en Francia, el marco bajaba y la libra subía. En especial resultaban atractivos los dólares.

También había oficiales y soldados de todas las categorías: adeptos de Denikin y de Krasnov, hombres de Kuban y del ejército de Astracán, antibolcheviques, antisemitas con consignas a flor de labios como «¡Muerte a los judíos!» o «¡Salvad a Rusia!».

Cambiaron los nombres de los periódicos. Se izaron banderas con los colores azul y amarillo. En los billetes de banco figuraba un tridente [el *tryzub*]. Se dio la orden de modificar los letreros de las tiendas y por todas partes se veían pintores encaramados a escaleras, pincel en mano, sustituyendo la *i* rusa por la ucraniana.

Cada incursión de hombres armados destruía un fragmento de la ciudad. Volaron los depósitos de municiones, dejando miles de muertos y de personas sin hogar. El que podía emigraba al campo, con la esperanza de mantenerse a flote en medio de la amenazante hambruna. «A veces me parecía estar viendo una película sin llegar a entender quién perseguía a quién», dice Ehrenburg.

En medio de todo ese caos fue hundiéndose el mundo ordenado de la burguesía. La epopeya del hundimiento nos la cuenta Mijaíl Bulgákov, que nació en Kiev en 1891, en la familia de un profesor de Teología. Fue él quien dio forma a esa irrupción de la nueva era y al hundimiento del antiguo mundo en su obra *La guardia blanca* (1924), así como en el drama *Los días de los Turbin*, que más tarde, por su fría recreación del hundimiento de la burguesía,

se convirtió en una de las piezas teatrales preferidas de Iósif Stalin. También la pieza *La huida*, que tiene como tema el camino del exilio, se nutre de aquellas experiencias. Los textos de Bulgákov están impregnados del espacio urbano de Kiev; podría decirse incluso que todos los entornos y personajes descritos por el autor están inspirados en la ciudad de su infancia y su juventud. No todos van tan lejos como Mirón Petrovski, teórico literario de Kiev, que en su brillante estudio *Master i gorod* ['El maestro y la ciudad'] (2001) defiende la tesis de que también la obra cumbre de Bulgákov, *El maestro y Margarita*, con la que consiguió su «novela del siglo», está basada en esa experiencia temprana del hundimiento del mundo burgués de Kiev. La Revolución y la guerra civil como apocalipsis, Moscú y Jerusalén como elementos en clave que aluden a Kiev en *El maestro y Margarita*; o como parece sugerir el propio Mijaíl Bulgákov en el título de su ensayo *Kiev: la ciudad* (1927), Kiev era la ciudad paradigmática, la ciudad por antonomasia. Como apunta Petrovski, Kiev pasaría a ser entonces la ventana de un vagón de tren a través de la cual Bulgákov podía contemplar el mundo en su viaje a través del tiempo. En sus textos encontramos de nuevo temas que en los periódicos de Kiev aparecían en la sección de *faits divers* o en las reseñas de teatro: la representación del misterio *El rey de los judíos* (1917); Kiev como ciudad de la opereta; el lugar del atentado contra el general alemán Von Eichhorn; el primer Instituto Alejandro en la actual avenida Tarás Shevchenko, donde Bulgákov asistió a la escuela; el museo Pedagógico; el salón de Madame Anjou en el edificio situado en una esquina detrás de la Ópera; la plaza ubicada delante de la catedral de Santa Sofía. Para quienes conocen *La guardia blanca*, la novela es casi una guía a través de la topografía de Kiev. Y esto es válido sobre todo para la casa situada en la Andreievski Spusk—actualmente el número 13 de la Andriyivisky Uzviz—, una casa de viviendas burguesa en una de las calles en cuesta más bellas de la ciudad, de las que nos llevan desde la parte alta hasta Podil, por debajo de la imponente iglesia de San Andrés, obra del arquitecto Francesco Bartolomeo Rastrelli. Ya en época de los soviéticos, la casa en la que el «autor de culto» de la intelectualidad soviética había vivido entre 1906 y 1919 era una suerte de lugar de peregrinación. En algún momento se colocó allí una placa conmemorativa y en 1989 se inauguró incluso un museo con todos los elementos que integraban el entorno doméstico de un intelectual. La actual estructura del museo es aún más ambiciosa: pone en escena una especie de «realismo mágico» que presenta en su estado original parte del mobiliario—la cama de metal, los aparadores, las fotos

familiares, los ejemplares de la revista *Niva*—, mientras que otros elementos aparecen totalmente pintados de blanco, de modo que el visitante tiene la sensación de estar moviéndose entre la realidad y una fantasmagoría. El cultivado hogar de la familia Bulgákov quedó dividido tras la Revolución en una vivienda colectiva, como la mayoría de las viviendas burguesas, y sobrevivió así hasta el fin de la URSS. Quien mira ahora por la ventana desde el edificio del número 13 de la Andriyivisky Uzviz tiene una vista preciosa de Podil y a la multitud de turistas que se abre paso en dirección a la parte alta de la ciudad a través de los kioscos de *souvenirs*. El destino de las casas y las mansiones sería un capítulo aparte en cualquier historia de Kiev. Al palacio de María se trasladó en 1919 el Consejo de Comisarios del Pueblo. Muchas mansiones fueron confiscadas por el nuevo poder. La casa de la condesa Uvarova, situada en el número 16 de la antigua calle Yekaterinskaia—hoy calle Lypska—, albergaba la Cheká para toda Ucrania. En la antigua casa del gobernador general, en el número 40 de la calle Instytutska, estaba la comandancia de la propia Cheká; una de las mansiones de la familia Brodsky acogió también a esa institución tan tristemente célebre en años posteriores.

La ruina de la Kiev burguesa, como experiencia apocalíptica primigenia de la cual se nutrió *El maestro y Margarita*, fue un aspecto que Bulgákov pudo estudiar de primera mano, y no sólo en el caso de su propia casa natal. Él vio los edificios incendiados por los bandos de la guerra civil, y en visitas posteriores a su ciudad vio cómo se demolía el monasterio de San Miguel para hacer sitio a la planeada plaza de los Sóviets. La desaparición de la ciudad en la que había crecido era el final de su mundo.

LABORATORIO KIEV: MALÉVICH DECORA LA CIUDAD

Pero el final de ese mundo también liberó energías que no hubieran tenido ninguna oportunidad de abrirse paso en las condiciones del antiguo régimen. La crisis dio lugar a una especie de fusión nuclear a la que contribuyen los ingredientes presentes en la ciudad, a los que se suman la afluencia de migrantes y refugiados de la guerra civil. Un símbolo de todo ello podrían ser las composiciones suprematistas de Malévich, creadas para celebrar el aniversario de la Revolución y expuestas en las fachadas de la avenida Jreshchátyk.

Mientras uno camina hoy por la ciudad y lee las placas colocadas en las fachadas de los edificios para conmemorar a algunos destacados intelectuales cuyas obras estuvieron tan asociadas a la ciudad de Kiev, se la imagina como un gran laboratorio cultural. En la universidad encontramos no sólo los grandes nombres de la literatura ucraniana y del medio intelectual del país—Tarás Shevchenko, Nikolái Kostomarov, Mijailo Jrushevski—, sino también el del filósofo Lev Shestov, el del futuro escritor Vasili Grossman (inscrito como estudiante en los años 1921-1923) o el de Aleksandr Tairov, más tarde un importante director teatral. En Kiev dieron sus primeros pasos en la vida literaria escritores como Isaak Babel y Konstantín Paustovski. El pianista Vladímir Horowitz ofreció su primer concierto en el edificio de la Cámara de Comercio, actual Sociedad Filarmónica. El filósofo Nikolái Berdiáiev creció en el seno de una familia aristocrática de Kiev e hizo el bachillerato en el mismo instituto en el que estudió Dmitri Chizhevski, responsable más tarde, en Halle y Heidelberg, de la cátedra de Historia Literaria e Intelectual Rusa. Aquí nació Lev Kópelev, y las casas en las que vivió pueden encontrarse hoy todavía en la calle Reitarska y en el número 37 de la Dmytrivska. Anna Ajmátova vivió durante un par de años en una de las casas Art Nouveau más bellas del barrio de Lypky (el número 7 de la calle Sankovezka). Nadiezhda Hazin, quien más tarde fuera la mujer de Ósip Mandelstam, la que salvaría su obra para la posteridad, creció en el número 25 de la calle Reitarska y visitó el instituto privado del número 36 de la Yaroslaviv Val. Arnold Margolin, uno de los abogados defensores de Mendel Beilis y, más tarde, responsable gubernamental de la Dirección de Asuntos sobre las Minorías, vivió en el número 4 de la Velika Jitomyrska. De Kiev son oriundos los escritores soviéticos Iliá Ehrenburg, Víktor Nekrásov y Anatoli Kuznetsov. Hay particularmente muchas direcciones de la Kiev judía en el barrio que está alrededor del mercado de Besarabia. En el número 5 de la Velika Vasylkovska estuvo la casa en la que vivió Sholem Aleijem, el autor de *Tevie, el lechero*, durante el tiempo que pasó en Kiev. También Golda Meir, la futura primera ministra de Israel, nació y creció en Kiev (en el número 5 de la calle Baseina). Para el periódico *Kievskaia Mysl* escribía Lev Trotski en calidad de corresponsal en el extranjero. Serge Lifar, quien fuera luego una estrella del ballet de las Saisons Russes, asistió al instituto situado en el edificio del actual teatro Frankó, en Lypky—su vestuario para *Apollon musagète* y sus doradas zapatillas de ballet están expuestas hoy en el museo de Historia de Ucrania—. Una particular «guarida» al lado de ese

instituto tuvo que ser el atelier de Aleksandra Exter, en el actual número 1/27 de la calle Leontovich, donde, aparte de Ósip y Nadiezhda Mandelstam, se reunían los jóvenes vanguardistas de Kiev. De Kiev son asimismo hijos el escultor Aleksandr Archipenko y el pintor Aleksandr Tyshler.

Son muchos los caminos que conducen también fuera de Kiev: Serge Lifar marcha a París y baila en la sala Pleyel *L'après-midi-d'un faune*; el arquitecto Gorodezki se exilia en Teherán; el ingeniero aeronáutico Ígor Sikorski, diseñador y constructor de aviones y helicópteros, hace carrera en Estados Unidos; Pavló Skoropadski, el hetman que encabezó el régimen títere, acaba su vida en Berlín y Potsdam; Nadiezhda Hazin seguirá a su marido al destierro y salvará su obra más allá de su muerte en el Gulag. Mijaíl Bulgákov, como muchos otros, se marchará a Moscú, donde concluirá—ya como escritor ruso—su novela *El maestro y Margarita*; Golda Meir emigrará a Palestina con sus padres en 1903. Berdiáiev morirá en el exilio en París, Lev Kópelev en la emigración (en Colonia), Iliá Ehrenburg, que vivió más tiempo en Moscú y París, estará presente cuando su ciudad natal sea liberada en 1943. Simon Petliura será víctima de un atentado en 1926 en Varsovia; Mijailo Jrushevski, el primer presidente de la Rada Central en la Ucrania independiente, hallará refugio en la Academia de Ciencias, pero su obra monumental sobre la historia de Ucrania no podrá ser publicada hasta después del fin de la URSS.

PLAN GENERAL PARA LA CAPITAL DE LA UCRANIA SOVIÉTICA

La década de 1920 en Kiev apenas dejó huellas en la arquitectura, con la excepción de la torre de vigilancia contra incendios del distrito de Shuliavka, de algunos clubes obreros y casas de cultura en el parque Pushkin o del cine Octubre (construido en Podil por Noi Trotski y que marcó tendencia), ejemplos de un constructivismo puro. Todas las fuerzas, todos los recursos, todos los esfuerzos simbólicos en beneficio de los edificios representativos parecen haber sido acaparados por Járkov, la primera capital de la Ucrania soviética y centro de la «modernidad roja». Eso cambia cuando el gobierno de la Ucrania soviética se traslada y se establece en Kiev el 24 de junio de 1934. Los Comisariados del Pueblo, las instituciones centrales y las confortables viviendas de la nomenclatura necesitan mucho espacio. Sin embargo, lo que conocemos como «arquitectura del estalinismo» aparece en la década de 1930

sólo de manera puntual, y no dejará su impronta en la silueta de la ciudad hasta la época de la reconstrucción y rehabilitación después de la guerra.

La elite del poder se afinca en Kiev, requisa edificios destacados de la antigua Kiev y poco a poco va adaptándolos a sus necesidades y gustos. En la antigua administración del gobierno regional, en el número 30 de la calle Volodimyrska—frente a la catedral de Santa Sofía—, se instala el Comisariado del Pueblo para los Asuntos Internos, el temido Ministerio del Interior conocido por sus siglas, NKVD, todo un imperio al que pertenecieron muchos otros edificios: varias mansiones en Lypky o el edificio clasicista construido por Vincent Beretti en lo alto de la calle Instytutska (que, en la década de 1930, albergaba una prisión y una cámara de torturas instalada en el sótano, circunstancias hoy recordadas por un «monumento a las víctimas de la represión en el año 1937» instalado junto al edificio). Grandes dimensiones, típicas de los alardes de poder del NKVD, tendrá el monumental edificio en la calle Jrushevski diseñado en 1935 por Iván Fomin, el veterano maestro de la Academia de las Artes de San Petersburgo. Se trata de un imponente edificio de ocho plantas que se abre hacia la calle con su forma elíptica y que fue concluido en un tiempo asombrosamente breve, entre 1936 y 1938. Hoy es la sede del gobierno de Ucrania, y delante de su portal se ven aparcadas, como es habitual en tales instituciones, las grandes limusinas negras con sus choferes esperando. Frente a él, cruzando la calle Jrushevski en diagonal, encontramos un palacio de estilo neoclásico que preserva los tonos blanco y amarillo del imperio: es la sede de la Verjovna Rada (la Rada Suprema de Ucrania), que en tiempos del comunismo albergó el Sóviet Supremo, construida entre 1936 y 1939. La cúpula de cristal suministra luz natural al Parlamento y tiene cierta semejanza con el palacio Táuride de San Petersburgo o con el invernadero de un jardín botánico.

El mayor proyecto urbanístico y arquitectónico que, en la década de 1930, pretendió convertir definitivamente Kiev en la capital de Ucrania data de 1936 y, salvo por un fragmento, nunca fue más allá del papel. Ahora bien, cuando uno ve por primera vez el proyecto concebido en 1936 por el arquitecto de Leningrado Langbard—yo lo descubrí por pura casualidad en la vitrina de un museo—advierte de lo que se libró la ciudad: la creación de la mayor plaza de desfiles del mundo en el sitio históricamente más prominente de Kiev. Dicha plaza debía extenderse entre el lugar donde están la puerta y el campanario del monasterio de Santa Sofía, por un lado, y el monasterio de San Miguel, por el

otro, que en 1936 fue demolido en su mayor parte para hacer espacio a este proyecto. Todo el terreno debía quedar despejado entre esas dos obras arquitectónicas de la Kiev más antigua; en su lugar se instalaría una gran plataforma en cuyo extremo, de cara al río Dniéper, se construirían dos edificios semicirculares dispuestos simétricamente, los cuales, a su vez, quedarían emplazados alrededor de una monumental estatua de Lenin. La plaza se habría extendido hasta el borde de la ladera por la que la ciudad alta desciende hacia Podil, a orillas del Dniéper. El fragmento acabado del proyecto, que nos proporciona una idea de las dimensiones que habría alcanzado la obra de haberse construido en su totalidad, es uno de esos dos edificios laterales, construido entre 1936 y 1939 en torno a un patio de honor (otro proyecto de Langbard), antigua sede del Comité Central de Partido Comunista de Ucrania y que hoy alberga el Ministerio de Asuntos Exteriores de Ucrania. Otra construcción nacida de ese plan es el actual Museo de Historia de Ucrania, no sólo digno de visitar por su intento de desarrollar un nuevo relato de la historia del país, sino también por sus fantásticas vistas de Podil y el Dniéper. Aquí uno entiende de inmediato que el poder supo identificar el *spiritus loci* de aquel emplazamiento elevado, razón por la cual intentó ocuparlo. La construcción de esta plaza habría implicado un nuevo desplazamiento del centro histórico de la ciudad: por un lado, lejos de Podil (ciudad burguesa, la de los artesanos y comerciantes, la cual había preservado durante casi cuatro siglos los derechos de fuero otorgados por el Derecho de Ciudad de Magdeburgo), pero también, lejos de la avenida Jreshchátyk, el centro urbano representativo del capitalismo y de la vida pública burguesa. Por una paradoja del destino, el plan para demoler la antigua Kiev quedó paralizado con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Probablemente no sea casual que los edificios más compactos y los primeros construidos en la década de 1930 sean aquellos que tengan que ver con el Comisariado del Pueblo para los Asuntos Internos, el NKVD. Pero si el visitante quiere seguir el rastro de la espiral de violencia desatada por ese aparato tendrá que hacer varios paseos. Uno de los recorridos necesarios nos llevaría hasta el memorial y museo del Holodomor, situado en la parte alta del río; el otro nos obligaría a salir de los límites de la ciudad, en dirección a Bykivnia, donde se encuentran el cementerio y el monumento dedicados a las víctimas del terror estalinista.

El memorial por las víctimas de la catastrófica hambruna y el museo del Holodomor se inauguraron bajo el mandato de Víktor Yúschenko, en 2008. El complejo fue ubicado entre el parque de la Gloria Eterna, con su obelisco al soldado desconocido, y el complejo del monasterio de las Cuevas. Empotrado en la ladera que da al Dniéper, recuerda una cripta sobre la que se alza una torre con forma de cirio que se ilumina por las noches. Adornan sus cuatro laterales unos halcones de la estepa (al menos fue lo que me explicaron, si bien a mí me parecieron grullas con las alas rotas levantando el vuelo). Desde la «vela» desciende una escalera a cuyos lados, en unas losas, pueden leerse varias citas de escritores e historiadores que han destacado por sus estudios sobre el genocidio cometido contra el campesinado ucraniano, el Holodomor, figuras tales como Robert Conquest, Andrea Graziosi, Alain Besançon, Malcolm Muggeridge o Vasili Grossman. En el parque que rodea el monumento se exponen unas ruedas de molino, evidente alusión a todo un símbolo de la aldea ucraniana. En las losas dispuestas a lo largo del camino se han grabado los nombres de cientos de pueblos afectados por la hambruna, y en el museo puede comprarse un mapa del «paisaje del Holodomor», con puntos que señalan las aldeas que casi desaparecieron de la faz de la tierra a causa del hambre. La mayoría de las citas que atacan al campesinado, sobre todo a los llamados kulaks, son de Lenin («La victoria sobre los pequeños propietarios no se conseguirá en un año»), aunque también hay algunas de Trotski. El denominador común de todas ellas es la necesidad de expropiar a los campesinos y hacer con ellos lo que sea preciso—aun echando mano de la fuerza—para tratar de salvar el amenazado poder soviético. Se indican los territorios más afectados por las muertes por hambre: Poltava, Kirovogrado, Dnipropetrovsk, Nikolaiev, la región del Don, los territorios en torno a Zaporiyia, Jersón, la región de Odesa, Járkov, Kiev, Chernígov.

En una pared del museo del Holodomor, una proyección muestra imágenes documentales y la definición de genocidio dada por Raphael Lemkin en 1948. En la exposición permanente pueden verse aperos de la vida doméstica de los campesinos, como carros, piedras de molino y sacos de cereal, pero también órdenes de repoblación y una carta a Stalin en la que un funcionario le comunica lo que está ocurriendo en los pueblos y lo que ha visto. Se exponen fotos del austríaco Alexander Wienerberger publicadas en su libro—algo tendencioso y antisemita—*Hart auf hart. 15 Jahre Ingenieur in Sowjetrussland. Ein Tatsachenbericht* ['El todo por el todo. Quince años como ingeniero en la

Rusia soviética. Un reportaje de los hechos'], publicado en 1939 por la editorial Anton Pustet en Salzburgo, con material fotográfico desconocido sobre la llamada «deskulakización». Hay un pequeño catálogo, pero no está a la venta. Todo se expone con pasión, pero, desafortunadamente, no siempre con gusto ni tino.

Lo más impresionante de la sala son los «libros de las víctimas» que el visitante puede hojear, con los nombres de quienes murieron a causa de la deportación, la violencia o el hambre. Registran miles y miles de nombres de personas de las aldeas, con información sobre la profesión, el día y la causa de la muerte, etcétera. Esta labor se inició durante la presidencia de Yúschenko, pero está inconclusa. ¿Quién se ha encargado de compilar todo eso? ¿Las oficinas de estadística? ¿Los empleados del NKVD? ¿Las instituciones encargadas de combatir las epidemias? ¿Los familiares? Aquí se documenta el exterminio de familias enteras. Es casi liberador ver que millones de muertos desaparecidos del registro histórico han dejado un rastro después de todo, un nombre, algunas fechas, quizá hasta un rostro que nos devuelve la mirada.

El siguiente recorrido nos lleva hasta la estación final de metro de Lisova, en el Brovarsky Prospekt. Aquí se entiende mejor lo ocurrido que en el monumento dedicado a las víctimas de la represión que se encuentra en el palacio de Octubre, antiguo internado para señoritas de buena familia y alojamiento ocasional del NKVD en el centro de la ciudad. El metro sale del túnel cerca de la orilla del Dniéper y cruza el río por el puente, pasando sobre una isla situada en medio de éste. Al volver la cabeza, podemos contemplar la impresionante silueta de Kiev. A continuación, uno camina por entre los macizos edificios prefabricados de los barrios del raión de Dárnytsia, donde, tras la batalla de Kiev, los alemanes internaron a centenares de miles de prisioneros de guerra soviéticos, que, expuestos al hambre y las enfermedades, murieron por miles. Luego hay que desplazarse un trecho con el autobús en dirección a Brovary, atravesando unos claros pinares con campamentos para la juventud y áreas de juego infantiles. Hoy el Brovarsky-Prospekt es un corredor lleno de mercados, kioscos, cafés, talleres de reparación y gasolineras. El autobús se detiene en la entrada del memorial, por ahora oculto detrás del bosque. Fue creado en 1994, tras varias décadas de silencio. «Aquí, en el sector 19 del bosque de Bykivnia, están enterradas las víctimas de la represión política», se dice en un mapa geomorfológico situado en la misma entrada, que está flanqueada por unas cruces de las que cuelgan unas camisas azules

bordadas (¿sudarios, quizá?). A la izquierda vemos la estatua de un prisionero del campo y la indicación de un año: 1937. En el mapa señalan el futuro emplazamiento de un complejo museístico (una loma cubierta de pinos a los que han fijado retratos de las personas asesinadas, con breves datos sobre su vida y su muerte) y el lugar donde hallaremos el memorial de los oficiales polacos asesinados aquí.

Los que conocen el sitio no tienen aún claro en qué punto exacto de los más de quince mil metros cuadrados de bosque han descubierto los arqueólogos las fosas comunes. Se estima que la cifra de personas asesinadas aquí supera las cien mil. Es preciso adentrarse bien en el bosque, que en estos días de primavera despide un intenso olor a resina y a lirio de los valles. Al borde del camino hay un trenecito de gasóleo con el número 23; solía hacer el recorrido entre Kiev y el suburbio de Brovary, y en él trasladaban a los prisioneros llegados desde todo el territorio de Ucrania; una vez aquí, eran asesinados por los comandos del NKVD. El camino está orlado de bloques de piedra con cruces grabadas. En uno de ellos puede leerse: «Por vuestra libertad hemos pagado con nuestras vidas». En otro: «Memoria eterna a los miles de inocentes asesinados». En los troncos de algunos pinos los familiares han fijado fotos con los datos de los muertos: Petró Parjomenko, agrónomo, fusilado el 25 de abril de 1938; Gavrilo Maziuk, fusilado el 13 de abril de 1938; Maksim Btioja, fusilado el 22 de diciembre de 1937; Kindrat Sidoruk, 1898-1937 (añade foto); Iósif Tkatsh, 1881-1937; Iván Jarzhenko, 1903-1938. Casi todos fueron asesinados cuando estaban en la plenitud de sus vidas. Los hay de todas las confesiones, profesiones y nacionalidades: sacerdotes, miembros de las milicias populares ucranianas del período de la República, directores de escuela. Son oriundos de todas las regiones de la República Soviética de Ucrania. A veces se indica el año de su rehabilitación: 1959, o sólo después de 1991. El historiador estadounidense Hiroaki Kuromiya ha publicado una monografía sobre la historia de este lugar y sobre el silencio de décadas en torno a las «operaciones masivas» de los años 1937 y 1938 contra kulaks, elementos antisoviéticos y supuestos espías de los enemigos externos.

Adentrándonos más en el bosque, llegamos a un claro rodeado por un muro de mármol en el que se han grabado, en orden alfabético, los nombres de miles de oficiales polacos, desde un tal Kazimierz Abczyński hasta Aleksy Żełnoruk; en algunas placas de mármol hay aún sitio para los nombres de muertos aún no identificados. 3435 oficiales polacos fueron asesinados aquí. En el portal por el

que se accede al claro puede leerse: «Monumento a los polacos arrestados después del 17 de septiembre de 1939 por el NKVD». Hay cintas blancas y rojas prendidas de los árboles, dos astas con las banderas polaca y ucraniana indican que se trata de un monumento conjunto de ambos países.

Son pocos los visitantes que se acercan a esta zona de atmósfera casi sagrada: el portal, el altar, la pared del altar, una y otra vez la cruz de los ortodoxos, pero también la estrella de David, la media luna otomana, la cruz de la iglesia grecocatólica ucraniana. El luto por el sufrimiento padecido es un lazo de unión muy fuerte.

KIEV BAJO EL DOMINIO ALEMÁN

La destrucción de Kiev por parte de los alemanes empezó en el mismo sitio donde acabó: la avenida Jreshchátyk. Anatoli Kuznetsov vio a las tropas alemanas entrar en la ciudad en septiembre de 1941.

> El 19 de septiembre de 1941 los alemanes avanzaron por la avenida Jreshchátyk entrando por sus dos extremos. Una de las columnas venía de Podil. Eran los soldados a los que habíamos recibido en Kureniovka: chavales vigorosos y alegres que pasaban en coches. La otra columna venía del lado opuesto, de Bessarabka. Éstos llegaban en motocicletas y venían directamente del campo de batalla, de modo que estaban cubiertos de mugre. Se acercaron como una nube negra, inundando las aceras, colmando la avenida de un tableteo de motores y de olor a gasolina.

Dos años después, tras la liberación de Kiev el día 6 de noviembre de 1943, en la calle Kostelna—entre la actual plaza Maidán y la plaza de Europa—, se levantaron patíbulos y se ejecutaron las condenas fijadas poco antes en los procesos por crímenes de guerra contra los alemanes, todo con el beneplácito y los aplausos de los presentes. En otra foto puede verse el deplorable desfile de cuarenta mil soldados alemanes que iban camino de la prisión ante la mirada de los habitantes de Kiev, que, de pie sobre los montones de escombros, presenciaban el espectáculo.

El día 19 de septiembre de 1941 finalizó la batalla por la conquista de Kiev y la ciudad pasó a manos de los alemanes. El 7 de noviembre de 1943, a tiempo para conmemorar el aniversario de la Revolución de Octubre, el Ejército Rojo reconquistó la ciudad. La historia de la batalla a orillas del Dniéper, del

régimen de ocupación, de la liberación y de la reconstrucción se explica con detalle—sobre todo en lo relacionado con los movimientos de tropas—en el museo de la Gran Guerra Patria situado en la base de la monumental estatua dedicada a la Madre Patria. También en el museo de la ciudad de Kiev. Las tropas alemanas ocuparon la ciudad setecientos setenta y ocho días. Antes de la guerra, Kiev contaba con 900.000 habitantes, en el momento de la liberación vivían 180.00. 240.000 personas perdieron la vida en la ciudad y sus alrededores. Casi 250.000 fueron deportadas a Alemania y condenadas a realizar trabajos forzados. El centro estaba en ruinas, el armazón de acero del legendario «rascacielos» de la Casa Ginzburg se erguía hacia el cielo, como un monumento; los puentes sobre el Dniéper y las vías del ferrocarril habían sido dinamitadas; los judíos de Kiev, excepto los que se salvaron gracias a la evacuación o se marcharon a luchar en las filas del Ejército Rojo, habían sido exterminados. Lo que ocurrió con la ciudad ha quedado documentado en las fotografías aéreas de los aviones de reconocimiento alemanes, que se habían ensañado con las infraestructuras, o en fotos que los propios soldados se hicieron para mandar a sus familiares y que fueron encontradas entre los caídos. También en las memorias de los habitantes de Kiev. Forman parte de esos documentos *Babi Yar*, de Anatoli Kuznetsov, relato que jamás habría podido aparecer en la Unión Soviética sin suprimir algunos de sus pasajes (Junost publicó una edición sin censurar en 1966); y también el relato de Valentin Terno, un joven de Leningrado que viajó a Kiev tres días antes de que los alemanes atacaran a la Unión Soviética para visitar a sus abuelos y pasar allí las vacaciones de verano.

La propia ciudad muestra todavía en algunos puntos las marcas de los combates, del crimen y la muerte. No hay un solo parque metropolitano sin algún pequeño monumento que recuerde los ahí caídos; no existe instituto, museo o fábrica en los que no se recuerde a los empleados que marcharon al frente y perdieron la vida. La lista es infinita: abarca desde la tumba del soldado desconocido, situada en lo alto del parque de la Gloria, o el monumento al general Vatutin (comandante del primer frente ucraniano y liberador de Kiev), erigido en el parque que está delante del palacio de María, hasta el pabellón de entrada de la Universidad Tarás Shevchenko o el vestíbulo del teatro.

Kiev, al cabo de setecientos setenta y ocho días de ocupación alemana: un campo de batalla, tierra calcinada, el escenario de la lucha de la población por la pura supervivencia; la muerte masiva en los campos de concentración o en

los campos de prisioneros de guerra; el lugar de las deportaciones a campos de trabajo forzado y la ciudad que quedará asociada para siempre al nombre de la fosa común situada a sus puertas: Babi Yar.

Kiev era la ciudad con la red de campos de internamiento, concentración y exterminio más densa. Las ejecuciones de rehenes, partisanos o personas arrestadas al azar formaban parte del día a día durante la ocupación. Por los campos de Dárnytsia—en la orilla izquierda del río—o de Syrets pasaron centenares de miles de prisioneros de guerra. Más de 600.000 miembros del Ejército Rojo fueron hechos prisioneros en la batalla por la conquista de Kiev, miles de ellos tuvieron allí una muerte miserable a causa del hambre o las enfermedades, o bien—como los judíos y los comisarios—fueron asesinados deliberadamente. Cerca de 300.000 personas pasaron por el campo del bosque Dárnytsia, y 70.000 de ellas murieron allí a causa de la violencia, el hambre o las enfermedades. En agosto de 1943, a fin de borrar las huellas del genocidio, del campo de Syrets fueron evacuados aquellos prisioneros de guerra soviéticos que habían sido obligados a exhumar y quemar los cadáveres enterrados en Babi Yar.

Desde el primer día la ciudad recibió la impronta de los nuevos gobernantes. Los alemanes habían trasladado la capital de su Comisariado del Reich para Ucrania a Rovno (Rivne), pero, como era de esperar, habían ocupado los edificios centrales y las instituciones del poder en Kiev. La comandancia alemana de la ciudad se encontraba en los almacenes Mundo del Niño, en la esquina de la calle Proresnaia y la avenida Jreshchátyk, en el número 28, allí donde, el 21 de septiembre, los habitantes de Kiev tuvieron que rendirse y entregar sus aparatos de radio. Las comunicaciones del comandante de la ciudad (el mayor general Kurt Eberhard), que ahora pueden verse en las vitrinas del museo, estaban en tres idiomas: ucraniano, ruso y alemán (este último en letra más pequeña). Los periódicos ucranianos, dirigidos por emigrantes retornados del Reich—o por nativos para los que la colaboración con los alemanes era el mal menor y, por un momento, tuvieron la esperanza de poder alcanzar de nuevo un Estado ucraniano independiente—, traducían la política alemana del día a día en Kiev. Plazas y calles recibían nuevos nombres: Jreshchátyk se convirtió en la avenida Eichhorn (por el comandante alemán que, en 1918, había sido víctima en Kiev del atentado de un militante del Partido Social-Revolucionario); la calle Yekaterinskaia (actual calle Lypska) pasó a ser la calle de Alemania; la Yelisavetskaia se llamó a partir de entonces

Gotenstrasse. Hubo también una Bahnhofstrasse, 'calle de la estación', y una calle llamada Horst Wessel. La calle Bankovaia, en la que hoy tiene su sede la administración presidencial, pasó a llamarse Bismarckstrasse. En las calles de Kiev aparecieron coches de las marcas Horch, Mercedes y Opel. Los ocupantes alemanes se instalaron en las mejores viviendas en Lypky y en los hoteles de la calle Vladimirskaia, pero en el jardín botánico también instalaron letrinas, que usaban a plena luz del día y que documentaron con sus cámaras de fotos. Transformaron el Instituto Politécnico en un hospital militar, saquearon a placer los museos—en el museo Chanenko, situado en el parque Shevchenko, hay un catálogo que registra dos mil obras de arte robadas sólo en esa institución—, trasladaron algunos animales del zoológico de Kiev a la ciudad de Kaliningrado (donde acabaron muriendo). La Casa de los Médicos se convirtió en el Club de Oficiales Alemanes. La Oficina de Empleo de Kiev se inauguró en el edificio del Instituto de Arte (actualmente el número 20 de la calle Smyrnoi Lastotshkin), erigido a finales del siglo XIX como Seminario Eclesiástico de Kiev, pero desde 1925 centro de enseñanza de la modernidad artística ucraniana en el que habían coincidido artistas como Kazimir Malévich o Vladímir Tatlin, entre otros. Aquí—una foto muestra la bandera con la cruz gamada en la fachada—se reclutaba a ucranianos de ambos sexos con la engañosa promesa de marchar al Reich alemán en calidad de mano de obra; en otros casos, sencillamente, se les arrestaba en auténticas cacerías humanas y se los enviaba al Reich como «trabajadores del Este». De manera que la estación central de Kiev, un edificio constructivista erigido entre 1927 y 1932, es una dirección con un significado muy especial. La vemos en incontables fotografías con su cartel en alfabeto latino: «Kiev Hbf». Aquí se inició el viaje de centenares de miles de trabajadores forzados—2,3 millones de un total de tres partieron de Ucrania—, y de aquí salían también hacia el frente los soldados alemanes, que solían hacer escala en la ciudad para pasar unos días de permiso en la patria. En la estación de Kiev, donde hoy los viajeros son recibidos por el nuevo edificio de una iglesia ortodoxa y por un McDonald's, debieron cruzarse los caminos unos y otros. La Gestapo y la Oficina de Seguridad del Reich ocuparon los edificios del NKVD en el número 33 de la calle Vladimirskaia y en la calle Instytutska. La administración central de la Policía se instaló en la Academia de Ciencias. Las fuerzas de ocupación enterraban a sus muertos en los cementerios dedicados a los soldados y héroes instalados en los parques u otros espacios de recreo, como el parque Pushkin o el situado frente al palacio

de María. Después de la guerra, el territorio de Kiev sumó más de setenta cementerios para prisioneros de guerra alemanes.

Kiev tenía una oferta amplia de entretenimiento: había cafés «sólo para alemanes», un variado programa de cine, locales de confraternización, colaboración y prostitución. El abastecimiento del personal civil y militar y de los alemanes étnicos tenía lugar a través de empresas con ciertos privilegios; al mismo tiempo, se implementaba un sistema de cupones para el resto de la población, y el hambre hacía estragos por doquier. Uno de los principales lugares de abastecimiento para quienes habían permanecido en la ciudad ocupada era el Jewbasar, el Bazar Judío, situado originariamente en la plaza de Galitzia, que, completamente remodelada, se conoce como plaza de la Victoria. Allí ya no había judíos, pero el personal de ocupación, tanto el civil como el militar, podía abastecerse de todo cuanto necesitara: desde valiosos artículos de anticuario a precio de ganga hasta víveres. En el centro de la ciudad había decenas de cines, y ahora todos habían cambiado de nombre: el Comuneros, en el número 95 de la calle Lvovskaia, se había convertido en el Lux; el Vanguardia, en el número 31 de la Moskovskaia, era ahora el Metropol, y el cine con la arquitectura más sutil de Podil, el Octubre (construido en los años veinte), se había convertido en el cine Gloria. La cartelera era la misma que en el Reich: *El tigre de Esnapur*, *La tumba india*,[5] *Luna de miel para tres*, y también noticiarios semanales con los reportajes de las victorias en el frente y una película de propaganda y difamación antisemita titulada *El último golpe*, que debía mostrar al público ucraniano los horrores de la colectivización y de las purgas estalinistas. En la Ópera se programaba un repertorio clásico, con obras como *Madame Butterfly*, *La dama de picas*, *Fausto* y *Coppelia*. Un momento culminante, convertido en mito después de la liberación de la ciudad, fue el «partido de la muerte» entre el equipo de fútbol Dinamo de Kiev y una selección de jugadores de la fuerza aérea alemana, la Luftwaffe, celebrado en el estadio Zenit con futbolistas ucranianos que habían sido traídos expresamente del campo de prisioneros de guerra en Boyarka. Algunos integrantes del equipo de Kiev, que venció al de la fuerza aérea, desaparecieron luego en el campo de Syrets y más tarde fueron fusilados.

En los primeros días del dominio alemán sobre la ciudad de Kiev, entre el 24 y el 28 de septiembre de 1941, se produjo en la esquina de la calle Proresnaia con la avenida Jreshchátyk una serie de explosiones devastadoras con las que el

bando soviético destruyó los almacenes Mundo del Niño, famosos hoteles como el Espartaco y el Continental y otros edificios a ambos lados de la famosa avenida, todo por medio de una detonación controlada y de varios incendios. Casi todo el centro de la ciudad, más de veinte manzanas—entre ellas el antiguo ayuntamiento y la que fuera más tarde la central de Partido Comunista —, ardió durante días, iluminando toda la ciudad, mientras los muros se desplomaban y fracasaban todos los intentos por extinguir el fuego. Los vecinos huyeron hacia los parques situados sobre el Dniéper. Como escribió Anatoli Kuznetsov: «Uno tenía la impresión de que toda la ciudad volaba por los aires. La voladura y el incendio de la avenida Jreshchátyk, que nadie ha descrito en ninguna parte, tendrían que entrar en la historia de la guerra como un acontecimiento clave». Sería comparable, únicamente, con la voladura del centro urbano de Moscú dentro del anillo de las avenidas, de la Nevski Prospekt en San Petersburgo o del centro de París. La voladura de un centro urbano es algo distinto a la voladura de un puente. Para Kuznetsov, las explosiones controladas a distancia fueron la primera manifestación de un patriotismo auténtico; ninguna otra ciudad deparó a las tropas alemanas tal recibimiento:

Sí, habían entrado a esta ciudad del modo en que estaban acostumbrados a hacerlo en otras capitales del occidente de Europa. Se estaban preparando para la cena con la que celebrarían la victoria, pero, en su lugar, recibieron un par de bofetadas, y la tierra empezó a arder bajo sus pies.

El 3 de noviembre Kuznetsov vio cómo ardía y se desplomaba la catedral Uspenski en el monasterio de las Cuevas.

Las huellas de la guerra germano-soviética están presentes por todas partes, y han sido cubiertas ahora por las huellas frescas de una guerra nueva y de índole muy distinta: la que ha desatado Rusia contra Ucrania y que se cobra nuevas víctimas casi cada semana. Así ocurrió en las celebraciones por el setenta aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi en el foyer del monumento a la Gran Guerra Patria, donde podía verse una instalación con uniformes y pertenencias de los soldados caídos en los combates del Dombás, tanto voluntarios como miembros del Ejército. La guerra actual se levanta ahora, como una pared, delante de aquella otra guerra del pasado que hace años se

convirtió en una especie de mito fundacional de la Unión Soviética y que se recuerda de forma muy distinta en Rusia y en Ucrania.

CON ANATOLI KUZNETSOV CAMINO DE BABI YAR

Atrás ha quedado la época en la que Yevgueni Yevtushenko podía escribir en un poema de 1963: «No hay un monumento en Babi Yar», pero aún no es sencillo orientarse en esos terrenos que se extienden a ambos lados de la avenida Melnikov, al noroeste de Kiev. Es cierto que la ciudad ha cedido unos terrenos para la creación del Museo de Historia de los Judíos de Kiev, pero aún no existe una institución que muestre al viajero la historia de esos judíos, desde que fueran mencionados por primera vez en el año 1018 hasta su final en el barranco de Babi Yar o hasta los nuevos atisbos de vida judía en la actualidad. La mejor guía sigue siendo, por ello, el relato de Anatoli Kuznetsov, y, con un poco de suerte, alguna persona familiarizada con la topografía y la historia del lugar, como el rabino Aleksandr Duchovny. De la estación de metro Dorogozichi, situada en un gran cruce de calles, se llega a varios monumentos: primero está el monumento soviético de 1961, donde, el 29 de septiembre de 1961, los ciudadanos de Kiev se reunieron por primera vez para conmemorar el vigésimo aniversario de la masacre. Algo más allá, sobresaliendo en una hondonada del terreno, está el memorial erigido en 1976, en plena era Brézhnev, que muestra, sobre una base, un grupo escultural de cuerpos heroicos entrelazados: un soldado del Ejército Rojo, un marinero y una figura femenina con un niño. En lo alto se lee una inscripción en tres idiomas: ucraniano, ruso y hebreo, pero ni la iconografía ni la leyenda dejan claro que en esa zona, entre el 26 y el 29 de septiembre, fueron asesinadas 33.771 personas de origen judío como parte de una bien calculada operación masiva. Sólo la menorá que se yergue en los terrenos del antiguo cementerio hebreo recuerda que en este lugar se produjo una masacre contra ese pueblo. Otros monumentos dan fe de que en Babi Yar, además de los judíos de Kiev, fueron asesinadas decenas de miles de personas de otras confesiones y orígenes: prisioneros de guerra soviéticos, gitanos, niños y enfermos mentales de las clínicas cercanas, partisanos, representantes de la intelectualidad ucraniana y miembros del movimiento nacional ucraniano en la clandestinidad. Para cien mil personas, el barranco de Babi Yar, situado en las afueras de la ciudad, se

convirtió en una fosa común. Esa hondonada de bordes afilados y de diez metros de profundidad, que antes de la guerra era conocida como destino para excursiones y por el barro empleado en la cercana fábrica de tejas y ladrillos, apenas es reconocible hoy. «Era un barranco enorme de aspecto casi majestuoso, profundo y ancho como un valle de montaña. Si gritabas en un extremo, apenas te oían en el otro», recuerda Anatoli Kuznetsov, que entonces tenía doce años. De la antigua construcción sólo se conserva en las cercanías un edificio administrativo del cementerio judío. Por lo demás, lo que encontramos aquí es un parque común y corriente, con senderos para pasear, bancos y áreas de juego para niños. Hay varias personas haciendo *jogging*. El rabino Duchovny, sin embargo, lleva al forastero hasta un lugar, otro barranco, que aún no ha sido nivelado. Sí, este sitio, con su empinada pendiente y suelo arcilloso, recuerda el Babi Yar que conocemos por la foto que nos quedó de la masacre y que se usó como prueba en Núremberg.

Anatoli Kuznetsov, que lo presenció todo, se propuso desde un principio escribir lo que vio. Y empieza citando la notificación que se dio a conocer en tres idiomas y que, inmediatamente después de la serie de explosiones en el centro de la ciudad, anunció las inmediatas represalias camufladas de reasentamiento de la población judía:

Todos los judíos de la ciudad de Kiev y alrededores deben presentarse el lunes 29 de septiembre de 1941, a las ocho de la mañana, en la esquina de las calles Melnikovskaia y Dojturnovskaia (junto al cementerio). Deben traer su documentación, dinero y objetos de valor, así como ropa de invierno, prendas interiores, etcétera. Todo judío que contravenga esta orden y sea encontrado en otro lugar será fusilado. Todo ciudadano que entre en las viviendas dejadas por los judíos y se apropie de sus pertenencias será fusilado.

Kuznetsov contempla la caravana humana que empieza a subir desde Podil:

Por allí marchaba todo el barrio judío de Podil. ¡Oh, Podil! El más desgarrador barrio de Kiev, apenas reconocible por el aire viciado, una mezcla de podredumbre, grasa barata y ropa tendida. Desde tiempos inmemoriales ha habitado allí la pobreza judía, los más pobres entre los pobres: zapateros, sastres, carboneros, fontaneros, embaladores, silleros, estraperlistas, ladrones, los patios sin áreas verdes, las pestilentes fosas sépticas, los cobertizos maltrechos repletos de ratas gordas, enormes. Los pozos negros llenos de enjambres de moscas, las callejuelas sucias y polvorientas, las casas ruinosas y los sótanos húmedos, así era el ruidoso y mortalmente infeliz Podil, siempre reproduciéndose.

Y es a estas personas a las que empujan hacia el barranco. Oyen los disparos: de modo que no las llevarán hasta la próxima estación de carga de Syrets, sino que las matarán. Entre las pocas personas que se salvaron aquellos días se encontraba Dina Mironovna Pronicheva, madre de dos hijos, actriz en el teatro guiñol de Kiev. Ella lo vio todo y fungió como testigo en el proceso de Kiev de 1946, donde relató lo inconcebible: el asesinato de más de treinta mil personas en tres días a manos de más de mil doscientos hombres de unos grupos operativos, apoyados por voluntarios ucranianos.

Cuando en agosto de 1943 el Ejército Rojo se aproximaba a Kiev, los alemanes ordenaron a los prisioneros de guerra soviéticos de Syrets desenterrar los cadáveres de Babi Yar, apilarlos en unas parrillas hechas con travesaños de rieles, rociarlos con keroseno y quemarlos; los restos serían triturados por una enorme máquina de moler huesos que hoy podemos ver expuesta en el museo de la Gran Guerra Patria. Durante una sublevación de unos trescientos treinta prisioneros de guerra encargados de las labores de exhumación, quince lograron escapar, y se convirtieron en importantes testigos en los procesos posteriores. Cada año, los días 29 de septiembre, solían reunirse en el lugar.

En septiembre de 1943 se inicia la evacuación forzosa de Kiev. Toda la ciudad, según se dijo, debía ser evacuada a Alemania. Kiev dejaría de existir. De nuevo una de aquellas caravanas infernales, una procesión de tranvías, gentes con hatillos, enfermos y niños. Miles y miles de personas en camino, hasta que los ríos de refugiados se desviaban en su camino hacia Polonia, o regresaban de nuevo, o huían con los alemanes en dirección al oeste.

Pero la historia de Babi Yar no acaba ahí. El barranco fue tapado, pero el 13 de marzo de 1961 reventó uno de los diques construidos para la represa mientras el barro, que contenía restos de ceniza y fragmentos de huesos, se sedimentaba, inundando el nuevo barrio residencial construido debajo. Por la mañana, cuando la gente salía para el trabajo, una ola de lodo de diez metros de alto arrasó el vecindario con la velocidad de un tren, arrastrando tranvías, coches y casas. «La venganza de Babi Yar», se rumoreó entonces.

En 1962 se inició el tercer intento de limpiar Babi Yar. Secaron el barro y lo transportaron de vuelta al barranco. En el sitio donde se encontraba el campo de concentración de Syrets se construyó una zona residencial: sobre los huesos de las víctimas, que afloraban por todas partes. También se destruyó el cementerio judío, del que sólo se salvaron un par de tumbas. Sobre los terrenos

del antiguo cementerio se levanta hoy el nuevo centro de radiodifusión con la torre de televisión.

Pero el 29 de septiembre de 1966 se produjo una manifestación en Babi Yar en la que estaban presentes la superviviente Dina Pronicheva, el disidente marxista Iván Dsjuba y Víktor Nekrasov, el escritor ruso nacido en Kiev y más tarde exiliado. La sucesión de monumentos erigidos parece decirnos: «Se puede quemar algo, dispersarlo al viento, taparlo, pisotearlo, pero queda la memoria humana». Estas palabras son de Anatoli Kuznetsov, que no pudo vivir para ver el día en que su «Babi Yar» pudo aparecer sin censuras en su país de origen, ni el día en el que lo recordaron con la inauguración de un monumento en Kiev. Murió el 13 de junio de 1979 en su exilio londinense.

KIEV: EL TERCER LUGAR

La época más próxima a nosotros es la menos estudiada por ser aquella con la que, aparentemente, estamos más familiarizados. Desde la orilla del Dniéper se ve en la orilla izquierda, en el distrito erigido tras la guerra, un paisaje semejante a un macizo montañoso. Cada barrio es en sí mismo una gran ciudad con su vida propia, son la prueba viva del resurgimiento y el nuevo ascenso de esta ciudad. No obstante, nosotros sólo damos vueltas, hechizados, en torno al microscópico centro de la Kiev milenaria, demasiado pequeño, pero duro como un diamante, con todas sus muescas, cicatrices y heridas. Tenemos a nuestro alrededor la ciudad rebosante de vida, pero entendemos muy poco de lo que ocurre en esa jungla, de las fuerzas que la mueven, las pasiones e intrigas que la transitan y mantienen unida. ¿Por qué entendemos tan poco? ¿Se deberá en mi caso a la *déformation professionnelle* del historiador alemán afectado por el pasado? ¿O a que prefiero dejar el pasado reciente y el presente a los observadores y expertos en temas de actualidad?

El renacimiento de Kiev al terminar la guerra es algo casi inconcebible, y lo mismo ocurre en otras muchas ciudades europeas devastadas por la conflagración mundial: Varsovia, Minsk, Stalingrado, Königsberg, Berlín. Podríamos enumerar varios factores para explicárnoslo: el indestructible deseo del hombre de construirse un hogar, la voluntad de no dejarse desterrar, las ambiciosas planificaciones e inversiones estatales, la resistencia física a la desaparición, que se oculta incluso en las ruinas, la esperanza de poder conectar

de nuevo con la antigua magia de una lograda convivencia urbana, la mera necesidad de asentarse, aun sobre una tierra arrasada. Sean cuales sean los elementos que han de coincidir para que podamos seguir tejiendo sin cesar los hilos de la vida en un lugar devastado, empobrecido o agotado sin remedio, sigue siendo—al menos para mí—un milagro, algo que nadie puede explicarse del todo. Y eso es también lo que ha sucedido en Kiev.

Al visitarla hoy, es difícil figurarse por lo que ha pasado la ciudad. Es una urbe animada, vibrante y enfebrecida. Ha iniciado una segunda vida, o tal vez lo ha hecho—si se piensa en las campañas devastadoras de Batú Kan en el siglo XIII—por enésima vez.

Ha transcurrido más de medio siglo desde que empezaron a borrarse las huellas de la destrucción y el agotamiento. La ciudad ha conseguido ponerse en forma de nuevo gracias al trabajo de más de media centuria y ha superado su propia dimensión de antaño. Desde que dejó de ser la capital de una república soviética para convertirse en la de un país europeo independiente y soberano, todo ha cambiado de nuevo: ello ha reforzado la confianza y el deseo de abrirse al mundo, ha implicado la transformación en una ciudad internacional y cosmopolita, impulsada por los nuevos medios, la comunicación mediática y el transporte. Kiev ha dejado atrás el provincianismo al que había estado condenada como periferia del imperio. El visitante nota que existe una nueva Kiev, una ciudad que ya no es la capital de una provincia avalada por Moscú. Hay demasiada gente joven que ha visto mundo y que quiere hacer algo con su vida. Kiev es un destino en las rutas de las líneas aéreas internacionales, está presente en las noticias, los nombres de sus actores políticos son ahora familiares para el público extranjero (si bien a esta nación le vendría bien no seguir apareciendo en las noticias de última hora, a fin de que todos puedan concentrarse en restituir el orden al país). Kiev, a pesar de que muchos de los rasgos del *soviet way of life* son todavía visibles, ha entrado en una nueva era. El Maidán marcó un momento decisivo y adquirió la función simbólica de mantener unido, o incluso de unir sobre unas bases nuevas, un país que el invasor extranjero pretendía poner de rodillas.

Hay muchos lugares en los cuales puede medirse la magnitud y la infinita complejidad de esa labor: el Museo Nacional de Historia, por ejemplo, donde se intenta encontrar un relato diferente para una sociedad multilingüística, multiconfesional y multiétnica, pero muy dividida socialmente, enfrascada en la labor de constituirse como nación política. Ese proceso puede verse sobre

todo en los problemas infinitamente variados y difíciles con los que han de lidiar tanto la elite política del país como la población. De algún modo, a Kiev siempre se le atribuyó la capacidad para la integración, lo hicieron incluso algunos pensadores con dificultades para imaginar una Rusia postimperial. Gueorgui Fedótov, el filósofo ruso en el exilio y autor del ensayo *Drei Hauptstädte* [‘Tres capitales’], veía Kiev como la ciudad donde, a diferencia de la «San Petersburgo de tendencias occidentales» y de Moscú, con la vista siempre puesta en Asia, podría nacer una cultura rusa no imperialista. Para él, la vista desde la orilla alta del Dniéper comprendía aquellas tendencias y aquellos paisajes de los que Kiev sería el polo aglutinador, para los que podría encontrar el idioma adecuado. Para Fedótov, Kiev no fue sólo un sitio sagrado ni la ciudad más bella entre todas las urbes rusas, ante la que hasta Pushkin enmudeció. La mirada desde Kiev—según Fedótov—se extiende hacia las estepas polovtsianas, hacia los Cárpatos y Polonia, el mar Negro y, sobre todo, Grecia; el espíritu de la Hélade había cobrado forma, para él, en la construcción de la catedral de Santa Sofía.

Paradójicamente, para otro pensador defensor de la restitución del Imperio ruso, Kiev se convirtió en el objeto de una reflexión fundamental, esta vez desde una perspectiva euroasiática: se trata del príncipe Nikolái Trubetskói, que también residió en el exilio. Para él, que tras la Revolución bolchevique se mostró desesperado por la caída del Imperio de los zares, fue la influencia de Occidente a través de la Academia de Kiev Pedro Mogila la que impulsó la modernización del Principado de Moscú mucho antes de la llegada al poder de Pedro el Grande, y fueron a su juicio las ideas de Kiev las que permitieron que un poder regional como Moscú extendiera su ámbito de influencia al resto del país. Aunque para Trubetskói era impensable una Ucrania independiente más allá del imperio—toda independencia, a su juicio, significaba un retorno al provincianismo y a la condición de ciudad de segunda clase—, no dejó de señalar la destacada influencia civilizatoria del espíritu ucraniano en la Rusia occidental, es decir, el espíritu de Kiev entre los siglos XVI y XVIII. Tanto Fedótov como Trubetskói la consideraron como la tercera metrópoli, el símbolo de una alternativa a la oposición entre Occidente y Oriente, Europa y Asia, el racionalismo y la irracionalidad, la modernidad y la tradición, la Ilustración y la ortodoxia de las que San Petersburgo y Moscú fueron durante tanto tiempo los emblemas, una dicotomía que siempre determinó la perspectiva estereotipada de los occidentales sobre Rusia.

Es muy posible que Kiev sea, para el mundo occidental y para los intelectuales de Occidente, no sólo el lugar en el que les sale al paso una historia que hasta ahora desconocían, sino que podría ser también el lugar de reflexión sobre el destino de la cultura rusa mientras su libertad sea reprimida en centros como Moscú o San Petersburgo. En Kiev se habla y entiende el ruso sin esfuerzo, hay periódicos rusos, editoriales, programas de televisión. Allí uno encuentra cada vez más intelectuales que no soportaron seguir viviendo en Moscú o en San Petersburgo, pero que querían vivir en un entorno cultural e idiomático familiar, lo cual resulta algo más difícil en ciudades como Berlín, Viena o París. Kiev, por lo tanto, se ha convertido en el centro de la diáspora actual. En círculos de la intelectualidad rusa se está muy ajeno a los vulgares prejuicios que cobran expresión en los estereotipos que se dedican mutuamente rusos y ucranianos (los *chochly* o los *kazapy* o *moskali*: es decir, aquellos que tildan a los ucranianos de brutos cosacos con cabezas rapadas y coletas de caballo, por un lado, y a los rusos como moscovitas de barbas de chivo). Sin embargo, a pesar de las estrechas relaciones creadas por miles de lazos de parentesco a ambos lados de la frontera, a pesar de las muchas visitas mutuas, persiste un tenaz recelo. Con ligera resignación, un atento analista ruso lo ha observado bien. Serguéi Medvedev ha constatado en el ensayo «El resentimiento ruso», publicado en la revista *Otetshestvennie sapiski* (n.º 6, 2014), que en Moscú consiguieron asimilar la independencia de Georgia o de Bielorrusia, la de los países bálticos, pero aún nadie se había conformado con la independencia de Ucrania, que veían aún como una anomalía, casi como un gesto pretencioso. En un plazo de diez años los ucranianos se han sublevado hasta dos veces contra el «hermano mayor», pero, según Medvedev, los rusos siguen viendo la autodeterminación de Ucrania como una traición. La independencia, a pesar de los veintitrés años transcurridos, es considerada como un malentendido, un hecho anecdótico, e incluso una buena parte de la clase ilustrada mira aún a Ucrania con la condescendencia con que se mira a un «hermanito menor» o a una república bananera a la que no se puede tomar demasiado en serio. El hecho de que ésta no sea la opinión de todo el mundo es motivo, si no de tranquilidad, al menos sí de una moderada esperanza en que las cosas pueden cambiar.

En 2014, el presidente Putin comentó por primera vez que, si lo deseaba, le sería muy fácil estar en pocas horas en Kiev con sus tropas, e incluso más allá. Pero calculó mal. Kiev está en proceso de convertirse en lo que era antes y lo

fue por mucho tiempo: el tercer lugar, un lugar en el que el viejo juego de Oriente y Occidente ha quedado obsoleto y se inicia algo nuevo.

2015

AH, ODESA. UNA CIUDAD EN LA ÉPOCA DE LAS GRANDES EXPECTATIVAS

Hace algo más de un año era impensable que la guerra pudiera llegar a Odesa. Lo mismo vale para abril de 2014, cuando llegué a la ciudad proveniente de Donetsk, tras una breve escala en Mariúpol. Ya entonces se habían producido manifestaciones a favor y en contra del Maidán, enfrentamientos; los llamados a un referéndum, como en Crimea, habían alzado la voz. Los trenes circulaban todavía, si bien los autobuses debían pasar por improvisados puestos de control. Pero en la avenida Primorski, o en la plaza desde la que puede verse el puerto, sobre la escalinata que Eisenstein hizo famosa, todo estaba tranquilo. Los pasajeros de los cruceros se esforzaban por llegar hasta lo alto de la ciudad situada junto al mar. Vendedores de souvenirs y patinadores daban fe de esa atmósfera relajada que había hecho famosa a Odesa desde tiempos inmemoriales. Pero era una imagen engañosa. El 2 de mayo de 2014 explotaron las tensiones, cuando una pelea entre seguidores de los equipos de fútbol de Járkov y de Odesa derivó en una sangrienta batalla campal entre activistas pro-Maidán y anti-Maidán. Todo acabó con el incendio de la Casa de los Sindicatos, en la que se habían refugiado fundamentalmente activistas prorrusos, y donde 48 personas murieron asfixiadas o al saltar de las plantas superiores del edificio, mientras que otros centenares resultaban heridas en los brutales enfrentamientos de la plaza Kulikovo Poljé y en el resto de la ciudad. Aunque volaron cócteles molotov y se disparó a matar, la milicia no intervino y los camiones de bomberos llegaron con un retraso considerable. Hasta hoy no se ha esclarecido cómo pudo producirse esta catástrofe, pero sobre todo nadie cree que las autoridades tengan la voluntad ni la capacidad para encontrar a los culpables y castigarlos.

Desde entonces la ciudad vive con el miedo de que se produzca un nuevo brote de violencia que acabe por desestabilizar la situación. La ciudad que había sido célebre (también tristemente célebre) por su ligereza, su humor y su testarudez se encuentra ahora bajo permanente tensión. La ciudad fundada en el ambiente liberal del puerto franco, cuya divisa vital rezaba: «Quien negocia no dispara»—o, de manera más adecuada a los tiempos que corren: «Mejor ir a la playa que hacer la guerra»—, se ve de pronto frente a una situación completamente nueva: puede

sufrir el destino de la cercana Donetsk, una ciudad hasta hace poco floreciente y próspera y que ahora está en ruinas. Si hay una ciudad que cabría considerar la capital de la «Nueva Rusia», ésta es Odesa, de reciente fundación (1794); si hay una ciudad con capacidad para atraer los apetitos neoimperiales de la Rusia de Putin, es ésta, situada a pocas horas en coche de la Crimea ocupada por Rusia y a menos de una hora del Estado paralelo creado con el beneplácito de Rusia en Transnistria.

El siguiente retrato de la ciudad, escrito en el verano del año 2000, no oculta los abismos de la historia de Odesa: los pogromos, la guerra civil, el dominio de las tropas de ocupación alemanas y rumanas durante la Segunda Guerra Mundial. Pero se trata sobre todo de un homenaje a la inmensa vitalidad y productividad de este punto de intersección de la historia y la cultura europeas. Odesa ha sobrevivido a la era de los extremismos, con sus fatales simplificaciones, radicalizaciones y polarizaciones, y hay motivos para pensar que se mantendrá firme una vez más.

2015

Todas las imágenes de Odesa giran en torno a la gran escalinata de la película de Serguéi Eisenstein *El acorazado Potemkin*, escenario de una de las secuencias más grandiosas de la historia del cine. Por la escalera baja rodando, escalón tras escalón, un cochecito de niño. Vemos los ojos desorbitados de la horrorizada madre, la boca abierta en un grito silencioso. Como autómatas, unos soldados que apuntan con sus bayonetas marchan escaleras abajo. Se disponen a aplastar la revuelta de los obreros que acuden en ayuda de los amotinados en el buque de guerra. El niño del cochecito no tiene oportunidad alguna. Se trata de una escena fundamental de la impotencia humana, del pánico. Pero la propia escalera, con sus ciento noventa y dos peldaños, es una obra maestra. Su arquitecto, Francesco Carlo Boffo, dotó a la escalinata, construida entre 1837 y 1841, de medidas específicas, de modo que se fuera ampliando de arriba abajo, incrementando así el efecto de la perspectiva. Desde el principio, la escalinata fue algo más que una vía de comunicación entre el puerto y la ciudad: fue el mirador desde el cual podía disfrutarse del anfiteatro que forman la bahía y el puerto. Al alcanzar el peldaño superior, se llegaba a una amplia avenida en cuyo centro estaba la estatua del primer gobernador, el duque de Richelieu; al final de la avenida se encontraban la Bolsa de Valores y el palacio del Gobernador

General. La escalera era la entrada al escenario de una ciudad a la que le fue confiada la misión de convertirse en un grandioso teatro universal. Allí se ponía en escena una ciudad que se hacía llamar «Segunda San Petersburgo», «Palmira del Sur», «Reina del Mar Negro» o «Pequeña París». Allí cayó también el gran telón que mantuvo a la metrópoli del mar Negro oculta a los ojos de los europeos durante varias generaciones.

FUNDACIÓN AFORTUNADA

Cuando en la década de 1860 Mark Twain llegó a Odesa, se sintió casi como en casa. «Ya mirásemos calle arriba o calle abajo, hacia aquí o hacia allá, ¡sólo veíamos América!». Un viajero alemán también opinaba:

> La impresión que causa Odesa es la de una ciudad hermosa, moderna y elegante; su importancia como metrópoli del comercio en el mar Negro sólo puede ponderarse después de ver sus puertos, ese escenario de movimiento y actividad incesantes, ese eterno fluir de uno a otro lado, la oscilación y la aglomeración de caravanas infinitas con miles de personas y miríadas de trenes de mercancías».

Odesa, que celebró en 1994 su segundo centenario, era en ese momento una ciudad todavía joven.

La historia de Odesa comienza con un edicto de Catalina la Grande fechado el 27 de mayo de 1794 y en el cual dispuso la construcción de Odesa en el lugar de una fortaleza turco-tártara llamada Chadschibej. En la guerra contra los turcos, los rusos habían conquistado el mar Negro y lo habían incorporado al imperio como provincia de la Nueva Rusia. Odesa sería su capital y su puerto, la puerta hacia el sur. El nombre se deriva de una colonia griega establecida en ese lugar: Odessos. El 22 de agosto de 1794, unos soldados bajo el mando del vicealmirante José de Ribas iniciaron las labores de construcción de la ciudad y del puerto. La fecha se considera desde entonces como el nacimiento oficial de la ciudad. Con ello se iniciaba el vertiginoso ascenso de una urbe que en los siguientes cien años se convertiría en la cuarta mayor del Imperio ruso, por detrás sólo de San Petersburgo, Moscú y Varsovia. En el momento de su fundación, la ciudad tenía apenas 2500 habitantes. Veinte años después, en 1815, eran ya 35.000, y a principios de la década de 1860 la cifra alcanzaba los 116.000. Con la abolición de la servidumbre, la construcción del

ferrocarril y el comienzo de la industrialización, la ciudad volvió a dar un gran salto. Poco antes de desatarse la Primera Guerra Mundial, Odesa contaba con 630.000 habitantes. En un período de veinticinco años la población se había más que duplicado. Pero no era sólo un crecimiento cuantitativo lo que asombraba a los contemporáneos. Odesa era una ciudad multiétnica como pocas en el continente. Un viajero alemán escribía:

> No puede haber una segunda ciudad cuya población esté tan mezclada, integrada por todas las naciones de Europa y Asia como Odesa. En las calles reina un auténtico caos babilónico de lenguas, uno oye hablar italiano, inglés, alemán, griego, turco, persa, tártaro, serbio, polaco y ruso mezclado con todos los dialectos imaginables.

Diversos factores contribuyeron a hacer de Odesa un laboratorio de diversidad humana: la repoblación planificada de la Nueva Rusia, iniciada por Catalina la Grande, y las gubernaturas generales establecidas por la monarca, las posibilidades de trabajo, sobre todo en el comercio de cereales, y, finalmente, la afluencia masiva de inmigrantes, para los que Odesa era la tierra prometida. Desde el primer día, a los nuevos gobernantes les interesó fomentar la llegada de obreros de la construcción, artesanos, comerciantes, maestros y expertos en todas las ramas de la industria y el comercio. Siguiendo esa promesa acudieron colonos griegos y alemanes, de modo que Odesa se convirtió, en las décadas siguientes, en un centro para los griegos y los alemanes del mar Negro. Estaban representadas prácticamente todas las nacionalidades: había suizos, británicos, holandeses. Un grupo que llegaría a desempeñar un papel muy importante en la vida económica y cultural de Odesa vendría desde Génova, Livorno y Venecia. Los terratenientes polacos construyeron sus mansiones en Odesa. También hubo numerosos comerciantes armenios y sirios que se establecieron allí. La ciudad era el destino para siervos fugados, cosacos y campesinos de la frontera, para jornaleros moldavos y ucranianos. Pero el grupo más poderoso y compacto lo formaron los judíos. Se dice que cuando la ciudad se fundó había en ella unos seis judíos; en 1855 eran 17.000, es decir, un 22 por ciento de la población; según el censo general de 1897 vivían en Odesa casi 140.000 judíos, un 34,4 por ciento de la población, aproximadamente. Eran originarios, por lo general, de Volinia, Podolia y Lituania, pero también llegaban de la Galitzia austríaca e incluso de Alemania.

La sinagoga Brodsky era la mayor de Odesa y debe su nombre a la ciudad de Brody, en Galitzia. El yiddish era, después del ruso, la lengua más hablada.

Los fundadores y gobernadores de la ciudad son representativos del carácter internacional de la misma. El almirante De Ribas, el encargado de poner la primera piedra, era un caballero napolitano de origen español e irlandés. La principal avenida de la ciudad—que es como los Campos Elíseos de Odesa o el Kurfürstendamm—lleva su nombre: De Ribas o Deribassovskaia, actualmente ucranianizado Derybassivska. Predominan los nombres franceses como Richelieu o Langeron. El plan para la disposición geométrica de la ciudad es de un ingeniero llamado De Voland. Los dos gobernadores bajo cuyo mandato Odesa fue cobrando forma fueron un inmigrante francés y un aristócrata ruso formado en Inglaterra. El duque De Richelieu, al que los odesitas llaman hoy, sencillamente, Duc, se encuentra en medio de la gran avenida en forma de escultura de rigurosa pose clasicista romana; él también ha prestado su nombre a una de las calles principales de la urbe; era oriundo de Burdeos y, como emigrante francés, entró a trabajar en el servicio oficial de los rusos. Desde 1803 hasta 1814 fue el gobernador de Odesa, y se ocupó de la planificación y la repoblación de la ciudad; el liceo Richelieu, fundado por él, sigue existiendo hoy. El Duc regresó a Francia una vez concluida su labor. El conde Mijaíl Vorontsov, en cuyas manos estuvo el destino de la ciudad entre 1814 y 1826, se había formado en Cambridge; su palacio en Alupka, en Crimea, construido en el estilo Tudor, sirvió de domicilio a la delegación británica en la Conferencia de Yalta. Durante su mandato, Odesa se convirtió en puerto franco y en el principal puerto de exportación para el cereal ruso. Gracias a la mano férrea—pero afortunada—de estos gobernadores, el auge de Odesa parecía sellado de una vez por todas. Y esa mano es visible hasta hoy: la Bolsa de Valores y el palacio del Gobernador son los edificios más representativos. Odesa es una ciudad joven, sus estratos arquitectónicos más antiguos son, por lo tanto, los estilos clasicista e Imperio. Todas las instituciones necesarias para una vida urbana efectiva y para el bienestar de sus habitantes provienen de ese período: calles pavimentadas con granito; alamedas con acacias y tilos que permiten a los transeúntes, aun en los más cálidos días de verano, protegerse del sol; la disposición de las playas y parques de recreo a lo largo de la costa, y, finalmente, los centenares de cisternas y fuentes, encargados de resolver el problema más urgente de la ciudad, aún no resuelto de manera satisfactoria a día de hoy: el suministro de agua. Por último, el puerto, grande y varias veces

ampliado, representa el corazón económico de la nueva ciudad fundada a orillas del mar Negro.

«LA BUENA VIDA»: ODESA ENTRE 1870 Y 1930

Entre 1861 y 1914, en el período de las grandes reformas y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la ciudad de Odesa quintuplica su número de habitantes. Ahora los trenes llegan y descargan trigo y personas en la atestada metrópoli portuaria. Odesa es el centro neurálgico en el mapa de los flujos de dinero y mercancías, forma parte del mundo mediterráneo y del Levante, entre Constantinopla y Marsella, Esmirna y Port Said. Con Odesa sueñan los personajes de Victor Hugo, anhelantes de una riqueza infinita y rápida. Odesa se convierte en la capital de una burguesía variopinta y el refugio para las masas exhaustas y empobrecidas de todo el este de Europa. La nueva Odesa crece más allá de las fachadas clasicistas de los años de su fundación. Traslada la antigua Bolsa, que pasa a ser el Hôtel de Ville, a un nuevo edificio de estilo florentino decorado con estatuas de Ceres y Mercurio. En las calles Derybassivska y Richelieu surgen hoteles, bancos, restaurantes, una pista de patinaje y los llamados «salones de té», entre ellos algunos renombrados cafés de la ciudad como el Robinat y el Frankoni. Los antiguos palacios aristocráticos se enfrentan a la competencia de los pomposos palacios de finales del siglo XIX y principios del XX, que empiezan a ocupar barrios enteros y que, aun siendo muy lujosos, no tienen ya la gracia del Palais Royal construido en la década de 1830, con su íntimo jardín ornamentado con bellas esculturas. En la ciudad todo es «neo»: neorrenacentista, neorromántico, neogótico. Los hoteles se llaman como en cualquier ciudad europea: Londres, Bristol, Bolshaia Moskovskaia, Hôtel du Nord. Atlantes, cariátides, cabezas de medusa, enrejados y puertas de ascensores con sus ornamentos Art Nouveau hacen de Odesa una capital de la Belle Époque. Resulta extraño ver cómo los pomos de las puertas y los espejos con guirnaldas florales han podido salvarse a pesar de todas las devastaciones del siglo XX. En su período de rápida expansión, la ciudad fue dotada de una grandiosa estación ferroviaria coronada por una cúpula, un premio ferozmente disputado en las venideras revoluciones y guerras; un puerto modernizado y ampliado, modernos hospitales y clínicas

que aún están en uso hoy, escuelas, depósitos de agua, la gran cárcel junto al antiguo cementerio metropolitano, un hipódromo, un tranvía de fabricación belga y comercios de un nuevo tipo, las galerías comerciales. Un acueducto de más de treinta y cinco kilómetros de largo bombea el agua del Dniéper a la ciudad, con lo cual queda solucionado el acuciante problema del abastecimiento de agua potable. Las avenidas reciben luz eléctrica. En la periferia surgen nuevas fábricas, la azucarera de los Brodsky, la de maquinaria Bellino-Fendrich, un barrio entero lleno de silos para el cereal. En Odesa trabajan conocidos arquitectos de la capital, como Schröter y Bernardazzi. En las avenidas más importantes brotan los cines como setas: el Beaumonde, el Odeón, el París, el Urania, el Elefante. Y Odesa cuenta también con lo que jamás podría faltar en una próspera ciudad: un teatro en el que actúan estrellas internacionales. En la década de 1880, se construye uno de los más suntuosos y elegantes teatros de ópera de toda Europa, un Palais Garnier con vistas al mar, diseñado y construido por el estudio de arquitectos vienés Fellner & Helmer, que realiza proyectos en todo el continente, entre Leipzig y Odesa. Se produce entonces la división de la ciudad. En Odesa, como informa Isaak Babel con conocimiento de causa, hay «un gueto judío muy pobre y poblado, sufriente, una burguesía sumamente autosatisfecha y una Duma local archirreaccionaria». Surgen barrios para los inmigrantes del *shtetl* y de las aldeas ucranianas y besarábicas. En el distrito de Moldavanka se concentra la Odesa judía y pequeñoburguesa, también la de los bandoleros, es el coto de caza del rey Benya Krik, el personaje de los *Cuentos de Odesa* de Isaak Babel. En Peresyp crecen, junto con las nuevas fábricas, los barrios marginales de la clase obrera. Y en las pendientes que dan al mar, a lo largo del bulevar Francés, en Langeron, Novaia Arkadiya y en la Pequeña y la Gran Fontanka, se construyen mansiones y casas para pasar los fines de semana: la arquitectura blanca de los balnearios, con sus terrazas acristaladas y otras comodidades codiciadas por la clase ociosa. El paisaje urbano, hasta entonces uniforme, se llena de nuevos acentos. La frágil piedra caliza con la que fue construida Odesa se unen nuevos materiales y formas. El lenguaje formal de los nuevos edificios denota el *melting pot*. En una ciudad con muchas etnias, lenguas y confesiones, hay más estilos que en ninguna otra parte. Encontramos, por ejemplo, el oro de los campanarios y las torres con forma de cebolla de las catedrales ortodoxas rusas conviviendo con el ladrillo rojo de la iglesia luterana; el intenso azul de una iglesia católica de estilo barroco italiano junto a las líneas neorrománicas de la

sinagoga; las cúpulas blancas y verdes de una mezquita junto a la casa de oración caraíta, con sus ladrillos de varios colores. Por doquier hay pintorescos mercados, bellos y numerosos monumentos embelleciendo los parques, muchos de los cuales serían destruidos en épocas posteriores.

Algo menos sencillo resulta hacerse una idea del mundo intelectual de la Odesa de entonces. Es preciso reconstruirla a partir de los programas de conciertos y teatros, de las historias de la literatura y las memorias, de los diarios de guerra y los apuntes tomados en la clandestinidad. Muchos de ellos se encuentran en los bien dotados museos de Odesa. En la ciudad se publicaban decenas de periódicos, impresos en varios idiomas y leídos más allá de sus fronteras, como el *Odesski Listok* o el importante diario judío en lengua rusa *Rassviet*. En sus teatros actuaron Franz Liszt, Fiódor Chaliapin y Anna Pavlova. En el Club Inglés se reunía la variopinta sociedad de comerciantes de cereales griegos, italianos, judíos y rusos, los agentes de Bolsa y hombres de negocios, mientras que en las asociaciones de intelectuales se reunían los profesores y catedráticos de la Universidad Novorrusa, fundada en 1865. En Odesa se creó una especie de «sociedad urbana», un «nido de conspiradores», como lo llamaba el zar Nicolás I. Allí tenían una de sus bases más importantes los defensores de la independencia de Grecia en la década de 1820. En Odesa, los decembristas contaban también con sus conjurados. En la década de 1870 se iniciaron allí las actividades de la Liga de Obreros del Sur de Rusia. La ciudad pasó a ser también un centro de la lucha por la emancipación de los judíos rusos y de Europa del Este. Casi todos los precursores de la emancipación judía tenían una dirección en Odesa: Jaim Biálik en el número 9 de la calle Mala Arnautska; Simon Dubnov, en el 12 de la calle Basarna; Leo Pinsker, autor de *Autoemancipación*, en el 40 de la calle Richelieu; Meir Dizengoff, primer alcalde de Tel Aviv, en el 30 de la calle Ósipov; Sholem Aleijem, en el 26 de la calle Kanatna. Por Odesa pasaba también el flujo de la emigración judía hacia ultramar y la *Eretz Yisrael*, la tierra de Israel; especialmente después de los pogromos de los años 1881 y 1905.

Odesa, según Yevgueni Golubovski, vicepresidente de la Liga Mundial de los Odesitas, no ha producido filósofos, sino escritores y músicos, y los ha producido, a decir verdad, a espuertas. «En Odesa todo se dispuso del modo más feliz—escribe Konstantín Paustovski—para crear una estirpe de hombres de acción, talentosos y cultivados. Odesa pudo educar a una pléyade de escritores, poetas, pintores, políticos, músicos, eruditos y marineros». También

proporcionó al mundo una gran cantidad de niños prodigio, genios y talentos. Por sus conservatorios pasaron Nathan Milstein y David Oistrach antes de salir a la arena internacional. En Odesa, por cierto, fue fusilado en 1941, por el NKVD, el padre de Sviatoslav Richter, organista de la iglesia luterana alemana de la ciudad. En el folclore urbano de la ciudad de Odesa surgieron un ritmo y un tipo de humor que se infiltraron en la Unión Soviética de forma clandestina para acabar conquistándola: ahí están los romances sentimentales y las canciones de Pjotr Leschtchenko, por un lado, y el jazz irónico y nervioso de Leonid Utiosov, por el otro, quien cosechó mucho éxito en Moscú justamente en el año 1937. Tal vez el sonido de Utiosov sea el triunfo de Odesa por excelencia, la victoria de la periferia sobre el centro. Una victoria comparable únicamente a la posterior marcha triunfal de otro odesita, el cómico Mijaíl Schwanetzki. De esa mezcla étnica surgió no sólo la nación de los odesitas, súbdita de nadie, sino también una jerga que sólo podía formarse allí donde más de cien pueblos distintos convivían en un espacio muy reducido. Vlas Dorochevich, uno de los grandes maestros de la edad de plata del periodismo ruso, calificó una vez la lengua de los odesitas como la «octava maravilla del mundo». En la historia de la literatura se ha acuñado la expresión de Víktor Shklovski «escuela de Odesa» o «escuela de la Rusia meridional», con la que se refería a un nuevo tono en el que el extremo laconismo, la ironía, cierta tristeza y una mirada crítica creaban una mezcla irrepetible. De esa pléyade de Odesa formaban parte Isaak Babel y Konstantín Paustovski, la pareja de autores Ilf & Petrov, los poetas Eduard Bagrizki y Vera Inber. Odesa, en el período de la guerra civil, fue su universidad. Isaak Babel se trasladó expresamente de la casa burguesa de sus padres al distrito de Moldavanka para estudiar el mundo de los criminales y los vividores. La pareja formada por Ilf & Petrov sólo pudo descubrir aquí al ingenioso truhan Ostap Bender y seguirlo en sus peregrinaciones cotidianas por la Unión Soviética. En el parque metropolitano de la calle Derybassivska se erige como un monumento una de las «doce sillas», y en el museo de la Literatura de Odesa se presenta una reconstrucción de los interiores de la burocracia en los que se movían sus héroes. Para Konstantín Paustovski, Odesa se convirtió en el escenario de su gran epopeya sobre la Revolución y la guerra civil. Sus memorias se leen como un manual de instrucciones para regresar a la época «de las grandes expectativas». Los destellos de esa «pléyade de Odesa» podrían hacernos olvidar a otros creadores cuyas obras también están vinculadas a la ciudad, figuras tan emblemáticas

como Aleksandr Pushkin y Adam Mickievicz, que pasaron en Odesa parte de su destierro.

BLOQUEO, CIUDAD CERRADA

La gran época de Odesa acabó en una serie de seísmos: la Primera Guerra Mundial, la Revolución, las represalias de la década de 1930, el período de terror durante la ocupación alemana y rumana en la Segunda Guerra Mundial y el largo período de aislamiento del gran mundo. Se trata de una historia de la decadencia y la despoblación, de muertes masivas y de un resurgimiento y reconstrucción apenas creíble. Con cada brusca sacudida se perdió una parte de la vieja Odesa. ¡Quién no tuvo pretensiones de dominar Odesa en medio del caos de la guerra mundial y la guerra civil! Alemanes, rumanos, rojos, blancos, italianos, ingleses, griegos, franceses. Entre 1918 y 1920, Odesa fue una ciudad de formas cambiantes y de absoluto caos. Paustovski escribe:

A todos les asombraba la inimaginable mezcla étnica de Odesa. Los pequeños agentes de Bolsa y traficantes del mercado negro quedaron a la sombra por la invasión de los descarados e implacables especuladores huidos de Sovietistán,[6] como ellos mismos decían con malicia […] centelleaban los brillantes, que debían proceder, sin duda, de la corona de los zares; por doquier te presentaban fajos de billetes nuevos de libras esterlinas y francos; raras y dóciles pieles se deslizaban de los hombros de alguna bella y célebre dama de San Petersburgo y pasaban a las manos nerviosas de estraperlistas griegos con la tez azulada del afeitado reciente […] en la calle Deribassovskaia podía uno ver cada noche infinidad de personas reunidas en las proximidades de la floristería, gente que había perdido algo de su esplendor y que se excitaba con los ridículos rumores que se sucedían de un modo frenético. En ese sentido, Odesa superaba con creces a otras ciudades del sur.

Paustovski contempla la bahía desde la famosa escalinata:

Barcos de vapor cargados de refugiados partían hacia Constantinopla […] Todos los accesos al puerto estaban atestados. Parecía que los jardines y las casas se hundían por el peso del gentío, como si fueran a ceder de un momento a otro y desplomarse en las profundidades […] Maletas abultadas, hatillos y cestas se deslizaban y rodaban como seres vivos deformes entre las piernas de las personas que bajaban al puerto. El contenido brotaba del interior enredándose entre sus piernas, y arrastraban tras de sí una estela de blusas, encajes, ropa infantil, cintas. Esas prendas de aspecto plácido convertían la imagen de la huida en una escena aún más triste […] parecía como si todos esos trapos se mecieran por sí solos sobre unas olas invisibles, flotando como

alfombras negras en dirección al puerto […] vimos cómo soltaban amarras y los vapores partían sin haber recogido aún las pasarelas, que a veces se desprendían y caían al mar con toda su carga humana.

La ciudad agonizaba. A miles ascendía el número de las llamadas «casas salvajes», abandonadas y vacías debido a que sus inquilinos habían desaparecido.

En aquellos años Odesa se fue despoblando progresivamente. Muchos obreros de las industrias emigraron al norte, a la Rusia soviética, y lo hicieron de inmediato, con las primeras unidades del Ejército Rojo o con las tropas de abastecimiento de víveres y los marineros […] el mar estuvo varios meses allí, como muerto, sin que lo avivara la estela de humo de las chimeneas de los vapores. Odesa estaba aislada del norte soviético debido a la destrucción de las líneas de ferrocarril, a los constantes ataques de diferentes bandos, a las «tierras de nadie» sin ley, y a causa también de los puentes volados.

No había luz eléctrica. Vera Inber iba a buscar agua a los patios traseros con un valioso jarrón Art Nouveau; muebles enteros de oscuro roble eran troceados para obtener leña.

No obstante, cuando finalizó la guerra civil, a pesar de la emigración y de la manera en que fue diezmada su burguesía, la ciudad se recuperó, y lo hizo con una rapidez asombrosa. En poco tiempo empezaron a zarpar los vapores dos veces por semana en dirección a Constantinopla. La ciudad multilingüe llegó incluso a recuperar su esplendor: había un teatro judío y un teatro alemán. Antes de que comenzara la Segunda Guerra Mundial, Odesa tenía 600.000 habitantes. Sin embargo, el carácter cosmopolita de la urbe, cuya existencia se basaba totalmente en el vínculo con el mundo exterior, había cambiado por completo. El también odesita Vladímir Zhabotinski había dicho en una ocasión: «¿Quién fue el verdadero creador de estas ciudades extraordinariamente bellas, de estos puertos y ferrocarriles, de las avenidas, los silos de cereales y los barcos, de los teatros y los hospitales, de las universidades? Pues fueron los comerciantes». Pero la Unión Soviética estalinista no necesitaba una ciudad comercial, sino industrial, y, a ser posible, una ciudad de industria pesada. El cosmopolitismo de las ciudades portuarias era para el sistema un horror. Una ciudad como Odesa era un cuerpo ajeno en el Estado obrero y campesino. La Odesa de los comerciantes y los hombres de negocios debía convertirse en un baluarte del proletariado. La calle Richelieu pasó a ser la

avenida Lenin; la calle Catalina, la Karl Marx; la calle del Comercio se convirtió en la calle de la Guardia Roja, y el bulevar Francés empezó a llamarse avenida del Proletariado. El hotel Bristol sería el hotel Rojo. Y hemos mencionado sólo los cambios más inofensivos, los que en los últimos años han sido derogados sin demasiado esfuerzo. Otra cosa sería la planificación urbanística de cementerios con las tumbas de los odesitas más célebres (como es el caso, por ejemplo, de la estrella cinematográfica Vera Jolódnaia), o la voladura de la catedral Spaso Preobrazhensky en 1936, la transformación de sinagogas en naves deportivas y la retirada del monumento a Catalina la Grande. El edificio de la Bolsa de Valores quedó sin función alguna y fue reconvertido en una sala de conciertos. Paustovski ha descrito cómo empezó a proliferar la nueva burocracia y cómo en el antiguo hotel de la calle Deribassovskaia se estableció una organización llamada Oprodkomgub, cuyas habitaciones estaban revestidas de madera contrachapada. También Odesa, la brillante «perla a orillas del mar Negro», debía convertirse en una de las grises ciudades de la provincia soviética.

Un segundo seísmo fue la ocupación alemana y rumana durante la Segunda Guerra Mundial, que provocó la destrucción, por ejemplo, de la estación de ferrocarriles y de las instalaciones del puerto. Significó la despoblación de la ciudad a consecuencia de la evacuación de trescientas mil personas y de las instalaciones fabriles. Sobre todo significó el fin de la Odesa judía. Odesa estuvo novecientos siete días bajo el dominio de los alemanes. La ciudad que opuso resistencia se retiró a las catacumbas. Uno puede descender hoy a una parte de aquel sistema de túneles de varios kilómetros de largo. No había salida para los cien mil judíos de Odesa que permanecieron en la ciudad. Fueron hacinados en distritos como Moldavanka y Slobodka, agrupados en la antigua plaza de Jvorostin y enviados en una marcha de la muerte a los campos de Transnistria, donde perecieron por decenas de miles a causa de las enfermedades o asesinados por los comandos operativos alemanes. En el museo de la ciudad cuelga un mapa que muestra la topografía de la Odesa alemana; fue creado por la Oficina de Cartografía y Agrimensura de Praga en 1944 y destinado sólo para «uso oficial». A esa época alude un pasaje de la novela de Anna Seghers *Die Toten bleiben jung* ['Los muertos no envejecen']. Un soldado de la Wehrmacht llega a la cima de la famosa escalinata:

Entran en Odesa. Hacía mucho, muchísimo tiempo, Hans había sentido como si estuviera de pie en esa escalinata frente al puerto y unas botas gigantes lo hubieran pisoteado [...] Tal vez algunos de los jóvenes que ahora bajaban hacia el puerto como vencedores habían visto la misma película, *El acorazado Potemkin*. Si el recuerdo de una vivencia propia es siempre vago, el recuerdo de la reproducción de una vivencia ajena es tan vago como un soplo. En su caso, en cambio, no era así. Sentía como si estuviera doblemente presente: las botas eran las suyas pisoteando esos escalones, pero al mismo tiempo podía sentir la presión de esas botas diabólicas pisoteándolo hasta quebrarle los huesos.

En el museo se encuentra también el anuncio de conciertos del desafortunado Piotr Lechtchenko y su mujer en la Ópera de Odesa.

Odesa se recuperó rápidamente de los daños materiales de la guerra. Los arquitectos la rehabilitaron con esmero y respetaron en mayor o menor medida el patrimonio existente. De hecho, la decoración de la última fase del período estalinista no encaja nada mal con la época de los años fundacionales. La población evacuada regresó. La ciudad creció rápidamente. En la postguerra su población casi se duplicó, de modo que hoy viven en la «Gran Odesa» (la ciudad y su extrarradio) 1,2 millones de personas. Sin embargo, apenas se nota esa enorme expansión, ya que el núcleo histórico ha permanecido casi inalterado y los barrios de nueva construcción, las ciudades dormitorio, se hallan en el interior, o muy lejos de la ciudad, a lo largo de la bahía. De lejos pueden verse esos bloques de viviendas que rodean la ciudad como montañas.

No obstante, muchos hablan del fin de Odesa. Principalmente por la emigración judía de las décadas de 1970 y 1990, que ni siquiera la perestroika y la disolución de la Unión Soviética pudieron detener. A los odesitas se los encuentra actualmente en cualquier parte del mundo: en Tel Aviv, Brighton Beach, Berlín. Los más veteranos hablan de la provincianización y la ucranización de una ciudad que fue antes supranacional. Pero esos mismos veteranos saben que «Mamá Odesa», como llaman a la ciudad no sin cierta ternura, sabe atraer a sus hijos y no necesita ni dos generaciones para que los no nacidos en ella, sean ucranianos, moldavos, rusos o judíos, se conviertan en odesitas.

UNA CIUDAD EN LA ÉPOCA DE «LAS GRANDES EXPECTATIVAS»

Desde que las fronteras están abiertas, Odesa busca conectar de nuevo con el papel que desempeñó antes de la Revolución: una ciudad de comercio y de tránsito, de cultura, recreo y diversión. Odesa preserva el sueño del puerto franco y anhela ser otra vez una puerta al mundo. Todos los mitos de la antigua Odesa se reactivan para ayudar a la nueva Odesa a levantarse. Esto quizá suene improbable cuando se conocen los problemas que afronta hoy la ciudad: el abastecimiento de electricidad y agua (servicios interrumpidos hoy a intervalos regulares), problemas que ya estaban solucionados a principios del siglo XX. Las visiones de un futuro brillante para la ciudad parecen un lujo superfluo a la vista de los ingresos medios mensuales per cápita de alrededor de cuarenta dólares. Las grandes fábricas están en crisis y el puerto no está trabajando a pleno rendimiento, sólo dos veces por semana parten los buques hacia Estambul. Abundan las estadísticas y los escenarios de horror: aumenta el consumo de drogas y la propagación del sida en una ciudad que se encuentra situada en las rutas de la droga entre Oriente y Occidente. No obstante, la transformación de Odesa en los últimos diez años es patente e impresiona. La ciudad no sólo vive de sus mitos, sino de sus propias fuerzas. De nuevo se está produciendo un gran cambio en el decorado urbano. Los comercios y cafés tienen sobre todo nombres franceses: Champs-Élysées, Le Cardinal, Madame de Gaulle. La calle Lenin vuelve a llamarse avenida de Richelieu. Hay un animado tránsito de visitantes y expatriados procedentes de Brooklyn, Tel Aviv y Berlín. En la estación ferroviaria, en temporada alta, uno tiene la impresión de que todo el norte de Europa confluye en Odesa. Los trenes procedentes de San Petersburgo, Kiev, Lviv, Varsovia (y hasta un coche directo de Berlín), así como los que llegan del Dombás y los Urales, depositan miles y miles de viajeros en la plaza situada delante de la estación, donde son de inmediato absorbidos por la urbe. Odesa es una ciudad de ritmo rápido. Una ciudad de playas, hoteles y balnearios. Las fábricas están paralizadas, pero en los mercados reina un animado ajetreo, como si toda la ciudad estuviera en pie. El gentío es mayor allí donde hace doce años unos marinos emprendedores empezaron a comerciar con productos que ellos mismos importaban. Al principio todo se hacía al margen de la legalidad, pero ahora el lugar se ha convertido en el mayor bazar de toda Ucrania. Se encuentra situado a siete kilómetros del centro—en una zona industrial, sobre los terrenos de una planta procesadora de residuos—, de ahí su nombre, Sedmoi Kilometr, Kilómetro Siete. Sus horas punta son por la mañana temprano y por la tarde. Se trata de un mercado

construido con contenedores de mercancías apilados que ocupan una inmensa extensión. Allí uno encuentra de todo: desde vestidos de novia hasta campanas de iglesia, bañeras y preservativos, muebles y perfumes. Aquí se cruzan las rutas del comercio entre Dnipropetrovsk y Estambul, entre los Emiratos Árabes y Kiev, entre Łódź y el Cáucaso. Últimamente reciben mucha mercancía de la India. Cada día el lugar acoge a unas cien mil personas. Después del puerto, este bazar es el mayor empleador de la ciudad. Los autobuses llegan desde toda Ucrania. Desde aquí uno puede viajar directamente a Varsovia o a Łódź. Cuenta con una central telefónica, restaurantes, una comisaría y un puesto de primeros auxilios. Está dividido en varias secciones, una de ellas especializada en coches de segunda mano de todas las clases y marcas (algo más lejos, en las afueras, en Kuialnyk, se encuentra el mayor mercado de coches de segunda mano de Odesa). Aquí se asiste a diario al proceso de creación de un mercado como núcleo de urbanización, a la refundación permanente de una ciudad. Sólo es cuestión de tiempo que esta urbe a las puertas de la urbe regrese al centro de Odesa, a las galerías comerciales de la calle Derybassivska y a los comercios junto al Palais Royal de donde fue expulsada en el pasado. Tarde o temprano la urbe provisional saldrá de su estado de latencia y se dará a conocer.

En algunos puntos ya se puede vislumbrar la Odesa del futuro: en las tardes de verano, por ejemplo, cuando la ciudad se reúne para desfilar por la avenida Primorski y disfrutar de la fresca brisa y las vistas del mar iluminado por la luna; o cuando, hasta bien entrada la madrugada, los odesitas y los turistas se acomodan en los cafés de la Derybassivska. Delante de los casinos aparcan relucientes coches de lujo. La gente se detiene frente a los cafés, atendiendo a sus asuntos inaplazables a través de los teléfonos móviles. El aire se puebla de la música de incontables orquestas. Se oye hablar mucho en árabe: estudiantes de Damasco o turistas del Líbano o del golfo Pérsico. Odesa vuelve a ser, desde hace tiempo, una ciudad de Levante, y ello se percibe más claramente en las afueras, junto a la playa de Langeron o en la Novaia Arkadiya, a la que los nativos llaman burlonamente Las Vegas. El lugar está repleto de gente hasta bien entrada la madrugada. La luz de grandes focos corta el cielo nocturno y retumba la música de discotecas como Ithaca, una especie de templo dórico construido sobre el mar. No hay borrachos, algo que tanto abundaba en los parques y zonas de ocio de la Unión Soviética. Todos son jóvenes, hermosos como deidades griegas, o como los que salen a correr por las playas de Santa Mónica. Gozan de la noche y saben que todo tiene su precio. Claro que casi

ninguno de ellos ha visto la película de Eisenstein. Hay cosas más interesantes. La escalinata de Potemkin ha dejado de ser un icono en el siglo XXI. El escenario sobre el que Odesa prepara su retorno es tan sólo una atracción turística entre otras, y necesita reparaciones urgentes.

Verano de 2000

PASEO EN YALTA

En una operación de precisión quirúrgica, entre los meses de febrero y marzo del año 2014, Rusia se anexó la península de Crimea: tras la destitución de Víktor Yanukóvich, el 23 de febrero de 2014 se produjeron en Simferópol, la capital de Crimea, manifestaciones contra el gobierno de Kiev. El alcalde de la ciudad fue depuesto. El día 27 de febrero unos soldados sin identificar ocuparon el Parlamento y diversos edificios gubernamentales. En unas elecciones celebradas a puerta cerrada se nombró a un nuevo gobierno provisional prorruso y se anunció la celebración de un referéndum para determinar la independencia de Crimea. En los días siguientes, toda la península fue ocupada por «corteses hombrecitos vestidos de verde», cerca de veinte mil soldados sin insignias ni rango, llegados de Rusia o de la base rusa de la Marina en Sebastopol para ocupar varios puntos estratégicos. El primero de marzo, el nuevo gobernador designado, Serguéi Aksiónov, hizo un llamamiento a Rusia para que «protegiera a la población rusoparlante de Crimea». Cinco días más tarde, el 6 de marzo, el nuevo gobierno de la península decidió anexarse a Rusia, para lo cual convocaría un referéndum. El 16 de marzo, el 96,8 por ciento de los votantes aprobó la «reunificación con Rusia»—datos que, según el Consejo Ruso por los Derechos Humanos, eran fraudulentos—. Un día después, la República de Crimea presentó una solicitud de incorporación a la Federación Rusa. El 18 de marzo se firmó en la ciudad de Sebastopol el acuerdo sobre la entrada de Crimea en la Federación Rusa. La anexión de Crimea, una vulneración brutal del derecho internacional, pasó a ser un capítulo cerrado; un año más tarde, con motivo del aniversario de la ocupación, todo el proceso sería descrito con lujo de detalles por algunos de los principales implicados en la operación, incluido Putin, que se mostró henchido de orgullo.

Para Crimea, esa «primavera rusa» marcaba un nuevo capítulo de su historia, así como el final de una historia que yo había esbozado en el año 2000 en mi artículo «Paseo en Yalta».

Ese «paseo» se escribió en la estela del desaparecido imperio. La huella cultural, la herencia física e intelectual del Imperio ruso y soviético eran omnipresentes, pero no podía hablarse de una confrontación entre ucranianos, rusos y tártaros de Crimea con los demás grupos étnicos que habitaban en la península. La idea de que la

población de habla rusa en Crimea fuera perseguida o estuviera amenazada de «exterminio» no se le ocurrió siquiera al alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que se había servido siempre de una agresiva retórica nacionalista. El objetivo de aquel viaje del año 2000 era algo muy diferente: ¿cómo conseguiría una Crimea postsoviética, ahora perteneciente a Ucrania, «reinventarse» y «presentarse» de un modo nuevo? ¿Cómo sobrellevaría la península la transición de Riviera Roja a destino vacacional europeo? ¿Cómo surgiría, del balneario para toda la Unión y del combinado turístico, un mundo capaz de competir con otros destinos turísticos en Europa sin arruinar su propia magia, esa combinación única de su herencia cultural e histórica? ¿Cómo debería producirse el tránsito del comunismo al consumismo? ¿De Yalta a Mallorca? ¿Del turismo organizado por el Estado a la privatización de un paisaje paradisíaco por parte de oligarcas en condiciones de apropiarse de lo que les apeteciera: la villa de Chéjov, el palacio del conde Vorontsov? ¿Se vendería al mejor postor una de las costas más maravillosas de Europa? ¿Y qué pasaría con los derechos de los tártaros de Crimea, deportados por la fuerza de su región de origen? La Rusia de Putin ha despojado a Crimea—y también a todos sus habitantes—de la oportunidad de que florezca de nuevo este lugar paradisíaco. La «primavera rusa» que Putin ha proclamado ha ido aparejada de colas, cajeros automáticos bloqueados, incremento de precios y playas vacías. El apetito de los nuevos amos es desaforado: los mercenarios y filibusteros que se han apoderado de la península por la fuerza de las armas están sacando ahora también tajada. La propiedad ajena—terrenos en primera línea de la playa, balnearios, hoteles, mansiones, dachas—está siendo redistribuida. Los «voluntarios» que combatieron en Chechenia y participaron en la «liberación de Crimea» merodean hoy por el paseo de Yalta, si es que no han seguido viaje a la región del Dombás. Para el personal militar ruso, la costa del mar Negro es el lugar de retiro ideal en la vejez. La nueva aristocracia moscovita, integrada por los altos cargos de Servicios Secretos y la oligarquía, sabía ya antes de la ocupación cuál era la bahía en la que podía establecerse el más exclusivo pleasure ground. *La península, que tras el fin de la Unión Soviética se disponía a abrirse de nuevo al mundo, está ahora en vías de transformarse otra vez en una zona militarizada. El monumento a Lenin en Simferópol ya se ha restaurado. Lo que podría ser un paraíso vacacional se ha transformado en un campo de misiles: en lugar de bañistas, hay desfiles militares. Pero con ello no se ha dicho la última palabra, como bien sabe Neal Ascherson, el biógrafo del mar Negro*:

La significación actual de Crimea reside en su belleza y su historia. Los monumentos, palacios, tumbas y ruinas que datan de hace casi tres mil años están dispersos a lo largo de un paisaje extraordinario, que va de las cumbres de las cordilleras en el litoral a las llanuras verdes y grises de la estepa interior o a los bosques que rodean la antigua residencia del kan de Bajchisarái. Durante siglos, los nómadas, los comerciantes de paso y los mandatarios que han estado de visita aspiraron a adueñarse de esta tierra, el gran diamante ambarino que se adentra en el mar Negro. Pero Crimea es lugar de llegada y de partida; vio arribar a muchos colonos, y a veces, muchos siglos después, los vio marcharse. Crimea, donde todo el mundo es, de algún modo, un inmigrante, jamás podrá ser poseída realmente por nadie.

2015

También Rusia tiene una «tierra donde florece el limonero». Quien se deja llevar por el territorio ruso en dirección sur, atravesando Ucrania, pasará en algún momento por el istmo de Perekop y arribará a Crimea. Todo lo conducirá hacia allí. Crimea pertenece a Ucrania desde 1954, y el país es un Estado soberano desde 1991. Pero los paisajes de ensueño son más estables que los Estados, y los mapas mentales siguen existiendo incluso tras haberse trazado nuevas fronteras. A Simferópol, la capital de Crimea, llegan trenes desde todos los rincones y parajes de la antigua Unión Soviética, como si jamás se hubiese producido el fin del imperio. Arriban de Riga y Minsk, de San Petersburgo y Moscú, de Múrmansk y Vorkuta, incluso de una ciudad siberiana como Tiumén, situada a cinco días de viaje. Simferópol es lo que hoy llamamos un *hub*, el puerto donde se distribuyen los turistas al llegar y en el que se reúnen otra vez para la partida. Por Simferópol ha de pasar todo el que quiera seguir viaje a las ciudades, las bahías, las playas y balnearios de la costa de Crimea, y también los que regresan a su rutina diaria en las regiones del norte.

Los trenes procedentes del norte arriban casi siempre en las primeras horas de la mañana. El crepúsculo cubre aún la estación de ferrocarriles. El aire matutino es fresco y, tras varios días de viaje, sienta la mar de bien. Hay aroma de flores, algunos cafés ya han abierto, y los taxistas compiten por ofrecer una carrera rápida y a buen precio hasta la costa, que está a menos de una hora en coche atravesando la montaña. No cabe duda del lugar al que hemos llegado. Los arquitectos soviéticos que reconstruyeron las ciudades después de la guerra estudiaron en sus universidades todas las plazas y edificios de Piacenza, Florencia y Siena. Las columnas y las arcadas, el gran patio interior y el

campanile centellean, quizá debido al brillo del mármol blanco de Inkerman. La estación es un homenaje a Italia. Pero Simferópol es sólo la puerta de entrada, y todos quieren seguir el viaje, llegar a una costa que alguna vez se llamó la «Riviera rusa».

El mar Negro puede divisarse en cuanto se deja atrás el paso de montaña y el «acantilado violeta». A partir de ahí, se desciende por una amplia carretera que serpentea a lo largo de la costa, como si estuviéramos en Liguria o la Costa Azul. La cordillera de Crimea cae abruptamente hacia el mar: las nubes se ciernen sobre las cumbres como velos, y las laderas, de un verde intenso—no hay tierra quemada por el sol—, albergan plantas y árboles poco comunes, como son los cedros, pero sobre todo abetos rojos, el árbol del norte en la costa meridional. Detrás de cada saliente de la piedra se abre una nueva ensenada, y casi todos los lugares llevan nombres de mágica sonoridad para los antiguos ciudadanos de la Unión Soviética, ya sea porque los conocen a través de la literatura o porque asocian con ellos, en su memoria, los momentos más felices de sus vidas. Parecen ensartados como perlas en un collar: Gurzuf, Sudak, Yalta, Foros, Sebastopol; Eupatoria en el oeste; Feodosia, Koktebel y Kertsch en el este; la península de forma trapezoidal que, a fin de cuentas, iguala en tamaño a los territorios de Bélgica o de los Países Bajos. La franja entre el mar y la montaña es angosta, y en ella destacan los baluartes hoteleros de cuatro plantas, todos con los balcones orientados hacia el sol y el mar. Las ciudades han sido construidas en las laderas como en terrazas. Tras altos muros y portones se ven los blancos soportales, las fachadas de amplios palacios y balnearios sumergidos en el verde de los parques circundantes. El aire lleva el aroma de las costas del Mediterráneo: adelfas, azaleas, lavanda y pino.

EL PASEO DE YALTA

Tras años y años de decadencia, las cosas parecen haber mejorado. Después del fin de la Unión Soviética, Crimea fue a menudo un lugar poco accesible para los visitantes habituales, sobre todo los que venían de Moscú. Los balnearios y hoteles estaban vacíos, los organismos estatales a los que estaban subordinados habían sido disueltos. Muchos preferían pasar unas vacaciones en Chipre, en Antalya, en Eilat o en la Costa Brava. Aparte de ser más económico, los viajeros recibían algo que se buscaba en vano en el mundo soviético y

postsoviético: un servicio amable. En Crimea, la infraestructura presentaba un deterioro considerable: había cortes de agua y luz de varias horas, y llegaron a reportarse incluso algunos casos de cólera. De los dos millones de turistas de antes, llegados desde todos los confines de la Unión Soviética para ocupar cada año los casi ciento cuarenta centros de ocio de la costa, habían quedado unos trescientos mil. La construcción de hoteles se había paralizado, y las ruinas de los edificios abandonados en las laderas montañosas de Yalta parecían fósiles de una época remota. Se dio inicio a un desenfrenado proceso de privatización. Los campistas que solían ocupar las playas y las montañas parecían cosa del pasado.

Por la mañana, el paseo de Yalta se halla todavía tranquilo. Todos están en la playa. Los camareros tienen tiempo para poner orden en sus predios. El pavimento se rocía con agua. A la sombra de los abetos y las palmeras se ve a turistas leyendo. Muchos van a visitar las bodegas de Massandra o el palacio de verano de Nicolás I. En Livadia, el escenario de la Conferencia de Yalta en febrero de 1945, otros turistas pasean por el mercado, pues hay muchos que todavía se preparan su propia comida. En el puerto no hay movimiento; la suspensión de las rutas por barco hasta Sebastopol, Estambul y Odesa es la consecuencia más visible de la crisis. Tanto más asombroso resulta lo que ocurre cuando el sol se pone y la bahía se ilumina como un gran arco de luz. La urbe se sumerge otra vez en la oscuridad y surge entonces la ciudad de las luces. Todas las noches el paseo se convierte a la vez en paseo y pasarela, en escenario y estrada de desfiles. Hay un gran gentío. Los turistas salen de sus alojamientos y disfrutan del espectáculo del que ellos mismos forman parte. Un paisaje fantásticamente iluminado se ofrece al observador: una ludoteca con forma de pirámides de Guiza; un restaurante sobre una embarcación que remeda el Argo y parece elevarse sobre las cabezas del gentío; una pista de baile que se adentra en el mar. Una noria que emite sus destellos, secundada por la luna llena. Al final, se presencia cada día un espectáculo de fuegos artificiales cuyas cascadas de luz inundan por segundos la bahía. En los restaurantes y cafés, que abren hasta pasada la medianoche, reina un gran ajetreo. El menor espacio se aprovecha. Cualquier escalón de la ciudad que asciende hacia la montaña se convierte en proscenio de un grupo musical de cualquier estilo y tendencia. Yalta deviene por las noches un laberinto de terrazas musicales: orquestas de gitanos, jazz de Riga, Odesa o Moscú. En uno de los escenarios, un cantante acompañado por una orquesta canta a viva voz sobre la bahía el «New York,

New York» de Frank Sinatra. La zampoña de «El cóndor pasa», la inconfundible señal de la globalización cultural, puede oírse desde muy lejos. Un grupo de San Petersburgo ofrece valses vieneses y música de Händel. Pero eso no es todo. El fondo de vestuario entero de un teatro ruso se despliega junto al puesto de un fotógrafo. En un instante aparecen en escena Enrique VIII o Ana Bolena, con armiño, terciopelo rojo, gorro y blusa blanca, todo con el mar Negro de fondo. Por todas partes cuelgan carteles que anuncian la actuación de estrellas como Bella Ajmadúlina, Larisa Dolina y Anzhelika Varum. En los palacios de cultura y los parques cubiertos de palmeras hay programas culturales de música clásica, ópera, coros y folclore. Los anuncios captan clientes para masajes, peluquería canina, manicura. Solitaria aparece la estatua de Gorki a la entrada del parque. Limusinas de la marca Mercedes con matrículas rusas, moldavas y ucranianas se ven aparcadas con descuido. Son muchos los que no se dejan impresionar por la multitud y se sumen en sus conversaciones por teléfono móvil. Así noche tras noche en temporada alta.

Yalta, como otras colonias de la costa sur de Crimea, fue fundada por los griegos y hasta el siglo XV se llamó Yalita. La historia de la Yalta moderna comienza con la conquista de Crimea por parte de Catalina II, cuando toda la costa sur de la península fue regalada a los dignatarios del Imperio zarista. Hoy apenas puede verse nada de la época en que era una colonia comercial de Génova y base del kanato de los tártaros de Crimea. En 1837 se estableció el puerto. El primer plan para la reconstrucción de Yalta es obra del arquitecto suizo formado en Praga y Berna Karl Aeschlimann. El aspecto actual de la ciudad data de finales del siglo XIX, cuando Yalta—según indica la guía Baedeker de 1893—se convirtió en el «balneario de la alta sociedad», un lugar en cuyo paseo costero, como escribe Chéjov, «hay comercios de los que París no tendría por qué avergonzarse». En esta época Yalta se dota de lo mismo que las ciudades prósperas del imperio: luz eléctrica, un instituto de bachillerato para chicos y otro para chicas, una catedral Alejandro Nevski, un nuevo barrio céntrico con hoteles, edificios portuarios, balnearios medicinales y mansiones. Yalta se convierte en el centro social de la elite capitalina, que en verano ya no se reúne sólo en Biarritz y Ostende. Muchos de esos edificios se conservan: el hotel Rossiya, en el que se alojaron Antón Chéjov y Modest Músorgski; el hotel Marino, la iglesia católica, la «dacha blanca» de la familia Chéjov, el palacio del emir de Bujará y los numerosos palacetes de los alrededores. De esa época datan también las variadas fachadas con miradores en las esquinas y

almenas de todos los estilos imaginables, del llamado neorruso al Art Nouveau, del Tudor al clasicista. Con la Revolución desaparece el público que había puesto a Yalta en el mapa. Todo se paraliza, las mansiones se convierten en viviendas colectivas y el turismo deja de ser una prioridad. No es hasta la década de 1930 que se retoma la actividad constructiva, cuando se erigen nuevos sanatorios y balnearios con fines medicinales y una nueva terminal en el puerto. No obstante, también Yalta sufre los estragos de la Segunda Guerra Mundial. Así pues, es sobre todo la expansiva actividad constructiva entre las décadas de 1960 y 1980 la que cambia de forma más radical la faz de la Gran Yalta: con los edificios prefabricados de la serie 464-AS, con nuevos cines, instalaciones deportivas y hoteles gigantescos—el hotel Yalta, con sus dos mil setecientas camas, sobresale hacia la bahía como un promontorio—y, hacia el interior del territorio, un gran cruce de autopistas.

EL MITO DE CRIMEA

Yalta es algo más que un balneario, y Crimea, algo más que una bonita península. Es una Europa en miniatura, un microcosmos de la historia universal. Aquí colisionan el mar y la estepa, aquí se encuentran los convoyes que llegan por mar y las caravanas que lo hacen del interior. ¡Y la de civilizaciones que confluyen aquí! La Antigüedad helénica, el mundo romano, los pueblos esteparios de Eurasia, Bizancio, las repúblicas marítimas de Italia, el Imperio otomano. Sueño y pesadilla siempre fueron de la mano. El reverso de la colonización rusa desde comienzos del siglo XIX fue el éxodo masivo y la emigración de más de trescientos mil tártaros de Crimea que marcharon, en su mayor parte, al Imperio otomano. Y en la traumática historia de Crimea los alemanes desempeñaron un papel no poco importante. La península pasó a ser el centro de varias acciones de repoblación de la Alemania nazi y de sus planes de dominación europea. En julio de 1941, Hitler anunciaba sus planes de «vaciar Crimea para hacer sitio a nuestros propios colonos» y establecer un «Gibraltar alemán para dominar el mar Negro». Crimea se convertiría en «gran balneario alemán» y en el último destino de una autovía del Reich de cuatro carriles capaz de transportar en dos días a los turistas de la KdF[7] desde Berlín hasta las costas de Táurica. En Crimea, que debía convertirse en Gotenland, abundaban los genealogistas de las SS, y para ciudades como Simferópol y

Sebastopol ya se habían concebido otros nombres, como Gotemburgo y Theoderichshafen. Crimea era la «tierra donde fluyen la leche y la miel», el lugar apropiado para «transplantar» a los tiroleses del sur expulsados de su hogar, como opinaba el *Gauleiter* austríaco Alfred Frauenfeld, pero primero había que «despejarlo». En la época de la ocupación alemana Crimea perdió el 10 por ciento de su población. El comando especial D, bajo las órdenes de Otto Ohlendorf, asesinó ante los ojos del 11.º Ejército del mariscal Erich von Manstein a los 65.000 mil judíos que vivían en Crimea. A finales de 1941 la península había quedado «depurada de judíos», pero la «purificación» étnica continuó tras ser liberada del dominio de los nazis. Los colonos alemanes, que habían formado una importante minoría antes de la guerra, partieron con las columnas de la Wehrmacht en retirada. Los tártaros de Crimea, que antes de la guerra habían constituido el 25 por ciento de la población, fueron acusados masivamente por Stalin de haber colaborado con los nazis. Toda la población tártara de Crimea fue deportada entre los días 17 y 18 de mayo de 1944, en una acción organizada por el NKVD con nocturnidad y alevosía, a regiones del Asia Central, sobre todo a Uzbekistán. Decenas de miles de personas no sobrevivieron al traslado, hallando una muerte penosa. Un destino parecido tuvieron los griegos del mar Negro, que habían sido, desde hacía siglos, un grupo étnico de suma importancia en la vida económica y cultural de Crimea. Los tártaros de Crimea han sido rehabilitados y decenas de miles han regresado de Asia Central para establecerse de nuevo en su región de origen: sólo en 1991 habían alcanzado la cifra de 40.000. La comunidad asciende hoy en día a unos 250.000 habitantes, aproximadamente el 10 por ciento de la población de la península, si bien la República Autónoma de los Tártaros de Crimea, que existía antes de la guerra, aún no ha sido restituida. Uno puede reconocer fácilmente sus comunas cuando recorre la montaña y la estepa por el lado norte. A los tártaros jamás les han preguntado su opinión: no lo hizo Jruschov, que en el año 1954 «regaló» la península de Crimea a Ucrania, ni lo hizo tampoco el gobierno ucraniano, que no tenía derecho a aceptar tal «regalo».

Crimea formaba parte del mundo antiguo. Lo demuestran los nombres de sus ciudades: Feodosia, Eupatoria o Yalta. La península es un paraíso para arqueólogos de todas las épocas. En Kerch se han excavado las ruinas de la acrópolis de Panticapeo y el templo de Mitrídates; en Quersoneso, cerca de Sebastopol, yacen los restos de la ciudad en la que, supuestamente, Vladimiro el Grande de Kiev recibió su bautismo. De la civilización que se había formado

en el extremo septentrional del mar Negro norte quedaron, tras los aluviones del período de las grandes migraciones, sólo ruinas, recuerdos lejanos. El dominio de Crimea se lo repartieron Bizancio y los jázaros, más tarde la Horda Dorada y los genoveses, cuyos fuertes pueden visitarse hoy en ciudades como Sudak, Feodosia y Balaklava. Desde principios del siglo XV hasta finales del siglo XVIII Crimea fue la sede del kanato de los tártaros, que no sólo hicieron prosperar la región, sino que también ejercieron una enorme influencia en las potencias del norte: el Gran Ducado de Lituania, la corona polaca, el Gran Principado de Moscú, los cosacos. En Crimea se rendía tributo a la Sublime Puerta y el arte y la cultura del Imperio otomano servían de inspiración. Aún hoy quedan testimonios en los nombres de lugares como Gurzuf, Alushta, Alupka, Ai-Petri o Koktebel. De ello dan fe los minaretes de Simferópol y Bajchisarái, que entre 1422 y 1783 fue la residencia real del kan de Crimea. Bajchisarái, con su palacio, sus mezquitas, la madrasa, el harén y la famosa Fuente de las Lágrimas—y gracias asimismo a la poesía de Pushkin—se ha convertido en la encarnación del Oriente en Rusia.

Crimea, tal y como la conocemos hoy y ha quedado grabada en la conciencia colectiva, es un producto de la historia imperial. Pero las contribuciones de la Rusia zarista y de la Unión Soviética no pueden tildarse de colonialismo y proyecciones de orientalismo ruso. La estancia en la hacienda de los Raievski en Gurzuf en 1820 inspira a Pushkin su poema «Al mar», que es también un poema a la libertad. Crimea era todo lo que Rusia no era: el sur, la libertad, un país extranjero en el territorio del imperio. Crimea hechizaba a todos: a la intelectualidad rusa, que peregrinaba hasta la casa de Maksimilián Voloshin en Koktebel y al refugio de los Chéjov en Yalta; a los obreros de la Unión Soviética a los que el sindicato por fin asignaba unas vacaciones de recuperación en el balneario Dombás; a los hippies de la última etapa del Imperio soviético, para quienes Crimea era un sucedáneo de California. Hay en el mundo probablemente pocos paisajes artificiales diseñados con tal derroche de recursos: una costa entera convertida en un gran parque salpicado de mansiones.

La transformación de Crimea en un paraíso del Imperio ruso, en un lujoso patio de recreo de la aristocracia de la época, es el resultado del trabajo de más de cien años, algo en lo que confluyeron la benevolencia del paisaje, una riqueza ilimitada y, a menudo, un gusto exquisito. Todo comenzó con la visita a Crimea en 1787 de Catalina la Grande, que obsequió a sus allegados del

modo más generoso con magníficas tierras: al duque Richelieu en Gurzuf, al príncipe Vorontsov en Alupka y Massandra, al conde Potocki en Livadia, al príncipe Golitsin en Koreis y Gaspra. Con el tiempo, fue formándose en la costa sur de Crimea un extenso paisaje artificial, la llamada «Riviera rusa». En Oreanda pueden visitarse las ruinas de un palacio construido para el gran príncipe Constantino. En Diulber se hizo un palacio el gran duque Pedro Nikoláievich; en Misjor se alza la hacienda del príncipe Dolgoruki; en Koreis, la del príncipe Yusúpov; el conde Panin se hizo construir en Gaspra un castillo de estilo neogótico. En Alupka está el palacio de Voróntsov, diseñado por un arquitecto británico en un estilo gótico tardío inglés mezclado con motivos orientales. En Livadia, el zar Nicolás II se hizo construir, en 1911, su residencia de verano en estilo renacentista italiano. Y sobre el mar, en un saliente rocoso de curioso aspecto, el barón Steingel levantó el palacio conocido como «Nido de la Golondrina». Los miembros de la Academia de Ciencias, los paisajistas y los aficionados aristócratas crearon jardines magníficos, como el parque de los Voróntsov, en Alupka, o el jardín Nikitski, obra del botánico alemán Peter Simon Pallas cerca de Yalta; en ellos había toda clase de plantas y árboles: cedros, secuoyas gigantes, pinos, adelfas, magnolias, palmeras, limoneros, caña de azúcar, papiros, laureles cerezo, acacias de la seda, bambúes y datileras japonesas. El entorno de la corte atrajo a Crimea a importantes arquitectos de San Petersburgo, como Ippolit Monighetti, Auguste de Montferrand, Andréi Stackenschneider. Allí se estableció también la crema de los balneólogos y médicos rusos. Estos expertos contribuyeron a transformar la costa en un paisaje de bienestar, salud y lujo. Más tarde la península atraería también a algunos industriales, comerciantes y editores. Al final, Crimea tendría también su escena intelectual, al menos durante la temporada alta. Apenas hay escritor, compositor o pintor de la llamada Era de Plata de Rusia que no pasara una temporada en Koktebel, Gurzuf o Yalta. Crimea se convirtió así en la terraza cubierta de palmeras de la Belle Époque rusa. Sin embargo, 1914 trajo consigo el fin de todos estos lujos. Los sanatorios se convirtieron en hospitales militares. Tras la Revolución, rusos y austríacos se alojaron en los antiguos sanatorios, en los balnearios y mansiones; más tarde, lo hicieron los británicos y los franceses, que luchaban del lado de la Guardia Blanca. Pero el fin de la Riviera rusa llegó cuando en el otoño de 1920 las tropas de la Guardia Blanca y decenas de miles de refugiados subieron a bordo de sus embarcaciones y huyeron a Constantinopla.

LA «RIVIERA ROJA»

El 21 de diciembre de 1920 Lenin firmó un decreto «Sobre el uso de Crimea para el ocio de los trabajadores». Aquello fue, en lo esencial, la manera de sancionar oficialmente los actos de expropiación y ocupación de viviendas que ya se habían producido durante la guerra civil. Las antiguas residencias de verano pasaron a ser museos o sanatorios. El palacio de Livadia, concluido en 1911, se convirtió, con sus cincuenta y ocho habitaciones, en un museo

que muestra la vida del último zar en todas sus manifestaciones pequeñoburguesas. En la planta superior se encuentran los siete aposentos privados del zar, decorados con pésimo gusto. En las paredes, revestidas de variedades raras de madera, cuelga un gran número de dibujos baratos, representaciones e iconos religiosos.

Justo en ese palacio de verano del zar se construirá, en el año 1923, el primer sanatorio para campesinos. Oreanda se convierte en lugar de recreo de la Asociación de Impresores moscovitas. En el jardín de Erlangen, en Yalta, se instala el Comité Ejecutivo Central. Desde el Comisariado del Pueblo para Correos y Telegrafía hasta el NKVD, todas las organizaciones soviéticas tienen su dependencia en la costa: el Consejo Ucraniano de Comisarios del Pueblo se apropia del Nido de la Golondrina. El palacio de Diulber, con su estilo moriscosarraceno, alberga ahora el sanatorio Bandera Roja, reservado a los instructores políticos. La propiedad del príncipe Dolgoruki pasa a ser el sanatorio Amanecer Rojo. Los miembros de la Academia de Ciencias que lo necesitan se restablecen en el Gran Palacio en Gaspra. El palacio de Yusúpov, en Koreis, sirve ahora como residencia de verano de la GPU y de su neurótico jefe, Felix Dzerzhinski. La residencia de verano de Miliutin, en Misjor, se convierte en el sanatorio Sol de Montaña, para tratar los trastornos pulmonares de los miembros de la GPU. En lugar de las familias nobles, ahora toman las decisiones los sindicatos y los directores de fábrica. El monasterio de los Santos Cosme y Damián se convierte en una colonia de trabajo y de rehabilitación. Los empleados del poder soviético se alojan en el castillo de Mauritania, en Teodosia.

Ejercer la dictadura resulta agotador, y el personal del poder soviético necesita de vez en cuando tiempo para recuperarse. Decidir sobre el acceso a

tales paraísos se convertirá en uno de los más importantes privilegios e instrumentos de poder en la era soviética: quienes lo ejercen son los guardianes de un paraíso terrenal. Se expropian los antiguos parajes de la felicidad y lo que antes era exclusivo pasa a estar supuestamente disponible para todos. Lo cierto es que el patio de recreo de la alta aristocracia rusa acaba en manos de los cabecillas del Comintern. Por mucho que se parezcan las antiguas residencias y los nuevos sanatorios de la era Stalin, hay algo fundamental que los diferencia. El Hombre Nuevo tiene otras necesidades. El restablecimiento de la salud no es un lujo: sirve para aumentar el rendimiento productivo. A partir de ahora el bienestar resultará algo susceptible de ser programado, y la felicidad, un aspecto que también se reflejará en las cifras de producción. De ahí donde había un lujo lúdico y derrochador surge un combinado de salud y recreo cuya gestión está sujeta a la Administración Central de Balnearios, con las siglas KURUPR. El sanatorio es el verdadero *genius loci* de Crimea. Las vacaciones, que antes eran una experiencia individual, son ahora competencia de los organismos que asignan las plazas disponibles y planifican hasta el más mínimo detalle. Sus nombres se corresponden con la cultura soviética de las siglas: Glavdortrans, Ukrastrakass, Karkomsrdrav, Narkomsdrav, etcétera. Por el nombre de los sanatorios—Dombás, Metallurg, Energetik, Rybak—uno puede inferir el tipo de empresa al que pertenecen. El ocio organizado de cientos de miles de trabajadores pasa a ser objeto de una disciplina científica propia en la que se resumen todos los aspectos de la reproducción social: la *kurortologiya*, ‘balneología’. Lo que antes era cuestión individual es ahora objeto de la administración estatal o empresarial: el turismo individual deja prácticamente de existir. La persona que busca restablecerse queda bajo la custodia de profesionales que dictan su rutina diaria de acuerdo a criterios racionales para el aprovechamiento del tiempo. Los sanatorios empiezan a participar de la emulación socialista. Surge una nueva forma de hacer vacaciones, la vía soviética para obtener un lugar bajo el sol, cuyos rasgos característicos son la organización y el colectivismo. El día comienza con gimnasia matutina y acaba con un sofisticado espectáculo folclórico. El periodista estadounidense H. R. Knickerbocker, que recorrió Crimea en la década de 1930, observó divertido los arduos esfuerzos por organizar la felicidad, la ideología de sol y luz de los baños nudistas, y muy pronto comprobó que el Plan Quinquenal recreativo no funcionaba mejor que los otros. Aun así, Crimea era uno de esos pocos lugares felices de los que ni siquiera la Unión Soviética de Stalin podía prescindir. Allí

los miembros del Ejército Rojo se despojaban de sus insignias de rango y las mujeres lucían sus joyas. Como lugar en el que pasar unos días de dicha, Crimea se coló en los álbumes familiares de generaciones y generaciones de ciudadanos soviéticos: una playa de fondo, una escalinata blanca rodeada de palmeras, un parque en el que crecían los melocotones y las naranjas.

DE YALTA A MALLORCA

La Riviera Roja ya no existe. Tal vez no sea una casualidad que el fin de la URSS esté asociado a las costas de Crimea: allí, el 19 de agosto de 1991, los golpistas retuvieron a Mijaíl Gorbachov en la lujosa dacha gubernamental de Foros. A partir de entonces, y a cámara rápida, se desarrolla un proceso que otras regiones turísticas europeas emprendieron hace tiempo: la mallorquización del continente. Crimea ha dejado de ser *topos* cultural—algo que preocupa a la intelectualidad—para convertirse en un eslogan publicitario muy atrayente. Los balnearios ya no serán ocupados por hombres y mujeres «vinculados directamente a la producción», sino por consumidores que tienen sus propias exigencias. Los agitadores políticos son sustituidos por animadores, el lugar de la gimnasia matutina lo ocupa el *fitness*. Dejan de escucharse las canciones patrióticas y cada cual pone la música que prefiere a todo volumen. Los turistas de las entidades estatales y los sindicatos pasan a ser turistas individuales.

En las calles de Yalta aparece un nuevo arquetipo. El que ahora se pasea por allí no es ya delegado de nada, sino que ha pagado de su bolsillo para sí y para su pequeña familia estadísticamente representativa. Predomina la vieja *lingua franca*, el ruso; en las casas de cambio es el dólar el que impone el valor de la moneda. El nuevo arquetipo tiene entre veinte y cuarenta y cinco años; la gente mayor no se ve por ninguna parte. Viste a la moda y prefiere beber zumos en lugar de vodka. Sabe que se ha ganado esas vacaciones. Los niños aún van algo acicalados como en los tiempos soviéticos, pero los adolescentes son como los de cualquier parte. Mientras que en Sochi los veraneantes no dudan en lucir sus cuerpos al sol, en Yalta sólo muestran lo suficiente para que se aprecie que están en forma. Quien está aquí es porque puede permitírselo. Quien está aquí está bien informado, sabe comparar ofertas, ya que, por motivos profesionales, ha estado en el extranjero y conoce Antalya o Larnaka. Por varias razones, se ha

decidido por Yalta. Tiene planes para él y para sus hijos. No se trata de los «nuevos rusos» ni de los «nuevos ucranianos», no es la *jeunesse dorée* que llena los periódicos, sino ejemplares de una especie de la cual apenas se sabe nada y de la que se duda si existe siquiera. Los sociólogos que estudian la transición de la sociedad movilizada de tipo soviético a la sociedad civil de tipo occidental lo han estado esperando durante mucho tiempo; para ellos encarna las tendencias de una modernidad que ya no puede frenarse: privatización, individualización, diferenciación. Se aprecia en el paseo de Yalta, en Gurzuf, en Foros, Eupatoria y Sebastopol: es la clase media postsoviética. Estos *homines novi* están ya hartos del «paraíso terrenal» que les prometieron, por lo que disfrutan ahora del pequeño paraíso que pueden pagarse. Ese cambio es tan significativo como el fin de la división de Europa, cuyo destino se selló en Yalta hace décadas.

Verano de 2000

CONTEMPLAD ESTA CIUDAD: JÁRKOV, CAPITAL DEL SIGLO XX

Járkov es, después de Kiev, la segunda ciudad más grande de Ucrania, y uno no se atreve siquiera a imaginar lo que pasaría en esta urbe si se viera arrastrada a la guerra que ha destruido ciudades como Lugansk y Donetsk, situadas a tan sólo dos horas en tren. Járkov parece, en el verano de 2014, muy lejos del fuego de misiles, de los combates a pie de calle y las infraestructuras destruidas. En la plaza situada delante de la estación de ferrocarriles se agolpan los viajeros; en la calle Sumska (una especie de Kurfürstendamm o de avenida Nevski que comunica los dos centros de la ciudad, el casco antiguo y el barrio nuevo) hay atascos, y por las noches los cafés—que aquí se llaman como los de todas partes del mundo—están atestados de clientes, muchos de ellos sentados delante de sus *tablets*; los fines de semana, el parque cultural y recreativo Maksim Gorki aparece iluminado como para una fiesta, y apenas puede acoger a todo el público—de todas las edades—al que seduce con las más recientes atracciones traídas de Estados Unidos. Pero así era todo también en Donetsk antes de que guerrilleros comandados por los rusos tomaran la ciudad por la fuerza. También en Járkov hubo, en la primavera de 2014, algunos intentos de quebrar el frágil equilibrio. Personas de fuera de la ciudad intentaron proclamar una «República Popular de Járkov», pero fueron expulsadas por miles de manifestantes. Se levantaron barricadas, se produjeron tiroteos en el casco histórico y, por unos instantes, se izó la bandera rusa sobre la sede de la administración regional. Partidarios del Maidán fueron golpeados y obligados a pasar por un «corredor de la infamia». Guennadi Kernes, el alcalde de la ciudad, resultó gravemente herido en un ataque, y hasta hoy no se ha esclarecido quién estuvo detrás del atentado. Más recientemente, el monumento a Lenin situado en el centro de la ciudad—todo un símbolo de la era soviética, a cuya sombra fumaron sus primeros porros los poetas rebeldes y que desde hace meses es un punto de reunión de los manifestantes prorrusos, sobre todo de jubilados amargados y azuzados en su rencor—ha sido derribado por activistas proucranianos, una acción tan poco imaginativa como superflua

que desde entonces ha hecho escuela y continúa extendiéndose por otras ciudades. Una vez más, parece que el precario equilibrio de la ciudad podría quebrarse y convertir a ciudadanos comunes y corrientes en enemigos dispuestos a dispararse unos a otros. En mayo, el día de las elecciones presidenciales, que tuvieron lugar, por lo general, en un clima de tensa calma, uno de mis interlocutores, con quien había estado conversando en un café sobre la asombrosa atmósfera relajada de Járkov y sobre el constructivismo, me confesaba que su primera profesión había sido la de afinador de pianos; luego había sido francotirador, varias veces condecorado y destinado a Afganistán, y estaba listo para cambiar su primer oficio por el segundo si llegaba el momento de enfrentarse a la «junta de Kiev». No es necesaria demasiada imaginación para concebir lo que pasaría en esta ciudad de un millón y medio de habitantes si los afinadores de piano se convirtieran de pronto en francotiradores.

UNA GRAN CIUDAD EUROPEA DE LA QUE POCOS HAN OÍDO HABLAR

Poco sabemos acerca de Járkov. El estadio del equipo Metalist Járkov fue una de las sedes desde donde se retransmitieron partidos de la Eurocopa de fútbol en 2012. Decenas de miles de fans—sobre todo llegados desde los Países Bajos—acudieron a aquella ciudad situada «al borde de Europa»; todavía hoy se percibe el efecto que tuvo ese impulso europeizador, por ejemplo, en los carteles de las calles escritos en inglés, o en el cosmopolita y desenvuelto servicio de la recepción del hotel, con su amabilidad tan poco soviética. Más recientemente fueron las noticias sobre el derribo de un avión de Malaysia Airlines—los restos mortales de cuyas víctimas se conservaron provisionalmente en los vagones refrigerados de la fábrica Málishev—las que nos recordaron la existencia de la ciudad. Muchas cosas tienen que haber ocurrido para que una gran ciudad como Járkov haya desaparecido completamente del horizonte de los europeos.

Járkov no es sólo una ciudad de un millón y medio de habitantes, un centro de las ciencias y la cultura con más de ciento treinta mil estudiantes, un lugar con tradición en la industria pesada y un nudo de comunicaciones de primer orden. En la última etapa del Imperio zarista, la ciudad era la octava más importante, por detrás de San Petersburgo, Moscú, Varsovia, Odesa, Łodź,

Riga y Kiev. Entre 1919 y 1934 Járkov fue la capital oficial de Ucrania y un centro de la vanguardia europea. Sin embargo, su historia se lee como un compendio de los desastres que devastaron Ucrania a lo largo del siglo XX: guerra civil, colectivización y Holodomor, Gran Terror, ocupación alemana y Holocausto.

Quien llega a Járkov sabe de inmediato que se encuentra en una ciudad de primer nivel. Ello no se debe sólo al tren de alta velocidad de fabricación surcoreana que recorre el tramo entre Kiev y Járkov, la primera y la segunda capitales del país. Sólo auténticas metrópolis tienen tales estaciones ferroviarias y plazas como la que recibe al viajero que desciende del tren. No nos encontramos ante una «catedral del siglo XIX», sino ante un palacio en el estilo del imperio estalinista, con una imponente cúpula, frescos sobre la Gran Guerra Patria y una suntuosa escalinata que conduce hasta la plaza: un monumento a la reconstrucción de la ciudad tras la guerra. La parte norte de la plaza queda delimitada por un edificio modelo del constructivismo soviético restaurado de manera ejemplar, pintado íntegramente de blanco y con ventanales al estilo de la Bauhaus. Frente a él, cubriendo casi toda una manzana, está la sede de la administración de los Ferrocarriles del Sur, construida en la década de 1890, en tiempos del *take-off* industrial del Imperio ruso, cuando Járkov se convirtió en el principal centro de las comunicaciones ferroviarias en el sur del país. Se superponen aquí, por lo tanto, tres estratos que podemos encontrar de nuevo por la ciudad: la ciudad el *boom* del *fin de siècle* ruso, la modernidad soviética en territorio ucraniano y el monumentalismo de la última etapa del estalinismo. Pero todo permanece sumido en la banda sonora de una vibrante ciudad de un millón y medio de habitantes que viste cada vez más—en sus pósteres, sus vidrieras, en las fachadas iluminadas por las noches—los colores nacionales de Ucrania, el azul y el amarillo.

JÁRKOV EN EL «FIN DE SIÈCLE»

La ciudad se fundó algo tardíamente. Los primeros pobladores—cosacos, campesinos huidos de la servidumbre—llegaron a su territorio, una región llamada Slobodskaia Ukraina, Ucrania Libre, hacia 1653. El monte universitario, una elevación abrazada por los ríos Lopan y Járkov, es, con el

campanario de la catedral Uspenski, las facultades y los edificios representativos de la plaza de la Constitución, la imagen dominante, el centro de la vieja Járkov, del cual más tarde partirían—como era habitual en todas las capitales de las gobernaciones del imperio—varias avenidas radiales sobre un plano geométrico. Alguien que conozca los daños sufridos por la ciudad con la voladura de la céntrica iglesia de San Nicolás en la década de 1930, o más tarde con la devastación de la Segunda Guerra Mundial—dos tercios de los edificios fueron destruidos, la población (que antes de la guerra se había incrementado hasta alcanzar el millón y medio) quedó reducida, tras la liberación, a ciento noventa mil personas—no puede sino asombrarse ante el aspecto compacto de su arquitectura. Ello se debe, sin duda, a la solidez de las construcciones realizadas desde mediados del siglo XIX en este importante centro del sur del Imperio ruso. La mayoría de esas obras arquitectónicas eran de estilo historicista, y entre ellas se encontraban sedes de bancos como el Volga-Kama o el Asov-Don, hoteles como el Astoria, el complejo de la aseguradora Rossiya, el teatro y la actual Sociedad Filarmónica. Entre los arquitectos encontramos los nombres de casi todos los que entonces llevaban la voz cantante en San Petersburgo: Thon, Stackenschneider, Pretro, Veriovkin, Lidval. El poder revolucionario heredó y rebautizó estos edificios: la Asamblea de Nobles pasó a ser el Comité Ejecutivo Central de Ucrania y más tarde el palacio de Pioneros; el Consistorio Eclesiástico se convirtió en el Archivo Estatal, y la Duma de la ciudad pasó a ser el Sóviet regional. Uno se asombra de la cantidad de edificios que se han conservado en las calles comerciales y los barrios residenciales. En la calle Darwin se puede ver el Art Nouveau en todas las variaciones que tuvo por Europa—casa de campo inglesa, romanticismo de la casa de entramado alemana, moriscoorientalista—, e intercalados entre unos y otros, como cráteres de meteoritos, los edificios de inconfundibles líneas pulcras del constructivismo soviético. En la catedral de la Anunciación (de inspiración bizantina), en la neogótica construcción de ladrillos de la iglesia católica en la calle Gógol, en la sinagoga coral de la calle Pushkin puede verse que la sociedad de Járkov estaba constituida por una mezcla étnica y confesional. La calle principal de la ciudad, que lleva desde el centro hasta Sumy—una calle que, por un tiempo, llevó el nombre de Karl Liebknecht, mientras que la plaza situada en uno de sus extremos se llamaba Rosa Luxemburgo—, es toda una enciclopedia del desarrollo de Járkov. En ella puede seguirse paso a paso el proceso de construcción de una ciudad moderna: el tranvía tirado por caballos,

la electrificación, el alumbrado, la canalización, la creación de galerías y establecimientos de ocio, la construcción de viviendas de lujo con ascensor y teléfono. También la disposición de los parques metropolitanos, la construcción de un hipódromo—más adelante escenario de manifestaciones masivas de carácter político—y de un zoológico forman parte de ese desarrollo. Mercados, escuelas, almacenes y hoteles brotaron del suelo como de la nada. Las empresas asentadas en Járkov tienen un carácter internacional, como indican sus nombres: la fábrica de cerveza Novaia Bavariya, la confitería George Borman (más tarde fábrica Octubre), la fundición Dietmar (más tarde Linterna del Minero), la fábrica de maquinaria agrícola Helfreich & Sade. La antigua Járkov de los comerciantes, los empresarios y la intelectualidad burguesa desapareció con la Revolución y la guerra civil, que devastaron la ciudad en varias ocasiones. Pero Járkov, que en 1918 fue ocupada por tropas del Imperio alemán y en 1919 conquistada por el Ejército Rojo y el poder soviético, siguió siendo la ciudad de la modernidad, a diferencia de Kiev, que con su monasterio de las Cuevas y la catedral de Santa Sofía representaba la honrosa tradición del antiguo Rus y la Ucrania del Dniéper y del Hetmanato. Había cierta lógica—no sólo un mero cálculo del poder moscovita—en decidir que Járkov se convirtiera en la capital de la Ucrania soviética.

CAPITAL, MODERNIDAD ROJA, «RED DOWNTOWN»

Las huellas de lo que Járkov fue en el período comprendido entre 1919 y 1934 pueden apreciarse hoy sin esfuerzo en su paisaje urbano. En retrospectiva, resulta fácil entender por qué la ciudad fue antaño lugar de peregrinaje obligado para quienes quisieran vislumbrar el mundo del mañana. En Járkov estuvieron de visita notables amigos de la Unión Soviética como Henri Barbusse o Theodore Dreiser; políticos como Édouard Herriot y Edvard Beneš, que no quisieron tomar nota de las terribles hambrunas que afectaron a Ucrania; así como artistas, arquitectos, ingenieros, físicos y, más tarde, también emigrantes políticos de la Europa amenazada por Hitler. Durante una década, Járkov fue generadora e incubadora de una modernidad ucraniana plenamente consciente de su valía, cuyos nombres—Aleksandra Exter, los hermanos Burliuk—siguen formando parte de los anales de la «vanguardia soviética» internacional y transnacional. Durante una década Járkov fue el centro de un

gran experimento en el que el afán de transformación social y la emancipación postimperial pudieron confluir para esplendor de la cultura ucraniana. Un joven escritor ucraniano como Serhiy Zhadan no ha conseguido ver aquí más que una especie de «ciudad del sol medieval», un «*downtown* rojo», una «*entrée* al Valhala», pero en realidad los edificios de la «nueva Járkov» y de la «modernidad roja» ocupan un lugar central en los debates europeos sobre urbanismo y arquitectura, y son expresión de los esfuerzos por diseñar un mundo racional, un gran gesto que recuerda el proyecto del Rockefeller Center de Nueva York, construido sólo una década antes. De esa «modernidad roja» que uno puede visitar en Járkov formaban parte no sólo el grandioso edificio de la estación central (A. Mordvinov, 1927), sino también la espectacular construcción del Club de los Ferroviarios (A. Dmitriev, 1929), las casas del pueblo y bibliotecas (1929), los comedores de las fábricas, los baños públicos y estadios (Metalist, 1929), la residencia de estudiantes Gigant, la central telefónica en la calle Ivanov y, por supuesto, las nuevas instalaciones fabriles con las que se intentaba emular a los Estados Unidos de Henry Ford. A lo largo de la hoy llamada avenida Moskovsky se extienden, durante varios kilómetros, las instalaciones industriales de tractores y turbinas, y, separados por una zona de parques, los barrios obreros de la «Nueva Járkov», así como escuelas, piscinas y centros deportivos. Cuando uno contempla estos edificios—tan sencillos como convincentes desde el punto de vista estético—se hace una idea de la fascinación que ejercieron sobre sus contemporáneos, pero también de la provocación que tuvieron que representar para «la antigua y sagrada Rusia». No es casual que Serguéi Eisenstein situara en Járkov la acción de su película *El prado de Bezhin*—que trata de la colectivización, de la resistencia que opusieron a ella los campesinos y la manera en que fueron reprimidos—delante de los blancos edificios de los arquitectos constructivistas y de una armada de tractores recién salidos de la cadena de producción. Hoy, en la entrada del edificio administrativo, una estatua de Sergó Ordzhonikidze (1886-1937) recuerda al «mánager» de la industrialización estalinista, a los directores rojos y a los estajanovistas (retirada, como otros monumentos de los grandes de la Unión Soviética, en abril de 2015). La placa conmemorativa nos dice: «Por toda la eternidad continuará viva la hazaña de los obreros de esta fábrica de tractores, construida con sus manos entre 1930 y 1931». Otra pequeña placa anima a recordar eternamente al personal de la fábrica que cayó durante la Gran Guerra Patria. La lista de los prototipos producidos en estas instalaciones

se lee como un resumen de la historia de la industrialización y la motorización de la Unión Soviética. Las placas a ambos lados de la entrada informan sobre las fechas que marcaron hitos en la historia de la empresa: el primer tractor—marca SKhTZ 15/30—, de 30 caballos, salió de la cadena de producción el primero de octubre de 1931. En 1941 la fábrica fue trasladada a Rubtsovsk, en el Altái, donde pudo retomarse la producción en agosto de 1942, mientras que las instalaciones de Járkov quedaban reducidas a escombros. Ya en noviembre de 1943 se inició la reconstrucción, y un año más tarde se entregó el primer tractor de la postguerra. También dejó su huella la transición a la economía de mercado después de 1991: por ejemplo, en la reorientación de una producción antes destinada a los koljoses y pensada ahora para cubrir las necesidades de las explotaciones familiares o de las pequeñas empresas agrícolas.

Pero el centro, allí donde la nueva Járkov ha cobrado forma, está justo en el lugar donde, en el verano de 2014, fue retirada de su pedestal la estatua de Lenin: la antigua plaza Dzerzhinski, hoy plaza de la Libertad, una de las más grandes del mundo (ocupa el noveno lugar). Uno obtiene una visión panorámica de la misma si la observa desde lo alto, desde una perspectiva a vuelo de pájaro. En su extremo occidental se agrupan en torno al semicírculo de la plaza nueve grandes construcciones: los seis edificios de la empresa Gosprom, la Casa del Estado, la Universidad Nacional y la Academia Militar. El concurso, convocado en 1925, lo ganaron los arquitectos de Leningrado Serguéi Serafimov, Samuel Kravets y Mark Felger, que llevaron a cabo el proyecto en un plazo de tres años. El complejo Gosprom, hecho con hormigón armado y cristal, debía albergar todos los ministerios de la República Soviética de Ucrania, con miles de oficinas, dos salas de conferencias para mil y doscientas cincuenta personas, respectivamente, una gran biblioteca tecnológica, una estación de radio, restaurantes, cafeterías y una oficina de Correos y Telégrafos. El conjunto dispuesto en forma radial, con hasta doce bloques de techo plano, se comunica por medio de unas pasarelas ubicadas en la tercera, la quinta y la sexta plantas. Todas las escaleras, oficinas y corredores cuentan con luz natural gracias a una superficie acristalada de ciento setenta mil metros cuadrados. El complejo quedó gravemente dañado en la guerra, pero gracias a su estructura de hormigón armado no fue destruido del todo, y en la actualidad se han puesto en marcha las labores de rehabilitación (desde 2002 forma parte del Patrimonio Mundial de la UNESCO). Un pequeño museo cuenta la historia de la construcción y la planificación urbanística de la

nueva Járkov. Con un poco de suerte, se encuentra uno con el director del edificio, y puede que lo invite a usar el ascensor original que está todavía en funcionamiento y a tocar las manijas de latón originales y los macizos marcos de las ventanas. No resulta difícil imaginar la manera en que el tráfico fluía hacia la plaza a través de las «esclusas» que separan los edificios. Un poco más al fondo de la plaza hay otros altos edificios que, tras la guerra, no fueron reconstruidos siguiendo el concepto original, sino en una variante próxima al estilo del imperio estalinista, con colores terrosos y arcillosos, macizos. Lo mismo ocurrió con el alargado edificio del hotel Internacional, actualmente hotel Járkov, premiado en la Exposición Internacional de París de 1937 con una medalla de oro; y, a su lado, la Casa de la Organización de Proyectos y Construcción, construida en la década de 1950. El lado este de la plaza de la Libertad está delimitado por la monumental sede de la administración regional, cuya fachada está adornada con catorce estatuas corintias y que tras la guerra sustituyó a una obra maestra del constructivismo de 1932 destruida por los alemanes. En fotos de la época de la ocupación alemana pueden verse los cuerpos de los ahorcados en el portal del edificio. En el lado sur, un amplio parque metropolitano con infinidad de glorietas y cafés colinda con el monumento de Tarás Shevchenko—el punto de encuentro de los adeptos del Maidán—. Bajo la plaza encontramos la estación de metro Universidad, y gracias al vivo trasiego de paseantes y estudiantes uno cobra conciencia del impresionante carácter monumental del lugar. En la parte trasera del edificio de Gosprom se encuentra, también en consonancia con los conceptos urbanísticos de la década de 1920, un complejo de viviendas para cubrir las elevadas exigencias de la nomenclatura, la cual, a su vez, estaba ordenada—según los principios de la ingeniería social estalinista—por categorías profesionales: químicos, trabajadores de la palabra, empleados dirigentes de la industria tabacalera, etcétera.

CAMINO DE JÁRKOV CON LEV KÓPELEV

Sabemos tanto de la Járkov de aquellos años porque la capital era, por su propia naturaleza, un punto de atracción y de reunión de numerosos miembros de la elite política, científica y cultural. Entre ellos encontramos a arquitectos —como por ejemplo el ingeniero Pável Rottert, quien más tarde dirigiría las

obras del metro de Moscú—, a los científicos que trabajaban en el Instituto Ucraniano de Física y Tecnología (UFTI) y que construyeron allí, bajo la dirección del niño prodigio y *enfant terrible* Lev Landau, el primer reactor nuclear del mundo; también a los ingenieros de la fábrica de tractores, a hombres como Mijaíl Koshkin, diseñador del legendario tanque de guerra T-34 (su casa se encuentra en la calle Krasin), y Alekséi Beketov, cabeza pensante de la Escuela de Arquitectura de Járkov, cuya obra aún define el estilo de calles enteras. En una mansión de la calle Pushkin nos tropezamos con una placa conmemorativa dedicada al gran director de cine ucraniano Aleksandr Dovzhenko. La huella de Járkov la encontramos también en las memorias de un descendiente de la familia de industriales Bosse, oriunda del Báltico. Y un dato muy importante para los alemanes: el escritor judeoucraniano Lev Kópelev, nacido en Kiev en 1912 y fallecido en Alemania en 1997, pasó en Járkov los años de juventud que tanto lo marcarían. Podríamos fiarnos del itinerario preservado en las memorias de Kópelev a fin de hallar el acceso a la «primera capital» de Ucrania:

Ucrania es el país de mi infancia y mi juventud. En ucraniano me hablaba mi primera nodriza, que me contaba cuentos de hadas y me cantaba nanas. Sus canciones, y las de mi madre, son algo inolvidable para mí. Ucraniano hablaban también los niños en los centros de trabajo de mi padre en el campo, con los que hice amistad, jugaba y me peleaba. En la escuela y en la universidad se estudiaba la lengua y la literatura ucranianas. Adoro la imponente poesía de Shevchenko, la prosa y los poemas de Iván Frankó, de la escritora Lesia Ukrainka, los libros de Kulish y Kotsiubinski. También en la literatura ucraniana moderna me sentía en casa: las inteligentes y tristes piezas teatrales de Mikola Kulish, los poemas de Tichina, Serov, Rilski, Sosiura; la prosa poética de Jvilovi y Yanovski que tanto apreciaba. Hasta el año 1935 no me perdí ni una sola presentación de las piezas de Les Kurbas, e iba a ver todas las películas de Dovzhenko.

El bilingüismo era para Kópelev algo obvio: «Una parte de mis compañeros de colegio hablaba ucraniano, algunos venidos de Rusia hablaban ruso, pero la mayoría se comunicaba en aquella mezcla de los suburbios de ruso y ucraniano con la que uno podía pasar a gusto de una lengua a la otra». En Járkov empezó también su carrera en el Instituto Tecnológico el joven Petró Hrihorenko (en ruso: Piotr Grigorenko), quien más tarde fuera general del Ejército Rojo y, ya en la década de 1960, uno de los disidentes más eminentes de la Unión Soviética. Detalladas descripciones de la vida en Járkov—en la residencia

estudiantil Gigant—las debemos también al ingeniero Víktor Krávchenko, quien tras su huida a Occidente desató, con el llamado «caso Krávchenko», un escándalo entre los intelectuales y los simpatizantes del Partido Comunista francés. Finalmente, uno de los testimonios más tempranos y significativos de las depuraciones estalinistas, publicado en 1951 con el título de *Aquelarre trágico. Rusia en el crisol de las depuraciones*, se lo debemos al físico austríaco Alexander Weissberg-Cybulski, amigo de Arthur Koestler, quien en 1931 viajó a Járkov para asistir al mundialmente célebre Instituto de Física y allí se vio atrapado en el engranaje de las depuraciones estalinistas. Fue liberado por Stalin gracias a la intervención de Albert Einstein y del matrimonio Joliot-Curie—pero sólo para, en 1939, ser entregado a la Alemania nazi (saltó de un tren en Polonia y pasó a la clandestinidad)—. Járkov ha dejado huella en la obra de Vasili Grossman, quien tal vez no hubiera podido escribir su novela *Todo fluye*—sobre la colectivización y el Holodomor—sin haber pasado en la ciudad sus años estudiantiles. Son muchos los caminos vitales que confluyen en esta ciudad, por lo que no está tan lejos de nosotros como pudiera parecernos a primera vista. Con esos recuerdos podemos dirigirnos al número 78 de la calle Chernyshevski, donde Lev Kópelev vivió en el apartamento número 3 después de que su familia se marchara de Kiev. En el archivo de la universidad se ha encontrado recientemente el acta con el procedimiento de admisión del estudiante Kópelev, y con él podemos acercarnos hasta la fábrica de locomotoras Komintern, de cuyos periódico y radio era responsable, o a la Ópera, en la que actuaron figuras prominentes de la literatura de su época, como Maiakovski, por ejemplo, o al edificio de Gosprom, donde Kópelev se reunió personalmente con casi todos los dirigentes del Partido Comunista de Ucrania para entrevistarlos para su periódico fabril. Kópelev conoció a Mikola Skrypnik, el líder de los comunistas ucranianos en la época del «Renacimiento de Ucrania» en la década de 1920, antes de que éste se volara la tapa de los sesos en su despacho en 1934, cuando se produjo el ajuste de cuentas contra él y sus camaradas, los llamados «nacionalistas burgueses». También se reunió allí con Pável Postishev, brazo ejecutor de la política de Stalin en Ucrania, quien en 1939 acabó siendo a su vez víctima de las depuraciones. Kópelev, que escribió sus primeros poemas en lengua ucraniana, conoció a los principales poetas ucranianos de la década de 1920, quienes también serían más tarde víctimas del terror. Sus recuerdos de Járkov pueden enseñarnos mucho sobre las dificultades—y las posibilidades—de una identidad múltiple: ucraniana, rusa,

judía; algo no tan asombroso en una ciudad que, si bien habla mayoritariamente ruso, se mueve sin esfuerzo entre las lenguas y las culturas.

Para el joven Kópelev, la Járkov de la década de 1920 y los primeros años treinta constituyó la puerta a un mundo nuevo y a una nueva era:

Járkov es la capital, eso se nota de inmediato. Hay tantas personas en la calle que las aceras no dan abasto, y se ven obligadas a caminar por la calzada. Nunca había visto tantos vehículos, ya sean coches o camiones. En Kiev son muy escasos, se los ve muy de cuando en cuando, pero aquí hay casi tantos coches como carruajes.

Kópelev reproduce la topografía que aún identificamos hoy:

En Járkov ya hay edificios nuevos. Pasamos por delante del gran edificio rojo de las galerías y frente a la redacción de la revista *El Comunista*. En el tejado hay una estatua del obrero con el martillo. El tipo que nos recogió nos ha dicho que han empezado a construir un auténtico rascacielos.

En comparación con Járkov, Kiev le va pareciendo a Kópelev una ciudad parsimoniosa y retrógrada:

Después de haber visto la capitalina Járkov, y tras las conversaciones con Mark sobre el destino de nuestro país y sobre la revolución mundial, Kiev me ha parecido provinciana, y todos los asuntos de los pioneros y de la escuela, mezquinos e infantiles.

Kópelev empezó a estudiar esperanto, que por entonces era el idioma de la fraternidad universal y que más tarde, bajo el dominio de Stalin, sería perseguido como lengua enemiga y de espionaje. Poco a poco se sintió fascinado por la floreciente y políglota vida literaria en los clubes y asociaciones con nombres como La Juventud, El Arado, Nueva Generación y Vanguardia. En la ciudad de la Nueva Política Económica (NEP), del tempestuoso—aunque breve—renacer del comercio y del espíritu emprendedor del capitalismo, había cabarets, teatros de varietés o casinos como el Chemin de Fer o Diecisiete y Cuatro; había dandis con quevedos *à la* Chéjov, barbas Enrique IV y polainas de terciopelo, personajes de un mundo de ayer:

La NEP comportó la apertura de grandes tiendas privadas y comercios con una oferta de género y un aspecto más grato que el de las tristes tiendas de las cooperativas obreras; significó hombres y mujeres elegantemente acicalados en los restaurantes, en los que, por las noches,

actuaban orquestas de baile; significó casinos en los que giraban las ruletas y los crupieres gritaban: «*Les jeux sont faits!*»; significó también chicas vestidas a la moda, en falda corta, que se paseaban por las calles en plena noche y abordaban a hombres solos, o viajaban en coche riendo ruidosamente.

El joven Kópelev es también espectador, en el teatro de la Ópera, de uno de los primeros procesos públicos contra la Unión para la Liberación de Ucrania en 1930. Como simpatizante de Trotski, pasa diez días en la cárcel de Holodnaya Gora, la misma que conocemos por otras memorias:

La cárcel era un edificio de ladrillo de cuatro plantas. En el interior, unas estrechas galerías de hierro situadas a lo largo de las paredes conducían a las celdas; en los rincones estaban las plataformas de vigilancia de los guardias. Unas escaleras altísimas conectaban los pisos, separados por redes de alambre. El techo, de cristal, me recordaba el de los grandes almacenes. En cada una de las celdas, cuyas paredes estaban pintadas de verde en la parte inferior y de blanco en la superior, había tres catres. Arriba del todo había también una ventana, pero sin persiana. Enfrente, al otro lado del muro, se veía el ala de los presos comunes, a los que oíamos cantar todo el día, a veces incluso de noche.

En el invierno de 1929-1930, Kópelev trabajaba en la estación de ferrocarriles de Osnova, cerca de Járkov, donde también estaba empleado un emigrante alemán comunista, el mecánico de precisión berlinés Willi Husemann, al que verá de nuevo en la RDA como portero de la sede del comité central del Partido Socialista Unificado de Alemania.

TOPOGRAFÍAS UCRANIANAS DE LA VIOLENCIA

Sin embargo, la Járkov soviética que recuerdan sus contemporáneos—Kópelev, Hrihorenko, Krávchenko o Weissberg-Cybulski—alberga escenas de monstruosa violencia: en primer lugar, los procesos contra los «especialistas burgueses» y los «parásitos» que marcaron el final de la NEP; la colectivización, de cuya imposición violenta en las aldeas ellos mismos fueron partícipes; las muertes en masa de campesinos durante el Holodomor y de las que fueron testigos; el inicio de la cacería contra los «nacionalistas ucranianos», y, finalmente, la época del Gran Terror. Con un poco de información, es posible emprender un viaje por la topografía de la violencia en Járkov. Basta con ser un lector atento y disponer de algunos mapas, un taxi y, una vez más, de mucho

tiempo. En la mansión situada en la calle Darwin, en la que hoy se encuentra la Casa de los Arquitectos, tuvo su sede, en época de la guerra civil, la Cheká. En la calle Olminski vivió el comisario del pueblo Valeri Mezhlauk, que en 1937 fue condenado y ejecutado en uno de los procesos públicos de Moscú. En la casa palaciega de la gran plaza en la que desembocan seis avenidas (hoy la filial del ProCredit Bank), estuvo antes el cuartel general de la policía secreta. En el número 6 de la calle Artiom vivió, antes de ser detenido, un primo de Kópelev, Mark. En el edificio situado en la esquina de las calles Chernyshevska y Radnarkomivska, hoy una dependencia del Ministerio del Interior ucraniano, estuvo la sede del NKVD. Tras la valla metálica del patio se encontraba el interior de la prisión, cuyos reclusos fueron asesinados antes de que los alemanes ocuparan la ciudad el 25 de octubre de 1941. En la fachada hay una placa que recuerda el asesinato de más de tres mil oficiales polacos traídos a Járkov en la primavera de 1940—entre ellos el padre del cineasta Andrzej Wajda—y enterrados en fosas comunes abiertas a lo largo de la avenida Bélgorod, que hoy discurre hacia las afueras de la ciudad y está poblada de pensiones, mansiones y hoteles confortables; un monumento polaco-ucraniano recuerda los nombres, las fechas de nacimiento y de muerte de los asesinados, así como sus profesiones. Sabemos bastante acerca de esa cárcel con capacidad para doce mil reclusos en la que el joven Kópelev pasó unos días preso. Weissberg-Cybulski también compartió celda con prisioneros de más de una docena de nacionalidades; había pocos rusos y ucranianos, pero estaban representadas todas las minorías que vivían en Járkov: polacos, judíos, alemanes, georgianos, letones, fineses, asirios, chinos, griegos, turcos, macedonios, búlgaros, coreanos, húngaros, tártaros, baskires y bielorrusos, ninguno de los cuales sabía el motivo de su arresto. En sus memorias, Weissberg-Cybulski cuenta:

La cárcel de Holodnaya Gora estaba a las afueras de la ciudad. Solía pasar por allí a diario en coche de camino al laboratorio. Por entonces podía verse a los presos semidesnudos aferrados a los barrotes de las ventanas. Apenas parecían personas, y a menudo sentía escalofríos al observarlos […] El edificio databa de los tiempos del zar. Primero, el vehículo de transporte de prisioneros accedió al recinto por un portón. Bajamos y nos dirigimos a un segundo muro en el que, tras nuestra llegada, abrieron una puertecita. El guardia revisó nuestra documentación y nos dejó pasar. Un vigilante me condujo al bloque número 2: un edificio de cuatro plantas en forma de T. En la sección alargada de la T había cincuenta celdas individuales distribuidas en las cuatro plantas. La barra perpendicular albergaba doce grandes celdas colectivas. A mí, creo,

me asignaron la celda número 37. En realidad, había sido una celda individual en tiempos del zar, pero ahora estaba acondicionada para alojar a tres personas. Tenía cuatro metros de largo por dos de ancho. Las camas de hierro (dos pegadas a una pared y otra en la de enfrente) se plegaban hacia arriba. Por la noche, cuando las bajábamos, el espacio que las separaba no superaba los treinta centímetros. Yo estaba solo en mi celda.

Por las tardes, algunas chicas y chicos de la zona se sentaban delante de sus casas a tocar la harmónica y bailaban. «Desde las celdas oíamos la música». Aquella imponente cárcel pintada de blanco, que databa de los tiempos de Catalina la Grande, dotada de persianas, puede observarse desde cerca, pues está todavía en funcionamiento.

Sin embargo, el rastro más importante nos lleva a las aldeas ucranianas, el escenario de una colectivización que causó estragos semejantes a los de una guerra civil, la deportación de cientos de miles de familias campesinas y una hambruna responsable de la muerte de entre 3,5 y 5 millones de personas. En su honor se ha erigido un monumento en una colina artificial cercana al pueblo de Ruska Losova, junto al anillo de la autovía y a la avenida que lleva hasta la frontera con Rusia, situada a tan sólo treinta y ocho kilómetros. El monumento se inauguró tras años de una amarga polémica que dividió la ciudad en dos bandos: ¿debía considerarse el Holodomor como algo similar al Holocausto, un genocidio infligido por Moscú contra la nación ucraniana, o más bien un «daño colateral» del gran experimento de la colectivización de la agricultura que no sólo afectó a los ucranianos, sino también a los campesinos rusos y a los nómadas kazajos? Lo que fue un tabú durante décadas ha sido entretanto documentado y estudiado en ediciones críticas y en investigaciones académicas. Petró Hrihorenko escribió en retrospectiva la tragedia:

Por mi parte, yo me hallaba en condiciones de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. De modo que en el verano de 1930 el Partido nos envió al campo a nosotros, los integrantes del Konsomol de Járkov, con el fin de que «ayudáramos» en la cosecha. Y desde aquella breve reunión preparatoria previa a nuestra acción, pude figurarme el peligro real que amenazaba a mi pueblo. Me bastó escuchar las explicaciones que nos dio Stanislav Kosior, jefe del Partido en Ucrania.

Hrihorenko pasó algunas temporadas en el campo—su padre era agrónomo—, de modo que estaba al corriente de la situación. Vio pueblos

completamente desolados, estaciones abarrotadas de personas semidesnudas, niños completamente desnutridos en los compartimentos del tren.

La escena era la misma en todas las estaciones de Ucrania, y el gentío de personas hambrientas crecía a medida que avanzábamos hacia el sur. Después de ese viaje, ya no me asombró nada de lo que vi en Borisovka. Las calles del pueblo estaban completamente vacías. Las pocas personas con las que me tropecé pasaban de largo sin responder a mis saludos, algo insólito en el mundo de las aldeas ucranianas. Mi padre estaba en casa. A duras penas podía sostenerse en pie. A consecuencia de la desnutrición, mostraba los primeros síntomas de la hidropesía: inflamación del vientre y de las extremidades. Aparte de una pequeña calabaza, ya no había nada de comer en casa, y eso en pleno mes de diciembre.

Ewald Ammende, un observador alemán, ofrece en su libro *Muß Rußland hungern?* ['¿Debe pasar hambre Rusia?'] (1935) el relato de los que regresaban de las regiones afectadas por la hambruna, que durante mucho tiempo las noticias habían considerado pura propaganda antisoviética:

En las calles de la antigua capital de Ucrania había cadáveres de campesinos que habían llegado famélicos con los primeros trenes para mendigar en la ciudad algo de comer, pero estaban tan débiles que habían desfallecido y muerto. También en las ciudades industriales de la cuenca del Donetsk las viviendas de las personas mejor situadas, los técnicos y los ingenieros, estaban sitiadas por campesinos hambrientos desde la mañana hasta el anochecer.

Un economista alemán que en el año 1933 pudo viajar por todas las regiones de la Unión Soviética contaba:

Al llegar el tren, uno entra al vestíbulo de la estación. Está limpio y, aparte de los empleados ferroviarios y los funcionarios de la GPU, no se ve a nadie. Pero al salir a la plaza que hay delante de la estación, la encuentra cubierta de cuerpos. Figuras de aspecto esquelético yacen sobre el polvo del pavimento. Algunas se mueven todavía; el resto permanece inmóvil. Cuando uno se acerca a estos últimos ve que se trata de cadáveres. Todos han sido víctimas de la hambruna. Huyeron del hambre en las aldeas, pero han sucumbido a ella en la ciudad.

En otro pasaje, Ammende nos relata:

¡Cadáveres en las calles! Aquello superaba mi capacidad de comprensión. Al principio no quise dar crédito a lo que veían mis ojos. Los niños intentaban levantarse, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, para buscar algo de comer en la calle, pero estaban tan débiles que volvían a caer y se quedaban allí tendidos. Esos pobres niños me causaron la impresión más

estremecedora […] En Járkov vi a un niño en los huesos que yacía en medio de la calle. Un segundo chico estaba sentado al lado de un montón de basura del que iba sacando unas cáscaras de huevo. Hordas de niños se arrastraban por las calles en busca de restos de comida, de fruta. Moríam en el camino como animales salvajes […] Cuando el fantasma del hambre se cernía sobre las aldeas, los padres llevaban a sus hijos a la ciudad y los abandonaban allí con la esperanza de que al menos en la urbe tuvieran compasión con ellos.

Kópelev escribe sobre su trabajo en la aldea:

Por supuesto que yo también maldecía a los kulaks y a los que eran como ellos, los maldecía y los amenazaba con el desprecio del pueblo, con el odio y la espada punitiva del proletariado, que alcanzaría a todos los que ocultaban el cereal por maldad o por ignorancia.

Sobre la situación en Járkov, Kópelev escribe más adelante:

Amigos que me visitaron durante mi convalecencia—en 1933—me contaban que las estaciones estaban repletas de campesinos. Familias enteras con ancianos y niños intentaban subirse a cualquier tren, sin importar el destino, para huir del hambre. Muchos mendigaban por las calles. Por la noche, unos vehículos especiales recogían los cadáveres en las estaciones, bajo los puentes, en las arcadas y los portales. Esos camiones cubiertos con lonas recorrían la ciudad a altas horas de la noche, cuando las calles estaban desiertas. Otros vehículos iban recogiendo a los sintecho, los enfermos y los desfallecidos para llevarlos al hospital. Todas las clínicas de la ciudad, al igual que todas las morgues, estaban atestadas. Los huérfanos eran destinados a los orfanatos. A los adultos que aún conservaban algo de fuerza los llevaban fuera de los límites de la ciudad y los abandonaban a su suerte.

Durante el viaje por los pueblos abandonados, Kópelev observa:

Dos trineos avanzan a duras penas por la carretera tirados por caballos enclenques. Tres hombres caminan lentamente a su lado. Se han atado jirones de tela gruesa o pañuelos de mujer a los gorros como si fueran turbantes. Lucen sucios caftanes de color amarillento que se ciñen a la cintura con trapos trenzados. Todos ellos llevan las piernas envueltas en gruesos sacos y caminan a paso lento. En uno de los trineos hay dos largos sacos de rafia cubiertos con unas esterillas del mismo material y arpilleras; el otro está vacío. Cuando las ventanas de una casa están rotas o tapiadas, pasan de largo. En otras casas las ventanas parecen intactas, pero las puertas están abiertas y se mecen con el viento. Ahí ya no vive nadie.

También el gran escritor Vasili Grossman, que entre 1932 y 1934 estudió Química en Járkov, se inspiró de ese entorno para su novela *Todo fluye*.

El territorio de la ciudad está marcado por la violencia, y cada fosa común—hoy rodeadas de cementerios en desuso, parques y zonas industriales—representa un período más de esta historia catastrófica. Hasta el monumento erigido en el parque Metropolitano—originariamente museo Judío, luego parque del Konsomol y desde hace poco parque de la Memoria—, dedicado a los «liquidadores» víctima de las radiaciones de Chernóbil, y la tumba visiblemente profanada de los miembros del Ejército Insurgente Ucraniano después de 1945 forman parte de esa concatenación de episodios violentos. La cuestión sobre el modo en que la ciudad rememora a estos muertos estuvo en el centro de la llamada «guerra de la memoria» que se desató en la perestroika y que dura hasta hoy. ¿A qué muertos y a qué víctimas se debe conmemorar? ¿Qué calles y plazas deben ser «depuradas» de sus patronímicos soviéticos y cuáles deben preservarse? ¿Qué días festivos de los tiempos soviéticos deben conservarse y qué nuevos días de conmemoración debe introducir la Ucrania independiente? Como ha señalado Tatiana Zhurzhenko, la pugna por las denominaciones en el espacio público no ha supuesto solamente la revelación de hechos ocultos durante mucho tiempo: ambos partidos—aquellos a favor y en contra de los activistas del Maidán—han pretendido instrumentalizar el pasado en un intento de establecer los términos del debate político y reivindicar su influencia.

LOS ALEMANES EN JÁRKOV

Y como si lo anterior no fuera suficiente, al Holodomor y al Gran Terror le siguió, con un intervalo de pocos años, la ocupación de los alemanes. Para los defensores de la ciudad caídos en combate y los miembros del Ejército Rojo se ha erigido también en la avenida Bélgorod un memorial que, por su austeridad, recuerda al dedicado al soldado soviético en el parque de Treptow de Berlín. La ciudad de Járkov estuvo en manos de los alemanes entre el 25 de octubre de 1941 y el 23 de agosto de 1943. También conocemos los detalles de la topografía de la Járkov ocupada por los nazis. En el museo de la ciudad puede contemplarse un mapa alemán de 1942—«sólo para uso oficial»—, fotografías de ciudadanos soviéticos arrojados por los balcones o colgados en las entradas de los bancos y hoteles, pero también de solados alemanes frente al complejo de Gosprom y a las puertas de un café llamado Múnich. La Gestapo tenía su

sede en un moderno edificio de ladrillo ubicado en el número 100 de la calle Sumska, frente al palacio de la Nobleza, que hoy funciona como «palacio de matrimonios».

En noviembre de 1941, los judíos que aún residían en Járkov fueron hacinados en un gueto situado en los terrenos de la fábrica de tractores y abandonados a su suerte, destinados a morir a causa del frío y del hambre. En *El libro negro* editado tras la liberación de Járkov por Iliá Ehrenburg y Vasili Grossman, Maria Sokol informa:

> Es difícil describir la imagen: quince mil personas, o más, desfilaban por la antigua avenida de Moscú en dirección a la fábrica de tractores; muchas, con sus pertenencias. Había enfermos y hasta paralíticos que debían ser llevados en brazos. El camino desde la avenida de Moscú hasta la fábrica de tractores estaba cubierto de cadáveres de niños, ancianos y enfermos.

Tras abandonar el infierno del campo debieron desplazarse varios kilómetros hasta el barranco de Drobitsky, a las afueras de la ciudad, hoy en la salida de la autovía hacia Chugúyev. Allí se han levantado un monumento conmemorativo que informa acerca del asesinato de los judíos de Járkov: una menorá de acero oxidado sobresale del campo de piedras y arena roja. La leyenda de la placa dice: «*Hic locus ubi mortui docent vivos*» ['En este lugar los vivos aprenden de los muertos']. Un paisaje de paz. El viento acaricia los prados y se respira un perfume de acacias, como en toda Ucrania en primavera. La inscripción en una de las estelas que marca el camino al monumento recuerda los más de dieciséis mil judíos de Járkov asesinados por los alemanes: «Ancianos, niños y mujeres, porque eran judíos»; otra reza: «Nos inclinamos al recordar a las víctimas del fascismo». En el propio monumento, un gran arco totalmente blanco, puede leerse en varios idiomas: «¡No matarás!». Los nombres de los asesinados están grabados en un recinto subterráneo, similar a una cripta. Sobre los judíos en Járkov antes de la guerra y sobre su exterminio puede averiguarse más en el museo situado en el centro de la ciudad. Se encuentra en el número 28 de la calle Petrovski, y Larisa Volovik lo puso en marcha por iniciativa propia a comienzos de la década de 1990, aunque ahora recibe apoyo de la ciudad. Allí se exhibe el interior de una vivienda judía, así como fotografías de las víctimas y de aquellos que ayudaron y salvaron a los judíos; hay pancartas antisemitas de los ocupantes alemanes y de sus colaboradores rusos y ucranianos, decretos oficiales, reliquias como cucharas, botones, casquillos, zapatos, frascos de

medicamentos, botellas. También hay una entrada para el primer proceso contra criminales de guerra que tuvo lugar en la ciudad del 15 al 18 de diciembre de 1943, cuatro meses después de la liberación, en el teatro de la Ópera de la calle Rymarska, que hoy en día alberga la sede de la Sociedad Filarmónica, y un ejemplar de las actas del juicio titulado «Procès de Kharkov». Imágenes de archivo del noticiario de la época muestran a los acusados, a los testigos y también a los reporteros Iliá Ehrenburg, Konstantín Simónov y Alekséi Tolstói. Los condenados—varios alemanes y el chofer ruso de la cámara de gas, Mijaíl Bulanov—fueron ahorcados delante de cuarenta mil personas en el bazar Blagoveschénski, en el corazón de la ciudad.

LA «QUINTA JÁRKOV»: LA BANDA SONORA DE LA NUEVA CIUDAD

La socióloga y periodista ucraniana Tatiana Zhurzhenko, partiendo de las ideas de Yuri Shevelov, célebre lingüista de Járkov que impartió clases en las universidades de Harvard y Columbia, ha hablado de la «quinta Járkov». Según la lectura de Shevelov, la primera Járkov fue la colonia de cosacos de los siglos XVII y XVIII; la segunda, la capital de gobernación del Imperio ruso en el siglo XIX; la tercera, la ciudad del modernismo ucraniano en la década de 1920, desaparecida durante el terror estalinista; la cuarta, la urbe renacida tras la ocupación alemana y la devastación de la guerra, que no guardaba recuerdo alguno de su época de esplendor. ¿Ha llegado ahora el momento de la «quinta Járkov», del retorno al círculo de grandes ciudades europeas? Járkov ha pasado de ser—como plantea Zhurzhenko—una ciudad próxima a la frontera con Rusia, una ciudad limítrofe, a convertirse en una ciudad del frente, un frente que discurre a tan sólo cuarenta kilómetros de la ciudad. Antes de la guerra se necesitaba media hora para visitar a parientes al otro lado de la frontera, mientras que los habitantes de Bélgorod llegaban cada noche para ir al cine. Esos tiempos han quedado atrás. Los autobuses que viajan entre Járkov y Moscú son detenidos a menudo hasta dos y tres horas en la frontera. Los pasajeros que viajan entre Bélgorod y Járkov se ven obligados a bajar de los autobuses, que acaban su trayecto allí, y atravesar a pie la tierra de nadie. Desde la primavera de 2015 se cavan trincheras y se apostan centinelas a ambos lados de la frontera. Quien se adentra en Járkov por la autovía proveniente del norte es recibido por un bosque de banderas azules y amarillas que parece advertir a

los visitantes llegados de Rusia: «Ésta es Járkov, una ciudad de Ucrania, por mucho que esté a pocos kilómetros de la frontera». La guerra condiciona el ritmo vital de la ciudad: hay más de ciento treinta mil refugiados y *displaced persons* registrados, aunque la cifra de no registrados es bastante mayor. La estación de tren, con su cúpula monumental sobre la nave principal, aquella que se veía «abarrotada», parece abandonada desde que se ha suspendido el tráfico ferroviario entre Moscú, Crimea y el sur. La sala de espera, decorada con un gigantesco fresco de los rascacielos de Járkov que data de la década de 1950, hace las veces de centro de ayuda para los refugiados de los territorios ocupados en el este, de Lugansk, Donetsk y otras ciudades. Los refugiados, que a menudo llegan con poco más que sus documentos y escasas pertenencias, reciben información básica, atención médica y psicológica e indicaciones para un primer alojamiento. En las mesas a las que se sientan los representantes de la Oficina de Empleo, del Ministerio para el Estado de Emergencia y los voluntarios hay folletos informativos, y el centro tiene acceso a bases de datos diseñadas para ayudar a los recién llegados a establecerse en su nuevo hogar: la mayoría de ellos no regresarán a los territorios ocupados. Los hospitales atienden a los heridos; se pueden oír los helicópteros llegados directamente desde el frente. A lo largo y ancho de la ciudad se ven largas colas delante de las sedes administrativas, formadas por aquellos que quieren realizar los trámites burocráticos necesarios para integrarse en su nuevo entorno. La mayor parte del trabajo, casi siempre invisible para los de fuera, la realizan los voluntarios. La guerra, a pesar de una normalidad que en ocasiones resulta desconcertante, es omnipresente: en la prensa, en los anuncios y los llamamientos a donativos, en la hucha para colectas del mostrador de la recepción del hotel, que invita a los huéspedes a hacer una contribución acorde a sus posibilidades en favor de los afectados por la guerra. La ciudad abastece a los combatientes como puede, conviviendo con la preocupación de que en cualquier momento pueda ocurrir algo capaz de desestabilizar a ciudades mucho más fuertes.

Hace años que los alemanes pueden viajar a Ucrania sin necesidad de visado. Y aunque nada se interpone en la posibilidad de descubrir este gran país desconocido, son pocos los que han aprovechado esa nueva libertad. Todo es muy sencillo, no hay trabas burocráticas y abundan en todas partes los alojamientos a buen precio y con personal amable. Para los más jóvenes hay compañías como Eurolines, con cuyos autobuses se puede llegar a cualquier rincón de Ucrania; un país que poco tiene que ver con lo que la mayoría de

europeos ha visto hasta ahora y que espera ser descubierto, un lugar cuya historia, que no es fácil de entender ni siquiera para los expertos, debe ser contada de un modo nuevo. Ucrania es una Europa en miniatura, extremadamente heterogénea por su lengua y su cultura, con ciudades y paisajes magníficos que ofrecer. Sin embargo, en el extranjero se habla menos de su riqueza cultural que de los riesgos de su división. Los ucranianos, sobre todo las generaciones jóvenes, se han instalado en toda Europa—buscando trabajo y formación—, de modo que es fácil comunicarse con ellos en inglés o alemán. Hay algo para todo el mundo: un buen número de grandes y pequeñas ciudades están interesadas en hermanarse con sus pares occidentales—Járkov ya lo ha hecho con Boloña, Cincinnati y Núremberg, entre otras—y los sectores del turismo y la agricultura necesitan inversores que, no sin razón, desconfíen de la cháchara del *failing state* y quieran hacerse una idea propia de sus posibilidades económicas. Los aficionados a la arquitectura que ya lo han visto todo—desde el centro Rockefeller hasta el museo de Arte del Siglo XXI de Zaha Hadid en Roma—podrán visitar por fin en Járkov el complejo de la empresa Gosprom y la llamada «modernidad roja», verlo con sus propios ojos si aún no han tenido la oportunidad. Para la asistencia técnica y las organizaciones humanitarias hay muchísimo por hacer en un país que ha tenido que lidiar con «convoyes de ayuda rusos». Para la juventud harta de la escena de la noche berlinesa y que aún quiere hacer algo distinto con su vida, Járkov es el destino idóneo. En una ciudad con decenas de universidades e institutos superiores hallarán una generación con la que podrán establecer sin esfuerzo un lenguaje común a fin de entender la gravedad de la situación, algo que aún no se ha producido en el resto de Europa. Ryanair e EasyJet podrían brindar un servicio histórico al continente europeo y ampliar sus horizontes si por fin incluyeran a Járkov y otras ciudades ucranianas en sus rutas de vuelo. Y quien quiera conectar con esta ciudad desde la comodidad de su hogar puede leer los ensayos *La invención del jazz en el Dombás* o *Anarquía en Ucrania*, de Serhiy Zhadan. Ésa es la banda sonora de fondo de la nueva Járkov, una ciudad que sabe lo que está en juego y que puede perderlo todo de un momento a otro.

2014

DNIPROPETROVSK: «ROCKET CITY» A ORILLAS DEL DNIÉPER Y CIUDAD DE POTEMKIN

Dnipropetrovsk, para alguien que llega del centro de Europa, tiene algo de ciudad estadounidense. Ello se debe, en primer lugar, a sus torres de oficinas de brillo argénteo, a los bancos y los rascacielos de apartamentos que sobresalen del mar de edificios del centro de la ciudad. El *skyline* contrasta nítidamente con el Dniéper, que en este punto tiene dos kilómetros de ancho, como en una auténtica «Manhattan junto al Dniéper». A juzgar por la abundancia de fachadas de cristal y el estilo arquitectónico, todos los edificios se han construido en los últimos veinte años. Se yerguen como figuras solitarias que no necesitan integrarse en el conjunto de la ciudad, como diciendo: no tenemos nada que ver con la ciudad del pasado, queremos desvincularnos de la Dnipropetrovsk soviética e ir más allá. Son símbolos del entusiasmo con que la ciudad se ha lanzado a una nueva era; en lugar de por su nombre tradicional, ha pasado a conocerse como Dniprocity, o por apodos aún más abreviados, como Dnipró, la variante que emplean sus habitantes, siempre apresurados. Dnipropetrovsk fue el centro de la industria metalúrgica y de la ingeniería mecánica de la Unión Soviética, la ciudad—cerrada durante décadas para los extranjeros—de la fabricación de misiles y de la industria armamentista. Dnipró es todo un sinónimo de alta tecnología, finanzas y bancos. Dnipropetrovsk es el centro financiero de Ucrania.

MAPAS PARA TURISTAS Y TERRORISTAS

Pero en el verano de 2014 el país está en guerra, aun cuando ésta no sea reconocible a primera vista. El expreso del Dombás, cuyos vagones pintados con rayas azules y amarillas sólo necesitan, en tiempos de paz, dos horas para llegar a Donetsk, no circula ya con regularidad y a veces suspende sus viajes. Del aeropuerto internacional parten vuelos a Sharm el-Sheij y a Abu Dabi, pero en la pista se ven escuadrones de helicópteros que acaban de regresar de los combates o se preparan para partir hacia alguna misión. No hace mucho

que un avión ucraniano que transportaba tropas de elite estacionadas en Dnipropetrovsk fue derribado por los separatistas de la zona de Lugansk. En las calles principales de la ciudad se producen atascos; la plaza de Europa, con su recién inaugurada galería comercial, está abarrotada; en los amplios parques (hay varios en la ciudad), los ciudadanos hacen *jogging*. Dnipropetrovsk atiende sus asuntos como de costumbre. Sin embargo, el visitante repara en que la ciudad se ha engalardonado de azul y amarillo, y a juzgar por las noticias, que hablan de numerosos incidentes, se pone de manifiesto un grado de alerta que indica que ocurre algo que podría paralizar o desestabilizar la urbe. «Dnipropetrovsk no es Donetsk», dijo Guennadi Korban, el vicegobernador de la región, en una entrevista concedida en octubre de 2014. La ciudad y su territorio están preparados para hacer frente a agresiones y cualquier tipo de subversión: miles de soldados y reservistas, armados por la ciudad y por personas privadas, están listos para actuar. Y, sobre todo, están alerta. La legitimidad de esos temores se ve confirmada por una observación que hice en la primavera de 2014 mientras buscaba un mapa de Dnipropetrovsk. Entré en una librería especializada situada en un sótano de la calle Lenin y la dependienta me miró perpleja. Era el enésimo cliente que le había pedido mapas de Dnipropetrovsk ese día, en lo posible actualizados, e idealmente planos catastrales y mapas militares. ¿Qué estaba pasando en la ciudad? La dependienta tenía una teoría: los turistas necesitaban mapas para orientarse en el espacio urbano, para recorrer el patrimonio histórico de la ciudad y localizar los lugares de interés. Pero los mapas, sobre todo los más exactos, los necesitaba también otro tipo de forastero que deseaba hacerse una idea de los principales puntos estratégicos, de la infraestructura urbana, de las plazas de importancia simbólica, o incluso pretendían rastrear las direcciones de personas prominentes. Y en Dnipropetrovsk había indicios suficientes de ese interés no turístico, sino terrorista por la topografía de la ciudad: el asalto a la sede de la administración metropolitana en febrero por parte de los opositores del Maidán, el hecho de que se izaran banderas rusas en edificios públicos, los intentos de coaccionar o intimidar a los activistas del Maidán. Pero la ciudad no se ha dejado desestabilizar: más que cualquier otra, Dnipropetrovsk se ha convertido, gracias a la iniciativa del más importante oligarca de la ciudad, Íhor Kolomoiski, el futuro gobernador, en el centro de la autodefensa de Ucrania.

YEKATERINOSLAV: «SAN PETERSBURGO DEL SUR», «ATENAS DEL NORTE»

Dnipropetrovsk es uno de los muchos nombres que la ciudad ha tenido en su no demasiado larga historia. En un principio había a orillas del Dniéper, sobre los rápidos del río, una fortaleza erigida en 1635 por los cosacos de Saporog que llevaba el nombre de Kodak. Tras la destrucción del Hetmanato cosaco por parte de la zarina Catalina la Grande en 1775, al año siguiente se fundó en la orilla izquierda del Dniéper, como símbolo de la conquista rusa, la ciudad de Novo-Moskovsk—donde hoy puede visitarse un monasterio con una importante iglesia de madera—, antes de que, en 1783, se produjera la verdadera fundación de la ciudad que llevaría el nombre de Catalina II: Yekaterinoslav, es decir, 'Gloria a Catalina'. La propia zarina, en su viaje a la «Nueva Rusia» a través del Dniéper, había llegado al lugar en el que su protegido, el príncipe Potemkin, daba los primeros pasos para la fundación de la ciudad. Por un breve período ésta se llamó Novorossíisk: fue durante el reinado de Pablo I de Rusia, que odiaba a su madre. Su ascenso como uno de los mayores centros administrativos e industriales del último tercio del siglo XIX coincidió con los albores del movimiento revolucionario. La ciudad quiso deshacerse del nombre de la zarina, y en 1917 se hizo un nuevo intento, cuando, por un breve período, en honor a la tradición cosaca se llamó Sicheslav. El cambio de nombre oficial, y el que ha perdurado, se produjo en 1926, cuando la ciudad, de acuerdo con Moscú, fue bautizada con el nombre de uno de sus hijos más prominentes, el revolucionario profesional Grigori Petrovski. Éste siguió siendo, aun durante la época de la colectivización y del terror, un fiel militante del Partido, y al morir, en 1958, fue enterrado en los muros del Kremlin. A él debe su nombre también la mayor planta metalúrgica, la antigua fábrica Briansk. En la plaza situada delante de la estación hay un monumento en su honor. Aún está por ver si el nombre, representativo de la Ucrania soviética y del período estalinista, perdurará. La polémica se ha reavivado con gran virulencia.

Cuando se colocó la primera piedra de la ciudad el 9 de mayo de 1787 en presencia de Catalina II, no estaba en absoluto claro si la ciudad prosperaría. La zarina había llegado con una flota de ochenta barcos y una tripulación de tres mil hombres y centenares de músicos, cantantes y actores de Kiev, y todo para fundar nada menos que el centro de la llamada «Nueva Rusia», una «San

Petersburgo del sur» o una «Atenas del norte», el núcleo de su «proyecto griego» para derrotar al Imperio otomano. La visión de Catalina de transformar en un «florido jardín» los «campos silvestres» de la estepa póntica debía realizarla el príncipe Potemkin. Las «aldeas Potemkin», que más tarde se convertirían en metáfora de la creación de ilusiones ópticas tras las cuales no hay nada sustancial, fue una costosa práctica habitual en toda la Europa absolutista: la anticipación de la ciudad que habría de construirse en el futuro. Y no cabe duda de que el proyecto de Potemkin, desde la construcción de su palacio hasta la disposición del plano urbano en cuadrícula y la uniformidad de la altura de los edificios, no se limitó al trazado de planos o al mero diseño de fachadas, sino que se tornó realidad palpable. En el punto más alto desde el cual se tiene una vista panorámica del Dniéper, que da allí un brusco giro hacia el sur, se colocó la primera piedra de la catedral de Preobrazhenski, la cual debía superar a la de San Pedro en Roma. El edificio de la catedral, erigida nada menos que por Andreián Sajárov, el arquitecto del Almirantazgo de San Petersburgo, se concibió originalmente como construcción provisional, aunque en tiempos de la Unión Soviética fue reconvertido en un museo del ateísmo. Cuando uno baja de la plaza de la Catedral hasta la orilla de Dniéper, donde hoy se extiende el parque cultural y recreativo Shevchenko—el otrora parque de la Juventud Comunista—, se tropieza con el antiguo palacio de gobernación que Potemkin hizo erigir para sí en 1790. Tras la Revolución, fue convertido en centro de recreo y, más tarde, en centro cultural para los estudiantes de la Universidad de Dnipropetrovsk. Desde ese alargado edificio clasicista, gravemente dañado durante la guerra, la vista se extiende hasta la isla Monastyrski (llamada isla de la Juventud Comunista en la época soviética), donde ya había un monasterio mucho antes de la fundación de la ciudad. Hoy la isla forma parte del parque recreativo cuyas playas en verano visitan decenas de miles de personas. El Dniéper, que en 1932, antes de la construcción de la represa para la central eléctrica de Dneproges, no podía cruzarse por este punto debido a sus rápidos, es casi tan ancho como un estuario, en cuyas dos orillas se extiende la ciudad: durante las noches de verano, lo que se contempla desde los paseos es un escenario casi mediterráneo.

Muchas cosas podrían parecerles «aldeas Potemkin» a los visitantes que fueron testigos de la fundación de la villa—entre ellos el emperador Habsburgo José II—, y durante mucho tiempo se creyó que la ciudad de Yekaterinoslav, convertida en 1803 en capital de la gubernatura, no prosperaría. Pero el

descubrimiento de yacimientos de carbón en la cercana cuenca del Donetsk, así como de importantes depósitos de mineral de hierro en Krivói Rog, convirtieron la urbe en el «*boomtown* del Imperio de los zares», como dijo Rainer Lindner. Yekaterinoslav, que gracias al Dniéper contó en el siglo XIX con la más importante vía de transporte—por la que circulaban mil cuatrocientos barcos al año—, se conectó rápidamente a una red ferroviaria cada vez más tupida, cuyos principales proyectos fueron el llamado «tren de Catalina» y el puente ferroviario sobre el río, inaugurado del modo más solemne en 1884. Tal vez la Exposición Regional de Agricultura, Industria y Producción Local del Sur de Rusia del año 1910 fuera uno de los hitos en el desarrollo de una ciudad que, concebida como una «San Petersburgo del sur», acabó transformándose en una Mánchester del Imperio zarista, una evolución que se aceleró con la evacuación a su perímetro de fábricas enteras de las provincias occidentales del imperio al iniciarse la Primera Guerra Mundial. La industrialización de la urbe se aceleró en la década de 1860. El 10 de mayo de 1887, la primera planta metalúrgica—la fábrica Alexander de la Sociedad Accionista de Briansk, que hoy lleva el nombre de Planta Metalúrgica Petrovski—entró en funcionamiento; con sus treinta mil trabajadores, fue durante años el mayor empleador de la ciudad. En otoño de 1889 echó a andar la fábrica de tubos francobelga Chaudoir, y más tarde llegaron la empresa Gantke (llamada, tras la Revolución, Karl Liebknecht), la Chaudoir-B (más tarde, Komintern) y los Talleres de Reparación de Ferrocarriles (más tarde, fábrica Kírov). En 1895 se inauguró la empresa belga Esau & Co (más tarde, la fábrica de cosechadoras Voroshílov). Yekaterinoslav se convirtió en la sede de empresas extranjeras que controlaban el 90 por ciento de la industria metalúrgica y el 63 por ciento de la extracción de carbón. La ciudad creció: un 80 por ciento de los obreros inmigrantes procedían de la Rusia rural, pero también de los raiones judíos, donde eran reclutados sobre todo los artesanos, los pequeños comerciantes y los representantes de las profesiones libres. La ciudad del *take-off* industrial, de la acumulación original de capital, de la inmigración masiva del campesinado, se desarrolló en un breve período de tiempo hasta convertirse en el centro de un insólito proceso de *city-building*. El mejor lugar para estudiar su historia es la avenida proyectada en el siglo XVIII por urbanistas petersburgueses y que atraviesa la ciudad, desde la plaza de la Catedral hasta la estación de ferrocarriles, en un tramo de doce kilómetros de largo por cien metros de ancho: originalmente llamada avenida Yekaterinski, o avenida Catalina, hoy

todavía lleva el nombre que le dieron los soviéticos, avenida Karl Marx (durante la ocupación alemana, de 1941 a 1943, se llamó la calle Ancha), y ofrece una reveladora panorámica de la devastación del siglo XX.

UN EJE EN EL TIEMPO: LA AVENIDA CATALINA O AVENIDA KARL MARX

El tranvía número 1 comunica ambos extremos de la ciudad, la plaza de la Catedral y la plaza de la estación ferroviaria. En el trayecto uno puede observar varias cosas: por ejemplo, que la ciudad, situada sobre tres colinas, tiene unas asombrosas pendientes. Su elevación hace que domine un amplio paisaje urbano que se extiende veinticinco kilómetros de norte a sur y cuarenta kilómetros de este a oeste. La avenida se prolonga a lo largo de doce kilómetros y conforma el verdadero eje central de la ciudad, tal y como lo concibieron los arquitectos de Catalina en el siglo XVIII. Tras el cambio de nombre en 1926, el plan general de 1933 para la expansión de la ciudad nueva tenía previsto desplazar ese eje. Dnipropetrovsk, extendida a ambas orillas del Dniéper, debía orientarse de acuerdo con su verdadero eje principal: el río. Tal vez esto se correspondiera con la idea de crear una «San Petersburgo del sur»: el Dniéper, como el Neva, convertido en la arteria central del espacio urbano. Los urbanistas de la década de 1930 concibieron estructuras imponentes, como el rascacielos del Ejército Rojo, entre muchas otras. La idea de acercar la ciudad al río sigue viva hoy. El ancho paseo de varios kilómetros, con sus caminos, atracaderos y vistas al Dniéper, está entre los más bellos de Europa, a pesar del coloso de cemento del hotel Parus. Las obras del edificio, situado en un saliente sobre el río y semejante a una vela, empezaron en la década de 1980 pero nunca se acabaron, probablemente porque la estructura ya no se adecuaba a los estándares actuales. Por la noche se ilumina con los colores nacionales de Ucrania (el azul y el amarillo), mientras que en la orilla opuesta una media luna gigantesca brilla en el cielo; no obstante, al observarlo más detenidamente, vemos que se trata de una instalación artística en los terrenos de una fábrica del oligarca Víktor Pinchuk.

El Dniéper nunca se convirtió en el eje central la ciudad, pues la avenida Catalina (o avenida Karl Marx) cumple esa función desde sus inicios. Cualquier trayecto dentro de la ciudad desemboca casi automáticamente en ese

bulevar que recuerda un parque alargado, con sus senderos, sus canteros de flores y su mercadillo artístico. El tranvía número 1 no sólo atraviesa la ciudad, sino que permite viajar a través de varios siglos. La avenida fue el epicentro o el escenario de todos los acontecimientos significativos de la historia de la ciudad, que ocurrieron allí o en sus inmediaciones. Cada generación ha aportado algo a este espacio urbano, y todas y cada una de ellas lo han despojado de algo o perdido una parte de él. Algunas pérdidas se conmemoran, pero es mucho más lo que se oculta o se ha borrado del mapa. En cualquier caso, actualmente sigue siendo un lugar paradigmático, el escenario de los protagonistas de hoy en día. Delante de la administración regional y del ayuntamiento, situados ambos a lo largo de la avenida, en grandes plazas intimidantes, tuvieron lugar graves enfrentamientos entre los partidarios del Maidán y sus detractores en la primavera de 2014. El pedestal sobre el que se erguía la estatua de Lenin ha sido rodeado por una pared de pancartas que muestran a una muchacha vestida con el traje nacional ucraniano. Una instalación en la plaza—una ratonera enorme—parece querer alertar a los ciudadanos sobre la necesidad de desconfiar de cazadores de ratones y demagogos.

La introducción más rápida a la historia de la ciudad se obtiene visitando el museo de historia, creado a partir de la colección de Aleksandr Pol (1832-1890), pionero de la minería y los ferrocarriles. Llamado el «Colón neorruso», fue uno de los empresarios más importantes del siglo XIX. Más tarde la colección continuó ampliándose hasta bien entrado el período soviético. De ello se encargó un prestigioso erudito, Dmitro Yavornitzki, que encarnaba los rasgos esenciales de una sociedad cosmopolita: la sociabilidad, la participación en asociaciones burguesas y de intelectuales, la filantropía y el autogobierno. En estos momentos preparan la exposición «La Gran Guerra y la capital de la gubernatura de Yekaterinoslav». Insólitamente pequeña es la sección que aborda la colectivización. Se muestran fotos de los registros en las granjas y de la confiscación de cereales, así como las actas de juicios donde se trataron casos de canibalismo. En el centro de la sala hay una instalación artística que representa un tractor fabricado en 1931; está pintado de negro y las llantas son de un color rojo brillante. Por testimonios como el del estudiante Víktor Krávchenko—activista de la Juventud Comunista que fue enviado al pueblo de Petrovo—, sabemos que en el campo se estaba llevando a cabo una guerra contra los campesinos, y por él nos esteramos también de cuál era la situación en las aldeas:

La imagen más terrible la ofrecían los niños pequeños, cuyas escuálidas extremidades sobresalían de sus cuerpos demacrados. La hambruna había borrado todo rastro de juventud de sus caras, transformándolas en máscaras deformes. Sólo en sus ojos hablaba todavía la infancia. Por todas partes yacían tendidos hombres y mujeres con las caras y los vientres hinchados y los ojos totalmente inexpresivos.

Las consecuencias de la hambruna de los años 1932 y 1933 podían verse también en la propia Dnipropetrovsk:

A pesar de las estrictas medidas policiales, pensadas para evitar que las víctimas huyan de sus hogares, Dnipropetrovsk se llenó de campesinos hambrientos. Muchos yacían en las estaciones de tren, demasiado débiles incluso para mendigar. Sus hijos eran esqueletos con las barrigas hinchadas. Antes los amigos y parientes del campo enviaban paquetes de comida a la ciudad. Ahora eran los campesinos los que pasaban hambre, pero nuestras propias raciones eran tan reducidas e inciertas que sólo unos pocos se atrevían a regalarlas.

Otra sala del museo está dedicada al arquitectoAleksandr Krasnoselski, quien dejaría la huella más indeleble en la imagen de la ciudad. Puede verse un interior burgués, apuntes de diario de sus viajes por Europa Occidental, partituras e instrumentos musicales, imágenes de un «mundo de ayer»; Krasnoselski fue el diseñador de los grandes almacenes Univermag en la avenida Karl Marx (1936-1938).

En el extremo superior de la avenida se encuentra el barrio más pudiente de la ciudad. En sus calles hallamos mansiones de la época anterior a la Revolución, más tarde ocupadas por los miembros de la nomenclatura (Leonid Brézhnev, por ejemplo, vivió en el número 11 de la calle Voroshílov), entre las que fueron surgiendo también, desde la década de 1890, varias instituciones de enseñanza, como el Instituto de Minería. Dichas instituciones fueron ampliadas en los años de la industrialización soviética, casi siempre en el estilo monumental clasicista de la época.

Las fotografías de la antigua Yekaterinoslav muestran que la ciudad era una urbe multiétnica. En los nombres de los comercios y en los escaparates toman la palabra los representantes de la ciudad judía, rusa, ucraniana, la de los alemanes del mar Negro y la internacional, especialmente la de las empresas francesas y belgas. En la esquina de la avenida Karl Marx con la calle Gógol se encuentra el impecablemente restaurado edificio del Banco Nacional de

Ucrania, en cuya fachada han sobrevivido al paso del tiempo las águilas imperiales. Los hoteles a ambos lados de la avenida se llaman como en todas partes: Astoria, Bristol, Europa, Grand Hotel, y después de la Revolución empezaron a llamarse como en toda la Unión Soviética: Spartak, Octubre, etcétera.

La avenida es una zona para el ocio y la diversión, por lo que hay cafés y, sobre todo, cines como el Coliseum, por ejemplo, más tarde convertido en el cine Octubre. En algunos edificios hay placas a través de las cuales nos enteramos de que el líder anarquista ucraniano Néstor Majnó se alojó en el año 1919 en el hotel Astoria. A pesar de los considerables daños sufridos en la Segunda Guerra Mundial, aún puede identificarse a primera vista el Grand Hotel situado en el cruce de la avenida Karl Marx con la calle Gógol: una versión ucraniana del Art Nouveau, característico del lugar y sin embargo no demasiado alejado del de otros edificios que podríamos encontrar en Múnich o en Graz. El Club Inglés se convirtió en punto de encuentro de los revolucionarios y, más tarde, en oficina de la Sociedad de Voluntarios en Apoyo al Ejército, de las Fuerzas Aéreas y la Flota (DOSAAF). En las memorias de Víktor Krávchenko se lee:

> El poder en Yekaterinoslav pasaba cada mes de un partido a otro, para volver después a manos de quien lo había ostentado al principio; en ocasiones cambiaba varias veces en una misma semana. Desistimos de cerciorarnos sobre quién tenía el mando en cada momento: rojos, blancos, verdes, partidarios de Simon Petliura, tropas del hetman Skoropadski, del anarquista Majnó o de Grigoriev. Durante unos meses vivimos bajo el yugo de las fuerzas de ocupación alemanas. Luego éstas desaparecieron, y las oleadas de los ejércitos en pugna, la mayoría vestidos con harapos y mostrando poco respeto por la vida propia y la ajena, pasaron por encima del cuerpo consumido de nuestra ciudad.

Las calles estaban cubiertas de cadáveres, y a su lado se sentaban los soldados a comer.

> Apenas transcurría un día sin horrorosos pogromos en el barrio judío, sin asaltos a los bancos, sin saqueos. Cada nuevo gobierno calificaba a sus antecesores de bandidos y, poco después, eran calificados ellos mismos de «bandidos». Durante una semana, quizá algo más, todos mostraron su indignación por el gobierno anarquista de Majnó, que se había atrincherado en la ciudad; luego regresaron los rojos y tomaron las riendas, y era como si ya nadie se acordara de Majnó.

Una placa en la fachada de la oficina central de Correos, también un edificio de la década de 1910, recuerda a sus prestigiosos clientes de antaño: el ya mencionado revolucionario profesional Petrovski; el escritor Alekséi Tolstói, que entonces aún apoyaba a la Guardia Blanca y encontró en la ciudad material para su novela *El camino del calvario*; el líder anarquista Néstor Majnó; el compañero de lucha de Stalin Kliment Voroshílov, y el comandante del legendario Primer Ejército de Caballería, Semión Budionni. Todos ellos pasaron por la ciudad durante la guerra civil. La oficina central de Correos como lugar histórico: aquí, el 29 de diciembre de 1917, los contrarrevolucionarios libraron su último combate contra los bolcheviques; pero fue también aquí donde, en 1918 y después durante la ocupación de 1941-1943, los alemanes clasificaban la correspondencia militar que partía hacia el Reich.

La avenida Karl Marx desemboca en una gran plaza situada delante de la estación de ferrocarriles, y es allí donde el tranvía número 1 da la vuelta para adentrarse una vez más en el centro de la ciudad. Por las noches, la plaza se anima y la fachada del edificio, que ha recuperado las proporciones de la estructura original de 1894 destruida por los alemanes, está iluminada. Otro tranvía que parte en dirección opuesta conduce al mundo de la metalurgia y de la industria química. Detrás de la estación se extiende el terreno de las fábricas que hicieron de Yekaterinoslav/Dnipropetrovsk un centro de la producción de hierro y acero. El tranvía avanza con un traqueteo a lo largo de varios kilómetros, pasando junto a naves oxidadas o tiznadas, de las que brota un verde fresco, como si la naturaleza estuviera a punto de reconquistar estas fraguas del dios Vulcano. En cierto momento la ciudad empieza a transformarse: aparecen los barrios residenciales, a medio camino entre el paisaje urbano y el rural.

De ese modo, un viaje a través de la avenida Karl Marx se convierte en uno por el túnel del tiempo. A ello también contribuye, por cierto, el hecho de que en el interior de los vagones, naturalmente vendidos a Ucrania tras haberse retirado de la circulación en Alemania, aún puedan leerse las advertencias típicas de un tranvía alemán: «Para bajar, pulse el botón». También en las fachadas que se ven desde el tranvía, que avanza con estruendo, ha ido cristalizando la impronta de cada época. Pasamos, por ejemplo, junto a edificios neoclasicistas que respiran el espíritu de la Ilustración del siglo XVIII, seguidos por el eclecticismo de los años del cambio de siglo que no sabía qué

hacer con tanta riqueza. Tenemos la suerte de encontrar huellas de Art Nouveau, un estilo que fue muy despreciado en tiempos soviéticos, y nos quedamos casi boquiabiertos ante la solidez de los edificios que la ciudad arrasada por la guerra supo levantar durante su reconstrucción después de 1945, algunos de los cuales fueron erigidos con la ayuda de prisioneros de guerra alemanes. Las aportaciones más recientes a ese escenario corresponden a una postmodernidad que en pocas ocasiones aparece de un modo tan discreto y exigente como lo hace en el centro de negocios y de entretenimiento construido en imitación del Big Ben londinense.

LA YEKATERINOSLAV JUDÍA

Quien quiera observar más detenidamente la ciudad debe bajarse del tranvía y adentrarse en las calles laterales que parten de las grandes avenidas y se adentran en los barrios. Casi sin darse cuenta, el viajero enfilará hacia el Menorah Center, uno de los complejos de rascacielos más impresionantes del centro de Dnipró. El Menorah Center es un conjunto de siete edificios de diferentes alturas—el más alto tiene veinte plantas—con la monumentalidad y la austeridad de un templo. Obra del arquitecto Aleksandr Sorin, se encuentra en la calle Sholem Aleijem, emplazamiento del antiguo barrio judío de Yekaterinoslav, en el distrito más céntrico de la ciudad y frente a la antigua catedral de Uspenski, que fue desmantelada en la década de 1930 y transformada en un hospital, y todavía no ha sido reconstruida. Según he podido averiguar, el Menorah Center es en la actualidad el centro de la comunidad judía más grande del mundo y cuenta con tiendas, hoteles, salas de conferencias, café y un museo sobre la historia de los judíos en Ucrania. No en vano, Dnipropetrovsk debe a ese edificio la fama de ser la «capital judía de Ucrania» (*Kyiv Post*). Al edificio se ha integrado la antigua sinagoga coral, una de las más de treinta sinagogas y casas de oración que hubo en la ciudad antes de la Revolución. El visitante se quedará perplejo ante el bullicio del lugar, además de por el lujo y la calidad de sus materiales. El museo llena las notorias lagunas de su homólogo municipal respecto al pasado judío de la ciudad, que en las postrimerías del zarismo contaba con un tercio de población judía, un fuerte movimiento obrero y una importante comunidad de exitosos empresarios, si bien fue también el escenario de pogromos antisemitas entre

1883 y 1906. De Yekaterinoslav son oriundas figuras prominentes de la historia judía como el rabino Menachem Mendel Schneerson, estimado *tzadik* fallecido en Nueva York; Shmaryahu Levin, miembro de la Duma, que había estudiado en la Universidad Federico Guillermo de Berlín y, entre 1898 y 1903, fue rabino de la ciudad, o Ber Borojov, uno de los más importantes activistas del movimiento obrero judío.

El volumen y la forma del Menorah Center otorgan una nota muy particular al paisaje de rascacielos de la Dnipró City, sobre todo por la noche, cuando unos focos iluminan el complejo. Es casi como un memento: «Contemplad la ciudad que, tras los horrores de la ocupación alemana, vuelve a albergar a una comunidad de cincuenta mil judíos, la segunda más importante después de Kiev». Si uno toma el tranvía número 1 hasta el final de la línea y recorre a pie otro trecho, pasa de largo los nuevos edificios de la Universidad Nacional Oles Honchar y gira a la derecha hasta llegar a una arboleda, encontrará un modesto monumento, un pequeño obelisco de hormigón con la inscripción: «A los pacíficos ciudadanos víctima del fascismo. Octubre de 1941». Hay otro monumento en el antiguo cementerio judío y, finalmente, otro muy a las afueras de la ciudad, junto a la carretera comarcal que pasa frente a la iglesia de madera de Novo-Moskovsk, donde, desde el año 2014, una placa recuerda a los cuatro mil judíos de Dnipropetrovsk asesinados en ese lugar.

Los últimos días de la Dnipropetrovsk judía han quedado recogidos en los testimonios que compilaron Iliá Ehrenburg y Vasili Grossman tras la liberación. Uno de ellos, el del matrimonio Indikt, nos conduce hasta un lugar de apariencia insignificante, cubierto por pósteres de Givenchy y Hugo Boss, un lugar que parece destinado a pasar desapercibido. En los grandes almacenes Univermag construidos por Aleksandr Krasnoselski—el edificio más importante de la década de 1930—, a la altura de la primera planta, una placa nos recuerda que éste era el punto de encuentro de los judíos, el sitio desde el cual partieron los convoyes en dirección al barranco del antiguo jardín botánico, el actual parque Gagarin. Los alemanes entraron en la ciudad el 24 de agosto de 1941; muchos judíos, ajenos a lo que les esperaba, no habían abandonado la ciudad, creyéndose la mentira de que serían «reubicados». El 13 de octubre, siguiendo la notificación de la comandancia alemana de la ciudad, once mil judíos se reunieron ante los almacenes Univermag, desde donde los llevaron en procesión por toda la ciudad, a través de la avenida Karl Marx, la calle Karl Liebknecht y la avenida de Zaporiyia. Dos días duró la criminal

acción bajo el mando del general de las SS Friedrich Jeckeln, organizador, entre otras, de las masacres de Kamianéts-Podilskyi, Kiev y Riga. De los 30.000 judíos que vivían en la ciudad en 1941, en febrero de 1942 sólo quedaban con vida 702. Uno de los pocos que consiguieron escapar fue el artista de renombre internacional Iliá Kabakov, que por entonces era niño y fue evacuado a tiempo a Samarcanda, en Asia Central.

DNIPROPETROVSK BAJO LA OCUPACIÓN ALEMANA

A la época de la guerra y, especialmente, a la batalla a orillas del Dniéper se ha dedicado un museo propio con un diorama, inaugurado en 1975. El edificio de hormigón armado, situado en un lugar apartado y algo abandonado, está rodeado de ejemplares de célebres prototipos de tanques de la Gran Guerra Patria. Ahora los niños juegan sobre ellos. La sala 7 del museo de la ciudad aborda la época de la ocupación alemana. Se exponen uniformes, revólveres, cartas, fotografías de la avenida Karl Marx y de las ruinas de edificios que todos conocían: la estación ferroviaria, la fábrica de pan, el Instituto de Minería. La Casa de Baviera aparece calcinada. En un mapa de Berlín está marcada la ruta que conduce hasta la «guarida de la bestia»: el Reichstag. Como reliquias, cuelgan en una vitrina las capas de los mariscales Kónev y Malinovski, así como el uniforme de gala del mariscal de la Fuerza Aérea Vladímir Sudets o el impresionante lanzacohetes Katiusha.

Pero donde más información se obtiene sobre la topografía de la Dnipropetrovsk ocupada por los alemanes es en la obra del historiador de la ciudad Mijaíl Shatrov, cuya historia de la ciudad, escrita todavía en tiempos de la Unión Soviética, puede adquirirse en el mercadillo de libros situado junto al teatro. Como siempre, tras la toma de la ciudad se inician los cambios a la toponimia: por ejemplo, la avenida Karl Marx pasa a ser la Breite Strasse. Los mejores hoteles del lugar son confiscados, entre ellos el Astoria. Por las calles de la ciudad empiezan a circular modelos de coches hasta entonces desconocidos: las negras limusinas Opel del jefe de los Servicios de Seguridad del Reich, Herr Platt, y del comandante militar de la ciudad, el mayor Von Heldelmann. Por toda la Breite Strasse se instalaron cadalsos en los que se colgaba públicamente a los rehenes y partisanos. El cine-teatro Komintern pasa a ser el cine Viktoria, sólo para «arios», y luego el Talía. El teatro Frente Rojo se convierte en el cine

Atrium, y en el antiguo cine Gorki se inaugura el Festival de Cine Alemán con películas de Leni Riefenstahl, Marika Rökk y Harry Piel. El Club de los Choferes pasa a ser el Casino de Oficiales, y el museo de la Revolución, situado en la esquina de la avenida Karl Marx con la calle Járkov, se convierte en una residencia de soldados. En el número 32 de la Breite Strasse uno podía cortarse el pelo en la barbería de Franz Semerau; en el número 56 de la misma calle se abrieron las dependencias de Hugo Garpoletto und Co., y lo mismo hizo la firma Klapproth und Gross, de Königsberg. La fábrica Petrovski pasó a formar parte de las Hermann Göring. Había carteles y publicidad en alemán por todas partes: en Correos, en los cines, en los escaparates de las tiendas. Las iglesias cerradas por las autoridades soviéticas reabrieron, y en el Club de los Obreros Ferroviarios se instaló un teatro ucraniano. Los ucranianos de origen étnico alemán debían registrarse en el edificio marcado con el número 30 en la calle Poltavskaia, mientras los periódicos rusos y ucranianos de los emigrantes retornados de Berlín aparecían bajo la supervisión de un tal Teichmüller. La Gestapo tenía su sede en el número 3 de la calle Lenin, un edificio de tres plantas situado junto al Gran Teatro. Otro lugar marcado por la presencia de los alemanes es el patio de la Escuela 9, en la calle Mostovaia, donde, durante unas labores de remodelación en la década de 1960, se descubrió una fosa común con quinientos cadáveres de la época de la ocupación.

Cuando los alemanes se vieron forzados a evacuar la ciudad, el día 25 de octubre de 1943, destruyeron miles de viviendas y fábricas. La ciudad quedó arrasada por el fuego. La población, con más de medio millón de habitantes en 1939, se había reducido a doscientos mil. Decenas de miles de prisioneros de guerra y setenta y cinco mil ciudadanos habían sido deportados al Reich alemán como mano de obra. Es un verdadero milagro que a principios de 1945 gran parte de las industrias trasladadas a los Urales pudieran regresar a la ciudad y reiniciar sus labores.

CIUDAD CERRADA: ÉPOCA DORADA, ESTANCAMIENTO

Dnipropetrovsk tuvo su pasajera época de esplendor en las casi tres décadas comprendidas entre 1959 y 1987, cuando pasó a ser oficialmente una «ciudad cerrada». Ya en la década de 1940 se había erigido en los terrenos de una antigua fábrica de aviones una planta automovilística que más tarde pasaría a

ser una fábrica secreta con los nombres en clave de Fábrica 586 y Oficina de Construcciones del Sur. De ello se derivó el mayor complejo fabril de la ciudad hasta hoy: Yuzhmash, que se convirtió en un centro soviético de la tecnología aeroespacial, destinado a la producción de casi todo lo que, en una época, hizo de la Unión Soviética una potencia mundial en ese campo.

Desde 2013, en un museo al aire libre del centro de la ciudad pueden verse los estilizados cuerpos blancos de los cohetes Ciclón-3, 8K11 y 8K99 alineados como flechas apuntando al cielo. El alto rendimiento tecnológico iba de la mano del secretismo. Expertos de Moscú y Leningrado se trasladaron a la ciudad en condiciones de extremo privilegio en términos de prestaciones y remuneración. No obstante, esa ciudad cerrada no quedó aislada del mundo: la beatlemanía arrasaba entre la juventud y se ofrecían conciertos de rock en el palacio de la cultura Yuzhmash; había Hare Krishna y celebraciones cristianas; el Konsomol educó a una generación que quería evadirse de la plúmbea atmósfera de la última etapa de la URSS. De modo que la ciudad, tal como muestra el historiador oriundo de Dnipropetrovsk Serguéi Zhuk, representaba ambas cosas: una época de progreso y estancamiento, Rocket City y *rock'n'roll*.

La Rocket City fue la cuna del llamado «Clan de Dnipropetrovsk», una cantera de cuadros muy influyente. Uno de sus alumnos, Leonid Brézhnev, ascendió a la cúspide de la sociedad soviética: su dirección de antaño era la mansión situada en el número 11 de la calle Voroshílov. Leonid Kuchma, quien fuera un directivo de Yuzhmash, llegó a ser presidente de la Ucrania independiente. La joven Yulia Timoshenko, más tarde primera ministra, hizo en esta ciudad su primer dinero con una tienda de alquiler de casetes de música y películas. Multimillonarios como Víktor Pinchuk y Guennadi Bogoliubov se graduaron en los Institutos Metalúrgico y de la Construcción. Íhor Kolomoiski, que también se graduó en el Instituto Metalúrgico, fue un activo miembro de la comunidad judía, gobernador del óblast en tiempos muy difíciles, y se convirtió en uno de los hombres más ricos de Ucrania.

Hoy en día las grandes fábricas y sedes administrativas construidas en la década de 1970 demuestran que la «ciudad cerrada» fue en realidad algo más que una simple ciudad provincial soviética. Aquí se formaron masas críticas que esperaban ansiosas el momento de ser liberadas o, más bien, desatadas. Como todas las ciudades surgidas del Imperio soviético, tras la independencia de Ucrania Dnipropetrovsk hubo de reinventarse nuevamente. Empresarios de

la categoría de Aleksandr Pol, principal artífice de la próspera Yekaterinoslav, no faltan en la actual Dnipropetrovsk.

2014

DONETSK: URBANICIDIO EN EL SIGLO XX

Incluso tras la ocupación de la administración regional de la ciudad de Donetsk el 6 de abril de 2014, nadie podía imaginar que en el plazo de un año la floreciente capital de la región del Dombás se convertiría en una ciudad fantasma. Sí, en una ciudad moribunda. Pocas semanas después del violento asalto cometido por separatistas prorrusos, un bloguero de Donetsk que veía claramente lo que estaba ocurriendo escribió una «Carta a todos los que no viven en Donetsk»:

> Queridos míos: no os podéis imaginar lo inquietante y terrible que resulta ver cómo va muriendo una ciudad. Donetsk ya no volverá a ser como la recuerdo, y vosotros ya no la veréis como la ciudad que fue alguna vez. A simple vista sigue siendo una ciudad floreciente, primaveral—con abundante verde y niños retozando en las calles, con colmados, plantas en flor y anchas avenidas—, fuera se oye golpear la pelota en la pista de tenis. Donetsk se parece a un ser humano al que acecha la muerte pero ignora que va a morir pronto. La ciudad es casi la de antes. Casi. Porque empiezan a hacerse evidentes los tumores que la aquejan: puestos de control, barreras de hormigón con sacos terreros, hombres enmascarados con armas y ametralladoras. El fin de semana apenas se ven coches en las calles, y reina un silencio atroz. La ciudad se muere. Pasadas las diez de la noche, no hay una sola tienda abierta, ni una farmacia, ni siquiera un alma en la calle, y los únicos coches que circulan son los taxis. Todos los cafés y los servicios públicos están cerrados. Una vez acompañé a un amigo a su casa, apenas a quinientos metros de distancia, pasadas las diez de la noche, y ambos llevamos encima el pasaporte, ambos lo hicimos con miedo, ya que hay toque de queda. Hay que estar muy resignado o borracho para hacer como yo y cruzar la ciudad—vivo en el centro—en mitad de la noche cargando un estuche de guitarra […] Tengo miedo, y lo tengo en mi propia ciudad […] a nadie le importan sus habitantes. Nos han abandonado, y Donetsk se ha convertido en una jaula, una prisión de la que uno sólo puede escapar si lo deja todo atrás—su casa, sus posesiones, el trabajo y cualquier esperanza y planes de futuro—para sobrevivir, que es lo más importante. Todo el mundo es consciente de que esto va para largo. De que todo irá a peor, a mucho peor. Y de que muchos morirán, como morirá la ciudad.

Cuando en la Pascua de 2014 regresé de mi viaje aDonetsk, no quise creer que aquel pequeño grupo que había asaltado y ocupado el edificio de la

administración al final de la avenida Tarás Shevchenko conseguiría tomar el control de la ciudad. Los reportajes de los medios rusos sobre el caos en las ciudades del Dombás habían quedado desmentidos por mis observaciones, pues la ciudad funcionaba como si nada hubiese ocurrido: los trenes pasaban puntualmente y el tráfico de vehículos (principalmente de marcas extranjeras) en la avenida Artiom—la principal arteria de la ciudad, llamada así en honor a un bolchevique oriundo de Donetsk caído en la guerra civil—era intenso. Ni rastro de guerra, guerra civil o «genocidio» contra la población rusoparlante de la ciudad, en la que, por lo demás, se habla fundamentalmente ruso. Pero también en las imágenes transmitidas por los canales de televisión extranjeros echaba de menos lo que yo había visto con mis propios ojos: el funcionamiento tranquilo de los comercios, la rutina—la serenidad incluso—de una ciudad de millones de habitantes que no se dejaba perturbar tan fácilmente, y menos aún por un extraño grupo que había decidido ocupar la sede del óblast. En la avenida Pushkin, con sus fuentes y canteros de flores, caminaban parejas elegantemente vestidas, las madres sacaban a pasear a sus hijos bajo los luminosos anuncios de los restaurantes italianos y las marcas internacionales, desde Apple hasta Gucci o Siemens. En los cines acababa de estrenarse *Los aventureros*, y en el teatro de la Ópera el programa anunciaba *Aida* y una nueva puesta en escena de *El holandés errante*. En la librería cercana a la plaza en la que habría de decidirse el destino de la ciudad, podían hojearse interesantes novedades, incluido un compendio de documentos del archivo local que detallaba el terror en la era de Stalin, y el librero me recomendó que hiciera el pedido por internet, prometiéndome que lo recibiría pronto en Berlín. Donetsk era una ciudad en la que los niños hacían sus deberes, los jóvenes asistían a sus entrenamientos deportivos y los estudiantes universitarios coqueteaban con la idea de pasar un semestre en Polonia y planeaban sus vacaciones.

Tras los agitados meses del Maidán en Kiev y de la alevosa anexión de Crimea, la situación en Donetsk—la región de origen del presidente Yanukóvich y su Partido de las Regiones—también era tensa. Hubo manifestaciones en favor y en contra del Maidán, y fue en esta ciudad donde los altercados se cobraron su primera vida, la del estudiante y activista de la Unión Panucraniana Dmitro Cherniavski. Las personas que se reunían en torno al monumento a Lenin, montando allí sus tiendas de campaña, las mismas que luego asaltaron el edificio, daban más bien la impresión de ser un

grupo de teatro ambulante, un remedo del Maidán; sin el respaldo de toda la ciudadanía, ni de un movimiento multitudinario, aquello parecía más bien una performance. En la entrada principal habían erigido barricadas con neumáticos de coches, convertidos en murales para colgar consignas como «¡Fuera Europa!» o «Por la inmediata retirada de los mercenarios de las fuerzas de seguridad de Estados Unidos». Todos iban enmascarados. Dejaban pasar a algunas personas y negaban el paso a otras a discreción. Ya nadie trabajaba en el imponente edificio de doce plantas: el personal de la administración se había trasladado, con sus ordenadores, a varios hoteles. La fachada estaba cubierta de iconos y banderas de la «República Popular de Donetsk». Mujeres mayores y pensionistas hacían guardia ostentativamente delante de una tienda de primeros auxilios, aunque no se veía por ninguna parte a nadie dispuesto a atacar esa «fortaleza». Los hombres que cruzaban la entrada llevaban improvisados uniformes de camuflaje, cintas en la frente, tatuajes y puños de acero; algunos, incluso, unos látigos con púas que bien podrían haberse sacado del atrezo de una película sobre los guardias en los campos de concentración. No había discursos; sólo unas canciones grabadas en una cinta, cuyas letras establecían rimas con las palabras *Dombás* y *clase obrera*, retumbaban en la plaza. Y todo en las proximidades de la zona peatonal y del museo de arte, de la biblioteca regional y de la mejor librería de la ciudad, así como de diversos institutos universitarios. ¡Cómo iba esa panda de locos a turbar o desestabilizar una gran ciudad! Pasarían un par de días y aquella ocupación quedaría olvidada como un episodio sin mayor importancia. Las inalterables rutinas sobre las que se sustenta la vida en una ciudad, las costumbres que hacen que una comunidad siga adelante, absorberían el incidente y expulsarían a los insurgentes. Ésa fue más o menos mi impresión de las ciudades en el este de Ucrania tras la ocupación de Crimea.

Pero ya en ese momento estaba claro que la ocupación de un edificio en Donetsk—casi simultánea a incidentes similares en Járkov, Lugansk y Mariúpol—no era un suceso espontáneo y casual, sino que obedecía a un plan con objetivos muy concretos: a la ocupación alevosa de Crimea debía seguirle la de aquel territorio proclamado como Novoróssiya (Nueva Rusia), la cual, en caso de que se repitiera el éxito de Crimea, reclamaría la «protección» de los militares rusos. La estratagema—por entonces tan opaca para el forastero—ha quedado entretanto confirmada por las detalladas y elocuentes declaraciones de sus principales protagonistas. Sobre todo las de Ígor Guirkin, también

conocido como Strelkov, que tras el golpe de Crimea, una vez asegurada la ocupación de Sloviansk—una ciudad pequeña, fácil de tomar, además de un importante nudo ferroviario—, inició una oleada de acciones de ocupación que pusieron bajo su mando varias ciudades en el Dombás: Sloviansk, Artémivsk, Yenákievo, Konstínovka, Krasny Liman, Hórlivka, Jartzysk, Makíivka, pero especialmente Donetsk y Lugansk. Mientras la vida en la urbe seguía su curso, un grupo de personas ocupó las posiciones de mando y estableció una especie de gobierno en la sombra. Fue un *highjacking* a gran escala que convirtió en rehén a una ciudad de más de un millón de habitantes. Nada de eso era previsible en aquellos primeros días y semanas; al menos no para mí ni, como parece, para el nuevo gobierno en Kiev. El tren que me llevaría de Járkov a Donetsk paró, como estaba previsto, en Sloviansk y Kramatorsk, cuyos pulcros andenes rebosaban de viajeros habituales de regreso a casa. Los hombres de Guirkin-Strelkov ya tenían en su poder Sloviansk, pero en el tren los pasajeros del gran vagón climatizado veían películas estadounidenses o trabajaban en sus portátiles. Tras llegar a Donetsk, el taxista—«debido a los disturbios»—tomó una ruta distinta hacia el hotel que había reservado por internet, y también «debido a los disturbios» me pidió una tarifa más alta.

«KIDNAPPING»: LA CIUDAD COMO REHÉN, MUERTE DE LA CIUDAD

La represión coordinada de la ocupación terrorista de instituciones públicas en Donetsk y Lugansk fracasó por diferentes razones: porque el gobierno en Kiev, nuevo en el cargo e inseguro acerca de su poder, dejó pasar el momento adecuado para intervenir y subestimó hasta qué punto esas acciones corroían el monopolio de la fuerza del Estado; porque la milicia del lugar se negó a—o se amilanó ante—una intervención contra esos grupúsculos terroristas dispuestos a todo, o bien porque quizá no había realmente ninguna respuesta militar ante la ostentosa disposición a la violencia de dichos grupos. En todo caso, cabe suponer que se llegó a un punto a partir del cual ya no había vuelta atrás para los secuestradores y sólo cabía esperar una progresiva radicalización: de la ocupación simbólica a la práctica, del puntual control a la amplia neutralización de toda oposición, del dominio del espacio público a su supresión violenta, del desprecio y la destrucción de todas las reglas del juego

vigentes hasta la proclamación de un régimen arbitrario en el que eran habituales los saqueos, las violaciones, la tortura e incluso las ejecuciones. Uno de los comandantes del batallón separatista Shajtiorsk, Román Onitzhenko, legitimó de este modo la autoafirmación del régimen de terror a toda costa: «Creemos que es mejor perder Snizhné como ciudad que perder a nuestros soldados».

Aunque Europa ha sido testigo en el pasado de la muerte de ciudades y del urbanicidio, aún nos resulta difícil explicarnos el fenómeno. En la larga serie de ciudades desaparecidas encontramos algunas que fueron completamente reducidas a cenizas, convertidas en polvo y escombros: Stalingrado, Varsovia, Minsk, así como las ciudades alemanas tras los bombardeos de los Aliados. Hay urbes que parecen intactas a simple vista, cuyas fachadas quedaron en pie, pero cuyo fondo humano fue destruido: con las deportaciones a los campos o a las cámaras de gas, en ocasiones mediante la sustitución total de la población; piénsese en Vilna, Lviv, Łodź, Breslavia. Todas son ciudades que, tras las catástrofes, dejaron de ser lo que habían sido. La más cercana a nosotros en el tiempo y en el espacio es probablemente Sarajevo, una ciudad de larga tradición multiétnica que fue destruida ante nuestros propios ojos; o, más recientemente, una de las más antiguas ciudades de la civilización humana: Alepo.

Quien se encuentra en el «ojo del huracán» tiene mayores preocupaciones que describir los hechos que pueden costarle la vida. Los testimonios que conocemos muestran que cada ciudad muere a su manera, de un modo único, y que tal vez ésa sea su forma de sobrevivir: la Leningrado del bloqueo pereció a causa del hambre, como lo describieron Daniil Granin, Alés Adámovich y Lidia Ginzburg; de un modo muy distinto murió la Varsovia de Miron Białoszewski, convertida en gueto y reducida a cenizas, y ésta, a su vez, murió de un modo diferente a Berlín, objetivo de las bombas en los diarios de Ursula von Kardorff, o la «fortaleza Königsberg» del conde Von Lehndorff, o la Vilna en los diarios de Herman Kruks.

Sólo los habitantes de Donetsk pueden describir lo que ocurre en su ciudad. Son ellos los que mejor conocen el límite de sus fuerzas, de su espíritu, su capacidad para resistir; son testigos de primera mano de la crueldad y la soberbia de sus gobernantes, conscientes de que todo saldrá a la luz tarde o temprano. A su percepción, aguzada ahora por el riesgo a sus vidas, no escapa ningún detalle de una realidad de la que los foráneos no pueden hacerse ni una

vaga idea. A ellos corresponderá retenerlo todo y dar testimonio. Muchos blogs escritos en la ciudad ya se leen como un ejercicio de autobservación y autoanálisis propio de un paciente durante una operación a corazón abierto.

Nosotros, a pesar del denso flujo informativo, seguimos los acontecimientos desde lejos y con dificultad. Desde mi regreso del Dombás tengo en un escritorio mapas de diferentes escalas: mapas de la región, planos de ciudades, callejeros y directorios de instituciones. En esos mapas es posible consignar cualquier cosa: el puente dinamitado, el barrio acribillado por la artillería, las estaciones de transformadores, las estaciones de trenes, los impactos de los misiles extraviados, la fábrica tiroteada e incendiada. Los más duchos en cuestiones tecnológicas pueden obtener toda esta información de un modo más sencillo, rápido y quizá hasta más preciso en Google Maps y Google Earth. Tales herramientas permiten seguir los acontecimientos en tiempo real, desde varias perspectivas y tantos ángulos como ojos y posiciones haya, es decir, prácticamente un número infinito. Fotografía, mapa y apunte: la combinación de estos tres medios dibuja un panorama en constante cambio, refleja la transformación de una ciudad en un campo de batalla. El potencial de un *mapping* de esa índole, que se apoya en las inagotables fuentes de las redes sociales, puede inferirse de la reconstrucción del viaje desde la región de Kursk del lanzacohetes ruso BuK, con el cual se derribó en territorio separatista el avión de Malaysia Airlines, con datos que no provenían de los servicios profesionales de inteligencia de un gobierno, sino de los profesionales de la red de investigaciones Bellingcat, con sede en el Reino Unido.

La transformación de una ciudad en un paisaje de guerra abarca todos los niveles y todos los sentidos. Las personas aprenden a identificar ciertos sonidos y así reconocer el tipo de proyectil y la dirección desde donde se dispara; por la detonación, determinan también la distancia del impacto. Los adultos ya se han acostumbrado al tono de las sirenas de alarma que antes los asustaba, y los niños muy pronto ya no podrán dormir cuando se acalle el ruido de los combates. Uno aprende a distinguir el sonido de un camión común y corriente del de un convoy. Los habitantes de la ciudad, que pocas veces bajaban a los sótanos de sus viviendas prefabricadas, han convertido sus trasteros en refugios improvisados que cada vez se asemejan más a un hogar: la regresión de habitantes de apartamentos a habitantes de catacumbas es un fenómeno habitual en las ciudades modernas afectadas por una guerra. Las ventanas se cubren de madera contrachapada y los cristales de cinta adhesiva, a fin de evitar

que se hagan añicos. Las redes de comunicación se vuelven vitales, y el teléfono móvil, una especie de sistema para alertar o llamar a la calma, suponiendo que se tenga posibilidad de cargarlo en medio de constantes apagones. La ciudad hasta entonces segura comienza a desintegrarse en corredores que se tienen por seguros y en *no-go areas*. Hay horas en las que se puede sacar al perro para que haga sus necesidades y horas en las que debe evitarse a toda costa. Las calles antaño familiares se han vuelto peligrosas, y uno busca rutas alternativas para esquivar a los odiados e impredecibles forasteros que se han apoderado de la ciudad. Aquellos que viven solos están especialmente expuestos cuando resulta arriesgado salir de casa: en invierno corren el peligro de congelarse o de quedarse sin medicamentos, y centenares de personas han muerto de hambre o de frío. En tiempos de paz nadie se toma la molestia de pensar en lo que sucede cuando se interrumpe el suministro de electricidad o de agua y se atasca la canalización, pero cuando un disparo daña la planta de transformadores o el alcantarillado falla uno se transporta de forma repentina a una época en la que no había ascensor ni agua corriente. Las necesidades diarias se vuelven un problema irresoluble, y los habitantes de las ciudades regresan a una edad de piedra que había quedado superada mucho tiempo atrás. Las paradas de los autobuses y cualquier reunión de personas corren el riesgo de convertirse—de un modo intencionado o fortuito—en el cráter de una bomba o en un baño de sangre. Todavía pasan algunos autobuses y tranvías, aunque también reciben el impacto las bombas, cuyas explosiones quedan registrada a veces por las cámaras de vigilancia. Ya nadie apaga los incendios, ya sea porque los bomberos no son alertados a tiempo o porque un apagón ha dejado fuera de servicio las bombas de agua necesarias para hacerlo. En verano, los bombardeos provocaron incendios en la región del Dombás, pero las brigadas, que trabajan incesantemente, apenas dan abasto para apagarlos y reparar los daños. Quien no tiene que salir forzosamente a la calle se queda en casa. Los ciudadanos se retiran progresivamente del espacio público y se atrincheran en sus hogares a medida que la urbe cae en manos del personal militar. Éstos hablan un ruso que con frecuencia suena distinto al del Dombás y viajan en vehículos con matrícula de las ciudades rusas de Vologda o Sarátov, o sin ella, pues el código de circulación no les afecta. Los jóvenes evitan las calles, ya que podrían ser sacados de sus coches y reclutados a la fuerza para «defender a la República Popular». Conductores que jamás bloqueaban las puertas lo hacen ahora para evitar secuestros. A lo largo de las carreteras, los concesionarios y los talleres de

reparación de vehículos, donde están representados los principales fabricantes internacionales con todo tipo de modelos, se han adaptado a las necesidades de los visitantes indeseados vestidos de camuflaje. Las confiscaciones para uso propio o para la venta o el contrabando a través de la cercana frontera casi parecen una nueva versión de las consignas bolcheviques «expropiar a los expropiadores» o «robar lo robado». Donde más se ha extendido esta práctica de la apropiación arbitraria es en la vivienda. Cientos de miles de habitantes han abandonado la ciudad para siempre o de manera provisional a fin de refugiarse en otros lugares durante esta época de incertidumbre: se han marchado con sus parientes de la Ucrania libre o lejos de la frontera con Rusia o a hoteles del mar Negro. Desconocidos ocupan las viviendas vacías, mientras que los hoteles se transforman en cuarteles para los mercenarios y sus acompañantes. Se saquean las viviendas como se hace con los supermercados y los concesionarios de coches. Donde antes mandaba el dinero ahora lo hace el kaláshnikov. Ha vuelto la antigua consigna de la «redistribución ilegal»: cualquiera puede apropiarse de cualquier cosa si emplea la suficiente fuerza bruta. Los lugares en los que antes se reunía la gente están vacíos: los cafés—algunos han sufrido daños en los altercados—cierran muy temprano o han sido clausurados; las iglesias de los barrios se adaptan al toque de queda y suspenden las misas; los cines cambian los horarios de la programación porque la ciudad se ha vuelto muy insegura de noche. Ya no hay lugares en los que uno pueda refugiarse. Los bombardeos han alcanzado el arenero infantil, así como la represa, en la que flotan miles de peces muertos a causa de las detonaciones. Tarde o temprano los cajeros automáticos dejarán de funcionar, tarde o temprano no llegarán las pensiones, tarde o temprano volverán a reinar en el centro de la ciudad la economía de subsistencia y el trueque.

En esta lucha el secuestrador lleva ventaja, dicta—al menos durante un tiempo—al extorsionado cómo debe responder. Las unidades de voluntarios ucranianos y del Ejército llevaron a cabo una «campaña antiterrorista», pero jamás estuvieron preparadas para enfrentarse al terrorismo de los separatistas. Disparando a larga distancia con artillería imprecisa poco podían hacer contra la *urban warfare* de los separatistas; al contrario, atizaban el odio contra los considerados responsables de aquella desgracia: el gobierno de Kiev y sus defensores. Atrincherarse en una ciudad, transformar sus fábricas en talleres de reparación para tanques y otros pertrechos de guerra, colocar obuses y lanzagranadas en medio de zonas residenciales y emplear barrios enteros de

edificios prefabricados como escudos humanos eran tácticas que ya conocíamos de otras partes del mundo, y que ahora llegaban a Europa. Las armas y el equipamiento militar extraídos primero de los arsenales del Ejército ucraniano y luego suministrados diariamente, nuevos a estrenar, a través de la frontera con Rusia han transformado el mundo de los civiles en un campamento militar. En las calles desiertas predomina el color caqui y se ve más personal militar que ciudadanos comunes. El camuflaje ha reemplazado la ropa con que las personas acuden normalmente al trabajo. Miles de viviendas han quedado dañadas, inservibles; cientos de miles de personas han resultado heridas. Lo que antes era una ciudad se ha convertido en un campo de pruebas de la logística militar, sirve para levantar enclaves defensivos o para reconvertir escuelas y hospitales civiles en hospitales de campaña.

Es fácil determinar en qué puntos debe centrarse un atacante que desea reducir una ciudad o una región entera a escombros. Quien haya recorrido la región del Dombás sabe que esto no sólo es una estepa—sobre todo en primavera, cuando el manto blanco de las flores de las acacias se posa sobre las zonas industriales—, sino también, y sobre todo, un paisaje de hierro y acero creado por el hombre. Es tan imponente como cualquier otro paisaje industrial del mundo, desde la cuenca del Kuznetsk hasta Pittsburgh, con sus kilómetros de naves industriales, con vías férreas que desembocan en imponentes nudos ferroviarios, con puentes de trenes y coches que se entrecruzan, con canales y tuberías. Pero este paisaje ciclópeo es también vulnerable, y el curso de los combates en el Dombás puede leerse con exactitud en las pugnas por dominar o destruir los puntos y líneas estratégicas que sostienen toda la red. La destrucción de vías férreas paraliza de golpe amplias regiones del sistema que conforma el Dombás. La voladura de puentes corta las comunicaciones, y la conquista de nudos ferroviarios y viarios como los de Ilovaisk y Debáltsevo determina el control del terreno mucho más que todos los acuerdos oficiales fijados por los cartógrafos en Ginebra o Minsk. Cuando la estación central de trenes de Donetsk fue alcanzada por los misiles se desató una ola de pánico masiva, ya que para miles de personas aquélla era la principal vía de escape de una ciudad sitiada y bombardeada. La lucha por controlar el aeropuerto tiene un alto significado simbólico, tanto mayor cuanto más se prolonga—quien se imponga se llevará la victoria final—, pero también es decisiva para evitar que la ciudad quede aislada del resto del mundo, devolviéndola a un provincianismo que acababa de dejar atrás. Y lo más importante: cada vez que

las minas de carbón y los polígonos industriales son alcanzados por las bombas y quedan paralizados, el «corazón del Dombás», con todas las fábricas e industrias que hasta ahora han dado trabajo a la ciudad y la región, deja de latir. Muchas de las minas se inundaron cuando, al interrumpirse el servicio eléctrico, dejaron de funcionar las bombas de agua, y volverlas a poner en funcionamiento no será tarea fácil; las centrales eléctricas y los transformadores han sido destruidos por los proyectiles. Sin embargo, grandes plantas de producción han salido ilesas, ya sea por un golpe de suerte o porque así lo han pactado algunos propietarios con los gobernantes separatistas. El ataque contra el estadio de fútbol Donbass Arena, un palacio de cristal que había aterrizado en una antigua zona industrial como una nave espacial y que ha dado visibilidad a la ciudad a los ojos del mundo, no buscaba tan sólo acertar a una instalación deportiva, sino atentar contra la identidad y la honra de la región como capital de la minería y del fútbol. El equipo metropolitano se encuentra ahora en el exilio y juega sus partidos en Lviv, en el oeste de Ucrania. Pero eso es sólo la punta del iceberg: bajo la superficie, el tejido social de Donetsk experimenta una transformación radical y potencialmente irreversible. La «ciudad del millón de rosas» en la que venía convirtiéndose esta metrópoli de la minería desde la década de 1960 es ahora una urbe en la que predomina el color caqui de los uniformes. Desde la muerte del primer manifestante, el miedo reina en la ciudad, cuando no lo hace algo parecido a la ley de la calle: claros ejemplos son los casos de Irina Dovgan, quien, acusada de traición, fue atada al poste de una farola como en una picota y golpeada, vejada y pisoteada (todo ello entre los aplausos de los transeúntes); el de los soldados del Ejército ucraniano a los que se hizo desfilar por un «corredor de la vergüenza» formado por una multitud enfurecida en el centro de la ciudad, o el de los informes sobre las torturas en las celdas de las cárceles de los separatistas.

El terror surte efecto. El que puede abandona la ciudad. Grupos enteros de profesionales emigran. Los abogados ya no tienen trabajo y se marchan. La universidad, cuya dirección ha caído en manos de los separatistas, se ha trasladado a Vínnytsia con casi todo el personal a fin de continuar allí el ritmo normal de las clases y los proyectos de investigación. Para las pequeñas y medianas empresas que se han desarrollado en los años posteriores al derrumbe de la Unión Soviética, sobre todo en el ramo de las telecomunicaciones, hay cada vez menos clientela en una ciudad que ya no responde a los imperativos de la economía, sino a una economía de ordeno y mando, de carácter

políticoterrorista y determinada por aspectos extraeconómicos, en la que se trata más de llevarse un botín que de redistribuir la riqueza. Las grandes empresas envían a sus empleados a otras ciudades. Los centros comerciales construidos en los últimos años se han vaciado, pues carecen de demanda. También han emigrado los profesionales cualificados que ya no ven oportunidad alguna para ellos y sus familias en una ciudad dominada por los *warlords*. Se han marchado, asimismo, los médicos y el personal sanitario. El ramo de la construcción está paralizado. Las casas unifamiliares nuevas están vacías, y quien quiera y no tenga escrúpulos puede ocuparlas. En septiembre de 2014 Aleksandr Polkvoi llamaba a Donetsk la «Detroit de Ucrania», una ciudad de la que han emigrado los estratos de la población con mayores ingresos.

De Donetsk se han marchado todas las personas con medios que han podido. No tiene nada que ver con política: los negocios sólo son posibles si existen unas reglas del juego claras y predecibles, si se pueden forjar planes de futuro y confiar en el presente.

El maravilloso Donbass Arena, lamenta Polkvoi, ha caído en desuso y se yergue como un monumento, una pirámide de Keops de cristal que sólo recuerda la energía de la vibrante ciudad del pasado, cubierta ahora de grafitis, completamente abandona, apagándose «como los botones en los ascensores de un rascacielos». La periodista rusa Yulia Latynina ha propuesto una comparación distinta, afirmando que Donetsk experimenta lo que ella denomina *palestinisatsiya*: la propuesta de rodear el Dombás con un muro de contención a fin de evitar la propagación de la violencia y la anomia le recuerda el estrangulamiento de la franja de Gaza. Otros, por su parte, asocian ese estado de arbitrariedad total con la situación en Somalia.

Está claro que las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk no podrían sostenerse por sí mismas; su autoridad se estableció en las batallas de Ilovaisk y Debáltsevo—que acabaron con la masacre de las tropas ucranianas, bastante más débiles—, gracias al armamento y las fuerzas especiales enviadas por Rusia. Desde el primer día dependieron del suministro ruso de hombres y material, ya que el pueblo del Dombás, en contra de las expectativas de los incendiarios, no se sublevó. Fue Ígor Guirkin, alias Strelkov, experto ruso en provocar levantamientos, el que se quejó de que el Dombás no fuera capaz de poner en pie ni siquiera a veinte mil hombres; e incluso el

referéndum fue una mera maniobra de relaciones públicas sin ningún carácter representativo. Que sus dirigentes logren erigir un Estado paralelo sin ayuda del exterior, un Estado que no sería más que un régimen títere a lo Quisling, es algo más que dudoso.

La multitud que se reunió bajo el estandarte de las Repúblicas Populares es tan abigarrada y disparatada como los uniformes que se confeccionaron a duras penas. En muchas cosas recuerdan a los grupos de mercenarios y a las unidades de los *Freikorps* que conocemos. En algún momento, ese grupo de activistas, su retórica, sus trayectorias vitales y modos de pensar encontrarán a sus biógrafos y analistas, pero también a sus jueces. Está claro que no se los puede calificar ni explicar con vocablos y expresiones como *escoria de la sociedad*, por más que encontremos en sus filas una concentración considerable de determinados prototipos de esa especie: criminales de poca monta liberados de las prisiones gracias al «levantamiento», matones y antiguos guardaespaldas, aficionados a las artes marciales, drogadictos, personas que no necesitan idea ni ideología alguna para estar dispuestas a todo. Mucho más importantes son los combatientes veteranos con experiencia de guerra en las zonas de conflicto postsoviéticas o de la última fase de la URSS: Afganistán, Tayikistán, las guerras de Chechenia, las intervenciones en Transnistria y Yugoslavia. Se trata de profesionales contra los cuales apenas pudieron hacer nada, en un primer momento, los reclutas y reservistas de un ejército sin experiencia bélica como el ucraniano. Quien repasa la lista de los *warlords*, los autoproclamados gobernadores, cabecillas y comandantes de estas «Repúblicas Populares», se tropieza con un alto porcentaje de figuras opacas, incluso patológicas, con carreras como asesinos a sueldo. Los escenarios en los que han acumulado su experiencia pueden leerse en sus tatuajes. Hay muchos, muchísimos, en el entorno postsoviético, sobre todo en Rusia, que no encontraron el camino de vuelta a la vida civil—¡y qué era una vida civil en el caos de la década de 1990!—, por lo que unirse a la lucha en Crimea o el Dombás fue la opción más obvia: conocían el terreno, la guerra era su mundo. Y no podemos olvidar a los idealistas y los románticos que soñaban con el día en que Rusia dejaría de «arrodillarse, que sólo esperaban la oportunidad de llevar a la acción todo el resentimiento que los carcomía y que sus lecturas habían avivado. Entre ellos hay entusiastas de la historia (como Guirkin-Strelkov), personas que han buscado la salvación en la Iglesia ortodoxa o entre oligarcas ortodoxos como Konstantín Maloféiev (un ejemplo es Aleksandr Borodai, el «primer ministro» moscovita que ayudó a

preparar el golpe contra Crimea y el este de Ucrania), o estudiantes que han asimilado, llenos de admiración, las enseñanzas del neogurú euroasiático Aleksandr Duguin y se han formado una idea del mundo profundamente racista y de extrema derecha (como el neonazi y «gobernador popular» Pável Gubárev). Resulta asombrosa la gran cantidad de figuras provenientes de agencias de publicidad y relaciones públicas que han ascendido hasta los altos mandos de las fuerzas separatistas: basta con tener un pico de oro y aludir a las contradicciones reales de una población explotada y humillada por los oligarcas, una población que sentía que le habían robado los frutos del trabajo de toda una vida. Basta un buen olfato y cierto talento para la demagogia para catapultar a las portadas de los periódicos—no sólo regionales, sino de todo el mundo—a personas que hasta hace muy poco eran absolutamente desconocidas. Las hemos conocido a todas a lo largo del último año: por ejemplo, Viacheslav Ponomariov, el «alcalde del pueblo» que hizo arrestar a observadores de la OSCE y puso a bailar al son de sus palmadas a experimentados diplomáticos internacionales y a la prensa mundial. Casi todos ellos habían estado en el extranjero, en Francia o Estados Unidos, habían aprendido—en lo relacionado con su vestimenta y retórica—del estilo y del diseño de la postmodernidad, mientras que otras figuras preferían presentarse en exóticos y coloridos trajes; hay atamanes cosacos, comisarios en chaqueta de cuero, o con las conocidas rayas blancas y azules de la camisa de marinero, la cual se convirtió en todo un símbolo de la masculinidad rusosoviética desde la Revolución y la proyección del filme *El acorazado Potemkin*, de Serguéi Eisenstein. El contingente se vio ampliado, además, con combatientes islamistas de Chechenia que Kadirov envió a la región del Dombás.

Gracias a la revolución mediática conocemos bastante bien los rostros y las identidades de estos personajes. Desde hace ya mucho tiempo no consideran necesario ocultarse detrás de una máscara, se sienten tan seguros de sí mismos que envían al mundo entero los *selfies* que se hacen junto a tanques y obuses. Entre ellos hay aventureros a los que no se les ocurre nada mejor que ir a la guerra durante sus vacaciones y hacer del Dombás su lugar de recreo particular; un lugar, además, donde pueden amasar un abundante botín, pero donde, sobre todo, encuentran el compañerismo de la lucha, algo que echan de menos en sus vidas cotidianas. La guerra es para ellos un mero pasatiempo, y los vaqueros, las gafas de sol a la moda y el kaláshnikov son el atuendo que se lleva. También vemos las imágenes de los pobres diablos de siempre, esos que son

enviados a la guerra sin saber ni adónde se dirigen: algunos han regresado a sus hogares en Pskov o Vologda dentro de un ataúd, provenientes de un país en el que oficialmente no se libra ninguna guerra ni muere ningún soldado.

Mucho más importantes, sin embargo, son aquellos que permanecen en la sombra, los verdaderos especialistas, los analistas y expertos en la guerra tecnológica, los que no están interesados en sables cosacos ni en la teatralidad militar. Son personas que entienden de análisis de datos, interceptación de comunicaciones, contrainteligencia, manejo de sistemas de armas altamente complejos y que pueden apoyarse en los recursos que les proporciona Moscú. Ellos elaboran los informes sobre cuya base, más tarde, el experto de Moscú decide su próxima jugada.

Todos ellos, en conjunto, carecen de lo que se necesita para administrar una ciudad de millones de habitantes o toda una región industrial, para mantenerlas en funcionamiento o incluso para fomentar su desarrollo. Su existencia depende del suministro de armas y de los convoyes de ayuda provenientes del exterior, así como de la afluencia de personas que llegan al Dombás por interés propio. No es la primera vez que el Dombás ha experimentado un gobierno de ese tipo.

EL FIN DEL MUSEO DEL DOMBÁS

La tarde del viernes 22 de agosto de 2014, varios proyectiles alcanzaron el museo de historia local del Dombás y quedó gravemente dañado; ambos bandos, separatistas y soldados del Ejército ucraniano, empezaron a culparse mutuamente. Las imágenes mostraban una fachada agrietada, vitrinas hechas añicos, techos desplomados. Algunos animales disecados, entre ellos unos ciervos y un jabalí, quedaron al descubierto, mientras que el mamut, al parecer, estaba intacto, igual que la galería dedicada a la ocupación alemana del Dombás y a la Gran Guerra Patria. El director, Yevgueni Denisenko, estaba desconcertado: el museo, fundado hacía justamente noventa años, en 1924, y uno de los más importantes centros de historia local en Ucrania, tendría que cerrar hasta nuevo aviso. El personal se puso manos a la obra de inmediato para evacuar las salas y poner a salvo las piezas expuestas.

Yo había visto el museo por última vez en abril. Era uno de esos lugares que sólo existían en el territorio de la antigua Unión Soviética: eran instituciones

pedagógicas y, a menudo, a falta de publicaciones, la única fuente de información de la historia local. Ofrecían visitas guiadas, sobre todo para grupos de escolares. Eran puramente museos, sin toda la parafernalia multimedia e interactiva de sus homólogos occidentales: permitían que el visitante explorara por su cuenta y tomara notas. A lo largo y ancho del país, estos museos ofrecían el mismo relato de una historia de progreso establecida en el siglo XIX. Transmitían un conocimiento básico sobre la evolución de la Tierra, sobre fenómenos naturales, sobre botánica y el mundo animal, sobre las distintas épocas históricas y, especialmente, sobre los logros del socialismo y la nación soviética, la culminación de la historia universal. Tenían grandes lagunas, algunos acontecimientos cruciales se obviaban y ciertos personajes habían sido declarados no-personas. Algo parecido puede decirse de la presentación de las piezas expuestas, que delataba un naturalismo de lo objetual que sin duda levantaría las sospechas de un público educado en el postmodernismo, aunque ahora que el estudio de la cultura material se ha puesto de moda su encanto es evidente. En el museo de Donetsk se encuentra el tipo de embarcación con la que los cosacos navegaban a través de los rápidos del Dniéper, la bandura del cantante ciego, la silla Thonet, mueble obligatorio cuando a los curadores soviéticos les interesaba ilustrar el interior de una casa burguesa. Con la caída de la Unión Soviética se vino abajo también la línea narrativa de los museos, o por lo menos empezó a chirriar, revelando lagunas y suscitando preguntas que nunca se habían formulado antes.

El museo Regional de Historia Local de Donetsk fue un arquetipo de esta clase de instituciones típicamente soviéticas, y su destrucción frustró cualquier oportunidad de reimaginarlo. Sin embargo, a pesar de las simplificaciones, mostraba la historia, extraordinariamente rica y dramática, de la ciudad. Fundada en 1869 por un piadoso industrial galés, John Hughes, Donetsk fue bautizada en su honor con el nombre de Yuzovka y creció a un ritmo vertiginoso: en 1917 tenía cincuenta y siete mil habitantes; antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, trescientos mil. En 1924 la ciudad cuyo nombre era emblemático de los éxitos del capitalismo pasó a llamarse Stálino, hasta que en 1961, a raíz del proceso de desestalinización, recibió su nombre actual, que alude a un afluente del Don.

Las galerías reservadas al mundo natural tienen un valor añadido en Donetsk: los estratos geológicos, las fallas tectónicas y las condiciones del suelo atesoran recursos minerales que hicieron de la ciudad uno de los centros más

importantes de la industria pesada, primero en el Imperio ruso, luego en la Unión Soviética y hoy en Ucrania; antracita, mineral de hierro, dolomita, yeso, caolín yacen bajo la superficie terrestre en una concentración única. Los cauces de los ríos proporcionan el agua necesaria para su procesamiento y una vía de transporte barata. El descubrimiento de recursos minerales en la estepa a orillas del río Kalmius trajo consigo un auge impresionante. El diorama—otro formato característico de la cultura museística de la era soviética—ilustra cómo las minas y las plantas metalúrgicas se convirtieron en los epicentros de una aglomeración de aldeas industriales que han acabado convirtiéndose en grandes urbes: Yenákievo, Makíivka, Alchevsk y otras. Las galerías de las minas, de hasta mil cuatrocientos metros de profundidad, y las instalaciones de la planta metalúrgica, que se extienden a lo largo de varios kilómetros, imprimen su sello al espacio urbano. El trazado en damero diseñado por urbanistas ingleses en el siglo XIX fue el punto de partida durante la reurbanización de la ciudad en la década de 1930. Diseminado alrededor de estos hitos arquitectónicos encontramos todo lo que una ciudad de «raíces salvajes» como aquella requería: instalaciones fabriles y, junto a ellas, la villa del director; la torre de incendios y el hospital; la escuela de comercio, el gran hotel, el banco; las iglesias y casas de oración para todos los credos que llegarían a la ciudad con la mano de obra inmigrante (integrada por rusos, rutenos, judíos, armenios, tártaros, griegos y no pocos occidentales, sobre todo ingleses, escoceses, belgas, franceses y alemanes). Como muestran las placas de las empresas, de la maquinaria y de los utensilios de oficina expuestas en el museo, Yuzovka, la actual Donetsk, era un *melting pot* formado por treinta y siete nacionalidades; una ciudad europea, una «*machine in the garden*» (Leo Marx) fundada en las «tierras salvajes» de la estepa cosaca. Además de la planta metalúrgica de Hughes, la Nueva Rusia, estaban las compañías de E. E. Olivier y Eduard Bosse, un súbdito germanobáltico del zar de Estonia que había obtenido su diploma de ingeniero en Zúrich, así como empresas belgas y francesas. Cuando el científico ruso Dmitri Mendeléiev visitó el Dombás en 1888, descubrió allí una «futura América». Puede inferirse cómo era la Yuzovka de las postrimerías del zarismo y de la Revolución a partir de los interiores burgueses reconstruidos en el museo, que incluyen una cómoda y un armonio con partituras de Johann Strauss (también dañado durante el ataque), y las fotografías de las asociaciones deportivas. A continuación están las galerías dedicadas a la Revolución y la guerra civil, donde se muestra un convoy de tanques con los nombres de «Karl

Liebknecht y Rosa Luxemburgo» procedentes de Starokramatorsk, cascos de latón con pinchos típicos de las tropas imperiales alemanas que ocuparon Yuzovka en 1918 y fotos de los bandidos del revolucionario anarquista ucraniano Néstor Majnó o de la Guardia Blanca del general Antón Denikin entrando en la ciudad. Todos ellos dejaron huella en la urbe: saqueos, pogromos, fusilamiento de rehenes. La década de 1920, caracterizada por una suerte de libertad de mercado y una acelerada reconstrucción, está representada por una surtida tienda rural y los habituales símbolos de la modernidad soviética: el arado de hierro y el teléfono sobre el escritorio del director bolchevique. Tras la Revolución, tanto Donetsk como el Dombás siguieron siendo el gran *melting pot* y la forja de toda la Unión. Entre los que se trasladaron a la región en busca de empleo estaba un joven oriundo del oblást de Kursk, Nikita Jruschov, que inició en Yuzovka su meteórica carrera, primero como obrero rebelde en la fábrica Bosse y, más tarde, como joven estudiante comunista del Instituto de Minería. La colección del museo incluye sus gafas sin montura, una estilográfica dorada y un melancólico retrato de sus años de madurez. También «héroes del trabajo socialista» como Alekséi Stajánov y Nikita Isotov formaron parte del mito del Dombás, como expresa el póster con la siguiente leyenda: «El humo de las chimeneas de la industria es el aliento de la Rusia soviética».

A pesar del *pathos* industrialista, el museo de Donetsk cuenta también con un espacio dedicado a las grandes catástrofes de la Ucrania soviética: la colectivización forzosa y el Holodomor, la hambruna de los años 1932 y 1933, en la que murieron millones de personas. En las leyendas de las piezas expuestas se habla incluso de «genocidio». En la sala, concebida casi como un memorial, podemos ver los avisos de deportación, las fotos de las familias campesinas arrestadas, los niños escarbando las últimas patatas de los campos ya cosechados, certificados médicos que listan los síntomas de la muerte por inanición, estadísticas con las cifras de muertos. También se ha creado una galería en torno al Gran Terror en Ucrania, del cual, según la muestra, fueron víctimas unas veinticinco mil personas entre 1937 y 1938; allí se exponen fotografías de los directores de fábrica, académicos y escritores ejecutados. La ocupación alemana convirtió la ciudad en un campo de batalla y el Dombás en una zona de tierra quemada. El visitante descubre la topografía de Donetsk bajo el dominio alemán: la Gestapo tenía su sede en el actual Donbass Palace; la comandancia se alojaba en lo que más tarde sería el café del teatro. Se nos

muestra el lugar en el que murieron de hambre miles y miles de prisioneros de guerra soviéticos, el mismo en el que fueron reunidos y asesinados los judíos de la ciudad. En el teatro municipal, el Stálino—hoy teatro de la Ópera, situado en la calle Artiom—, Toni Graschberger (del Staatstheater de Múnich) dirigió una producción del ballet humorístico *Coppélia* de Léo Delibes en el marco del programa «óperas para el frente», así como *Sueño desvanecido*, basado en la obra de Pushkin. Tras la liberación, los soldados alemanes fueron enterrados en los terrenos baldíos a las afueras de la ciudad mientras que las columnas de prisioneros de guerra marcharon a través de las ruinas. Más tarde llegarían, víctimas de las deportaciones, algunos alemanes de Transilvania, cuyos destinos conocemos gracias a Herta Müller y a Oskar Pastior.

Las galerías más detalladas y extensas son las dedicadas a los tiempos de la reconstrucción y de la paz después de 1945, sobre todo las del mandato del alcalde y «director rojo» Vladímir Degtiariov, un poderoso cacique local muy querido por el pueblo, al que la ciudad debe un programa a gran escala de construcción de viviendas, mercados, estadios y escuelas, así como un gran impulso del deporte entre las décadas de 1960 y 1970. El propio Degtiariov fue un ávido futbolista. Entre los «célebres hijos de la ciudad», como Nikita Jruschov, el compositor Serguéi Prókofiev (el hoy destruido aeropuerto lleva su nombre) y el escritor judeoruso Vasili Grossman—que era oriundo de Berdýchiv y estudió en Stálino—, hay deportistas como el campeón de salto con pértiga Serguéi Bubka, algunos boxeadores de categoría mundial y, por último, el club de fútbol Shajtar Donetsk, todos representantes de la imagen y del orgullo de esta ciudad.

La época más feliz para Donetsk y la región del Dombás fue, al parecer, el largo período de postguerra. Se dio prioridad a los apartamentos por encima de los pretenciosos palacios de la nueva aristocracia obrera; los bienes de consumo se volvieron prioritarios al comunismo, que todavía figuraba en el programa del Partido. La herencia de ese largo período de reconstrucción y de paz es asombrosa: escuelas, hospitales, viviendas, grandes almacenes, palacios de la cultura, todo integrado en infinidad de parques a lo largo del río Kalmius—cuyo curso contiene una represa para formar un lago—y coronado por los conos de las escombreras, buena parte de las cuales están cubiertas de plantas silvestres. Es cierto que la ciudad debe su existencia a las minas, a las plantas de extracción, a la gigantesca planta metalúrgica y a otras empresas de reputación legendaria (como la fábrica de juguetes de Donetsk), pero la urbe no es un

simple apéndice, sino que cuenta con un centro propio y avenidas flanqueadas de edificios representativos, la mayoría construidos en el rimbombante estilo neoclasicista de las décadas de 1930 y 1940, y otras pocas construcciones—como el antiguo hotel Angleterre, un instituto de bachillerato o el banco estatal—que datan de la época anterior a la Revolución. En el paisaje de esta ciudad de millones de habitantes, que con sus rascacielos y torres de oficinas a lo largo de su eje central recuerda a Essen o a Bochum—ciudad que, como Magdeburgo, está hermanada con Donetsk—, apenas se adivinan las catástrofes a las que ha sobrevivido. Al *boom* de los años de su fundación le siguió el abismo de la Revolución y de la guerra civil. La segunda ola de industrialización a finales de la década de 1920 y durante la década de 1930, lastrada por el Holodomor y el Gran Terror, acabó tras la ocupación alemana entre 1941 y 1943, que destruyó en un abrir y cerrar de ojos lo que varias generaciones habían construido. En poco más de dos décadas, la ciudad sufrió un doble «urbanicidio». Y las estadísticas son la forma más cruda y abstracta de comprender la catástrofe. Cada fecha representa una ruptura, un nuevo comienzo y, paradójicamente, una peculiar continuidad. El historiador estadounidense Hiroaki Kuromiya ha estudiado la historia centenaria del Dombás a raíz de la apertura de los archivos a finales de la década de 1980 y la ha analizado en un libro titulado *Freedom and Terror in the Donbas. An Ukrainian-Russian Borderland 1870s-1990s* [‘Libertad y terror en el Dombás. Una tierra fronteriza entre Rusia y Ucrania en las décadas de 1870-1890’].

YUZOVKA: «TAKE-OFF» INDUSTRIAL Y RUINA

La historia del Dombás como región industrial comienza a mediados del siglo XIX, con el descubrimiento y la explotación de los yacimientos de carbón y mineral de hierro. Hasta entonces había sido una «tierra salvaje», una tierra de nadie, de lenta urbanización, una zona fronteriza entre Polonia-Lituania y el principado de Moscú por el norte y con el Imperio otomano y sus aliados del kanato de los tártaros de Crimea por el sur, región limítrofe y territorio de los cosacos de Saporog y del Don, finalmente integrado al Imperio ruso en tiempos de Catalina II. Como el «salvaje oeste» norteamericano, esta «tierra salvaje» atrajo a todas aquellas personas que no se adaptaban a las condiciones de los territorios de la corona polaca, de los zares o del sultán: campesinos

huyendo de la servidumbre, religiosos perseguidos por la Iglesia ortodoxa, fugitivos de la ley y aventureros que buscaban suerte en un territorio inexplorado; judíos que huían de los pogromos de las ciudades. El hallazgo de yacimientos de carbón y mineral de hierro en la región central del Donetsk desató no sólo un auge industrial sin parangón, sino también una inmigración igualmente asombrosa. En 1917, esta «cuenca del Ruhr del Imperio ruso» producía el 87 por ciento del carbón de todo el imperio, el 70 por ciento del mineral hierro, el 57 por ciento del acero, por encima del 90 por ciento del coque y más del 70 por ciento de la sosa y el mercurio. La población se incrementó exponencialmente. En el censo de 1897, el Dombás contaba con setecientos mil habitantes, pero ya en 1920, a pesar del baño de sangre de la guerra civil, tenía más de dos millones, y hacia 1959 sumaba siete millones de habitantes.

Después de John James Hughes (1815-1889), quien en 1869 llegó a un acuerdo con el gobierno ruso para crear la Compañía de las Industrias del Carbón, del Hierro y el Ferrocarril de la Nueva Rusia (y que ya en 1871 fundía el primer mineral de hierro), otras personas empezaron a interesarse por la nueva industria: terratenientes convertidos en empresarios, empresas extranjeras deseosas de participar en el *take-off* industrial de aquel imperio gigantesco. El escritor Konstantín Paustovski, que por entonces residía en la ciudad, describió la «fiebre del carbón» que se cernió sobre la urbe. Veintiséis de las treinta y seis sociedades de accionistas que había en el Dombás eran extranjeras, casi todas francesas o belgas. Muchas de las compañías metalúrgicas actuales en Makíivka, Konstantínovka y Yenákievo surgieron de las fábricas fundadas por empresarios extranjeros antes de la Revolución. El grandioso Combinado Metalúrgico de Mariúpol fue en sus orígenes una empresa belga llamada Russki Providans; la planta de Dongormash en Donetsk empezó como la fábrica Bosse. La francesa Société Minière et Industrielle de Routchenko se erigió en el actual barrio de Petrovski. Hughes trajo consigo a ingenieros, contables y pastores de Inglaterra, así como el fútbol, que pronto se popularizó entre los habitantes del lugar, y construyó el primer hotel de estilo europeo. En esa época, el Dombás—como ha apuntado el historiador Stanislav Kmet—tenía muchas más cosas en común con Europa Occidental que con Poltava o Járkov. De hecho, la región ya era «europea» antes de que Hughes fundara su empresa. El villorrio de Novgorodske, situado cerca de Dzerzhinsk, había sido fundado por menonitas alemanes que Catalina II había traído a la región,

conocida en su origen como Nueva York. La actual Telmanovo—bautizada en honor a Ernst Thälmann—, fue en su día la comuna alemana de Ostheim. Hacia el año 1800 había en la región sesenta y ocho comunidades de alemanes.

El capital buscaba mano de obra, y ésta llegaba en abundancia al Dombás desde todas las regiones del Imperio ruso. Según el censo de 1897, en el Dombás central residían un 52,4 por ciento de ucranianos, un 28,7 por ciento de rusos, un 6,4 por ciento de griegos, un 4,3 por ciento de alemanes, un 2,9 por ciento de judíos, un 2,1 por ciento de tártaros, un 0,8 por ciento de bielorrusos y un 0,4 por ciento de polacos. Una estadística del año 1917 parece confirmar la imagen de Donetsk como *melting pot*: de 54.718 habitantes de 37 nacionalidades distintas había 31.952 rusos, 9934 judíos, 7086 ucranianos, 2120 polacos, 1465 bielorrusos, 421 armenios, 334 tártaros, 130 kazajos, 101 ingleses, 96 personas de etnia gitana y 70 alemanes. El poeta ucraniano Volodymyr Sosiura, oriundo de Debáltsevo, tenía ancestros húngaros, judíos, ucranianos, franceses y karacháis. Jruschov recordaba sus contactos con campesinos búlgaros y colonos alemanes.

Las condiciones de vida y de trabajo eran, como en otras regiones industriales, de dureza extrema, marcadas por la explotación, y los accidentes en las minas estaban a la orden del día. Los empresarios y la clase trabajadora vivían en mundos muy diferentes. Los días de paga acababan, por lo general, en orgías de alcohol, altercados y peleas organizadas entre los mineros de distinto origen étnico. Los encontronazos con la milicia cosaca eran tan comunes como las constantes tensiones entre nacionalidades, especialmente entre los rusos y los ucranianos provenientes de las aldeas y los judíos de las zonas de asentamiento; el propio Jruschov fue testigo de un pogromo sangriento en su juventud. Un contemporáneo nos cuenta acerca del trabajo extenuante, los accidentes, el alcoholismo, la suciedad y la violencia:

A lo largo y ancho de los poblados que rodean Yuzovka se percibe el aliento de la violencia que emana de la industria minera en el óblast de Yekaterinoslav; uno intuye la sed de poder del capitalismo y ve muy bien lo que ofrece a las masas y lo que les quita. Como símbolos de la lucha futura que surgirá en todas partes de la relación entre el capital y el trabajo del proletariado, se extienden por Yuzovka y sus alrededores, a intervalos más o menos largos, los sombríos edificios de las fábricas de cuyas chimeneas emanan gigantescas nubes de humo, colmando el aire de incesantes siseos, silbidos, pitidos, estruendos.

A esa conmoción se une, como podemos leer en el relato de Aleksandr Kuprin titulado «Moloch» (1896), la fascinación por la industria moderna:

> Miles de sonidos se mezclaban con un prolongado y galopante estruendo: las notas agudas, puras, grávidas de los cinceles, los golpes claros de las remachadoras que hunden las abrazaderas de metal en las calderas, el pesado estruendo de los martillos de vapor, los poderosos suspiros y pitidos de las tuberías y, de vez en cuando, esas secas explosiones subterráneas que hacen temblar la tierra [...] Era una imagen terrible y a la vez conmovedora. La mano de obra estaba en pleno apogeo: como una máquina compleja y precisa, ingenieros, picadores, mecánicos, carpinteros, torneros, cavadores, encofradores y fundidores llegaban desde diferentes rincones de la tierra para, comprometidos con la férrea ley de la lucha por la existencia, sacrificar sus fuerzas, su salud, su raciocinio y su energía con el único propósito de dar un paso adelante en el progreso industrial.

Las tensiones entre una joven clase trabajadora y un capitalismo incipiente hallaban una válvula de escape, una y otra vez, en revueltas, huelgas y manifestaciones. La movilización patriótica y chauvinista a principios de la Primera Guerra Mundial consiguió acallarlas por un tiempo. El derrumbe del viejo orden en 1917 desató fuerzas devastadoras para la «maquinaria de la estepa», pero esas mismas fuerzas trajeron consigo un segundo impulso desarrollista. En los años de la Revolución y la guerra civil hubo varios cambios de gobierno. En Donetsk y Lugansk los radicales—los bolcheviques—obtuvieron la mayoría de los votos, pero en un primer momento sería el general Kaledin quien conquistaría la región y cuya Guardia Blanca sembraría el terror por todo el Dombás, convirtiendo el territorio junto al Don en un centro de la contrarrevolución que atraería todo tipo de fuerzas, desde los blancos hasta los liberales; contra la Rada Central con sede en Kiev se constituyó una efímera República Soviética de Donetsk-Krivói Rog, a la que seguiría la ocupación del Dombás por parte de tropas austríacas y alemanas hasta otoño de 1918. Con los «rojos» llegaron la nacionalización y la expropiación de las propiedades de la burguesía, así como la expulsión de los directivos de las empresas y los ingenieros. Con los «blancos» se restableció el viejo orden, que comportaba la prohibición de las huelgas y el retorno de los castigos físicos. Cada vez que el poder cambiaba de manos se producían saqueos, ejecuciones masivas y espantosos actos de crueldad, así como pogromos contra los judíos, considerados enemigos por ambos bandos.

Para las ciudades industriales del Dombás ello significó el desplome de la industria. Ni uno solo de los sesenta y cinco altos hornos de 1913 estaba en funcionamiento al acabar la guerra civil, la producción prácticamente se había paralizado, el 80 por ciento de los caballos—el principal medio de transporte—había muerto y las vías férreas habían sido destruidas. Cada cambio de poder diezmaba lo que había sido la sociedad del Dombás. Los *burzhuis* huyeron hacia zonas bajo control de la Guardia Blanca, muchos empresarios se exiliaron. Se organizaron cacerías contra los ingenieros y los especialistas. Las redes de comunicación, el telégrafo y las vías de comunicación con el centro colapsaron: la región quedó abandonada a su suerte. El que quería sobrevivir se vio forzado a trasladarse al campo y robarles el cereal a los campesinos. En aquellos años los bandos enfrentados en la guerra civil y los ocupantes alemanes serían los primeros en emplear tácticas punitivas y destructivas a las que se recurriría con frecuencia en el futuro, como la inundación de las minas y la práctica de arrojar a los pozos a los enemigos políticos, estuvieran vivos o muertos. Así se destruyó una ciudad antaño próspera. Con el trabajo industrial desapareció también la clase de los obreros industriales, como observó con acierto un bolchevique en 1919: «El centro económico de la República Soviética se ha convertido en el cementerio de los mineros y de los obreros metalúrgicos del Dombás». Así fue como Donetsk se vio obligada a empezar de cero.

STÁLINO: SINFONÍA DEL DOMBÁS Y GRAN TERROR

Tras un leve retraso, en 1924 la ciudad renunció oficialmente al nombre de su fundador John Hughes, el «capitalista británico», y de un modo casi apresurado adoptó uno nuevo, Stálino, como si previera que, bajo la estrella del dictador—y tras una recuperación asombrosamente rápida en los años de la NEP—, alcanzaría un gran desarrollo. Lo que tuvo lugar después de 1929, en una época marcada por el empuje y los afanes de los planes quinquenales, fue prácticamente una refundación de la ciudad. Todo empezó, como es habitual, con el cambio de nombre de las calles, la primera de una serie de profundas transformaciones que desembocarían en la construcción de una ciudad nueva. Todavía hoy, a pesar de los daños sufridos durante la guerra, están presentes en el tejido urbano los edificios previstos para Stálino por el plan urbanístico

general: el instituto femenino Ordzhonikidze (1937), el hotel Dombás (1938), el restaurante Moscú (1938), el cine-teatro Komsomolets (1937), el palacio de los Jóvenes Pioneros y Estudiantes (1932), el Banco Estatal, distintas escuelas y palacios de la cultura. Muchos de ellos aparecen alineados en la calle Artiom. Con orgullo se dice en un periódico de Donetsk de 1939:

Apenas hay rastro de la antigua Yuzovka. En los años de los planes quinquenales de Stalin se ha creado una nueva ciudad socialista. En los lugares donde antes había chozas ruinosas, en los terrenos baldíos, crecieron cientos de edificios de viviendas de varias plantas, instituciones sociales y culturales, parques floridos, jardines y áreas verdes.

El Dombás había pasado de ser una «colonia del capital extranjero» a convertirse en el «orgullo del país soviético» y en la «caldera de toda la Unión», con lo que el minero había quedado afianzado en su papel de icono cultural y cinematográfico. En la región se originaron las figuras heroicas de toda una época, quizá incluso de todo un mundo soviético consciente de su singularidad. Aquí grabó Dziga Vértov su documental *Entusiasmo: la sinfonía del Dombás* (1930). El Dombás es la forja y la cuna del hombre nuevo, el lugar donde el retrógrado campesino se convierte en el proletario o el ingeniero progresista. En las minas de la zona establecieron Alekséi Stajánov—que, oriundo de una aldea de la región, había trabajado en Donetsk—y Nikita Isotov sus récords de obreros destacados y héroes del trabajo. Aquí se rodaron películas sobre el duro pero cordial ambiente del proletariado—*Los mineros del Dombás* (1951), por ejemplo—en las que se reconocería más de una generación de hombres y mujeres soviéticos.

Donetsk es en la actualidad una gran ciudad moderna. En la década de 1920 era una aglomeración de barrios obreros con la enorme planta metalúrgica en el centro. Las distintas divisiones de la fábrica estaban repartidas por la gigantesca depresión natural del terreno; las barriadas obreras colindaban con la periferia. El casco antiguo sólo podía considerarse el barrio situado al norte de la planta metalúrgica. Estaba dividido en dieciséis «líneas» (calles) que partían de la fábrica en dirección sur. El centro de la ciudad lo formaba una gran plaza de doscientos cincuenta o trescientos metros de ancho y toda una calle de largo. Desde el centro de la plaza—con la fábrica metalúrgica a la espalda—podían verse la primera y la segunda «líneas» que delimitaban los almacenes y los graneros, las naves del mercado y el mercado de la paja en el centro. El resto de la plaza lo ocupaban la escuela para trabajadores (el antiguo instituto de bachillerato), el instituto de minería (la antigua escuela de comercio) y otros edificios oficiales.

Hrigorenko también nos ofrece agudas observaciones sobre la variada composición social de la ciudad y sus barreras internas:

En Stálino, las diferencias sociales entre los trabajadores estaban, en efecto, insólitamente marcadas, algo que podía verse también en la distribución geográfica de los barrios. Maslovka, el centro de los suburbios obreros, estaba al sur de la planta metalúrgica. Las calles de la barriada discurrían allí en anillos concéntricos en torno a la fábrica y estaban bordeadas de casas de ladrillo rojo, propiedad de la empresa, en las que residían entre una y dos familias, exclusivamente de los jefes de obra y otros obreros altamente cualificados. Al este de Maslovka empezaba el barrio residencial más elegante: allí estaban las casas unifamiliares de los ingenieros y la mansión del entonces director de la fábrica. En mi época se reunía allí el club obrero. En el centro de Maslovka, justo al lado de la fábrica, se alzaba un gran edificio, el teatro, que era al mismo tiempo escenario, foyer y sala de reuniones: lo llamaban el «Auditorio». Colindante por el lado oeste de Maslovka estaba Larinka, todavía al sur de los terrenos de la fábrica. Aunque allí no había instalaciones industriales, el terreno pertenecía a la planta siderúrgica, y las parcelas estaban reservadas a los trabajadores cualificados de la plantilla. Más hacia el oeste de Larinka estaba la frontera con Aleksandrovka, también con terrenos propiedad de la firma en los cuales vivía la plantilla fija de los obreros no cualificados, auxiliares y peones. Al sur de Maslovka había otra barriada, el llamado Monte Smolianin, donde los edificios propiedad de la empresa, concebidos para cuatro familias, albergaban a los empleados y a los obreros de cualificación media. Finalmente, había un par de casas aisladas (propiedad de la empresa, por supuesto), situadas entre Maslovka y el Monte Smolianin y reservadas a los especialistas más importantes y escasos. En cuanto a la plebe, al lumpenproletariado y a los jornaleros sin salario fijo, o a aquellos pertenecientes a las más bajas categorías salariales, ocupaban unas barracas que eran auténticas conejeras y que alquilaban a precios de usura; o bien levantaban colonias «marginales» a las afueras. Los habitantes de todos esos barrios habían erigido entre ellos unas barreras morales que eran más rígidas que cualquier otra de tipo social que hubiera predominado hasta entonces en Rusia. Una joven de Maslovka, por ejemplo, por nada del mundo podía casarse con un joven de Aleksandrovka; incluso un saludo o un apretón de manos habrían sido considerados irrespetuosos. Yo pude experimentarlo en carne propia.

La nueva sociedad surgida en el Dombás, la «caldera de la Unión Soviética», tenía todos los rasgos de una industrialización precipitada, frenética y violenta que siempre iba de la mano de la destrucción del mundo tradicional de la aldea ucraniana y rusa. La colectivización, como es sabido, culminó en la gran hambruna conocida como el Holodomor. Aunque los trabajadores de la industria tenían privilegios y contaban con suministros especiales, la ciudad estaba unida al campo por miles de hilos y sus habitantes eran conscientes de lo que ocurría allí: las deportaciones, las muertes masivas, las intervenciones del NKVD típicas de la guerra civil. La industria necesitaba mano de obra, así que

destruyeron la base de subsistencia de los campesinos. Millones de habitantes del campo marcharon a la ciudad. También Stálino se convirtió en destino del éxodo rural, y su población se multiplicó en una década. En 1939 la urbe contaba con casi medio millón de habitantes. Las migraciones masivas forzosas y la caótica industrialización convirtieron la forja del hombre nuevo en una olla a presión a punto de estallar. El Dombás ofreció a centenares de miles de campesinos una vía de escape, arrojándolos, de ese modo, al abismo: primero de la gran hambruna, y, más tarde, del Gran Terror. En ese clima de adversidad, violencia y desencanto, las personas se aferraron a la utopía del paraíso en la tierra y a sus fantasías de venganza. La «tierra salvaje» se convirtió en refugio para los amenazados, los perseguidos, los que deseaban ascender en la escala social y estaban llenos de odio, los que habían sufrido y esperaban ajustar cuentas. En el Dombás, donde toda mano de obra era bienvenida, uno podía mantenerse en la clandestinidad: el campesino que había eludido la deportación, el antiguo soldado del Ejército zarista o el afiliado a algún partido revolucionario obligado a renegar de sus orígenes, el clérigo o el miembro de alguna minoría nacional—polacos, alemanes, griegos—que hubiera caído en el punto de mira de la policía acusado de «agente» o de «espía»; también los ingenieros y los directivos empresariales acusados, como chivos expiatorios, de ser los culpables de los accidentes de trabajo y de los retrasos en la planificación, difamados como «parásitos» o «saboteadores». El Gran Terror cayó con furia asesina sobre el Dombás, y fue precisamente Jruschov, que había empezado su carrera en la escuela técnica de Yuzovka, quien ofreció en 1938 una justificación de funesta actualidad (¡tenía entonces cuarenta y cuatro años!):

> El Dombás ejerce una gran atracción en nuestros enemigos, espías o comoquiera que se hagan llamar: trotskistas, derechistas, agentes. Todos ellos realizan una labor hostil al poder soviético. Debemos ser más precavidos y liberarnos de todos los traidores [...] El kulak acude presuroso al Dombás, porque aquí es más fácil ocultarse. Viste la camisa del minero, y el obrero cree que, por trabajar junto a él tres años, es su igual, pero eso no significa nada.

El balance del Gran Terror en la región de Dombás—el reverso de la «sinfonía del Dombás»—es monstruoso. Las cifras de los años 1937 y 1938 varían: Hiroaki Kuromiya ha determinado que fueron cincuenta mil las condenas a muerte en aquella «bacanal del terror» en la región, un tercio de

todas las personas ejecutadas en Ucrania teniendo el 16,5 por cierto de la población total; Tanja Penter menciona un total de 37.146 personas arrestadas por el NKVD, con 9729 casos de condenas a muerte, pero cree que la cifra podría ser aún mayor. El historiador ucraniano V. Nikolsky habla de veinte mil muertos sólo en la región de Donetsk. Particularmente afectados se vieron los jóvenes que en la década de 1930 habían conseguido ascender en la escala social: ingenieros, técnicos, directivos de las empresas estatales. En el período de la perestroika, a finales de la década de 1980, se identificaron algunos escenarios de la represión y los crímenes masivos del NKVD. Entre ellos estaban el actual conservatorio Prokófiev, ubicado en el número 44 de la calle Artiom (entonces la sede del temido Comisariado del Pueblo), así como una fosa común encontrada en Ruchenkovo, que hoy señala un memorial.

«GROUND ZERO»: LOS ALEMANES EN DONETSK

El 20 de octubre de 1941 la Wehrmacht conquistó Stálino; el 8 de septiembre de 1943 la ciudad fue liberada. Tras dos años de invasión, el censo de la ciudad se había reducido a un tercio. De los 462.395 habitantes de 1939, en 1943 sólo quedaban 148.507. Unas 65.000 personas habían conseguido escapar a tiempo o habían sido evacuadas, pero la mayoría de la población hubo de lidiar con el régimen de ocupación. La esperanza compartida por muchos de que con la llegada de los alemanes la situación mejoraría reveló ser una ilusión con consecuencias mortales. El Dombás figuraba en los planes de la Alemania nazi como una región clave para poner en práctica sus planes coloniales de explotación y reorganización geopolítica, que incluían el exterminio de amplios sectores de la población autóctona. No hubo disolución de los koljoses ni permisos para crear nuevas pequeñas empresas, no se produjo un fin del terror; y eso pudieron comprobarlo muy rápidamente aquellos habitantes del Dombás que se mostraron dispuestos a colaborar con los ocupantes germanos. Éstos—que, por lo demás, habían recibido abundante materia prima de la región tras el pacto de Hitler y Stalin en 1939—estaban únicamente interesados en la nueva puesta en marcha de la industria con fines de explotación y rearme. Para ello se ocuparon las minas de carbón, que fueron a parar a manos de la empresa Berg- und Hüttenwerksgesellschaft Ost (BHO), hicieron traer expertos en minería oriundos de la cuenca del Ruhr y dieron inicio a una campaña del

terror sin límites. Tanja Penter ha analizado ese universo de hambre, terror, trabajos forzados y asesinatos masivos, evidenciando que la región fue un *ground zero* para la política alemana en el este de Europa. Tras la retirada del Ejército soviético, lo que había quedado era una tierra arrasada. Las galerías de las minas, las máquinas de extracción, las calderas y los talleres habían quedado inutilizables. Bajo el pretexto de los registros, el personal de ocupación alemán —tanto civil como militar—se dedicó al saqueo en menor o mayor escala. En enero de 1942 partió el primer transporte con cargamento humano hacia el Reich; en total, más de 335.000 de los llamados «trabajadores del Este» fueron deportados desde la región del Dombás, de ellos 252.239 solamente de Stálino y sus alrededores, y otros 83.757 de la región de Voroshilovgrad, es decir, del actual territorio de Lugansk. Sólo en la zona de Stálino perdieron la vida 150.000 prisioneros de guerra soviéticos. El primer objetivo de los exterminios masivos fueron, desde el principio, los judíos y los «gitanos» del Dombás. En Stálino hubo un efímero gueto en el distrito de Belyi Karer. Los judíos de Stálino, Mariúpol, Voroshilovgrad y Kramatorsk que no pudieron huir fueron asesinados: en Stálino, un total de 16.000; en Mariúpol, entre 8000 y 9000. Sólo en la región de Stálino se descubrieron, según investigaciones oficiales, fosas comunes con más de 323.000 cadáveres: 174.000 de civiles y 149.000 de prisioneros de guerra. Muchos de los soldados del Ejército Rojo capturados que sobrevivieron al régimen de terror nazi fueron acusados, al regresar a su lugar de origen, de «traidores a la patria», por lo que acabaron en los campos de Stalin. Una de las mayores fosas comunes encontradas se hallaba en la galería 4-4bis de Kalinovka. Otras se hallaron en el campo de prisioneros de guerra de Stálino, en los terrenos del club Lenin, destruido durante la guerra y reconstruido en 1965. A Kalinovka fueron llevados también los cadáveres de los que murieron en las cámaras de gas móviles. Sobre ellos contaba más tarde un testigo:

Cada día llegaban varios camiones. Se aparcaban con la caja mirando hacia la galería. De inmediato las personas debían desvestirse hasta quedarse en ropa interior o completamente desnudas. Hombres de los Servicios de Seguridad (SD) las llevaban una a una hasta el edificio de la bocamina y allí las mataban. Luego arrojaban los cadáveres a la galería.

También es posible seguir en Donetsk el rastro del dominio alemán (y de sus aliados, los italianos tenían su Casino Italiano en los terrenos del actual

mercado central): el hotel Dombás era la sede principal de la Gestapo; el hotel Grand Bretagne era un burdel «de excelente orden alemán» (entrada: tres marcos); la «oficina de empleo» y la administración municipal las presidía un alcalde llamado A. A. Eichmann. El teatro de la ciudad y la Ópera de Stálino se convirtieron, en los años 1946 y 1947, en tribuna para enjuiciar a los criminales de guerra alemanes y a sus colaboradores:

> La sala está a reventar. Han venido obreros, koljosianos, intelectuales y amas de casa. Pero no son meros espectadores […] aquí no hay nadie que de un modo u otro no haya sido víctima de los crímenes de los acusados […] presentes también, aunque invisibles, están aquellos que ya no pueden dar testimonio de las atrocidades cometidas por los hombres de Hitler porque fueron fusilados en las trincheras antitanques a las afueras de Mariúpol, arrojados al pozo de la mina de Kalinovka o torturados hasta la muerte en los campos de prisioneros de Novoekonomicheskoie.

En los años posteriores a 1943 se acusó de colaboracionismo a más de 320.000 ciudadanos soviéticos, 93.590 de ellos en Ucrania, y a alrededor de un millón de soldados del Ejército. Sólo en Stálino se condenó a 2569 personas como espías alemanes, traidores o colaboradores. El relato soviético al acabar la guerra respondía a una simple antítesis: colaboracionistas contra partisanos (la novela de Aleksandr Fadéiev *Die junge Garde* ['La joven guardia'], que mitifica a los partisanos de las juventudes comunistas, tiene lugar en Krasnodón, una ciudad del Dombás). Lo que esta rígida fórmula pasa por alto es el comportamiento de la mayoría de la población, que no formó parte de la resistencia ni colaboró con los ocupantes, sino que intentó sobrevivir como pudo en el día a día de la ciudad ocupada: un doloroso problema no sólo para ucranianos y rusos, sino para toda Europa.

La devastación, la pérdida de vidas humanas y el caos que comportó la Segunda Guerra Mundial cambió radicalmente la región del Dombás, que, para colmo, entre 1946 y 1947 se vio afectada por una hambruna que se cobraría la vida de un millón de personas. Los frutos de la gigantesca labor de reconstrucción del período anterior a la guerra habían sido destruidos, la sociedad había regresado al punto de partida. Un país despojado de sus mejores fuerzas vivas, aterrorizado y traumatizado desde la década de 1930; había sido sacudido de tal modo por la guerra que en él no quedaba piedra sobre piedra. Parecía que la ciudadanía soviética había sido víctima de los peores horrores imaginables: hambrunas y exterminios selectivos, deportaciones y migraciones

masivas, trabajos forzados en sus versiones alemana y soviética, terror a gran escala y genocidio. Mientras que unos huían del Dombás, otros buscaban refugio en la región. La continuidad generacional se había visto truncada porque la guerra había devorado generaciones enteras, y el país tardaría varias décadas en equilibrar la proporción entre sexos. Una sociedad inestable, cambiante, que había perdido sus estructuras y su identidad, habría acabado por desintegrarse a causa de la destrucción y los estragos de la guerra de no ser por el vínculo de unión que ofrecía un patriotismo surgido en plena lucha por la supervivencia. Sin embargo, el anhelado fin de la guerra se reveló como la transición hacia una nueva: la Guerra Fría.

En el *ground zero* del Dombás se cruzaban las rutas de huida y las de las deportaciones. De los territorios occidentales ocupados por Stalin en 1939—Galitzia, el norte de la Bucovina, Besarabia—llegaron los trabajadores forzados a prestar su mano de obra en el Dombás, mientras que los alemanes deportaban de la región a centenares de miles de los llamados «trabajadores del Este». El frente pasaba por la ciudad, y cada bando sabía quién era el elegido como víctima. Cada bando tenía su enemigo y sus colaboradores, y a veces algunos desempeñaban ambos papeles. El Dombás se convirtió en un espacio de clandestinidad en el que podían refugiarse todos los que habían conseguido librarse de la muerte: partisanos rojos y miembros del Ejército Insurgente Ucraniano, prisioneros de guerra fugados, desertores, campesinos deportados que habían regresado, judíos que habían sobrevivido pero que en lugar de ser bienvenidos fueron perseguidos de nuevo, individuos sin arraigo de todas las nacionalidades, una auténtica sociedad de *displaced persons*. Donetsk se convirtió en el campo de experimentación de los planificadores alemanes que vieron la oportunidad de poner en práctica su sueño de una nueva Europa: especialistas en transportes que trazaron las vías hacia Stálino y Krivói Rog o los oleoductos de Maikop y Bakú, expertos en el ramo de la minería y especialistas en «política poblacional en el Este», es decir, en genocidio. Millones de soldados alemanes de todas las ramas conocieron esa región en la que hoy tienen lugar los combates. Todos esos lugares mencionados cada noche en las noticias sobre el conflicto en el este de Ucrania ya figuraban en los reportajes de guerra y anuncios de victorias de los noticiarios cinematográficos alemanes. Sin embargo, los alemanes, que están orgullosos de «haber superado el pasado», se niegan a comprender que la «campaña en Rusia» fue también una campaña contra Ucrania, y el Dombás uno de sus campos de batalla.

DONETSK: RECONSTRUCCIÓN Y RETORNO DE LA GUERRA

Desde 1961 Stálino se llama Donetsk, y en el lugar donde antes se alzaba una estatua de Stalin se levanta hoy un monumento al fundador de la ciudad, John Hughes (en Google Maps pude encontrar las ruinas de la que fuera su residencia, pero no en la propia ciudad). Aunque la repoblación y la reconstrucción de la zona tuvieron lugar de manera muy rápida, se produjeron reiteradas protestas y enfrentamientos con una clase trabajadora consciente de su fuerza y poco dispuesta a soportar cualquier tipo de humillación. No es de extrañar, por lo tanto, que precisamente el Dombás se convirtiera en la cuna de un movimiento obrero que estaba harto de servir de «correa de transmisión» del Estado, la burocracia sindical y los directores de fábrica. Fueron mineros como Vladímir Klebanov y Alekséi Nikitin quienes, inspirándose en la experiencia en Polonia y apoyándose en la resistencia espontánea en las minas, lograron fundar a finales de la década de 1970 los primeros sindicatos independientes. A diferencia de lo ocurrido en Polonia, estos sindicalistas no lograron tender puentes con la intelectualidad de la capital—incluso Andréi Sájarov desestimaba la iniciativa de Klebanov, ya que se centraba únicamente en «cuestiones materiales» como el salario, la vivienda y el consumo—, pero tampoco el creciente movimiento nacionalista ucraniano Ruj se interesó especialmente por los trabajadores del Dombás. No obstante, las huelgas que se iniciaron en 1989 y se propagaron rápidamente se contaron entre los fenómenos que, si no provocaron el derrumbe de la Unión Soviética, al menos lo promovieron. Otros importantes representantes de los movimientos de disidencia y de derechos civiles como los escritores Vasil Stus o Viacheslav Chornovil eran también oriundos del Dombás. La elevada participación en los referéndums en torno a la independencia, pero sobre todo el voto claro por una Ucrania independiente y soberana—en Donetsk votó por la independencia el 84 por ciento de la población; en Lugansk, el 83,9 por ciento—, se debió principalmente a la esperanza de que una Ucrania independiente solucionaría de inmediato todos los problemas que acosaban a la población del Dombás desde hacía décadas. Dicha esperanza se vio pronto frustrada; los comunistas recuperaron gran parte de la influencia perdida y pospusieron necesarias reformas estructurales contando con que el nuevo gobierno en Kiev resolviera

sus problemas a través de una política de subvenciones constantes. El Partido de las Regiones y los oligarcas llegados al poder en el período de caos supieron movilizar el mito del trabajador de la mina y garantizar las subvenciones, pero sin interesarse por modernizar el Dombás, lo cual habría incluido el cierre forzoso de las fábricas y las minas de baja rentabilidad. Más bien se abalanzaron sobre los restos de la economía estatal socialista, expoliaron sus riquezas—es decir, las mandaron al extranjero—y utilizaron a los mineros para ejercer presión sobre el gobierno en Kiev a fin de imponer sus demandas. El gobierno, por su parte, se dio por satisfecho con tratar al Dombás con arrogancia, como a una región que «no estaba del todo a la altura de los tiempos», como una reserva habitada por el retrógrado hombre soviético. Ambas cosas tuvieron consecuencias catastróficas. La táctica de jugar con las preocupaciones y los miedos del Dombás, que tanto había servido al Partido de las Regiones y a Yanukóvich para explotar la región, se les fue de las manos; o, mejor dicho, les fue arrebatada de las manos. Otros han asumido el mando, y, bajo la consigna de «Por la Nueva Rusia», han convertido el Dombás en el terreno de juego de personas fracasadas y de aventureros imperialistas a los que nos les importa un ápice el destino de la región. Han transformado el Dombás en un campo de experimentación para los expertos militares rusos que prueban nuevas formas de hacer la guerra. La historia de los *Freikorps* alemanes del período de entreguerras nos enseña que el centro del poder no puede permanecer siempre al margen de este tipo de exportación de la violencia. Es sólo cuestión de tiempo que ello tenga sus repercusiones. El coste económico y humano será terrible, y no únicamente para el Dombás.

2015

CZERNOWITZ:
«CITY UPON THE HILL»

El que lugares reales sean eclipsados por su valor metafórico parece ser el precio que deben pagar las culturas centradas en la palabra y los textos. Siempre implica una pérdida de concreción, una reducción de los registros de percepción que no pueden competir con tan intensos ejercicios de exégesis. Pero en el caso de Czernowitz se añade algo más: la ciudad grabada en el mapa de la literatura mundial gracias a los nombres de Paul Celan y Rose Ausländer había desaparecido, primero, debido a la ola de exterminio organizada por la Alemania nazi, y, más tarde, por la incorporación al imperio de Stalin. Desde que el Telón de Acero se cernió sobre el centro de Europa, se volvió prácticamente inaccesible, inalcanzable. Mi redescubrimiento de la ciudad de los muchos nombres (Czernowitz, Tshernovzy, Czernovitz, Cernăuți, Tscherniwci, Chernivtsí) tuvo lugar en la década de 1980 y vino acompañado casi forzosamente de una descripción de las fronteras que tenía que cruzar o superar alguien dispuesto a encontrar no sólo el topos *literario, sino también el* topos *urbano real. El relato de mi viaje trata, por lo tanto, de un tiempo que se ralentiza, de prácticas del cruce de fronteras y del impresionante encuentro con un entramado urbano que sufrió todos los estadios de la sovietización y la ruralización, y que, pese a todo, resistió. Muchos de los cambios que ya se insinuaban se produjeron de manera vertiginosa: la frontera con Rumanía y con todo el sureste de Europa se abrió, y Chernivtsí pasó a ser un centro en la red de pequeños comerciantes y bazares; el mundillo literario se puso en movimiento, y escritores y artistas que viajaban cada año al festival de literatura Meridian Czernowitz descubrían que los poemas se escriben en lugares concretos y que las interpretaciones sólo pueden beneficiarse de la familiaridad del lector con éstos mientras estudia los textos. Con los planos de la ciudad en tiempos soviéticos uno ya no consigue orientarse. La calle Lenin ya no existe. Los nombres de las calles pueden cambiarse a fuerza de decretos, pero un reto mayor es adueñarse de la rica y compleja herencia cultural de la ciudad, cultivar la cultura de Czernowitz como una parte más de la cultura ucraniana.*

2015

Czernowitz es real, no un mero *topos* del mundo literario. Es una ciudad del presente y no precisamente insignificante o pequeña, pues cuenta con doscientos sesenta mil habitantes. Lleva, por así decir, una vida literaria en libros sobre la vida y la obra de Paul Celan, el poeta nacido y criado aquí; aparece también en poemas de Rose Ausländer, y quien esté familiarizado con Georg Büchner sabrá que el primer editor de sus obras completas fue Karl Emil Franzos, oriundo del lugar. Existen fotografías y libros ilustrados de la ciudad, casi todos editados por las asociaciones de los alemanes de la Bucovina, que gustan apostrofarla como una «ciudad alemana». Pero Czernowitz existe realmente, no sólo es recuerdo, trasfondo, imagen originaria de lo perdido. Se puede viajar a ella.

No es un viaje fácil, ya que las dificultades empiezan con la cuestión de cómo llegar. En el mapa de los ferrocarriles de la guía Baedeker para Austria-Hungría en la época anterior a la Primera Guerra Mundial, Czernowitz ocupa su lugar como si fuera algo obvio. Es cierto: está ubicada en el extremo oriental del Imperio de los Habsburgo, pero perfectamente integrada en una red viaria que, en las regiones de Austria y Bohemia, es lo suficientemente densa como para que nos cueste diferenciar las líneas, mientras que en la provincia de Galitzia y en la gran llanura húngara hay todavía mucho espacio por explorar. En esa época Czernowitz era un destino habitual al que se llegaba desde Cracovia pasando por Lemberg. Era también una estación de enlace para viajeros que iban de Lemberg a Odesa o de Bucarest a Varsovia. En cambio, hoy en día cuesta encontrar un mapa que te permita hacerte una idea clara de la ubicación de la ciudad. Chernovtsi está ahí donde acaban los mapas actuales, lo que hace que sea difícil imaginar cómo se conectaba, o se conecta, al resto del mundo.

La ciudad que antaño fue austríaca está ahora muy lejos de una empequeñecida Austria, al otro lado de varias fronteras. Un mapa rumano—porque Chernovtsi fue, en la época de entreguerras, una ciudad rumana—acaba en la frontera tras la cual, a treinta y siete kilómetros, se encuentra la antigua ciudad de Cernăuți. En un mapa de la Unión Soviética, en tiempos de la Ucrania soviética, es una diminuta ciudad fronteriza apenas visible en el entramado de poblaciones mayores y conexiones más importantes. Está prácticamente marginada, confinada a los bordes de los mapas, casi excluida. Para hacerse una idea de su ubicación es preciso conseguir un mapa de

Mitteleuropa, que, aunque impreciso en muchos aspectos, acierta en este dato crucial. Es necesario ignorar el nuevo trazado de las fronteras, desatender la perspectiva de las nuevas capitales para determinar el lugar que ocupa, y no me refiero al enclave situado en los 26 grados de longitud y los 48 de latitud.

Las agencias de viaje de nuestros días, aun las especializadas en esas regiones, se muestran desesperadamente desbordadas cuando han de planificar un viaje a Czernowitz, llamada en la actualidad Chernovtsi. Me aconsejan tomar un tren de Berlín a Brest y luego seguir hacia el sur, cuando existe una línea del ferrocarril—al menos a este respecto, el mapa de la vieja guía Baedecker es correcto—que va de Berlín a Bucarest pasando por Cracovia, Lvov y Chernovtsi. Las reservas de hotel han de ser confirmadas en Moscú por la central de Intourist: ¡en Moscú, que está casi a mil quinientos kilómetros de Chernovtsi! La agencia de viajes no puede emitir un billete combinado, ya que los ferrocarriles polacos operan el tramo hasta Cracovia, y a partir de la frontera polaco-soviética lo hacen los ferrocarriles estatales de la URSS. ¿Qué pasa entonces si el tren soviético que va a Lvov-Chernovtsi está completo, como suele ocurrir, pero no puedo esperar al siguiente porque sólo tengo un visado de tránsito? En un viaje de esta índole uno debe lidiar con imponderables desde el principio, habituarse a conquistar los hitos uno a uno. Me abro paso con esfuerzo. Mirando el mapa, me doy cuenta de lo pequeño que es el espacio europeo, de lo cercana que está la ciudad, aun cuando los intervalos se extiendan infinitamente y el tiempo se ralentice. Un viaje como éste exige ajustar el reloj interior, de lo contrario puede uno perder los nervios.

Por eso es bueno que el viaje empiece en la estación de Lichtenberg, en Berlín Oriental. Las colas delante de las ventanillas en el paso fronterizo de la Friedrichstrasse, donde separan a los nativos de Berlín Occidental, los nativos de Berlín Oriental y los ciudadanos de la República Federal de las personas con otras nacionalidades, se mueven tan lentamente que, aun habiendo salido con tiempo suficiente de casa, empiezo a temer perder el tren, que parte a la vista de mi ciudad y sin embargo de un país extranjero. Es bueno cruzar la frontera en la Friedrichstrasse, porque te prepara para lo que se repetirá en los próximos días: personas cargadas con maletas que avanzan milímetro a milímetro, el oficial que escruta los pasaportes y los listados de contactos, el molesto y lento trasiego de sellos, cuños y almohadillas, el examen meticuloso de datos y moneda extranjera, la tensión que crece en mi interior cuando el tiempo se

dilata de un modo tan insoportable. El cruce de fronteras y el tránsito como métodos de Procusto para adaptarse a otros ritmos temporales.

Habrá variaciones del mismo juego en los próximos días, aunque la composición de los viajeros será otra: en el tramo de Berlín a Cracovia habrá polacos que regresan a casa con sus hijos; en el trecho de Cracovia a Lvov serán turistas soviéticos que han llenado los compartimentos de televisores y vaqueros del mercado negro polaco; en el de Chernovtsi a Bucarest casi todos los pasajeros serán judíos soviéticos, algunos de camino al aeropuerto, donde tomarán un avión de El-Al, la aerolínea israelí, y no todos regresarán. Habrá variaciones del mismo juego en las expresiones de los funcionarios del control de fronteras: casi siempre recelosas por gajes del oficio, pero todas con los rasgos particulares de su nacionalidad. Los polacos hacen saber a los rusos que no pueden vaciar sus tiendas sin tener que pagar sumas astronómicas en la aduana, un juego cruel con turistas sin malicia; en la frontera de la Unión Soviética con Rumanía, los guardias fronterizos soviéticos ni se inmutarán al ver el vagón lleno de emigrantes, porque trenes como ésos llegan todos los días a última hora de la tarde; los guardas fronterizos rumanos se mostrarán prontamente interesados en el cambio ventajoso de divisas y, por ello, más amables con los extranjeros que con sus propios compatriotas.

Un viaje de Berlín a Chernovtsi significa pasar una noche en un tren demasiado caldeado que atraviesa Breslavia en dirección a Cracovia, un viaje a través de la oscuridad, con los compartimentos llenos de jóvenes y obreros, como si los polacos fueran un pueblo que sólo trabaja de noche, con los andenes fríos y vacíos bajo la luz de neón, que no basta para iluminar los imponentes arcos de la estación de Breslavia. Significa una noche en una nervadura de rieles, el rumor constante de trenes de mercancías de la región industrial de Katowice que se dirigen a la costa, pasando a veces a cámara lenta para que uno pueda leer las inscripciones en los vagones, y otras a toda velocidad, de modo que sus ondas expansivas irrumpen con estruendo en los compartimientos y despiertan a los viajeros dormidos.

Cracovia en tránsito: en este día de finales del otoño sube tanta niebla desde el Vístula que no se alcanza a ver los campanarios de las iglesias ni las torres del castillo aun cuando el viajero se encuentra a sus pies; son los rascacielos del Medioevo. Es la ciudad de las fogatas de otoño en los parques que la rodean, donde los barrenderos queman el follaje apilado que inunda el aire con su olor.

Lvov es una ciudad llena de gracia y bulliciosa; casi parece habitada por un millón de personas. También aquí hay fogatas otoñales delante de las pomposas fachadas del hotel Georges y del antiguo parlamento regional, y el follaje cubre el parque metropolitano como un manto.

Y luego otra noche en el tren: casi doce horas de trayecto para cubrir una distancia que los trenes de la bicéfala monarquía austrohúngara recorrían en cinco horas y cuarto. El tren es demasiado lento como para ser cómodo y hace paradas constantemente. Las estaciones que ilumina la luz de esta mañana lluviosa ya no se visten de ocre (los colores de los Habsburgo), sino de rojo y blanco. Y sin embargo no hemos viajado en el tiempo: a través de los altavoces del vagón, el noticiario informa a un volumen insoportable de la destitución de tal o cual funcionario en Kazajistán, de la dimisión de otro «por motivos de edad», del estreno de una obra en el teatro Maiakovski de Moscú. Los jóvenes en el compartimiento de al lado se rebelan y salen en busca de la revisora, que estará en cualquier parte menos donde debería: atendiendo a los pasajeros. En el mío, una mujer rubia y corpulenta arropa a su marido, que se ha bebido una botella entera de vodka, y lo consuela recordándole que el día de compras en Lvov ha sido todo un éxito. Me ofrecen una de las diez botellas de cerveza que han adquirido. Cuando le muestro las fotos del ayuntamiento de Czernowitz y la antigua sinagoga, se muestran asombrados. No es de extrañar, pues, como descubriré pronto, en la propia Chernovtsi ya no se consiguen fotos ni postales de los que otrora fueron los edificios más representativos de la ciudad. Me dirijo a un lugar que no posee imágenes de sí mismo.

CIUDAD COLONIAL

Hacerse una imagen de una ciudad en la que se hablaban y se hablan aún varios idiomas no es tarea fácil. Pero ¿por qué no empezar con lo que salta a la vista? Chernovtsi es una ciudad esbelta, me doy cuenta en el trayecto de la estación al hotel, que, contra todo pronóstico, no está en el centro, sino muy a las afueras, en un barrio de nueva construcción. El edifico cuenta con todos los servicios habituales—bar, restaurante, sauna, una casa de cambio de divisases—y sus quince plantas hacen que por las noches casi roce la luna. Uno no puede sino alegrarse de que los urbanistas y los húngaros que lo construyeron se hayan mudado lejos de la ciudad.

De la estación de trenes, que parece un gran crucero de vapor anclado junto a los rieles que en ella confluyen, blanca, pomposa y con una cúpula imponente, parte el taxi cuesta arriba por la empinada calle que lleva al centro, donde cruza la plaza mayor antes de dirigirse a la periferia. Chernovtsi descansa sobre una colina, una estrecha cresta montañosa, y esa posición elevada sobre el valle del Prut le confiere un aire desenfadado y elegante: en lugar de tener una arquitectura densa y tupida como tantas otras ciudades medievales rodeadas de colinas, es amplia, espaciosa, se extiende como una alfombra. Sólo alrededor de la plaza Tsentralnaia se alzan edificios de tres o cinco plantas, se convierte en la urbe del siglo XIX y principios del XX en la que se aprovecha cada metro cuadrado y las fachadas, muy pegadas, compiten entre sí.

Es la bíblica ciudad asentada sobre un monte, y sin embargo, la propia colina no es sino parte de la estribación de los Cárpatos cuyas crestas y montes de mayor altitud pueden observarse desde varios puntos de la urbe. En los poemas de Rose Ausländer pervive este paisaje:

Verde madre
Bucovina
mariposas en el pelo

Bebe
dice el sol
la leche roja del melón
la blanca leche del maíz
yo la he endulzado

Piñas de pino violetas
alas de aire, aves y hojas

El dorsal de los Cárpatos
paterno
te invita
a llevarte en brazos

Cuatro lenguas
canciones en cuatro lenguas

Un pueblo
que se entiende

La ciudad se puede atravesar a pie rápidamente, y pronto se pone de manifiesto que su ligereza no se debe sólo a su emplazamiento, sino que es fruto de la planificación urbanística, la amplitud de la ciudad colonial cuyos arquitectos colmaron de plazas y parques con miras al futuro. Ésta no es una ciudad nacida de las callejuelas de las atestadas urbes medievales, su historia comenzó en el instante en que se convirtió en el puesto más remoto de la monarquía austríaca: Czernowitz. La plaza Tsentralnaia, antaño la plaza del Ring, es el sello identitario del urbanismo del Imperio austrohúngaro, de la cual parte todo y hacia la que todo confluye. La antigua plaza de la Harina, la plaza del Cereal, la plaza de la Madera remiten al comercio que abastecía a una ciudad en crecimiento, mientras que la vieja Sturmplatz sugiere que la ciudad fue, sobre todo, un cuartel. Los nombres de las plazas han cambiado varias veces desde aquellas fechas, y su forma cuadrada o circular se ha desdibujado, pero aún definen el perfil urbano. Lo que vino después fue simplemente un proceso de compactación, en el que los edificios se ampliaron hasta colmar el espacio que los separaba y la ciudad adquirió una mayor densidad. Todo sucedió, sin embargo, en el estrecho marco de un siglo. La ciudad, tal y como la vemos hoy, se completó hacia 1930. La Czernowitz que dejó tras de sí la monarquía de los Habsburgo la integran los edificios característicos de una ciudad colonial en la región oriental del imperio: el ayuntamiento, la estafeta, la universidad, la bolsa de valores, la aduana, la policía y la cárcel, las administraciones de Hacienda, los cuarteles y hospitales, los liceos, las cámaras de comercio y de la industria. Más tarde llegaron los edificios de una ciudad consciente de sí misma, que dejó de ser un centro administrativo para convertirse en un centro cultural y económico: casas burguesas, apartamentos, mansiones, grandes almacenes, hoteles, restaurantes, redacciones de periódicos y escuelas. Sobre todo, Czernowitz era una ciudad de muchas confesiones y naciones: basta con ver la enorme residencia de los metropolitanos de la Bucovina y Dalmacia, la catedral que debe haberse inspirado en la de Isaac en San Petersburgo, las iglesias ortodoxa rusa, grecocatólica, armenia y protestante, así como un monasterio polaco, el suntuoso templo judío y la antigua sinagoga.

La ciudad es apreciable a primera vista, en primavera y otoño quizá más que en otras estaciones del año. Hasta las fachadas en las estrechas callejuelas del centro empiezan a teñirse de rojo gracias a las vides. La ciudad se camufla

como los parques en otoño. Hay suficiente espacio para amplias viviendas de una sola planta rodeadas de jardines—casi parecen prados—repletos de manzanos. Hay espacio suficiente para los grandes patios que pueden verse desde la calle: patios a cielo abierto, rodeados de logias y verandas, meridionales y cubiertos de vides. Sólo las comodidades de los lujosos edificios de apartamentos de nueva construcción fueron capaces de convencer a sus habitantes para que renunciaran a sus residencias con jardín. Una comunidad con preferencia por la casa unifamiliar tuvo que incluir un buen número de individualistas. Crecer en ella era ser un urbanita y sin embargo conocer el canto del ruiseñor. En esta ciudad puede escucharse todavía, gracias a Rose Ausländer, el rumor de la fría corriente que desciende de los Cárpatos:

> Chirrían los guijarros en el Prut
> graban fugaces entramados
> en las plantas de nuestros pies
>
> Como narcisos, yacíamos en el espejo de agua
> nos sosteníamos en brazos
> cubiertos de viento por las noches
> el lecho de peces lleno
> una carpa dorada la luna
>
> susurros en los rizos de las sienes
> el rabino con caftán y gorro de piel
> rodeado por el jasidim de ojos felices
>
> Aves: no conocemos
> sus nombres y su canto
> atrae y asusta
> También nuestro plumaje está presto os seguimos
> por campos de maíz
> que mecen sinagogas

UNA PEQUEÑA AUSTRIA

La ciudad asentada sobre un monte que domina el Prut es la capital de la Bucovina, en alemán Buchenland, ‘tierra de hayas’. Lo que sé sobre la ciudad y la región lo he aprendido de la guía de Intourist, de libros publicados por los

antiguos alemanes de la Bucovina residentes en Alemania Occidental, de una historia de los judíos de la región editada en Tel Aviv y del casi indescifrable lenguaje secreto de los poetas aquí nacidos. No es un conocimiento vasto, porque para completar la imagen de la ciudad tendría que saber rumano, ucraniano, quizá también armenio.

En 1408 Czernowitz se menciona por primera vez en un documento, pero su historia se remonta aún más en el pasado. Este lugar cubierto de colinas, situado entre los ríos Prut y Seret, era región de tránsito para escitas y dacios, hunos y magiares, para las tribus nómadas de los pechenegos y los cumanos. El nombre de la ciudad revela que, antes de convertirse en capital de provincia del Imperio austrohúngaro, fue un asentamiento eslavo. Varias rutas comerciales, que conectaban Constantinopla y Núremberg y las ciudades de Transilvania con Cracovia y al Báltico, confluían en un vado del Prut. Czernowitz fue durante siglos una ciudad moldava, más tarde polaca y, muy a menudo, escenario de enfrentamientos entre turcos y polacos; aquí hizo una breve parada en 1709 el rey de Suecia Carlos XII tras ser derrotado por Pedro el Grande cerca de Poltava. Así pues, antes de la llegada de los austríacos, la ciudad contaba con una nutrida historia: eslava, moldava, turca, polaca y, con la inmigración de refugiados judíos procedentes del oeste de Europa, también judía. Sin embargo, la urbe que conocemos hoy nació el 31 de agosto de 1774, el día que el ejército del general austríaco Gabriel von Splény la tomó; Karl Freiherr von Enzenberg fue el primer jefe de un nuevo distrito militar. La Bucovina formó parte del Imperio austrohúngaro de 1775 a 1918, cuando fue anexionada por Rumanía, cuyas tropas ocuparon el norte de la región. En junio de 1940, tras un ultimátum de los soviéticos, el Ejército Rojo se hizo con la Bucovina del norte y Besarabia. Sin embargo, un año después, en junio de 1941, tropas rumanas recuperaron Czernowitz con el apoyo de unidades alemanas: la guerra contra la Unión Soviética había empezado.

El 29 de marzo de 1944, cuando la guerra ya ha dado un giro perjudicial para los alemanes, las tropas soviéticas regresaron e hicieron de Czernowitz la capital del óblast de Chernovtsi, una división administrativa de la República Soviética de Ucrania, mientras que la parte sur de la región quedó bajo jurisdicción rumana. Hoy la frontera discurre a treinta y siete kilómetros de la ciudad, y quien quiera viajar a los antiguos centros del jasidismo, situados hacia el sur, ha de disponer de un visado especial para zonas fronterizas. Estos áridos

datos sirven para hacerse una idea de la turbulenta historia de la ciudad, sobre todo durante el siglo XX.

El ascenso de Czernowitz a la categoría de capital con carácter propio comienza cuando la nombran sede de la administración del Imperio austrohúngaro. Hacia 1800 poblaban el lugar apenas 6000 almas: «alemanes, moldavos, judíos, armenios y rutenos». Hacia 1900 la ciudad contaba con 47.000 habitantes, y en 1930 alcanzó los 120.000. Su población se componía de grandes minorías, cosa que marcó su desarrollo. De los 120.000 habitantes de 1930, unos 45.000 eran judíos, 30.000 rumanos, unos 14.000 rutenos, alrededor de 12.000 polacos y 18.000 alemanes, que vivían principalmente en el barrio de Rosch, poblado por suabos que le confirieron un carácter rural. A ello cabe añadir varias docenas de nacionalidades más pequeñas que encontraron un hogar en estas regiones: armenios, georgianos, hutsules, turcos y húngaros.

Hoy en día la ciudad conserva su carácter mestizo, los miembros de la Asociación de Escritores local todavía tratan sus asuntos en cuatro idiomas, los programas de televisión se transmiten en ucraniano, moldavo y ruso, y quien lo prefiera encontrará un buen número de personas que hablen rumano y alemán. Hoy Chernovtsi es, como indica la guía de Intourist, una ciudad ucraniana: los ucranianos conforman casi el 70 por ciento de la población; los moldavos, el 9 por ciento; los rumanos, el 10; además, unos 10.000 judíos viven en esta urbe que ha crecido hasta alcanzar la cifra de 260.000 habitantes.

Puede que, comparada con las monótonas ciudades de la Europa de postguerra, Chernovtsi parezca una ciudad polifacética y mestiza, pero si se la compara con Czernowitz—réplica en miniatura de un estado multiétnico, una «Pequeña Austria»—probablemente no la reconozcamos. Parece casi inverosímil que, mientras un monarca envejecido velaba por sus súbditos desde la lejana pero no inaccesible Viena, tantos pueblos y confesiones pudieran convivir en paz.

El dorsal de los Cárpatos
paterno
te invita
a llevarte en brazos

Cuatro lenguas
canciones en cuatro lenguas

Un pueblo
que se entiende

Pero ¿cómo podemos imaginarlo nosotros, para quienes el mundo anterior a la ruptura se ha vuelto inaccesible?

Dónde
si no en tiempos de Austria
crece mi palabra
hacia las raíces
En la tierra de hayas
pienso
palabra sin arraigo
aves desaparecidas

Así lo describe Rose Ausländer. Se requiere un poco de saber y de imaginación históricos para figurarse tras esas fachadas, todavía hermosas, la diversidad de una comunidad urbana multifacética y multicultural profundamente estratificada. Pero la imaginación cuenta con la ayuda de la documentación: relatos, autobiografías, actas de la vida desaparecida. La universidad, por ejemplo, se aloja hoy en la antigua residencia de los metropolitanos: un espléndido complejo con un parque magnífico bañado por el aroma de los cipreses, construido entre 1864 y 1875 por el arquitecto praguense Josef Hlávka, con concesiones al colorido de la ortodoxia griega y elementos de Bizancio y la España morisca, suntuosas escalinatas e interminables pasillos, fachadas de ladrillo crudo y tejas esmaltadas y una iglesia con un iconostasio dorado.

Pero la residencia, que fue pasto de las llamas cuando se retiraron las tropas alemanas y rumanas y debió ser reconstruida, no se convirtió en universidad hasta después de la guerra; actualmente en la iglesia se ofrecen conferencias y conciertos. La *alma mater* Francisco-Josephina Cernautiensis, anteriormente ubicada en los edificios clasicistas más bien modestos de la calle de la Universidad, no necesitaba tanta suntuosidad: tenía una «misión» y la cumplió. Para varias generaciones de estudiantes se consiguió allí lo improbable: la convivencia de las diferentes culturas de la región. La más oriental de las universidades europeas se inauguró con motivo del centenario de la unión de la

Bucovina a Austria el 4 de octubre de 1875. Inicialmente contó con tres facultades: la de Teología Ortodoxa Griega, la de Derecho y Ciencias Políticas y la de Filosofía. Desde el principio, su primer rector, el doctor Tomaszczuk, vio la necesidad de proteger la institución de la tendenciosa «misión cultural» de Austria. Las clases y los exámenes se realizaban en alemán; en la Facultad de Teología, también en rumano, ucraniano y eslavo eclesiástico. Una parte del profesorado provenía de la Bucovina; la otra, de Viena, Graz, Heidelberg, París, Lvov, Riga y Hermannstadt (Sibiu). De los cuarenta y cuatro rectores elegidos entre 1875 y 1919, había veintidós alemanes, once rumanos, nueve judíos y dos ucranianos. Y si bien el idioma de las clases era el alemán, su empleo resultaba algo más que un mero instrumento de germanización. A Czernowitz llegaban estudiantes de toda la región de Galitzia, de Rumanía, Polonia, Serbia, Hungría, de la región del Banat, de Croacia, Dalmacia, Bosnia, Bulgaria y Grecia, así como de Alemania y de Austria. En el último año de paz antes de la Primera Guerra Mundial, de los más de mil matriculados en conferencias en esa universidad hubo 458 que marcaron el alemán como lengua materna, 310 el rumano, 303 el ucraniano, 86 el polaco y 41 otros idiomas. Sin embargo, 431 de los 458 estudiantes de habla alemana eran judíos, y dos tercios de los matriculados se declararon de confesión judía. Igual de diversas eran la composición y las canciones de las asociaciones estudiantiles, que llevaban nombres como Austria, Alemannia y Gothia (las alemanas); Asmonea, Cefira y Hebronia (las judías); Junimea la rumana, o Soyuz, Zaporozhie y Masepa las ucranianas.

Lo mismo sucedía en los campos deportivos, donde competían entre sí los clubes Jahn y Makkabi, Polonia y Dovbush. Las plazas de la ciudad, sobre todo el parque metropolitano con su casino y los mercados, son un reflejo de su composición social y cultural. En ellos se venden helados y *matzá*, *bretzel* y semillas de girasol. A los mercados acuden las campesinas suabas de Rosch, los hutsules de las montañas y los minoristas judíos, reconocibles por sus trajes típicos y su lengua. La ciudad cuenta con sus «casas nacionales»: está la casa alemana, en el estilo romántico de finales del siglo XIX y principios del XX, con varias plantas y grandes salones, no muy lejos de la cual encontramos la casa del pueblo ucraniana y la casa de Polonia. Pero la casa alemana es hoy un cine infantil, y sólo la cabeza de ciervo plateada con su enorme cornamenta y la arquitectura típica de cervecería nos recuerdan la función de antaño. La casa del pueblo ucraniana también ha sido reconvertida en un cine. En la casa de la

cultura judía, situada junto a la plaza del Teatro—y cuya ostentosa y prominente fachada barroca señala el año de construcción, 1908—, existe hoy un club de cultura para los trabajadores de la industria ligera. A la estrella de David de la balaustrada de la escalinata le han cortado dos puntas, y en la sala de los espejos, ubicada en la planta baja, tienen lugar fiestas y concursos de Míster y Miss Chernovtsi, eventos anunciados por toda la ciudad; por la noche, jóvenes motoristas hacen carreras junto a la entrada del teatro como si participasen en un torneo medieval, poniendo en peligro sus vidas y atemorizando a los espectadores que abandonan la sala con su ruido ensordecedor. Hubo un tiempo en el que el doctor Repta, el metropolitano, puso a resguardo los amenazados rollos de la Torá ante el avance de las tropas rusas durante la Primera Guerra Mundial, un tiempo en el que la dirección de la casa alemana ofreció su auditorio porque la casa de cultura judía no podía alojar a la multitud que había acudido a oír un discurso de Theodor Herzl. Tal vez no está de más citar algunos pasajes de las memorias de un nativo de Czernowitz emigrado a Tel Aviv en torno a la antigua plaza de la Fuente, punto de intersección entre la ciudad alta y la ciudad baja:

En el argot popular, la plaza—hacia la que confluían las calles habitadas por judíos—era conocida como el *ham*. Era un mundo cerrado en sí mismo. Desde las primeras horas de la mañana había en ella un gran gentío. Los hombres acudían presurosos a las casas de oración o atendían a sus asuntos, las amas de casa hacían sus compras. Allí estaba la tienda del judío Feuer, en la que podía comprarse toda clase de artículos de primera necesidad. Enfrente, la llamada Propinacja (la taberna regentada por judíos), delante de la cual se agolpaban los campesinos rutenos que habían llegado de las aldeas vecinas en busca de trabajo ocasional en la ciudad. Entre ellos se producían muchas riñas, y a veces hasta auténticas golpizas. Allí tenía su puesto de vigilancia permanente un policía de la ciudad. Nunca sonreía, pues era consciente de la dignidad de su cargo. Los domingos se ponía su uniforme de gala, en cuyo casco negro ondeaba el penacho de plumas. No obstante, los camorristas de las calles cercanas se burlaban de él, le ponían motes y salían corriendo cuando intentaba poner orden. Los policías, casi todos de nacionalidad rutena, hablaban muy mal el alemán […]

No muy lejos se hallaba la gran panadería de los herederos de Mordechai Weissmann. En los semisótanos de las casas de una planta, las mujeres vendían pan, *bretzel* y otras pastas y golosinas a los transeúntes y niños en cuyas manitas extendidas una moneda de cobre hacía patente su deseo. Un callejón en el extremo este de la plaza conducía hasta el hospital judío, que más tarde sería una residencia de ancianos. En la calle de la Fuente había tiendas de todo tipo, muchas de las cuales vendían ropa de segunda mano. Los fuertes olores de las carnicerías y pescaderías cercanas colmaban el aire. Las transacciones y regateos tenían lugar en medio de un gran alboroto que no remitía hasta el anochecer. En la calle que pasaba por delante del

antiguo mercado estaban los puestos de venta de carne blanca. En la pequeña cuesta que más tarde sería la plaza Theodor Herzl, las vendedoras ambulantes ofrecían su mercancía. La demanda de verduras, huevos y gallinas la cubrían las campesinas de los alrededores, cuyos pañuelos blancos eran visibles desde muy lejos, y también las «suabas» del barrio periférico de Rosch, donde sus antepasados se habían establecido en tiempos del emperador José II. En las casas adyacentes se habían instalado artesanos de todos los gremios. Tampoco faltaban las «fondas», las tabernas y casas de comidas, cuya fiel clientela, además de buen vino, disfrutaba de platos tradicionales de pescado.

En la parte alta de la ciudad, que albergaba negocios, avenidas comerciales, restaurantes y parques, tenía lugar el lado más agradable de la vida; al menos visto en retrospectiva:

Quien recuerda con nostalgia los años perdidos de su juventud jamás podrá olvidar los pequeños placeres que ofrecía la ciudad. Un recuerdo suscita otro, y todos evocan la magia de las vivencias felices. Inolvidables son los paseos estivales por el lado este de la plaza del Ring, conocida como «Cima de Pardini», que no era una auténtica elevación y debía su nombre a la librería universitaria de Heinrich Pardini (más tarde Engel & Suchanka). Allí se reunían los domingos grupos de jóvenes oficiales del cuartel ataviados con sus ornamentados uniformes de gala, por allí paseaban los hijos de la *alma mater* Francisco-Josephina, cuyas gorras ofrecían una colorida estampa. Jóvenes coquetas acogían con sonrisas y cuchicheos, como un merecido tributo, las miradas desafiantes y llenas de admiración de los hombres, y fingían no oír los comentarios que les dedicaban. Cada miércoles por la tarde, la banda del 41.º Regimiento de Infantería Real e Imperial «Archiduque Eugenio», bajo la dirección de Kosteletzky, ofrecía conciertos cerca del monumento a Tomaszczuk y frente al restaurante con terraza, el Kursalon, en el parque metropolitano. La bella alameda se abarrotaba de gente, y conseguir un asiento en uno de los muchos bancos del jardín era tarea imposible. Pero la ciudad tenía otros parques públicos. En la colina Göbel, la cuesta boscosa situada entre la calle Franzos y la fábrica de cerveza Steiner, se celebraban cada verano una infinidad de fiestas al aire libre con batallas de confeti; reinaban la dicha y la alegría, y algún que otro bachiller vencía su timidez, vaciaba sobre la muchacha que le había robado el corazón una bolsa entera de confeti y era recompensado con una breve sonrisa. Los paseantes en busca de calma se dirigían a la sombreada colina de los Habsburgo (antaño llamada también monte del Obispo), situada precisamente tras el palacio episcopal, y cuyos caminos serpenteantes ofrecían una vista panorámica del valle del Prut. El fragante aire fresco de aquel paraíso de abetos era un refrescante bálsamo en los calurosos meses de verano. El céntrico parque Francisco José, con su suntuoso monumento a la emperatriz Isabel y la sede del gobierno regional al fondo, se asemejaba a una frondosa isla rectangular en medio del bullicio de las calles circundantes. Los niños jugaban y correteaban despreocupados por el parque Schiller, cuyas nuevas instalaciones bordeaban la calle en bajada que conducía hasta el suburbio de Rosch.

Hacia finales del siglo XIX y principios del XX, muchas familias acudían durante los atardeceres de verano al jardín Katzschen de la Russische Gasse (que más tarde se convirtió en

un café y restaurante vegetariano, el Friedmann). Allí daban conciertos el músico de moda Schlomele Hirsch y su hermano Leib, que solían tocar en todas las bodas. Había otros cafés con terraza en unas dependencias de la calle Siebenbürger, que más tarde alojarían una tienda de pianos y la pista de patinaje Gruder; y estaba el «palacio de la cerveza» en la Rottgasse, cuyo edificio, que de palacio tenía muy poco, tras ser derruido pasó a ser también una concurrida pista de patinaje sobre hielo. En uno de esos locales solía actuar, durante los calurosos meses de verano, una compañía de teatro en yiddish. Las obras, casi todas sátiras sobre la vida de los judíos en la pequeña ciudad, sólo satisfacían a aquellos sin grandes expectativas.

A pesar de los conflictos y tensiones surgidos cada vez que una de las minorías intentaba imponerse sobre las demás, Czernowitz era una comunidad saludable. Y había un idioma común, el alemán, que sin embargo no la convertía en una ciudad alemana. En la barriada de Rosch, donde vivían los alemanes, se hablaba el dialecto de los suabos. El alemán culto, normativo, era la lengua de los judíos de Czernowitz, quienes, con sus donativos, financiaron el monumento a Schiller erigido delante del teatro municipal que, más tarde, los rumanos desterrarían al patio de la casa alemana. El alemán no sólo era el idioma oficial de las autoridades austríacas, sino también un medio de ascensión social, la lengua del progreso, del contacto con el mundo exterior. Hoy nos parece inconcebible que a cientos de kilómetros del ámbito germanoparlante existiera una amplia producción de periódicos y revistas en esa lengua. Por supuesto que también había prensa en rumano, ucraniano y polaco, pero las publicaciones más importantes se imprimían en alemán, y sus editores y redactores eran judíos. ¿Quién se hubiera imaginado que una ciudad de las dimensiones de Czernowitz llegaría a tener cinco periódicos alemanes de tirada diaria, y eso sin contar las ediciones vespertinas? ¿O que los mejores cafés de la urbe ofrecerían más de cien periódicos y revistas? Sólo en una sociedad individualista puede existir tal demanda de opiniones divergentes; sólo la existencia de fuertes vínculos con el mundo exterior puede diluir el tufo de la prensa provinciana; sólo una ciudadanía ávida de comunicarse puede sostener una opinión pública que hoy casi nos parece hipertrofiada. Y periódicos como *Bukowiner Rundschau*, *Bukowiner Nachrichten*, *Czernowitzer Tagblatt* o *Czernowitzer Allgemeine Zeitung* no sólo eran leídos en su cuidad de origen, sino también en Viena y Bucarest. Sólo un entorno así puede dar lugar a una lengua propia. Según Rose Ausländer:

Las diversas influencias lingüísticas marcaron también, claro está, el alemán de la Bucovina, a menudo con resultados que dejaban mucho que desear. Pero también lo enriquecieron con palabras y giros nuevos. Tenía su propia fisonomía, un carácter propio. Bajo la superficie de las palabras yacían las profundas raíces de las distintas culturas, que se entremezclaban dando lugar a infinidad de formas e insuflaban savia y vigor a los textos, al sentido de la lengua y sus metáforas. Más de un tercio de la población era judía, y eso daba a la ciudad un matiz muy especial. El antiguo folclore judío y las leyendas jasídicas «se respiraban en el aire». De ese nutrido entorno lingüístico, de esa esfera míticomística surgieron poetas y escritores judíos y germanos: Paul Celan, Alfred Margul-Sperber, Immanuel Weissglas, Rose Ausländer, Alfred Kittner, Georg Drozdowski, David Goldfeld, Alfred Gong, Moses Rosenkranz, Gregor von Rezzori, el destacado poeta lírico Itzig Manger y otros.

En una ciudad como ésa, el lenguaje es ante todo más que un mero medio de comunicación. Cuando existe una única lengua predominante, la comunidad lingüística se asume como algo natural desde la infancia. Lo contrario ocurre aquí, donde se establece una relación más autoconsciente con la lengua.

En una ciudad que destaca en su entorno como una isla, que lanza mensajes en botellas a la espera de respuesta, se genera una relación distinta con el mundo que la rodea, tan lejano y sin embargo uno donde las distancias importan poco. A pesar de la lejanía, nace un interés por lo que se piensa y escribe en Bucarest, en Viena y en Berlín. Desde esta colina que domina el río Prut, escuchan sin interferencias ni retardo conversaciones que se producen en lugares lejanos pero que les son más próximas y familiares que las del entorno más inmediato de la comunidad rural. Es la abstracción de esa cultura urbana insular lo que la hace tan rica, cuna de toda una pléyade de escritores de habla alemana:

Czernowitz era una ciudad de soñadores y diletantes. Lo que les importaba era, dicho en palabras de Schopenhauer, «el interés del pensar, no el pensar de los intereses». Los judíos ortodoxos eran devotos piadosos, «jasídicos», de uno u otro rabino «sagrado». Para ellos, los asuntos de la vida práctica no eran tan importantes. Muchos no tenían profesión alguna, los mantenían sus mujeres, que estaban orgullosas de tener un marido «intelectual»; se pasaban la vida «aprendiendo» de «libros sagrados» y escuchaban embelesados las sabias palabras de su rabino. Los judíos asimilados y los alemanes cultos, los ucranianos y rumanos también eran devotos: de filósofos, pensadores políticos, poetas, artistas, compositores o místicos. Karl Kraus tenía en Czernowitz una gran comunidad de admiradores: unos se los encontraba, con *La Antorcha* en la mano, en las calles y los parques, en los bosques y a orillas del Prut […] Otro nutrido grupo se declaraba partidario de las «teorías» del destacado filósofo berlinés Constantin Brunner, que entonces empezaba a ser conocido gracias a las traducciones de sus obras al inglés y el francés. En ninguna otra ciudad, ni siquiera en su Berlín natal, tuvo Brunner adeptos más

fieles a su obra como en Czernowitz [...] Había schopenhauerianos, fanáticos de Nietzsche, spinozistas, kantianos, marxistas, freudianos; se hablaba con entusiasmo de Hölderlin, de Rilke, de Stefan George, de Trakl y de Else Lasker-Schüler, de Thomas Mann y Hermann Hesse, de Gottfried Benn o Bertolt Brecht. Se devoraban obras clásicas y modernas de literatura en lengua extranjera, especialmente la francesa, la rusa, la inglesa y la estadounidense. Todo discípulo estaba convencido de la misión de su maestro. Se rendía tributo, desinteresadamente y con vehemente entusiasmo, palabra que la crítica moderna rechaza tildándola de *pathos* o sentimentalismo. En esa atmósfera, una persona con intereses intelectuales estaba casi «obligada» a ocuparse de problemas filosóficos, políticos, literarios o artísticos o a mostrarse activo en uno de esos campos. Una ciudad, un mundo, que ya no existe.

MOVIMIENTO DE PINZA

El espíritu de una ciudad puede preservarse en poemas, pero su topografía se documenta en los mapas. Quien pone la mira en una ciudad traza mapas exactos de la misma. El atacante posee, tal vez, una mirada más atenta. Sabe qué hay en juego, rodea los objetivos principales, marca las líneas sobre las que se realizará el avance, decide los enclaves que habrán de ser ocupados o destruidos. Los mapas urbanos de los atacantes son precisos, carecen de sentimentalismo. Los nazis poseían esos mapas, y quien viaja de Berlín a Chernovtsi puede hacerse con uno en la Biblioteca Estatal: «Mapa de la ciudad de Czernowitz. Cuadro sinóptico de la situación geográficomilitar en la Rusia europea, carpeta F II, Ucrania, con la República de Moldavia y Crimea, IX edición, 1941. Edición especial III.41. Sólo para uso oficial». Está basado en un mapa publicado por la editorial judía de Czernowitz Leon König. El que viaja a Chernovtsi con un mapa de esa índole está mejor informado que cualquier guía de Intourist, mejor incluso que algunos habitantes de la ciudad llegados después de la guerra. Lo incluye todo: las estaciones ferroviarias y las de radio, el aeropuerto; las instituciones civiles, desde el palacio de justicia hasta las oficinas estadísticas y del cuerpo de inspectores educativos; la jefatura de policía y la cárcel. El atacante cuenta con una visión de conjunto de las confesiones religiosas y ha rodeado con un círculo las iglesias y sinagogas. Conoce las escuelas, los hospitales, los hoteles: el hotel Palast y el Central, el Zum Schwarzen Adler, el Gottlieb, el Bristol, la pensión City, en los que alojará a sus oficiales.

Y así explora el turista la ciudad, con el mapa del agresor en las manos, a sabiendas de que, en el fondo, necesitaría un segundo mapa: el de los Estados Mayores soviéticos. Cuando el Ejército alemán atacó la Unión Soviética y se vieron obligados a evacuar la ciudad, deportaron a miles de habitantes a Rusia en una única noche, lo que para algunos significó eludir las deportaciones a los campos de Transnistria erigidos más tarde por los rumanos. Los dos mapas muestran la ciudad como una trampa sin escapatoria.

Ambos conquistadores tenían las miras puestas en la población judía, lo único que los diferenciaba era la retórica. Mientras que el grupo de operaciones especiales D, comandado por el general de brigada de las SS Otto Ohlendorf, perseguía a los judíos por ser judíos, los arrestos soviéticos tenían como objetivo a los judíos en cuanto que burgueses y—aunque cueste creerlo—potenciales cómplices de los nazis. En ninguna parte se ha perseguido y exterminado a un grupo humano bajo presupuestos tan absurdos. Como judíos, experimentaron en carne propia la violencia del nacionalismo y el racismo; en su condición de clase burguesa, padecieron la violencia de las «masas» empobrecidas. La antigua Czernowitz sucumbió ante dos oleadas de violencia.

No es que los edificios hayan desaparecido: salvo por un solar abandonado junto a la plaza Tsentralnaia, no parece que las hostilidades causaran grandes daños. El templo israelita, incendiado por los alemanes, era demasiado macizo para sucumbir a las llamas, y ni siquiera los intentos de dinamitarlo después de la guerra fueron capaces de hacerlo estremecer. En la actualidad el edificio, ubicado en un lugar tan destacado, alberga un cine que, aunque pintado de blanco, sin cúpula ni saledizo, aún conserva las ventanas de arco de medio punto. Resulta algo inapropiado en su nueva función de cine Octubre, pues las imponentes columnas que sostienen el techo impiden ver la pantalla. Pero ¿quién de los que esperan para comprar la entrada o los que entran al recibidor sabe o tiene interés en saber que éste fue uno de los templos más suntuosos de todo el este de Europa?

Ya desde el exterior ofrecía una imagen imponente. Tenía una entrada principal monumental y dos entradas laterales (para las mujeres). Se accedía a un espacioso vestíbulo en una de cuyas paredes lucía una placa de mármol con los nombres de sus cien benefactores, entre ellos algunas de las familias más antiguas y distinguidas. Tres puertas en el vestíbulo, donde también había una placa votiva dedicada a Heinrich Wagner, conducían al interior del templo, que llamaba la atención por sus ricos estucados y pinturas. A través de los vitrales de las ventanas

situadas a ambos lados entraba suficiente luz. A un lado y al otro del pasillo central, y también a lo largo de los muros laterales, había asientos para los hombres, mientras que las mujeres tenían los suyos en las dos plantas superiores. Los altillos y los asientos, en su conjunto, estaban hechos con madera de roble ricamente tallada. Las paredes eran de color azul claro y estaban decoradas con cuadros de grandes artistas. La cúpula tenía el fondo azul con estrellas doradas. El altar y el Arca Santa eran piezas dignas de ver. A ambos lados de la pequeña escalera que conducía al altar se encontraban dos asientos más elevados para el rabino mayor y el jazán. En el centro de la bimah había un atril para el predicador. Encima del arca, cubierta con un paño de terciopelo rojo e hilos de oro, brillaba la luz eterna. El templo tenía capacidad para mil personas.

Hoy un letrero de neón rojo que anuncia el cine brilla en la fachada del enorme edificio por la noche; casi parece estar en llamas. En la actualidad, sólo en una de las ochenta y ocho sinagogas que hubo en la ciudad antes de la guerra se ofrecen servicios religiosos. Otras, sobre todo en la antigua calle de las Sinagogas (actualmente calle Henri Barbusse), se han convertido en almacenes o sirven como talleres a la empresa distribuidora Goskinó, como la imponente sinagoga ortodoxa. Sólo el antiguo hospital judío sigue en funcionamiento.

El mapa muestra también la vieja calle Wassilko, y con la ayuda de una funcionaria del archivo estatal (ubicado en la antigua iglesia de los Jesuitas) consigo identificar rápidamente cómo se llama en la actualidad. Allí, en la casa número cinco, pintada de un color parduzco y con un águila Art Nouveau en la fachada, creció el poeta Paul Celan. Y detrás del parque municipal, a lo largo de las calles Frunse y Fedkovich, encontramos el elegante barrio de la burguesía judía, repleto de mansiones, casi palacios, en las que ensayaron todos los estilos arquitectónicos de la época finisecular. Y frente por frente al templo puede identificarse fácilmente la sede de la institución Morgenroit, en la que en otro tiempo la Liga Obrera y otras organizaciones del proletariado llevaban a cabo su labor educativa mediante cursos, conferencias y la creación de bibliotecas. Algunos edificios han mantenido su función: la cárcel, por ejemplo, ahora oculta tras un mural de varios metros de alto con el retrato de Lenin que abarca todo un lateral de la plaza contigua, o el antiguo edificio de la gendarmería, en el que hoy se aloja el KGB.

Cada calle y cada edificio cobra un aspecto distinto. En el Schwarzer Adler, que hoy se ha convertido en el hotel Verjovina, estaba la sede de la Gestapo. En estos momentos el ascensor está fuera de servicio, según me informa

amablemente el portero. El doctor Nathan Getzler, que después de la guerra se trasladó a Montreal, lo describe en su diario:

> Miércoles, 9 de julio de 1941. Algunos vecinos que llegan a nuestro escondite nos cuentan que la Gestapo alemana ha paseado por la ciudad a ciento cincuenta judíos en dirección al paredón, donde los han fusilado; entre ellos se encontraba el rabino mayor, el doctor Abraham Mark. El doctor Mark había sido encerrado en el foso del ascensor del hotel Zum Schwarzen Adler junto con el jazán Gurman, Jakob Galperin, Frühling, Josef Reininger y muchos otros. El ascensor subía y bajaba, amenazando siempre con aplastarlos. Después de atormentar durante días a estos desdichados, los incorporaron a la tropa de los condenados a muerte, los llevaron hasta el Prut, cerca de Bila, y allí los fusilaron.

Los agentes de la Siguranţa rumana y de la Gestapo alemana escudriñan la prensa de Czernowitz en busca de sospechosos. En el cementerio judío no dan abasto. Se evacúan los hospitales, se arroja a la calle a los infelices inquilinos del manicomio. Jóvenes rumanos y ucranianos con escarapelas en los ojales dirigen las patrullas a las viviendas de los judíos. Las hordas saquean las casas abandonadas y los comercios. Funcionarios rumanos hacen negocio vendiendo salvoconductos, convirtiendo el miedo a la muerte en moneda de cambio. Al iniciarse las deportaciones a los campos de Transnistria el número de suicidios diarios asciende a diez. Cuando los habitantes del gueto recién establecido—en Moldavia y en la Bucovina jamás había habido guetos cerrados—son trasladados en masa a la estación del ferrocarril, allí esperan ya algunos campesinos con sus carretas para ofrecer sus servicios a un módico precio. Una escena particularmente estremecedora tiene lugar en la esquina de las calles de la Trinidad y la Albertina. De ese edificio parten hacia la muerte los últimos miembros de la dinastía de rabinos Boyan, con la cabeza bien alta y vistiendo sus mejores galas, con los rollos de la Torá en la mano. A su alrededor, judíos y cristianos contemplan la escena conmocionados.

Decenas de miles murieron durante las marchas forzadas desde la Bucovina hasta los campos, en las canteras y las labores de construcción de carreteras y vías férreas. Unos pocos consiguieron quedarse en Czernowitz, ya fuera porque demostraron ser imprescindibles para el funcionamiento de la ciudad o porque los funcionarios rumanos necesitaban dinero. Rose Ausländer escribe sobre esa época:

> Sábanas de hielo sobre los campos de Transnistria

donde las blancas cosechadoras trillaban hombres
Ni espacio ni aliento
respiró
Ningún fuego
calentó los cadáveres
En el campo nevado dormía el cereal
dormía el tiempo
en las sienes

La lengua de la balanza del cielo
un centelleante carámbano
a treinta grados bajo cero

Sólo sobrevivieron seis mil de los cuarenta y cinco mil judíos de Czernowitz. En aquellos años el tiempo se detuvo:

Hielo hasta donde alcanza el alma

De los techos
cuelgan puñales
La ciudad era de
cristal helado
La gente arrastraba
sacos llenos de nieve
hasta las piras heladas

Una vez una canción
de copos de oro cayó
sobre el campo nevado:
«¿Conoces el país donde florece el limonero?»
¿Un país donde florece el limonero?
¿Dónde florece ese país?
Los muñecos de nieve
no lo sabían

El hielo crecía
y echaba
raíces blancas
en la médula
de nuestros años

En apenas tres años, Czernowitz se había convertido en otra ciudad, aun cuando las calles y las fachadas, las plazas y las casas fueran las mismas. Hubo un antes y un después.

No nos reconocemos
mucha distancia nos separa
los años
las llamas
abrieron una brecha
en el tiempo

Los astros
crearon un abismo entre nosotros

La estrella fija
sólo se conoce
a sí misma

«ANTE EL ABISMO DEL CIELO»

Uno desearía poder regresar a la Czernowitz anterior a las guerras del siglo XX, establecer contacto con aquella comunidad cuyos edificios siguen de pie. Sin embargo, no sería más que una idea, un punto de referencia imaginario donde ya no existe ninguno: «Las llamas | abrieron una brecha | en el tiempo». De ahí que la búsqueda de la historia en esta bella ciudad tenga algo de turístico, incluso cuando uno no se siente un turista. No existe un punto de apoyo, una posición ventajosa desde la cual encontrar un sentido a lo que ocurrió. Czernowitz—cuyo destino compartieron tantos centros de Mitteleuropa—es un lugar en el que puede perderse el raciocinio histórico. Es por ello que todo aquel que contempla la bella ciudad lo hace con cierta resignación, pues no tiene más remedio que identificar las huellas del pasado en los espacios que ahora vuelven a llenarse de vida. Los edificios de la plaza Tsentralnaia son bellos: el de la Caja de Ahorros, por ejemplo, con su fresco en mayólica en la fachada, obra del arquitecto vienés Hubert Gessner que data de 1900, es una muestra del espíritu cosmopolita que dejó huella en todas las ciudades del imperio. Hoy aloja la sede local del Partido. Una ciudad así—basta ver los edificios de las aseguradoras, los hoteles, los comercios de la plaza Tsentralnaia

y de la antigua Herrengasse—creció gracias al espíritu creativo y emprendedor, al empuje y la inquebrantable voluntad de prosperar de sus habitantes. Cada fachada delata el carácter de su constructor. Y quienes vivían en esos edificios se ocuparon también de mantener pulidas las molduras de bronce y las vitrinas, de que la entrada irradiara dignidad y que el interior respirara comodidad. Hoy en día esos edificios son sucursales, oficinas que bien podrían estar en cualquier otra parte.

Las personas, los objetos y las casas eran entidades diferenciadoras. Por poner un ejemplo, había cordeleros, carpinteros, ebanistas, encuadernadores, peleteros, relojeros, carniceros, zapateros, fontaneros, panaderos, barberos, herreros, mecánicos, cerrajeros, caldereros, vidrieros, sastres, hojalateros, orfebres que trabajaban la plata y el oro, tapiceros, rotuladores, fumistas, talabarteros, carreteros, deshollinadores, desolladores, albañiles, matarifes, abogados, quiosqueros. Esa variedad daba colorido incluso a los nombres de las calles. Hoy cualquiera sabe de antemano que en Chernovtsi, como en cualquier otra ciudad, existe una calle Lenin y un parque Kalinin, aunque esos padrinos nada tienen que ver en realidad con el lugar. Las fachadas son individualistas, casi en exceso, pero el curso de las cosas es el mismo en todas partes: la ralentización del pulso de las calles cuando hay escasez; la resignación que aflora cuando ya no hay nada por descubrir, salvo lo que hay en todas partes, las mismas conservas de pescado, las mismas bañeras de plástico, los mismos libros que uno puede comprar en Kiev o en Múrmansk.

En una ciudad que aún hoy luce las marcas de la individuación y la diferencia, tal uniformidad resulta casi dolorosa. En los escaparates y los portales se ven todavía los arabescos de la publicidad y la actividad comercial, pero ya no existe nada que se pueda publicitar ni con lo que hacer negocios. Pequeños vestigios de lo que hacía especial esta zona se han conservado en el paisaje urbano: en los antaño elegantes paseos, aparecen de pronto las túnicas coloridas de los gitanos, que son aquí como en todas partes ángeles del inconformismo; o descienden de las montañas cercanas los hutsules, que llevan, por encima de las botas de goma fabricadas en la Unión Soviética, la misma vestimenta que usan desde tiempos inmemoriales, y no como traje folclórico. Otros vestigios de ese pasado los encontramos en los mercados: a la sombra del antiguo hotel Bristol, que hoy alberga una residencia estudiantil, o delante de la Sociedad Filarmónica (edificio de una sola planta) vemos, entre montañas de melones descargados en plena acera, mujeres vendiendo gallinas

vivas y atadas por las patas. No existe en todo Chernovtsi un solo libro sobre Czernowitz, a excepción de una guía del museo de la ciudad de la escritora ucraniana Olga Kobylianska, que, como hija genuina de Czernowitz, también escribía en alemán y polaco. Encontramos asimismo un libro sobre el teatro municipal, construido por el estudio de arquitectos vienés Fellner & Helmer, pero sólo en ucraniano. Es poco probable que las oficinas de turismo pretendan ocultar la capital más oriental del Imperio austrohúngaro, la explicación es mucho más simple: para esas organizaciones turísticas Chernovtsi no es más que una ciudad de provincias ucraniana que se ha quedado al margen del mundo, un sitio al que los periódicos editados en Moscú llegan en número limitado y con retraso. Ya no sueñan con la ciudad de los Habsburgo, sino con un piso en un bloque de viviendas situado en las afueras. El nuevo hotel de Intourist es para ellos el paradigma del progreso.

Encontramos algunas huellas residuales o formas aparentes del trajín típico de una zona limítrofe en los alrededores del hotel, donde se alojan los estadounidenses cuyos padres son oriundos de la región y los alemanes que han llegado en coche desde Moers para visitar la ciudad de sus antepasados: polacos de compras que no se esconden del motivo de su visita; rumanos que han cruzado la frontera para adquirir comestibles; alemanes de la RDA que no puedo ni imaginar qué buscarán en Chernovtsi. Hay un ambiente mucho más internacional que en cualquier otra ciudad del mismo tamaño en la provincia ucraniana. Además, ¿dónde sino aquí puede uno ver un viejo Plymouth estadounidense como carroza de bodas? En los últimos cuarenta años han emigrado decenas de miles de personas de la región—a Israel, a Estados Unidos, a Berlín Occidental—, y la fuerza de atracción del exterior parece lejos de decaer. Es fácil identificar a los extranjeros de visita en la vieja patria: en el cementerio, por ejemplo.

Esa ola que lo ha igualado todo no sólo ha afectado a la Czernowitz judía, cuyas sinagogas han sido transformadas en talleres y almacenes, sino también a la iglesia armenia, reconvertida en una sala para conciertos de órgano. En el corazón de la ciudad, la iglesia del Sagrado Corazón hubo de reconvertirse en un museo sobre el folclore de la Bucovina, y la iglesia parroquial griega, en un club de ajedrez. En ninguna otra parte del mundo hay tantas instituciones profanas—cines, clubes de ajedrez, baños públicos y museos—en las que puedan verse frescos y mosaicos con varios siglos de antigüedad. Este hecho, sin embargo, no le ha brindado a la ciudad ningún edificio útil y bello, sino

que la ha despojado de su espíritu. ¿Qué impulsó semejante cambio? No fueron las malas intenciones, ni las intrigas, ni siquiera la estrategia de un ateísmo militante. Fue, simplemente, el poder de las promesas de una modernidad que tal vez haya traído consigo bañeras y calefacción central, pero que ha hecho del mundo algo feo y gris.

Inútiles son los esfuerzos por devolver a la ciudad algo de su antiguo esplendor e idiosincrasia. Por las noches, junto a la plaza Tsentralnaia (antigua plaza del Ring) se enciende la iluminación de color naranja que viene a ser un pobre sustituto del mar de luces de la gran ciudad occidental, pero no es más que un mero ornamento, el intento de embellecer unas fachadas que ya no irradian ninguna luz interior. El drama de las ciudades como Czernowitz culmina en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, pero es mucho más prolongado y más profundo. Empieza con la Primera Guerra Mundial, que derribó las barreras que habían protegido el impetuoso proceso de acumulación que distinguió a la cultura de esta urbe. No hubo, a partir de entonces, ningún muro que contuviera la apropiación y la destrucción ordenada desde arriba, las demandas de las clases desfavorecidas que deseaban vivir mejor a costa de otros.

Chernovtsi, una ciudad aislada del exterior, que descansa en los poderosos dorsales de los Cárpatos, un lugar indefenso e indefendible: sus habitantes no tienen donde refugiarse. Las indefensas ciudades de Mitteleuropa son lugares en los que, con la absoluta desesperanza, podemos empezar a reflexionar sobre aquello en lo que se ha convertido Europa.

Uno no quisiera partir de esta bella ciudad sin mencionar que hay cosas que han hecho que esta parada «ante el abismo del cielo» valiera la pena. En la plaza del Teatro este visitante tropezó con unos caballeros entrados en años pero de aspecto elegante con los que pudo conversar en el mejor alemán, y se enteró por un vigilante del futuro museo del folclore de que es probable que se revisen los planes iniciales y que la iglesia vuelva a ser una iglesia. Los obreros de los talleres de la empresa Góskino le contaron que tal vez se trasladarían pronto para que la sinagoga ortodoxa pudiera reconvertirse en un museo de historia judía. Vio también un cartel que anunciaba el estreno de *El golem* en el teatro judío de Kiev, y se encontró con el escritor Josef Burg, que tenía previsto ir a Berlín (donde tiene la sede su editorial) para una lectura de sus relatos escritos en yiddish.

Existe, por lo tanto, una relación entre Czernowitz y Berlín Oriental, y de mi conversación con Burg puede inferirse que también existen vínculos literarios con Bucarest, concretamente con la revista en lengua alemana *Neue Literatur*, que tuvo como prestigioso editor a Alfred Margul-Sperber, el descubridor de Rose Ausländer y Paul Celan. Y en la única sinagoga no clausurada, construida en 1925 y que dejaron intacta tanto los nazis como la Guardia de Hierro, fue posible sostener una charla con el líder de la comunidad judía, quien acababa de regresar de Brooklyn y me enseñó las filacterias que había adquirido allí. Antes de partir, este visitante acudió a un acto conmemorativo—era el aniversario del pogromo de octubre de 1941—en el cementerio judío. El techo de la sinagoga se había desplomado, pero continúa siendo un edificio imponente. La mayoría de los presentes—que, como manda la tradición, hicieron ofrendas florales en las tumbas del fabulista Eliezer Steinbarg y de los demás fusilados—eran personas muy mayores. Sin embargo, también había algunos jóvenes entre ellos, y hablaban de asuntos en los que casi habían dejado de creer.

1988

LVOV: CAPITAL DE LA PROVINCIA EUROPEA

Joseph Roth escribe sobre Lviv (entonces llamada Lwów) en un artículo publicado en el Frankfurter Zeitung *en 1924*:

> *Es una temeridad pretender describir ciudades. Las ciudades tienen muchas caras, muchas veleidades, miles de rumbos, destinos variados, secretos sombríos y secretos alegres. Las ciudades ocultan y revelan mucho, cada una es un todo, una pluralidad, todas tienen más tiempo que cualquier reportero, que cualquier ser humano, grupo o nación. Las ciudades sobreviven a los pueblos a los que deben su existencia y a las lenguas en las que se entendieron sus arquitectos.*

La observación también es válida para mi retrato de Lviv (cuyo nombre durante el Imperio austrohúngaro fue Lemberg), escrito a mediados de la década de 1980. Entonces esta ciudad del oeste de Ucrania era, a grandes rasgos, una gran urbe soviética con el nombre de Lvov. Estaba situada en el fin del mundo, a la sombra del Telón de Acero, en un ángulo muerto, fuera de nuestro horizonte. Pero ya entonces algo empezaba a cambiar. Lentamente, de un modo casi imperceptible pero irrefrenable, un territorio cuyo nombre ya no significaba nada para un mundo de postguerra dividido en dos bloques, empezaba a resurgir: Europa Central. Lviv estaba entre las ciudades inscritas en el mapa de esa Mitteleuropa imaginaria pero real que había sobrevivido a la división del continente y del mundo tras la Guerra Fría. Era la prueba de que había una alternativa, de que el tercer bloque no era una presunción, no era una noción fantasiosa, y que existía en forma de corpus urbano, de texto en el que era posible leer los destinos del centro de Europa. Es cierto que la región se había desgastado en las fricciones de los frentes de la guerra civil europea, había quedado sepultada, irreconocible; una antigua capital había sido arrinconada. Mi viaje, que data de hace un cuarto de siglo, fue una búsqueda impulsada no por una borrachera de nostalgia, sino por el deseo de rastrear las huellas del pasado. Era una época en la que aún no había guías de viaje ni mapas que reflejaran la realidad física de la ciudad, así que, a fin de descifrar el texto urbano, debí arreglármelas con las guías Baedeker de la época del Imperio austrohúngaro, con las memorias de los supervivientes o con las actas de los procesos contra a los criminales de guerra. Cuán radicalmente ha cambiado la situación resulta evidente aun desde la distancia: la Lviv de hoy es otra ciudad. Fue una

fuerza motriz en el avance de Ucrania hacia la independencia y durante la Revolución de la Dignidad en el Maidán, y hoy es un refugio para todos aquellos que se han visto obligados a huir del avance de la guerra en el este del país. No vive apoltronada en el llamado «mito de Galitzia oriental», sino que quiere formar parte de Europa y estar a la altura de los tiempos, como queda patente en muchos aspectos: en la organización de la Eurocopa de fútbol en 2012, en el modo en que la ciudad vuelve a ponerse en forma o en el tono seguro de sí mismo de la nueva literatura ucraniana.

2015

Lvov está situada en el fin del mundo. Uno llega exhausto, pues ha debido emprender un largo viaje con varios cruces de fronteras, lo que implica casi siempre una enorme pérdida de tiempo y de energía. Quien se desplaza desde Viena, Budapest o Praga tiene un día entero de trayecto. Quien lo hace desde Berlín a través de Cracovia debe contar al menos dos días de viaje, y lo mismo ocurre si se parte de Bucarest, mientras que desde Moscú se llega en una noche. Lvov es el final de trayecto de funcionarios y oficiales en viaje de trabajo; para otros, un lugar de paso más de camino a los Cárpatos, ya sea por razones médicas o recreativas. Lvov se encuentra en el punto de intersección de las líneas que conectan las grandes ciudades, pero sobre todo a la sombra de las fronteras. Un viaje allí es un viaje a una región marginal, por más que esté en el corazón de Europa.

La dificultad del viaje raramente es de índole técnica u organizativa. La pregunta «¿Dónde está Lvov?» puede responderse perfectamente con la ayuda de mapas y de guías ferroviarias. Incluso las oficinas de turismo peor informadas aprenden con rapidez. La dificultad reside en el hecho de que la ciudad lleva una doble existencia: una real y otra en nuestras mentes. El viaje nos conduce a una región que apenas es posible describir: un centro europeo y, al mismo tiempo, la periferia. Se trata de una ciudad del presente, pero que sólo visitan extranjeros porque cuenta con un gran pasado. Lvov es Lemberg. Pero de inmediato hay que añadir que eso no es más que una ilusión. Quien viaja a Lvov se encamina hacia una gran ciudad soviética, no a una *fata morgana* de la monarquía austrohúngara. Lemberg es el destino predilecto de los viajes imaginarios, pero quien se desplace realmente hasta allí llegará al

presente. Los viajeros muestran curiosidad por ver lo que queda de aquel esplendor del *fin de siècle*, quieren saber qué fue de la ciudad que se vio en medio de los frentes de la guerra civil europea. Podemos decir con exactitud dónde se encuentra ubicada en el mapa, pero nos asaltan las dudas cuando debemos indicar qué lugar ocupa esta urbe en la conciencia del presente europeo. Ha de encontrarse en la zona gris de la nostalgia y la ignorancia, entre una historia hace tiempo desaparecida y un presente sin historia. El viaje nos lleva hasta un polo de la duda sobre si es posible o no pensar a Europa en su mismo centro.

METRÓPOLI EN UN TERRITORIO DE TRANSICIÓN

Uno se atiene a lo que ve. Cuando el tren empieza a rodear la ciudad dibujando una gran curva, a bordear la hondonada del valle abierto hacia el norte en que está emplazada, el viajero comprende que, después de varias horas de trayecto por terreno llano o montañoso, ha llegado a una verdadera ciudad. La región es vasta, casi no tiene asentamientos humanos, por lo que le resulta sorprendente topar con esa densa aglomeración de viviendas en medio de un paisaje tan frondoso. Lvov es como un asalto, una compacta silueta urbana hecha de innumerables torres, cúpulas, chapiteles y grandes complejos de edificios. Después de tanto terreno baldío, de pronto el paisaje se vuelve denso, tupido. Sin embargo, no habremos llegado a la ciudad hasta pisar la estación de ferrocarriles, donde dejamos atrás el campo para adentrarnos en la urbe. Allí confluye el tráfico de los distritos periféricos, y el gentío parece dos veces mayor porque todo el mundo va cargado con mochilas y maletas. Lvov es el centro de la región. La nave de la estación es grande como una catedral; la luz incide sobre el gentío y el estuco, que, como la amplia fachada de color crema, pone de manifiesto que el edificio fue construido a principios del siglo XX. Éste era el umbral que debían cruzar los viajeros de Viena nada más llegar a la Galitzia oriental y a través del cual muchos otros pusieron rumbo al Nuevo Mundo; una construcción que debía ser amplia, cómoda y facilitar el despacho rápido de pasajeros, un bastión contra un mundo en el que reinaba la lentitud de los carros tirados por caballos. Además, una estación de esta índole no deja de ser una manifestación de poder político. Para Lvov, la estación central—una de las

cinco que tiene—representa toda una época: los últimos años del Imperio austrohúngaro.

En la ciudad encontramos amplio testimonio de la misión civilizatoria del imperio. Se trata, en casi todos los casos, de complejos de edificios que, tan sólo por sus dimensiones, dinamitan la delicada imagen de la Lvov medieval de estrechas callejuelas y pequeños gabletes. Son obra de Viena y de la época que Viena presidía. La capital de los Austrias creó aquí un doble de sí misma, una Viena en miniatura. A principios de siglo se derribó buena parte de las antiguas murallas y se canalizó el río. Surgió así un gran paseo, la gran avenida Lenin, que en el fondo es una plaza espaciosa y alargada: el centro de la actual Lvov y el lugar donde confluyen todas sus calles. En su extremo norte hay un teatro de la ópera con pocos rivales en Austria-Hungría, no precisamente pobre en teatros de ópera. Concebido por Zygmunt Gorgolewski en la década de 1890, es un espléndido edificio que combina diversos estilos, una elegante escultura hecha de columnas, balaustradas, pilares corintios, estatuas y guirnaldas. Por las noches, cuando la luz del foyer del teatro (hoy Teatro Estatal de la Academia de Ópera y Ballet Iván Frankó) cae sobre la plaza, Lvov parece formar parte del Opernring de Viena y, aunque hoy ofrezca una producción de *Espartaco*, uno puede imaginarse perfectamente a Enrico Caruso saliendo a escena. Uno de los laterales de la avenida aloja edificios no menos pomposos e imponentes: la antigua comisaría general de la Policía, la administración de Hacienda y los juzgados regionales; uno de ellos alberga en la actualidad el inevitable museo Lenin. El otro lateral alberga comercios, tiendas, bancos, cafés y hoteles. Las fachadas son una mezcla de neoclásicas, neobarrocas y *art déco*. Lemberg era el lugar hacia el que fluía el dinero de toda la región de Galitzia, de ahí las majestuosas oficinas de bancos hipotecarios y cajas de ahorro; así como la capital de provincia de un imperio cuyos habitantes creían oportuno contratar seguros para protegerse de un futuro incierto, de ahí los no menos majestuosos edificios de las compañías de seguros. Y puesto que la plaza está en pleno centro de la ciudad, allí se concentran también los hoteles, que se llaman como en otras ciudades europeas—Hôtel de France, Hôtel de l'Europe—y soviéticas —el hotel Georges, por ejemplo, se ha convertido en el hotel Intourist—. La alegórica representación de los continentes en la fachada del Georges demuestra que Lemberg—al igual que el estudio de arquitectos Fellner & Helmer, cuyas creaciones están repartidas por todo el territorio centroeuropeo —era plenamente consciente de su lugar en el mundo. A la plaza dan también

los inconfundibles ventanales de los cafés, desde donde puede contemplarse cómo se despliega la vida interna de la ciudad. Éstos debieron de ser los cafés cuyos clientes podían elegir entre más de cien periódicos. Las librerías que hoy venden libros de los países del bloque socialista debieron ser las librerías y librerías de viejo que hicieron de Lemberg una capital del libro y de la bibliofilia.

Si hay algo que sigue siendo cierto a día de hoy es que son los edificios representativos del Imperio austrohúngaro los que determinan la faz de Lvov: la imponente oficina de Correos y Telégrafos, el edificio del *Sejm* de Galitzia, situado frente al descuidado parque metropolitano, en el que todavía puede verse la silueta de la glorieta en la que la banda municipal tocaba todas las tardes; el hogar de ancianos en la periferia de la ciudad, que bien podría estar en Trieste; el instituto politécnico; el Ossolineum, cuyas bibliotecas y archivos tan importantes fueron para Polonia; los hospitales, cuarteles y casinos. Lemberg es una ciudad erigida por un imperio que, aun en su decadencia, logró crear una réplica de sí mismo: vasta, imponente, no exenta de cierto alarde de ilustración colonial.

Pero esta Lemberg representada por la estación central, la ciudadela y los bancos, hoteles y aseguradoras no sería nada sin la antigua Lvov, que ya había sido erigida cuando arribaron los Habsburgo. Aquí se alzan las torres que configuran el cielo de Lvov. Esta ciudad de duros contornos y compacta como el cristal parece recortada en piedra. Ninguna avenida da la bienvenida al visitante que se adentra en el casco antiguo, no existe ningún paseo majestuoso por el que desfilar o en el que perderse. Uno debe orientarse por el entramado de callejuelas que, aunque conforman un plano en cuadrícula, son algo irregulares, y resulta absurdo ir en busca de atracciones turísticas concretas, pues la atracción es el conjunto en sí. La Lemberg habsbúrgica es de color ocre y amarillo; la anterior a los Austrias, negra como los bloques de piedra de las casas renacentistas o patricias, o gris como el empedrado al que el paso del tiempo ha sacado lustro. El visitante que se haya perdido en el casco histórico de Lvov se halla en el buen camino: pasea por la célula madre de todas las ciudades europeas. Con cada paso cambia de perspectiva: ora se fija en una torre, ora en un portal o una fuente; a veces entrevé un patio, sube una escalinata o baja a un soportal abovedado; otras toma una calle que acaba en un callejón sin salida. Ha de doblar esquinas y hacer equilibrios sobre el

bordillo de la acera, ha de sortear una estatua o encoger la cabeza cuando pasa bajo una arcada.

A medida que avanza, el paseante salta de un siglo a otro. En la antigua plaza del Mercado se siente oprimido por las casas de comerciantes del siglo XVI, y en los barrios residenciales encuentra mansiones con los ornamentos de la Secesión vienesa. Puede sumergirse en la catedral latina, ese vestigio de la Lvov gótica destruida por los constantes incendios, o subir la escalinata barroca que conduce a la catedral de San Jorge. Puede descender hacia la catedral armenia, situada por debajo del nivel de la calle, y contemplar las tumbas de su cementerio, que data del siglo XIV, o dirigirse al monasterio de San Bernardino. Así se adentra en otras épocas. Las torres y las cúpulas parecen entrelazarse sobre su cabeza: ha llegado al núcleo del casco antiguo en el corazón mismo de la vieja Lvov, la ciudad patricia que supo comprar su libertad cuando los tártaros, los turcos o los valacos se plantaron ante sus puertas. Hablamos de un entorno que incluso el rey Carlos XII de Suecia o los Sobieski consideraron un símbolo de civilización urbana, un enclave forjado por dinastías de artesanos cuyas labores, sobre todo en orfebrería, eran admiradas en Constantinopla y Núremberg. Y a pesar de todo, este espacio tan reducido rezuma un desenfado que sólo aflora en lugares donde ninguna generación se siente obligada a superar a las anteriores. Los edificios se ampliaban o extendían sin más, proliferando y adoptando formas nuevas en el proceso. Es el caso en las capillas de los Campiani y los Boim o del campanario de Korniakt, adosados a iglesias ya existentes. Lvov trajo a arquitectos de todas partes: Pedro el Romano, Peter Barbon, Jan de Wit, Nicola Gonzaga, Peter Stecher, incluso algunos desconocidos hoy en día. En un mismo edificio llegaron a trabajar arquitectos polacos, italianos y ucranianos. Los recursos financieros de la ciudad provenían de diversas fuentes y llegaban desde todos los puntos cardinales: reyes polacos y hetmanes ucranianos, gospodares moldavos y comerciantes armenios, así como la burguesía judía y alemana. Allí donde todo confluye hasta volverse inextricable, donde los matices generan el verdadero atractivo, acaban las atribuciones excluyentes. En Lvov conviven la iglesia en cruz inscrita de estilo bizantino con el gótico, y el iconostasio se transforma, bajo la influencia de los italianos, en una obra de arte del barroco ucraniano. El atractivo de la ciudad proviene de las diversas culturas y etnias que la habitaron. Un solar vacío en esta urbe densamente edificada significa que algo terrible ha ocurrido. Es lo que sucede en el mercado viejo, en cuyo

centro hay una isla octogonal donde se sientan algunas personas mayores a dar de comer a las palomas; o en la parte trasera del Arsenal, donde sobre los muros cortafuegos del edificio adyacente se intuyen las huellas de una estructura más antigua, y también en la amplia y anodina extensión de un mercado de koljoz local. Son los terrenos baldíos de la Lemberg judía, de sus sinagogas dinamitadas—entre ellas la de la Rosa Dorada—y de uno de sus cementerios. Sólo las vidriadas cúpulas de color azul en un edificio de estilo morisco, que hoy alberga un hospital, nos recuerdan que Lemberg fue uno de los mayores centros judíos de Mitteleuropa.

LUGAR DE ENCUENTRO DE VARIOS MUNDOS

En sus estampas de viaje por Galitzia, publicadas en 1924 en el *Frankfurter Zeitung*, Joseph Roth se pregunta:

> ¿Acaso termina Europa en esta región? No, no es así. La relación entre Europa y esta tierra medio marginada sigue viva e intacta. En las librerías vi las últimas novedades literarias de Inglaterra y Francia. Un viento de cultura lleva semillas a la tierra polaca. El influjo de Francia es el más evidente. Incluso algunas briznas consiguen caer en Alemania. Galitzia se encuentra sumida en la soledad espiritual y, sin embargo, no está aislada; fue desterrada pero no cercenada; es culturalmente más rica de lo que permiten sospechar su precario sistema de alcantarillado, el desorden y sus innumerables rarezas.

Lvov está situada en el camino que va de Constantinopla a Núremberg y en el que conduce de Boloña a Vilna. Cuando un enemigo se hallaba a las puertas de Lvov, la alarma se extendía por toda Europa. Lvov fue ciudad ucraniana, húngara, moldava, polaca, austríaca, rusa, alemana y soviética. Todo poder que vio la ciudad como propia le aportó algo; otros se lo quitaron todo. No todas las provincias son iguales. La región de Galitzia era una provincia de confluencias e imbricaciones, y Lemberg una ciudad de «fronteras borradas» (Joseph Roth). Lviv, Lwów, Lvov, Leópolis, Lamburg, Lemberg fue fundada por el príncipe Daniel Románovich de Halych-Volinia y debe su nombre a un hijo de éste, León (Lev). Su nombre se menciona por primera vez en un documento de 1256. En 1340 es conquistada por el rey polaco Casimiro el Grande, que le concede el Derecho de Magdeburgo en 1356. La ciudad se defiende de tártaros y turcos, se convierte en refugio para burgueses y artesanos

de otras ciudades asaltadas y destruidas. Permanece bajo dominio polaco hasta la partición de Polonia de 1772, cuando Austria se hace con el control del territorio. Hasta 1918 es la sede del gobernador de la monarquía bicéfala en el reino de Galitzia y Lodomeria. En el ínterin se producen ataques de húngaros, transilvanos, atamanes ucranianos, valacos y suecos. En la Primera Guerra Mundial Galitzia se convierte en campo de batalla, y Lemberg, en centro de la retaguardia.

Hacia las postrimerías del siglo XIX y principios del XX la ciudad cuenta con unos 160.000 habitantes. La mitad de ellos son polacos, 40.000 judíos, unos 30.000 ucranianos y alrededor de 7000 alemanes. Hay, además, numerosos grupos étnicos menos nutridos: griegos, húngaros, búlgaros, rumanos, italianos y, sobre todo, armenios, quienes estaban establecidos en la ciudad desde el siglo XIII, conformando la mayor comunidad armenia en territorio eslavo. La ciudad es multiconfesional: algo así como la mitad se declara fiel a la fe católica, apostólica y romana; un tercio es judío, casi un 20 por ciento pertenece a la Iglesia ortodoxa griega y un uno por ciento a la católica armenia. Lemberg era, por tanto, la sede de tres arzobispados. La ciudad se comunica en varios idiomas, pero sobre todo en polaco, yiddish, ucraniano y alemán. La cultura, en un lugar de esta índole, es políglota y cosmopolita. El gran escritor ucraniano Iván Frankó se desenvolvía con soltura en alemán y polaco. Un ambiente así suscita reflexiones sobre la naturaleza del lenguaje y un cuidadoso y deliberado uso de la lengua materna. A través de Lemberg llega a Berlín uno de los más importantes actores del teatro en lengua alemana: Aleksandr Granach. Un joven Martin Buber pasa en la ciudad de la ilustración judía y del jasidismo los años de su juventud. Lemberg era lo suficientemente importante como para que Niccolò Paganini, Franz Liszt y Maurice Ravel ofrecieran conciertos en sus teatros. La Lwów polaca es una ciudad hermana de Cracovia, y Karl Emil Franzos, que escribe sobre la provincia con el sabor amargo de una cecidia, acerca la ciudad a sus lectores en Viena y Berlín. En Lemberg confluyen los conflictos nacionales y sociales, y uno de los portavoces más elocuentes de la clase trabajadora, Karl Radek, oriundo de la ciudad, se siente como en casa en los movimientos obreros de Polonia, Alemania, Lituania y Rusia. Lvov es la ciudad a través de la cual cientos de miles de habitantes de Galitzia (que a pesar de su petróleo no se vuelve una nueva Pensilvania) emigran al Nuevo Mundo. Para muchos, Lemberg/Lvov pasa a ser otro nombre de Europa, un lugar que es preciso abandonar si se quiere sobrevivir. En torno

a Galitzia y a su capital gira la vida y la obra de Joseph Roth, no sólo porque es oriundo de la región, sino porque aquí confluía su mundo mitteleuropeo. Aquí el nacionalismo era un peligro mortal, mientras que en otras partes apenas empezaba a imponerse. Aquí muchos entendieron, como escribe Roth en *Judíos errantes*, que «el sentido del mundo no es estar compuesto de "naciones" y patrias que, aun cuando sólo quisieran realmente preservar su idiosincrasia cultural, tendrían derecho a sacrificar ni tan siquiera la vida de un solo ser humano». Aquí se puso de manifiesto con claridad, antes de la gran catástrofe, lo que tenía en mente Joseph Roth: «Todos somos fragmentos dispersos, pues hemos perdido nuestro hogar».

LA SECUENCIA DE LA DISOLUCIÓN

La guerra de treinta años que se inició en 1914 y acabó en 1945 convirtió Galitzia en un campo de batalla y Lvov en una ciudad despoblada. La urbe se halla en el centro de un vertiginoso torbellino de poderes y frentes cambiantes. A raíz del derrumbe del Imperio austrohúngaro Lvov se convierte, por unos meses, en la ciudad de una República Popular en Ucrania occidental. En el verano de 1919 se transforma en ciudad polaca y hasta septiembre de 1939 es la sede de un voivodato polaco. Tres semanas después de iniciarse el ataque de Alemania a Polonia, el Ejército soviético hace su entrada en la ciudad. Se erige un poder soviético en el oeste de Ucrania, y el primero de noviembre de 1939 el antiguo territorio polaco se incorpora a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El 22 de junio de 1941 comienza el ataque de los alemanes a la URSS, y el 30 de ese mismo mes tropas alemanas ocupan Lvov. La ciudad deviene la capital de un distrito especial: el Distrito de Galitzia. El 27 de julio de 1944 los ejércitos del general Koniev reconquistan la ciudad, que, a partir de ese instante, se convierte en la segunda más importante en el oeste de Ucrania.

El singular equilibrio en el que había vivido la ciudad durante tanto tiempo y que había soportado incluso las tensiones del período de entreguerras se viene abajo por presiones externas. El lugar de las «fronteras borradas» se convierte en el de la polarización, la ciudad de la convivencia cívica pasa a ser la sede de una política de exterminio. No existe aquí la legendaria figura del tercero que ríe cuando otros dos se pelean. La violencia desatada es suficiente para destruir una ciudad que había ido definiéndose por cristalización. La carga explosiva

está preparada. Más de un tercio de la población no tiene empleo ni medios de subsistencia en el momento álgido de la crisis económica mundial. El abismo entre ricos y pobres alimenta el discurso nacionalista. La liberación de Lwów, que en 1918, tras casi ciento cincuenta años, regresa al seno del Estado polaco, va acompañada de un pogromo contra sus habitantes judíos. En 1936 se dispara contra una manifestación de desempleados. Los ucranianos, que reclaman sus derechos sobre la ciudad, son tan antipolacos como antiucranianos los polacos. El resentimiento antiburgués de la ciudad se mezcla con el antisemitismo. No es casual, tal vez, que un hombre como Román Rosdolsky haya encontrado allí los temas para sus estudios sobre el capitalismo, el nacionalismo y el antisemitismo. Pero el destino de la ciudad no se decide allí, sino muy lejos: en Berlín y Moscú. Lvov es la ciudad que se desgasta con la fricción de los frentes.

Lvov, que tras el pacto Mólotov-Ribbentrop se convirtió en soviética, es una de las primeras ciudades que caen en manos de los alemanes tras el ataque del Reich a la Unión Soviética. En la ciudad se encuentra a suficientes personas dispuestas a entregarse a la ilusión nacionalista, y la semana entre la retirada del NKVD y la llegada de las SS se considera el momento idóneo para proclamar una Ucrania independiente. La ciudad se llena de refugiados procedentes de la Polonia ocupada, que han acudido allí para salvarse, se llena de personas que son sospechosas y poco fiables tanto a los ojos de Stalin como de Hitler, personas que, en el momento de la retirada (como había sucedido en el momento del ataque), están predestinadas a ser las víctimas de un baño de sangre. Y esas víctimas son, por un lado, polacos y ucranianos arrestados por «nacionalistas», así como judíos sospechosos de ser «elementos burgueses» que pueden actuar como «quintacolumnistas» de Hitler, y, por otro, judíos a los que se culpa de ser «agentes bolcheviques». Miles son liquidados en el último minuto por el NKVD, más de 7000 habitantes de Lemberg son víctimas de los pogromos orquestados por los nacionalistas ucranianos y las SS. En un plazo de dos años se asesina a decenas de miles de personas. En agosto de 1941, el registro del consejo judío de Lemberg incluía a 119.000 personas. En la primavera de 1942 todas ellas son concentradas en un gueto de reciente creación y obligadas a realizar trabajos forzosos mientras se inician las deportaciones a Treblinka, Sobibór, Belzec y Auschwitz. En junio de 1943 queda «evacuado» el gueto de Lemberg. El «elemento alemán» de la ciudad desaparece en el invierno de 1939-1940, cuando, tras los acuerdos de

Ribbentrop y Mólotov, los alemanes de Galitzia son trasladados al Reich o reubicados. Abandonan la ciudad 7000 alemanes de Lemberg, la Iglesia evangélica de los alemanes se convierte en la Oficina de Registro y Repatriación, y de ese modo acaba un capítulo que había empezado con la emperatriz María Teresa I de Austria.

Una nueva y terrible sangría se produce cuando la ciudad es reconquistada por el Ejército soviético. La mayor parte de la población polaca es expulsada hacia una Polonia ahora desplazada. Decenas de miles de personas sospechosas de ser nacionalistas son deportadas a los campos de trabajo soviéticos, principalmente polacos y ucranianos. Hasta principios de la década de 1950 duran las escaramuzas con los combatientes clandestinos del Ejército Nacional Ucraniano. A la ciudad despoblada durante la guerra llegan ahora nuevos habitantes, extranjeros. Lvov es en la actualidad una ciudad puramente ucraniana.

Y todo esto sucedió en el curso de pocos años, en un abrir y cerrar de ojos histórico. Desde entonces todas las guías Baedeker de Lvov son inútiles. Quien se atiene a ellas irá por mal camino. La Lvov enterrada, la ciudad que una vez fue como un Piemonte de la Mitteleuropa civilizada, se encuentra, en el mejor de los casos, en los cementerios, cuyos epitafios evocan en varios idiomas la vida después de la muerte. Los fragmentos dispersos de esta ciudad hay que buscarlos por todas partes. En la autobiografía de Stanisław Lem y en los poemas de Zbigniew Herbert. Las memorias de los alemanes de Lemberg, reubicados y expulsados nuevamente, nos permiten hacernos una idea del ambiente en el club Frohsinn, el epicentro de la vida social de su comunidad. Sobre la desaparición de la lengua alemana nos informan en el museo de la ciudad algunos papeles identificativos expuestos, documentos de los Ferrocarriles del Reich o las fichas identificativas de los condenados a trabajos forzados en el campo de la calle Yanovska. Sería preciso regresar a Alemania e interrogar a todos aquellos que participaron en masacres contra el pueblo judío o contra la intelectualidad polaca y ucraniana. Habría que leer los periódicos de la emigración ucraniana y hablar con los supervivientes de las deportaciones a Auschwitz, si es que todavía pueden y quieren atendernos. Lvov es una ciudad en la que las palabras que podrían ayudarnos a comprender dan paso a un silencio paralizador.

LA JOVEN LVOV

La actual Lvov es una ciudad después de la catástrofe. La vida que colma sus calles es la de los que llegaron después de la guerra o se criaron en el período de paz inaugurado entonces. Dentro de diez años alojará a más de un millón de habitantes. Tiene grandes fábricas que producen autobuses y televisores, una estación de radio y televisión, decenas de teatros, museos, institutos, festivales y periódicos. La suya es la vida normal de una gran ciudad soviética normal, cuyos barrios nuevos apenas se aprecian desde el casco antiguo. En cierto sentido, es una ciudad doble, escindida. Por un lado está la ciudad vieja, que forma parte del entramado urbano pero no pertenece a sus habitantes. Resulta evidente que los edificios no son de nadie porque son de todos, y en las librerías se nota que la producción de libros está en manos del Estado. No cabe duda de que los museos son instituciones destinadas al adoctrinamiento y no a la divulgación del material histórico. Las iglesias son «conjuntos arquitectónicos». Los cafés, a pesar de las grandes vidrieras por las que puede contemplarse la vida en las calles, no son lugares para pasar el rato, sino puntos de abastecimiento con altas expectativas de rendimiento. Los escaparates de las tiendas ponen de manifiesto la discrepancia entre las demandas de los clientes y la siempre deficitaria oferta. El lenguaje que se habla es el estándar, común a todos. Los nombres de las calles los conocemos ya de otras ciudades soviéticas: avenida Lenin, avenida de la Paz, calle Frunze. A partir del modo de vestir y el comportamiento de los transeúntes no es posible determinar a qué clase social pertenecen o qué profesión desempeñan. Lvov se ha convertido en una gran ciudad, pero en el resto de Europa se sabe menos de ella que de la más pequeña Lemberg, anterior a la guerra. No hay mendigos, pero la ciudad se ha empobrecido en comparación a la época en la que uno apenas podía dar un paso sin que alguien lo abordara en la calle. Hay más escuelas y centros de enseñanza que nunca, pero los puntos de vista con los que se enseña se han reducido. Nadie pasa hambre, pero la variedad de cocinas entre las que se podía escoger antaño se ha reducido a una sola. El casco antiguo, aunque repleto de transeúntes ajetreados, parece una ciudad cerrada. La antigua ciudad burguesa se ha vuelto una ciudad sin burguesía. No es un lugar en el que el tiempo se haya detenido, sino una ciudad que se ha zambullido de pleno en una nueva era, una pieza más del mundo moderno allanada por el vendaval del progreso. La joven Lvov de los nuevos barrios residenciales, construida desde cero,

respeta a la antigua, levantada a lo largo de siglos, pero el abismo que las separa es infranqueable.

Sin embargo, tal vez me equivoque y éstas no sean más que las observaciones de un forastero que no participa de la auténtica vida de una ciudad como ésta. Bien podría ser el caso, ya que sucede algo insólito: Lvov ha empezado a participar en la conversación sobre su historia y su «provincianización» en la era del progreso. En el museo de la ciudad se exhiben fotos de la Lvov finisecular que retratan los carteles y anuncios de los comercios polacos, austríacos y judíos. Pueden verse periódicos anteriores a la guerra en todos los idiomas que se hablaban en la ciudad. Se muestra, además, un mapa polaco de la urbe. Fuera, un vendedor callejero nos ofrece un libro ilustrado sobre la Lvov histórica que se agota en pocos minutos. Entre los asistentes a una asamblea circula un mecanoscrito: se trata de un proyecto para un programa del Frente Democrático de Ucrania inspirado en las iniciativas de los países bálticos. Todos los presentes lo leen con gran interés antes de pasarlo de nuevo. Hace unos meses, un grupo de ciudadanos inauguró la primera exposición de «arte judío» y miles personas la visitaron. Entretanto se ha creado una sociedad para la cultura judía, y en sus reuniones se habla de organizar cursos de hebreo y yiddish y de fundar grupos de danza y teatro, así como de erigir un monumento a las víctimas del gueto de Lemberg. El proyecto ya está listo, y se ha hecho pública una cuenta bancaria para recaudar donativos. Se ha propuesto que la única sinagoga conservada, que hoy hace las veces de gimnasio de la Facultad de Educación Física, sea devuelta a la comunidad judía. En la plaza donde estaba la Rosa Dorada, jóvenes voluntarios, dirigidos por un arquitecto, se ocupan de desenterrar sus cimientos. Y todo esto ocurre con el consentimiento y el apoyo de la administración municipal. La vida pública ha empezado a regresar a las plazas de la ciudad—Lvov cuenta con algunas de las más bellas de Europa—gracias a los jóvenes que suelen tildarse de hippies y aquellos interesados en preservar los monumentos. El parque Iván Frankó, situado frente a la universidad—se trata, por lo tanto, del antiguo parque metropolitano delante del Parlamento regional de Galitzia—ha vuelto a convertirse en el escenario predilecto de las manifestaciones en las que una ciudadanía cada vez más participativa articula sus reivindicaciones. Lvov emerge de la sombra de las fronteras. Miles de polacos acuden a ella no sólo para ver a sus parientes o visitar sus tumbas, sino también para hacer negocios.

La lucha elemental por obtener la más mínima ventaja reúne a ambas partes, aunque la desconfianza es mutua.

Sólo una ciudad capaz de hablar con franqueza sobre sí misma encontrará las palabras para explicarse su pasado. Tal vez recupere así la variedad de voces necesarias para narrar el destino de esta y otras ciudades de Mitteleuropa, una historia que lograría convertir estaciones de tránsito en un destino final. Esta nueva Lvov tendría la competencia necesaria para esbozar su futuro: probablemente uno nuevo, no el de una pieza más de los imperios austrohúngaro o soviético, sino el de una ciudad que tal vez, a finales de siglo, sea algo más que un *fin de siècle*.

Al final de un largo período de postguerra, Europa parece haber encontrado de nuevo su voz. Esa Europa necesita ciudades que emerjan de las sombras de las fronteras y de la depauperada provincia del este y el oeste. Europa necesita nuevas ciudades fronterizas, ciudades de «fronteras borradas».

1988

UNA VEZ MÁS BABI YAR, LUGAR EUROPEO DE MEMORIA

Kiev se prepara para conmemorar el 75 aniversario de la masacre de treinta mil judíos capitalinos que organizaron los alemanes los días 29 y 30 de septiembre de 1941, hasta entonces el mayor acto genocida en la historia del Holocausto. Por un instante, todo el mundo mirará a Kiev, sobre todo en aquellos países donde pudieron refugiarse los pocos sobrevivientes de la Shoah en suelo ucraniano: Israel y Estados Unidos. En Rusia, si la actual propaganda bélica se acallara por un momento, podrían recordar las penas sufridas conjuntamente durante la Segunda Guerra Mundial. Para los alemanes que en estos días visiten la capital ucraniana o sigan desde sus casas la retransmisión de los homenajes, será a su vez un día de vergüenza por ese inexplicable modo de proceder. Será un día para recordar un hecho monstruoso para el que no bastan siquiera las dramáticas palabras en torno a las cuales hemos hallado un consenso a fin de no enmudecer del todo: Holocausto, Shoah, desmoronamiento de la civilización, un reguero de víctimas que no se inició en las fábricas de la muerte erigidas por los alemanes en el este de Europa, sino a lo largo de las rutas seguidas por la Wehrmacht y sus comandos especiales: en las cunetas, los bosques y las arboledas, en campos y quebradas, en sitios hasta entonces anónimos. Incluso tres cuartos de siglo después resulta difícil encontrar palabras para definir la tragedia del pueblo judío y la magnitud del crimen.

Hace tiempo que tratamos de explicar lo que ocurrió. Los supervivientes de la masacre contra esos 33.771 judíos—la cifra mencionada en el informe del comando especial C, fechado el 7 de octubre de 1941—ofrecieron su testimonio. En los juicios por crímenes de guerra celebrados en Kiev en 1946, Dina Pronicheva, que por suerte pudo salir de aquella fosa, contó cómo fue la marcha de los judíos de Kiev y el modo en que aquel barranco en las afueras de la ciudad se transformó en un sangriento matadero. Poco después de la liberación, en otoño de 1943, cuando estaba prevista la retirada de los alemanes, llegaron al lugar los prisioneros de guerra soviéticos enviados desde el cercano campo de concentración de Syrets para exhumar y quemar los miles de cadáveres, borrando así toda huella del crimen. Uno de los doce que

consiguieron huir, Vladímir Davidov, contó que desde entonces se reunían cada año el 29 de septiembre. También nos ha quedado el testimonio de todos los escritores y periodistas soviéticos que, tras la liberación, pudieron hablar y que recogieron Vasili Grossman e Iliá Ehrenburg en *El libro negro*. Ambos autores conocían el país—Vasili Grossman había nacido en Berdýchiv y estudiado en Kiev; Iliá Ehrenburg había nacido en la capital ucraniana—, pero la obra, lista ya para imprenta, jamás pudo publicarse mientras existió la Unión Soviética: una vez el pueblo soviético había quedado fundido en uno solo tras la Gran Guerra Patria, los sufrimientos de los judíos no debían ser tratados de forma especial. Es más: muy pronto, en los inicios de la Guerra Fría, muchos judíos fueron tildados de «cosmopolitas apátridas» y perseguidos como «agentes del imperialismo y el sionismo». Por eso, una vez terminada la guerra, se erigió en Babi Yar un monumento dedicado a «los pacíficos ciudadanos soviéticos asesinados por el fascismo» donde no se mencionaba a los judíos masacrados por el mero hecho de ser judíos.

Ésta era la situación a principios de la década de 1960, cuando Yevgueni Yevtushenko escribió el poema *Babi Yar* para recordar el antisemitismo en el propio país:

> No existe monumento en Babi Yar;
> Sólo la agria ladera. Y tengo miedo
> [...]
> En cada anciano
> y en cada niño al que mataron muero
> [...]
> No soy judío. Como si lo fuera.

Así reza el poema (traducido al alemán por Paul Celan) que haría conocido el nombre de este lugar más allá de las fronteras de la URSS. Babyn Yar, como se lo conoce en ruso, pasó a ser con este poema—musicalizado en la *Sinfonía n.º 13* de Dmitri Shostakóvich—no sólo un símbolo de una nueva era, una época de deshielo y desestalinización, sino la quintaesencia de los crímenes cometidos en el este europeo, cuya dimensión y atrocidad apenas era conocida en Occidente. Así, el poema es una refutación de lo que en su día había afirmado uno de los principales exponentes de la teoría crítica en Alemania occidental, Theodor W. Adorno: que escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie.

A esa época de mayor libertad en que por fin pudo abordarse la historia pertenece también la obra de Anatoli Kuznetsov, *Babi Yar, una novela documental*, que relata la ocupación alemana en Kiev: la entrada de los alemanes, la marcha de los judíos, arrastrados desde Podil hasta los puntos de concentración de donde partieron luego hacia aquel barranco de arena en el que, en apenas dos días, fueron asesinadas y sepultadas más de treinta mil personas. El narrador es un chico de doce años que registra con desvelo todo cuanto ocurre a su alrededor. Tal vez éste sea uno de los testimonios más sobrecogedores de la literatura dedicada a la Shoah, un relato que, a causa de la censura y de la turbulenta vida del autor, emigrado a Inglaterra después de 1968, quedó a la sombra de otros grandes testigos como Primo Levi, Jorge Semprún o Imre Kertész.

No fueron los historiadores los primeros en contribuir a revelar la existencia y el significado del lugar, sino escritores e intelectuales que pagaron un alto precio por su compromiso, como Ivan Dziuba, crítico marxista de la política de rusificación, o Viktor Nekrásov, galardonado con el Premio Stalin y muerto en el exilio en París. Cuando por fin, en 1976, se erigió en Babi Yar un monumento—un conjunto escultural con heroicos marineros, soldados y una mujer con un niño—, tampoco se habló de los judíos asesinados allí: la placa en hebreo que hoy puede verse fue añadida mucho después.

Aunque desde los juicios de Núremberg por crímenes de guerra y los procesos contra los comandos especiales existían declaraciones, documentos y hasta material gráfico sobre el suceso—fotos tomadas por soldados alemanes y enviadas «a sus seres queridos en la patria» donde se veían fardos de ropa y pertenencias apiladas, el profundo barranco antes de la masacre, en el que, en 1943, se arrojaron y quemaron los cadáveres—, hubo de pasar bastante tiempo en la Alemania de la postguerra (y también en la Unión Soviética) para que la historiografía empezara a ocuparse de los escenarios principales de la Shoah en el este de Europa. Los motivos para tales «reticencias» a ambos lados del Telón de Acero eran de distinta índole: de este lado el silenciamiento, el desinterés de muchos familiares de la «generación de los asesinos»; del otro, las lagunas en los archivos, además de la ideología, que impedía mencionar a los judíos como víctimas aisladas, de modo que se los hizo desaparecer en el colectivo de víctimas de los «pacíficos ciudadanos soviéticos».

Sin embargo, hace mucho tiempo que la situación cambió: sobre muchos escenarios de la masacre a los judíos en territorio ucraniano—de Lviv a

Kamianéts-Podilskyi, Berdýchiv, Vínnytsia, Zhitomir, de Kiev a Drobitsky Yar, Odesa, Mariúpol o Simferópol—existen hoy amplias y detalladas investigaciones, pues con el fin de la Unión Soviética la situación de los archivos ucranianos ha cambiado radicalmente. Eso no significa que hayan desaparecido todas las lagunas, al contrario: cuanto mayor es la investigación sobre un episodio histórico concreto, más llamativo resulta todo lo que aún queda por investigar. De esa «herida de la memoria», como se titula una serie de conferencias que se está celebrando actualmente en Kiev, forma parte también el análisis crítico del papel que desempeñaron los voluntarios ucranianos y otros sectores de la población: la vida y la supervivencia en las condiciones de la ocupación nazi. ¿Qué sabemos, por ejemplo, de las cifras de víctimas no judías, también asesinadas y enterradas en esa fosa, de los miembros del ejército soviético en los campos para prisioneros de guerra de Syrets y Dárnytsia, donde miles de ellos quedaron abandonados a la hambruna y la muerte? ¿Dónde se encuentra la frontera entre aceptación pasiva y colaboración activa? ¿Qué efecto tuvo la propaganda nazi en un país que menos de una década antes había sido escenario del Holodomor que produjo millones de muertos, o del Gran Terror, como puede verse en otros monumentos de Kiev, en Bykivnia y Pechersk? ¿Y qué pasa con aquellos—también los hubo—de los que no estaba permitido hablar en tiempos soviéticos, los «justos de las naciones» que, poniendo en riesgo su propia vida, escondieron y salvaron a ciudadanos judíos? Quien se plantea estas cuestiones, se adentra inevitablemente en ese territorio que Timothy Snyder ha denominado «tierras de sangre».

Sean cuales fueren las preguntas que aún quedan por responder, lo cierto es que los hechos ocurridos entre el 29 y el 30 de septiembre de 1941 pueden reconstruirse fácilmente: miles de judíos, obedeciendo al llamamiento del comandante de la ciudad, el general Kurt Eberhard, se pusieron en camino rumbo a la estación ferroviaria de Lukyanivka confiando en que sólo serían deportados, una experiencia por la que los judíos en zonas próximas al frente pasaron varias veces durante la Primera Guerra Mundial. Esas personas aún pensaban que se ponían en manos de un ejército alemán que se atenía a ciertas normas, como durante la Gran Guerra (al menos según se creía), por lo tanto, obedecieron la disposición de que todos los judíos de Kiev y sus alrededores debían presentarse «el lunes 29 de septiembre, a las ocho de la mañana, en la esquina de las calles Melnikovskaia y Dojturovskaia»: «Deben traer consigo sus

documentos, dinero, objetos de valor, ropa de abrigo e interior, etcétera. Todo judío que no cumpla con esta disposición y sea encontrado en otro lugar será fusilado. Todo ciudadano que entre en las viviendas dejadas por los judíos y robe algo será fusilado». El penoso convoy, formado en su mayoría por mujeres, niños y ancianos—casi la totalidad de los hombres habían sido evacuados con las industrias o combatían en el Ejército Rojo—, se trasladó del barrio de Podil, situado en la parte baja de la ciudad, al punto de reunión junto a la estación de Lukyanivka, que era la penitenciaría y una estación de mercancías, de donde partieron a través de la calle Melnikovskaia en dirección al cementerio judío, hasta llegar al borde de un barranco que por entonces aún estaba situado en las afueras de la capital. Debido a sus yacimientos de arcilla, antes de la revolución se había establecido allí una fábrica de tejas y ladrillos y, después de 1917, dadas sus paredes altas y verticales, el lugar fue utilizado como campo de tiro de una organización deportiva. Por entonces el sitio era un arrabal, con cementerios, centros recreativos, una fábrica y un barranco como los muchos que había en Kiev y bajaban hasta el río Dniéper, la mayoría de los cuales fueron cubiertos de tierra a medida que la ciudad crecía. Allí, paralelamente a la actual calle Olena Teliga, se levantó la barrera de la que, una vez cruzada, ya no había regreso, la barrera tras la cual los judíos, desnudos y despojados de sus pertenencias, fueron fusilados en masa, arrojados al barranco y cubiertos con arena, en una capa sobre la cual se depositaba enseguida otro estrato de cuerpos de personas asesinadas o simplemente heridas y enterradas con vida. Según nos han contado los testigos, nadie daba crédito a lo que estaba ocurriendo, ni siquiera después de escuchar el ruido de las ametralladoras, los gritos de las víctimas y constatar la desaparición de decenas de miles de personas en apenas dos días, todo lo cual convertía aquello en hechos irrefutables. Sería preciso leer los testimonios de las poquísimas personas que lograron escapar, o los relatos de aquellos a los que Sergey Bukovsky pudo interrogar aún en 2006 en su documental *Spell Your Name*. Pero también podríamos echar una ojeada a los restos óseos y los cartuchos de bala documentados por el párroco francés Patrick Desbois en su proyecto *La Shoah par balles*.

No se escatimó ningún medio para ocultar ese gran crimen. La primera justificación fue aducir que el exterminio de los judíos de Kiev fue la respuesta a la voladura de grandes edificios del centro confiscados por las autoridades alemanas inmediatamente después de la entrada de las tropas. La voladura de

los edificios en la avenida Jreshchátyk, que llevó a cabo el NKVD el 24 de septiembre y en la que perdieron la vida muchos soldados alemanes, constituyó sólo el pretexto para señalar a los judíos como chivos expiatorios—«el régimen judeobolchevique»—y desatar un pogromo antisemita como los que tuvieron lugar antes en Lviv y otras ciudades, que no había funcionado en Kiev, a pesar de que también en la capital se habían producido denuncias masivas y agresiones contra la población judía. El terreno de los fusilamientos masivos estaba situado en las afueras y bloqueado. No estaba permitido hablar del asunto. Y durante toda la ocupación, aún después de la masacre contra los judíos, siguió siendo un lugar de ejecuciones y una fosa común donde se sepultó a prisioneros de guerra soviéticos, a partisanos y miembros del ejército nacionalista en la clandestinidad, a pacientes de las clínicas psiquiátricas de los alrededores, a ciudadanos de etnia gitana, a intelectuales y clérigos ucranianos.

Los nazis hicieron todo lo posible para borrar las huellas del crimen. Después de la derrota en Stalingrado, cuando el rumbo de la guerra dio un vuelco y se preveía el regreso a Kiev del Ejército Rojo, el Comando Especial 1005, a las órdenes del comandante del Grupo Especial 4a, el *Standartenführer* de las SS Paul Blobel—organizador de la masacre de septiembre de 1941 con la cooperación del mariscal de la Wehrmacht Walther von Reichenau—, puso en marcha el proceso de eliminación de las pruebas. El 18 de agosto de 1943, en el cercano campo de prisioneros de guerra, se eligió a más de trescientos prisioneros cuya tarea fue exhumar miles de cadáveres, apilarlos en parrillas metálicas colocadas encima de unas traviesas de ferrocarril, rociarlos con petróleo e incinerarlos. Pero ni siquiera esta operación impidió, según testigos como el doctor Lewitas y otros, que después de la guerra se encontraran en el barranco dinamitado y cubierto por la Wehrmacht restos de cuerpos, zapatos, ropas y huesos.

Con motivo de la ampliación de la ciudad, los apartados e «inútiles» terrenos de aquel barranco aún no del todo allanado pasaron a ser objeto de interés para los urbanistas: en aquel lugar podían erigirse zonas residenciales, instalaciones deportivas y parques, como en tantos otros lugares de la URSS. El barranco, bloqueado por un dique, debía irse cubriendo poco a poco con sedimentos y aluviones, hasta que pudiera emplearse como terreno para zonas recreativas e industriales, una universidad científica y viviendas. Pero el 13 de marzo de 1961 el dique se rompió y una enorme avalancha de barro de casi diez metros que arrastraba los restos de los asesinados cubrió un barrio situado más abajo,

Kurenivka, sepultando a centenares de residentes de la zona de nueva construcción, una terminal de tranvías y varias fábricas. Algunos estiman que la cifra total de muertos supera los mil. Algunos interpretaron la rotura del dique y la avalancha de lodo de Kurenivka como una advertencia, como la «venganza de Babi Yar».

La invisibilización de las víctimas judías adoptó formas distintas en diferentes épocas: desde la eliminación de los restos físicos hasta la ocultación de su identidad. Sin embargo, nunca fue posible acallar del todo aquel acontecimiento. Dmitri Shostakóvich lo expresó muy bien cuando, hablando de su *Sinfonía n.º 13*, dijo:

> Muchos sabían lo que había ocurrido en Babi Yar, pero fue necesario el poema de Yevtushenko para cobrar conciencia, porque se había tratado de eliminar el recuerdo de Babi Yar: primero lo intentaron los ocupantes alemanes, más tarde los funcionarios ucranianos. Pero el poema demuestra que Babi Yar no ha caído en el olvido. Eso es lo que debemos al poder del arte. Antes del poema se conocía la masacre en Babi Yar, pero se guardaba silencio. Sólo después de haber leído el poema se rompió ese silencio. El arte destruye el silencio.

Algunas exposiciones organizadas en Kiev con vistas al 75 aniversario pueden entenderse como una confirmación de las palabras de Shostakóvich: en el Pinchuk Art Center, junto al mercado de Besarabia, se han expuesto obras de artistas contemporáneos reunidas bajo el título *The Loss*, acompañadas de lecturas y de un programa de conferencias en torno a Babi Yar. La instalación de Christian Boltanski, *Le Chemin de Babi Yar* (2016), consiste en un largo corredor cuyas paredes están formadas por trece hileras de cajas de lata oxidada apiladas y numeradas, que pueden entenderse como recipientes de cualquier cosa: cenizas, objetos personales o documentos. Boltanski, artista residente en París cuyo padre era de Odesa, de algún modo ha regresado con esta obra a su lugar de origen. Esa especie de túnel, iluminado precariamente por una serie de bombillas desnudas colgadas del techo a intervalos regulares—la luz de los campos, el orden del terror—, conduce hasta un montón de ropa—que alude claramente a las ropas de los reclusos de Auschwitz-Birkenau—iluminado con una luz blanca. Una imagen sombría y monumental que llena la sala de la exposición y sobrecoge.

La artista belga Berlinde De Bruyckere diseña dos espacios en los que se exponen la escultura titulada *Penthesilea IV* y grandes parrillas con pieles de caballo apiladas unas encima de otras en colores rojizo, blanco y azulado, que

nos trasladan de inmediato al matadero en el que la artista belga trabajó realmente. *Penthesilea IV* produce el efecto de un animal descuartizado y destripado.

No cabe duda de que la estadounidense Jenny Holzer ha procesado en su instalación la conmoción derivada de los horrores de las guerras de desintegración de Yugoslavia, la exhumación de los cadáveres. Ello se representa una vez más mediante partes de esqueletos dispuestas por separado y en exacta geometría sobre unas mesas, todo lo cual, depositado sobre unas bandas de granito negro, nos hace pensar de inmediato en exhumaciones y cementerios.

En otra muestra titulada *Culpa* se exponen fotografías, dibujos y montajes de finales de la era soviética y de los años de la independencia de Ucrania. Artistas prominentes como Borís Mijaílov, Sergey Bratkov o Yuri Leiderman exponen en varios espacios fotografías, collages y dibujos en los que se ocupan de distintas experiencias de violencia en Ucrania. Una postal con motivo del 9 de mayo, día de la victoria, está dedicada irónicamente al «Día de la victoria del señor Müller», en referencia a los alemanes, ganadores reales de la guerra. También encontramos un Reichstag cubierto al estilo de Christo, pero con una bandera roja sobre la cúpula. Asimismo, también hay alusiones a la actual guerra en Crimea y en las regiones del este de Ucrania. Nuevos trabajos muestran el *Epicenter of Information War*, fotos pintadas de grafitis o miradas y visiones fragmentarias en *blind spots*. *Ni mira ni voiny. Violence in everyday life* ['Ni paz ni guerra. Violencia en la vida cotidiana'] no es únicamente una metáfora, sino que alude a una experiencia ucraniana en tiempos de guerras híbridas. Yuri Leiderman traza en sus montajes con tarjetas postales de todo el mundo los *mental maps* de la geopolítica. Avertina Kachidze lleva a la exposición una muestra acústica y visual con su obra *The Phone Calls from Cemetery*, conversaciones telefónicas entre una madre y una hija: una en un cementerio de los territorios ocupados (donde hay mejor cobertura) y la otra en la Ucrania libre. En resumen: la experiencia de la violencia ha llegado al mundo del arte, y es una experiencia brutal que nos confronta con el dolor. Simultáneamente, en el café del Pinchuk Art Center, desde donde se disfruta de una grandiosa vista de la zona del mercado de Besarabia, pueden escucharse conferencias y lecturas sobre los estudios del Holocausto, o sobre Bruno Schulz y Paul Celan, cuyas obras acaban de publicarse en ucraniano en varios

volúmenes, con imágenes de Felix Nussbaum y textos de Jean Améry. Asimismo, en el museo se ofrece al visitante la excursión a Babi Yar.

Desde el museo, situado junto al mercado de Besarabia, hasta los terrenos de Babi Yar no hay demasiada distancia, sólo cinco estaciones de metro y menos de media hora de viaje. Al llegar a la estación de destino, que se llama Dorogozichi, aún hay que subir dos tramos de escalera mecánica (como en casi todas partes de la ciudad de colinas que es Kiev, la estación se encuentra a gran profundidad) que nos transportan a la superficie. La salida se encuentra en el cruce de las calles Melnikovskaia, Olga Teliga y Dorogozichka, el centro de la zona de muerte. No sólo a los extranjeros les resulta difícil orientarse, sino también a algunos nativos menos familiarizados con el pasado local, dado que no hay un solo cartel, ninguna indicación. De modo que nos encontramos, como suele ocurrir en las salidas de metro—iguales en todas partes—, en un sitio donde por las mañanas la boca de la estación se traga a multitud de personas y al atardecer las escupe de regreso a su lugar de residencia, en el cruce de avenidas muy transitadas. Es un lugar como el que podemos encontrar en cualquier gran ciudad, con kioscos, puestos de comida y bebidas, puentes y túneles. De modo que aquí fue, aquí ocurrió, éste es el lugar en el que todo sucedió, y ha de ser posible identificarlo, reconocerlo, entrar en contacto con un estrato del tiempo en el que se produjo algo que ya no nos abandonará. Pero incluso si no es la primera vez que uno visita el lugar, resulta difícil orientarse. Los mapas—en mi caso he llevado uno de Kiev durante el Imperio ruso, un mapa polaco de la década de 1920, un mapa alemán «para uso oficial» del año 1942, otro de la Kiev soviética en la postguerra y uno de la capital de la Ucrania independiente—deberían ayudarnos a navegar por estos territorios, pero no resulta fácil orientarse en una zona cuyo relieve se ha visto roturado una y otra vez, en la que los cementerios se convirtieron en parques, donde sólo el muro de un cementerio o de un tanatorio convertido en taller sirven de referencia. ¡Por no hablar de la frecuencia con la que han cambiado de nombre las calles a lo largo del último siglo! Hasta el ojo entrenado del historiador tiene dificultades para reconocer el barranco tapado en los actuales parques con áreas de juegos infantiles e instalaciones deportivas. Incluso el grupo escultórico situado en una depresión del terreno del parque, al sur de la estación de metro, lleva a confusión: el monumento de marcado carácter heroico, erigido en 1976, se halla en un punto que nada tiene que ver con los asesinatos allí cometidos. La menorá, supuestamente levantada sobre el antiguo cementerio judío,

debería estar en los terrenos del cementerio de la antigua comunidad ortodoxa. La voladura del barranco por parte de los alemanes, su rellenado en la década de 1950 para convertirlo en parque, el desinterés y el olvido consciente de los hechos reales que ocurrieron en Babi Yar ha cambiado la fisonomía de estos terrenos varias veces. El monumento a los niños judíos asesinados, situado en el camino del parque, al norte de la estación de metro, marca en cierta medida el lugar en el que «todo ocurrió». Algunos conocedores que han seguido desde hace años el proceso de identificación y diseño del lugar, observadores de los acuerdos gubernamentales, los concursos y los proyectos, hablan a veces de un Babi Yar itinerante o de las dos Babi Yar.

La complejidad no sólo se debe a las múltiples transformaciones de la zona, sino también al empeño por no reconocer Babi Yar exclusivamente como lugar de una masacre contra los judíos. El plan en el que se basa la actual reconstrucción de los terrenos recoge más de treinta lugares de memoria y monumentos, sitios específicos donde hacer una pausa en el camino y recordar. Se trata de la menorá y del terreno donde alguna vez habrá de erigirse el museo del judaísmo en Ucrania, el monumento a los soldados del Ejército Rojo asesinados y a los combatientes ejecutados de la UPA, el Ejército Insurgente Ucraniano, las estelas dedicadas a los sacerdotes asesinados y a los pacientes de la clínica psiquiátrica de Pávlov, el monumento a la poeta patriota Olga Teliga y a la partisana comunista Marina Markus, el memorial de las víctimas de la tragedia de Kureniovka y el monumento dedicado a Anatoli Kuznetsov, autor de *Babi Yar*. Los trabajos de diseño de esos monumentos avanzan a toda marcha, si bien muchos de sus detractores encuentran erróneos varios aspectos del recorrido: para uno de los mejores conocedores de esa zona, Lev Drobyazko, resulta incomprensible que el llamado paseo de los Mártires no se corresponda con la ruta seguida por los judíos aquellos días 29 y 30 de septiembre de 1941 en su camino hacia una muerte segura, del mismo modo que le parece equivocado que el paseo de los Justos discurra exactamente por donde se hallaba la pared vertical desde la que fueron arrojados los cadáveres. Sus investigaciones también han sacado a la luz que durante las excavaciones para la construcción del metro se encontraron muchos restos mortales de víctimas de Babi Yar, pero nadie estuvo dispuesto a revisar los planes ni a cambiar la ubicación de la estación. En la actualidad, ya nada se opone a que la estación de Dorogozichi, que debe su nombre a una calle aledaña, reciba un nombre que recuerde, no sólo a la población local, sino a los visitantes de todo

el mundo, lo que aquí ocurrió durante los años de la ocupación alemana: «Memorial Babi Yar».

Quien viaje a Kiev con motivo de esas celebraciones advertirá la seriedad con la que la actual Ucrania se ocupa de la propia historia, y no sólo verá desmentida la propaganda de odio de los medios estatales rusos, que siguen intentado poner a los ucranianos el sello de colaboracionistas y eternos antisemitas, sino que tal vez inicie un viaje de descubrimiento de la ciudad de Kiev, que absorbió todas las fuerzas pujantes del *shtetl* en la zona de asentamiento judía y las diseminó profusa y cruelmente por todos los rincones del ancho mundo. Basta recorrer la guía de direcciones de Kiev: en la ciudad vivieron figuras como Ber Borojov, fundador del Partido Socialdemócrata Judío, o Poale Zion; en Podil nació el filósofo Lev Chestov; Golda Meir, que más tarde llegaría a ser primera ministra de Israel, nació en la calle Basseinaya; Irène Némirovsky, la escritora residente en París y deportada a Auschwitz, vio la luz del mundo en la calle Pushkin; el pianista Vladímir Horowitz, los escritores Iliá Ehrenburg y Lev Kópelev pasaron su infancia en la ciudad; allí también vivió en ocasiones Sholem Aleijem, el escritor al que el mundo debe *Anavetka* o *El violinista en el tejado*. Con la rememoración de Babi Yar no sólo retorna un fragmento de la memoria más oscura de nuestro continente en el siglo XX, sino el recuerdo de un lugar de la cultura judía que los europeos aún tienen pendiente descubrir.

Agosto de 2016

LA CONMOCIÓN: PENSAR LA SITUACIÓN DE EMERGENCIA

Cuando pienso en lo sucedido en el último año, desde que se aceleraron los acontecimientos en el Maidán y la situación empeoró considerablemente, me parece poco claro, incluso un misterio, por qué me falló la voz, por qué las palabras se volvieron inútiles ante lo que estaba sucediendo. Tal vez intuía que éstas, ante imágenes tan dramáticas, no podían sino palidecer y hacerse superfluas. Era comparable con lo que sentí el 9 de noviembre de 1989, cuando salimos de nuestro piso en la Köpenicker Strasse del barrio de Kreuzberg, en Berlín, y pudimos ver con nuestros propios ojos, en el puente Oberbaum y en el Kurfürstendamm, lo que no hubiéramos creído si alguien nos hubiese dado la noticia: que el Muro había caído y la división de la ciudad había llegado a su fin. Al parecer hay momentos en la vida en los que uno se siente casi fulminado por un rayo y ha de detenerse, parar en seco; exclamaciones como «¡Increíble!» o «¡Qué locura!» o la simple mudez son entonces las reacciones más naturales. Tal vez temía posicionarme públicamente por miedo a que el conflicto, que acababa de estallar y aún no se había resuelto, se intensificara y resultara irreparable, a verme obligado a involucrarme y contribuir a un enfrentamiento por el que tuviera que asumir responsabilidades—intelectuales, morales—en el futuro. Quizá quería evitar tomar partido prematuramente en una lucha condenada al fracaso y en la que otros se jugaban el pellejo. Tal vez fuera desconfianza en mí mismo, pues me había equivocado antes y había tenido que pagar las consecuencias.

Creo—también ahora, *a posteriori*, cuando el tiempo nos permite tomar distancia—que el principal motivo de aquella curiosa parálisis que observé en muchos (y que también pude observar y estudiar en mi propia persona) fue la impotencia ante la rápida escalada de acontecimientos que sólo habrían podido suscitar una reacción adecuada en aquellos capaces de anticiparlos. Para ello habría sido necesaria, como premisa, una imaginación que no se forma leyendo tratados históricos, sino en el espacio abierto de la experiencia inmediata, en directa confrontación con una amenaza repentina. Sin embargo, nosotros, que

crecimos en la postguerra de una Europa pacificada por medio de la intimidación, nos ahorramos tales experiencias. La violencia era, por lo general, una abstracción que afloraba al hablar del pasado, un concepto que no podíamos relacionar con ninguna experiencia propia. El enmudecimiento, la impotencia constituían, al mismo tiempo, una íntima confesión: nos habíamos deshabituado a la violenta realidad del mundo tal como era. No había motivo para permitir que se nos acercara, salvo a través de algún intermediario, como por ejemplo la televisión. Nos habíamos ocupado en detalle de los horrores del pasado y leído todos los documentos y los testimonios; nos parecían insoportables, sí, pero no eran más que relatos de una época pasada, remota para nosotros, y a través de la cual podíamos entender el presente, si bien no de un modo aséptico, sí al menos desde la seguridad de la distancia histórica. ¿Cómo calificar entonces lo que ocurría ante nuestros ojos? ¿Como una invasión de la realidad, una caída desde las alturas de un saber adquirido sobre el pasado a la inmediatez de un presente que ya no podíamos eludir? Los sucesos irrumpieron en un espacio perfectamente delimitado al que se ceñían nuestras vidas y nuestros pensamientos, en el que todo tenía un nombre, y cuyos confines se revelaron frágiles y empezaron a difuminarse. Esta realidad sólo podía ser percibida como una conmoción. Uno se sentía superado por los acontecimientos, ninguneado, desorientado, y ello a pesar de que el mundo se encontraba en un «gran desorden» desde hacía mucho tiempo, desde el «punto de inflexión» de 1989, a pesar de que la llamada «nueva complejidad» ya no era tan nueva y se había convertido en una expresión de uso común. Pero ofrecer «claves sobre la situación intelectual de la época» y verse alcanzado y estremecido por las conmociones y confusiones que sirven de base a esa época son dos cosas muy distintas. De repente ya no estamos por encima de todo—por mucho que uno quiera creerlo—, sino inmersos de lleno en el meollo, y debemos hacer frente a la situación.

Dichosos pueden llamarse aquellos que también entonces, en momentos de conmoción y cambio, mantienen la compostura. Aunque el presente se les echa encima, ellos se mantienen a flote y, en cierto modo, surcan hábil y elegantemente las olas que anegan a otros. No carecen de conceptos teóricos en los que circunscribir la nueva realidad, y, dado que creen en la primacía del intelecto, siempre se anticipan a ella. Lo que a otros supera o, en el mejor de los casos, sume en una gran confusión, es para ellos sólo un ejemplo más de algo que, aunque no estaba previsto en el programa, no llega de un modo

totalmente sorpresivo. No es la sangre fría lo que permite encarar la situación, sino una resistencia a la sorpresa, la indiferencia ante lo nuevo, y no porque sea nuevo, sino porque guarda un parecido con un fenómeno anterior; porque una perspectiva comparatista permite explicarlo, es decir, imponerle un marco teórico, hacerlo inocuo. Hay conceptos para todo, ya sea «geopolítica», «valores de Occidente», «nuevo autoritarismo» o incluso «el alma rusa» o «realpolitik». Todos poseen la clave para interpretar un mundo que está a punto de dinamitar cualquier teoría. Pero ¿qué sucede cuando no se dispone de ninguna clave, cuando uno desconfía de su utilidad para explicar este nuevo fenómeno?

En mi caso no se trató solamente de la posible revisión de un «modelo conceptual», de cierta noción de Rusia o de la historia rusa; tales revisiones, correcciones y ampliaciones son algo habitual y forman parte de la labor rutinaria de la vida académica. ¿Qué sucede, en cambio, cuando los acontecimientos le importan y afectan a uno no sólo en su condición de especialista, de historiador, sino también como observador y coetáneo en una región que ha recorrido durante décadas, con la que está familiarizado de un modo tan especial o, al menos, creía estarlo? La «política»—que, al parecer, había dejado de interferir en mi trabajo—volvía al primer plano (que en realidad jamás había abandonado) y me desafiaba ya no como experto en una materia, sino como contemporáneo, como ciudadano llamado a posicionarse en situaciones de tal envergadura. Fueron los acontecimientos mismos los que trajeron consigo, forzosamente, una politización (o repolitización) del espacio público y los que, a partir de ese momento, empezaron a ejercer presión para que uno adoptara una postura u otra. Los historiadores no son necesariamente las personas adecuadas para analizar y comentar la actualidad política; sin embargo, en su condición de contemporáneos, se ven llamados a posicionarse en medio del vaivén de interpretaciones opuestas, que, como pronto se pondría de manifiesto, formaban parte de lo que se calificó como un nuevo tipo de guerra informativa. En esa confrontación sólo puede mantener el paso quien está al tanto de los acontecimientos, quien profundiza en el trasfondo histórico y social del conflicto actual, quien se ha hecho una idea de los enfrentamientos que están teniendo lugar ante nuestros ojos. ¿Qué debía pensar uno del «nacionalismo» de una «junta fascista» de Kiev que había dado un «golpe de Estado»? ¿Cuánta verdad había en la afirmación de que el antisemitismo estaba fuera de control en Ucrania? ¿Cuánta en la de que organizaciones estadounidenses estaban detrás de las protestas del Maidán? ¿Quiénes eran los

llamados separatistas, y quién pudo haber derribado el avión de Malaysia Airlines? ¿Quién había abierto fuego contra quién? Desde los días del Maidán, todos los que nos interesamos por lo ocurrido en Ucrania hemos estado sometidos a una presión constante, una tensión que se hace sentir en todos los ámbitos de la vida y el pensamiento. ¿Cómo puede uno mantener la calma en una función de *Parsifal* cuando el bombardeo de Mariúpol sugiere que los asaltantes intentan forzar la toma de decisiones a cualquier precio? Con cada noticia uno espera que las tensiones amainen, pero poco a poco, con el paso de las semanas y los meses, nos damos cuenta de que deberemos acostumbrarnos a convivir con persistentes combates, o, aún peor, que todo indica que Europa podría dejar de existir en la forma que se ha ido gestando después de setenta años de postguerra. De la incesante y creciente intimidación militar se deriva una situación de tensión constante que impregna todas las manifestaciones de la vida y causa estragos en la propia salud. La ansiedad se cronifica, y anida en uno la preocupación de que el mundo tal y como lo conocemos pueda venirse abajo. La destrucción de los entornos familiares y la creciente desconfianza, que hace imposible cualquier intercambio de opinión cordial y franco, es angustiante. Uno empieza a prestar atención a matices e insinuaciones que podrían delatar la postura de nuestro interlocutor. Uno ya no sabe qué opinan sobre Ucrania y Rusia los colegas, los amigos, el entorno más cercano, y por tanto evita el tema. Uno observa cómo el debate divide tanto al entorno más cercano (de quienes han dedicado su vida al estudio de Rusia y el este europeo) como a la opinión pública más amplia, preocupada por los motivos más disímiles sin querer darse cuenta de lo que sucede realmente.

Y así han ido las cosas durante más de un año, un año en el que todo lo que veíamos como natural, normal o dábamos por sentado se revela ahora como una excepción de la que hemos tenido la suerte de participar sin ningún mérito propio: siete décadas de paz en la Europa de postguerra. Ahora nos enfrentamos a una situación de emergencia para la que no podríamos estar menos preparados en lo que atañe a recursos conceptuales y modelos de comportamiento, por no hablar de las estrategias de mantenimiento de la paz, que incluyen la capacidad defensiva del Ejército.

Pero el auténtico golpe no lo ha encajado el especialista en Ucrania, en Europa del Este o en Rusia; me toca mucho más hondo. Se trata de una ofensa profunda, casi metafísica, pues implica que la historia no ha seguido el camino que uno esperaba, que trunca nuestras expectativas y suma en el caos un plan

vital en el que una vida buena, exitosa, hubiera debido, o incluso podido, armonizar con una historia que acabara bien. Por lo que parecía, uno tenía derecho a esperar que la historia—que había deparado infinitas desgracias a nuestros mayores—llegase ahora a una tregua; que, después de todo, las convulsiones dieran paso a un período de calma que nos permitiera ocuparnos al fin de desafíos «normales», en lugar de enfrentarnos con una situación de emergencia que jamás habíamos experimentado en nuestras carnes. Aunque nunca di crédito al «fin de la historia» anunciado por Francis Fukuyama—¡cómo hacerlo en 1989, el año en que la rueda de la historia volvía a ponerse en marcha!—, en mi fuero interno creía de verdad que la historia, como mi vida, había llegado a un estadio de quietud y retrospección serena. Había llegado el momento de hacer balance de las catástrofes que la humanidad había sufrido en el siglo XX, incluso de superarlas. Teníamos derecho a confiar en el progreso imparable de una Europa que había vuelto en sí, una Europa que se presentaba como ilustrada y escéptica y se sentía muy segura de sí misma, casi indestructible: no era un final feliz, pero sí algo parecido a la tranquilidad que caracteriza todo proceso de maduración.

Europa había dejado atrás las escapadas, los ejercicios excéntricos y extremistas, podía estar orgullosa no sólo de haber sobrevivido, sino también de haberse puesto en forma en un ejemplo de éxito inconcebible: las huellas de la guerra se habían eliminado de la faz de las ciudades; había desaparecido todo rastro de militancia extremista, que había sido domesticada u obligada a civilizarse, sublimada en los *shopping malls* que ocupaban el lugar de las iglesias; se había regulado el paso de las estaciones con el ritmo constante del trabajo y el descanso, con las playas de ensueño accesibles alrededor del mundo gracias a los paquetes de viaje, con una vida laboral satisfactoria, muy alejada de los horrores del desempleo masivo. Europa había dejado a sus espaldas el legendario «siglo de extremos» y giraba alrededor de los principales festejos y aniversarios, en los que los pocos supervivientes de las grandes catástrofes podían tomar la palabra aunque los nacidos después ya hubiesen entrado en la vejez. Y sin embargo, de pronto, la historia se anunciaba de nuevo con gran estruendo, interrumpiendo el *continuum* temporal; el tiempo de la vida individual y el tiempo histórico se escindían de una manera brusca y dolorosa. ¿Cómo describir algo así? ¿Habíamos caído en un abismo, había cedido el suelo bajo nuestros pies? En cualquier caso, había motivos para la inquietud, para el

desasosiego: había resurgido todo lo que antaño considerábamos «escalofriante».

DESPUÉS DEL
24 DE FEBRERO DE 2022

¡POR VUESTRA
Y NUESTRA LIBERTAD!

Estimado público: agradezco que hayan acudido ustedes a esta manifestación, once días después de iniciada la guerra de Putin contra Ucrania. Hemos convocado este acto porque no se nos ocurre mejor forma de expresar nuestra indignación, nuestra rabia, nuestro desconcierto y nuestra solidaridad con la Ucrania en armas. Se trata de un gesto de impotencia, de desesperación. Estamos consternados, porque somos los espectadores que no queremos ser pero hemos sido demasiado tiempo.

«No podíamos imaginar…» ha sido la fórmula retórica de los últimos días. Así es, y tampoco podemos imaginar lo que está por venir.

Las imágenes de la nueva Ucrania que teníamos en mente desde la revolución del Maidán quedan ahora impregnadas de sangre y cubiertas de escombros. Tras el final de la Unión Soviética, Ucrania se convirtió, a pesar de las múltiples dificultades, en una nación. El país, que se puso a trabajar, sólo pedía que lo dejaran en paz. Y así surgió el nuevo esplendor de Kiev, la nueva Járkov, Odesa como lugar de añoranza, Lviv como pujante centro de la alta tecnología y el turismo: una nación que los europeos llevaban sin mirar desde hacía demasiado tiempo había encontrado su lugar en el horizonte, se había librado por fin de la sombra de la Unión Soviética y de Rusia.

Ahora se echará a perder todo lo construido. Putin ya ha mostrado lo que pretende hacer con Ucrania: en la guerra contra Chechenia redujo a cenizas Grozni y también destruyó la milenaria Alepo. Pero al mandatario ruso no le basta con el urbicidio: las centrales nucleares se han convertido en objetivos bélicos, algo inimaginable hasta hace muy poco. Zaporiyia, la mayor central nuclear de Europa, se encuentra ubicada en el mismo lugar donde, en la década de 1920, se hallaba el mayor embalse europeo de entonces y la represa de Dnieproges, la estación hidroeléctrica del Dniéper. Durante la Segunda Guerra Mundial el dique fue dinamitado en dos ocasiones y los bombardeos devolvieron a la Edad de Piedra aquel territorio industrial. Járkov, dos veces ocupada y destruida por los alemanes, es ahora destruida por misiles rusos. El

país, ya devastado por la hambruna de la década de 1930 que costó la vida a millones de personas, se ha vuelto de nuevo en estos días un territorio en el que no será posible sembrar nada ni recoger ninguna cosecha. Tampoco imaginábamos que las cúpulas del monasterio de las Cuevas, situadas en lo alto del Dniéper, pudieran ser dinamitadas de nuevo. En las fotos vemos centenares de miles de personas huyendo en las estaciones de trenes, las mismas desde donde se transportó alguna vez a millones de hombres y mujeres ucranianos para que realizaran trabajo esclavo durante el Reich alemán. Y jamás habríamos podido imaginar que los escombros de la torre de la televisión de Kiev caerían sobre los terrenos de Babi Yar, donde una vez, en septiembre de 1941, fueron asesinados más de treinta mil judíos. Sobre las imágenes de los crímenes cometidos por los alemanes en Ucrania se superponen hoy las imágenes de los crímenes de guerra de las tropas rusas. Cualquier ucraniano sabe lo que significa que las ciudades se vean asediadas y la población sitiada muera de hambre.

Hemos sido testigos durante mucho, demasiado tiempo, de la crónica de una guerra anunciada. Era más cómodo mirar hacia otro lado, aunque todos sabíamos que no hay que desviar la mirada ni mantenerse de brazos cruzados ante las atrocidades. Oíamos decir que no había que demonizar a Putin, pero lo que tenía previsto para Ucrania, aniquilar al país como Estado soberano, ya forma parte de la realidad de la Rusia actual. En el «Tercer Imperio» de Putin, ese imperio que debe seguir a los imperios zarista y soviético, predomina un totalitarismo de nuevo cuño. El lugar de la memoria histórica, que el país necesita con tanta urgencia, ha sido ocupado por los mitos, la censura y los discursos del odio. Se ha iniciado un gran éxodo. Putin ha metido al país en un callejón sin salida y, por lo visto, está dispuesto incluso a arrastrarlo al abismo. Pero no sería la primera vez que una guerra absurda, criminal y con innumerables víctimas consigue derrocar un régimen. Es muy poco probable que la locura de esta guerra pase por Rusia sin dejar secuelas. Pero lo cierto es que ahora son los ucranianos y las ucranianas los únicos que plantan cara a Putin: de momento ya han echado por tierra el cálculo del presidente ruso, según el cual se trataría de una guerra relámpago, pero pagan el precio que no han estado dispuestos a pagar los europeos, Occidente o lo que éste fue un día. Lo mínimo que podemos hacer hoy, llegados a este punto, es escuchar a los ucranianos en este instante de amenaza mortal y ayudar en lo que podamos.

Slava Ukrayini!

Berlín, Bebelplatz, 6 de marzo de 2022

URBICIDIO:
BOMBAS SOBRE LA «MADRE DE LAS CIUDADES RUSAS»

Escribir puede ser un sucedáneo de la acción para descargarse de la mala conciencia, o del desesperante silencio cuando no encontramos las palabras, o una forma de ocultar que no estamos dispuestos a arriesgar nada. Yo no tengo idea de lo que es la guerra porque nunca he combatido. Lo único que conozco son las imágenes transmitidas en los telediarios o en la CNN. No soy un experto en *urban warfare*.

Pero lo que sí puedo decir es lo que fueron las ciudades ucranianas antes de que las tropas rusas las atacaran. En la Pascua de 2014 fui testigo de la toma del edificio de la administración de Donetsk: una muchedumbre variopinta con ridícula vestimenta de cosacos atrincherada tras unas pintorescas barricadas. Los instigadores de la acción informaron desde Moscú, llenos de orgullo y con lujo de detalles, de la profesionalidad con la que habían atacado por sorpresa y dominado la ciudad. Donetsk era entonces una ciudad de millones de habitantes, con teatro de ópera, estadio y los logotipos de empresas de todo el mundo en sus avenidas.

Antes de la pandemia tenía planeado viajar a Ucrania, más concretamente a Járkov, en compañía de un grupo de arquitectos y urbanistas. En el programa estaba la visita a los edificios de la década de 1920, de la Bauhaus y del constructivismo soviético. Járkov fue durante más de una década la mayor obra en construcción de Europa, el sitio donde debía erigirse la ciudad moderna, con edificios administrativos, gubernamentales y comerciales, nuevas instalaciones fabriles, viviendas y zonas residenciales. Incluso para arquitectos muy familiarizados con la arquitectura moderna, la ciudad ucraniana, a pesar de sus icónicos edificios, seguía siendo por lo general un territorio inexplorado. También pretendíamos aprender algo sobre la historia de la ciudad: sobre los años de la hambruna de 1932-1933, cuyas fosas comunes se habían descubierto dentro y en los alrededores de la urbe; sobre los lugares de ejecuciones durante los años del Gran Terror, el asesinato de los oficiales polacos en la primavera de

1940 y, a continuación, sobre la ocupación alemana de Járkov, la deportación de millones de personas al Reich, la masacre contra los dieciséis mil judíos de Járkov en las afueras de la ciudad, en Drobitsky Yar. Lo ocurrido en Járkov se repitió en otras ciudades de Ucrania, «el país más desdichado de Europa», como lo ha llamado Adam Michnik. Durante los años de la independencia ese martirologio tomó la palabra, las topografías del terror quedaron al descubierto, se identificaron las fosas comunes con las víctimas de los regímenes estalinista y nacionalsocialista, a veces situadas unas frente a otras.

En esos años de libertad e independencia las ciudades ucranianas florecieron y, a pesar de las dificultades, volvieron a ser lo que una vez habían sido. Nuevos aeropuertos, trenes de alta velocidad de fabricación surcoreana, ciudades que de la noche a la mañana pasaron del provincianismo soviético al espíritu centroeuropeo. Kiev resurgió como capital cosmopolita, las torres de los bancos se alzaron en Dnipró, millones de trabajadores migrantes se desplazaron hacia los países de la Unión Europea, Lviv, con su encanto habsbúrgico, dio acogida a nuevos centros de alta tecnología, autores como Yuri Andrujóvich o Serhiy Zhadan pudieron circular por toda Europa: el país experimentó una modernización sin parangón.

Las ciudades que nuestro grupo de arquitectos podría visitar hoy se encuentran en estado de excepción. Ya en 2014 pudo verse en Donetsk lo que significa la extinción de la vida en una urbe, cuando decenas de miles de personas abandonaron la ciudad para continuar sus vidas en otra parte, cuando las universidades, los clubes de fútbol y las empresas tuvieron que exiliarse en la Ucrania libre. El 24 de febrero de 2022 se inició la guerra contra Ucrania, contra sus ciudades y pueblos, con ataques de misiles, destrucción de infraestructuras, ataques premeditados a zonas residenciales y bombardeo de aeropuertos. Se produjeron asedios para provocar hambrunas, millones de personas se vieron forzadas a desplazarse, aparecieron barricadas en lugares donde la gente solía pasear en primavera, los museos no tuvieron tiempo de ser evacuados antes de verse envueltos en llamas, las estaciones de metro empezaron a usarse como refugios antiaéreos. Lo que ocurre en el país lo entienden muy bien los mayores que aún recuerdan lo vivido durante la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de nosotros sólo conoce las imágenes de Róterdam y Coventry, de los comandos con lanzallamas en el gueto de Varsovia y los edificios calcinados en Dresde.

Ése es el pasado que tan bien conocemos, pero éstas son imágenes del presente. ¿Cómo reaccionaríamos si unas bombas cayeran sobre el Vaticano? El complejo de edificios del monasterio de las Cuevas en Kiev es el «Vaticano de la cristiandad en el este europeo». Hemos visto innumerables veces la escalera que baja hasta el puerto de Odesa en *El acorazado Potemkin*, de Serguéi Eisenstein, pero que la flota rusa pueda reducir a cenizas la ciudad que sobrevivió a la guerra civil y a la ocupación alemana nos resultaba hasta hace poco tan inimaginable como un ataque a ciertas ciudades hermanas de Odesa como Venecia, Génova, Marsella o Barcelona. Si Europa no es tan sólo una bonita metáfora, la guerra contra las ciudades ucranianas va dirigida contra todo lo que Europa representa.

Kiev, que durante la guerra civil vivió diecinueve cambios de poder, la voladura de sus calles y catedrales, y reconstruyó luego la avenida Jreshchátyk, lucha ahora contra el avance de las tropas de Putin. ¿Cuántas joyas arquitectónicas, museos e iglesias han de ser pasto de las llamas para que la comunidad internacional se movilice en defensa de lo que consideramos «patrimonio de la humanidad»? ¿Cuántas viviendas, hospitales y guarderías han de recibir el impacto de un misil, cuántas personas habrán de ser asesinadas por algún francotirador o por una horda de soldados para que la comunidad internacional—o lo que estamos acostumbrados a considerar como tal—«intervenga»? Putin demostró en Grozni que es capaz de convertir una gran ciudad en un paisaje de ruinas, que le resulta del todo indiferente el destino de Alepo y sus habitantes. Con los combates en los alrededores de las centrales nucleares de Jmelnitski y Zaporiyia el mandatario ruso ha abierto la puerta al ecocidio. Los seres humanos son capaces de producir catástrofes sin necesidad de bombas atómicas.

Casi parece que el lenguaje arcaico de los horrores bíblicos o de las viejas crónicas sea el único apropiado para describir la actual situación. En la Crónica de Néstor, escrita en el siglo XII en el monasterio de las Cuevas de Kiev, se califica la ciudad como la «madre de todas las ciudades rusas». Putin no ha sido el primero en llamar a la guerra contra la madre de todas las ciudades. Andréi Bogoliubski, príncipe de Vladímir-Súzdal, el nuevo centro en el noreste del Rus, envió a sus ejércitos para que destruyeran la capital del antiguo Rus, a pesar de hallarse Kiev en medio de la sagrada cuaresma. Según las crónicas, ocurrió el 12 de marzo de 1169: «Durante dos días saquearon y quemaron la ciudad entera, Podil y la ciudadela, los monasterios, la catedral de Santa Sofía,

la iglesia del Diezmo, no hubo piedad para nadie». Con la destrucción de Kiev se dio inicio al desplazamiento del centro del antiguo Rus de Kiev hacia el Gran Principado de Moscú, hacia el Estado moscovita y la autocracia. Para muchos historiadores, también para el fundador de la historia nacional ucraniana, Mijailo Jrushevski, ese momento marca la bifurcación entre el despotismo oriental y la orientación occidental del antiguo Rus de Kiev.

Desde entonces Kiev ha vivido varias devastaciones y ha conseguido siempre despertar a una nueva vida. Mandelstam llamó una vez a Kiev «la ciudad más resistente de Ucrania», porque siempre se ha recuperado: de los saqueos perpetrados por los mongoles y por las tropas tártaras del kanato de Crimea, de la destrucción causada por el plan general de Stalin y de la letal ocupación alemana. La ciudad a la que fue otorgado el Derecho de Magdeburgo en 1494, fue el escenario del mayor movimiento popular en Europa desde 1989.

En Kiev se decide en la actualidad si Europa se mantiene firme o claudica. Uno siente pudor de tener que emplear estas patéticas palabras, pero para los combatientes de ambos sexos en las calles de Kiev el discurso según el cual nos hallamos en una era «postheroica» sólo es un signo de ignorancia, una pose intelectual.

Lo que en 1948 fue válido para Berlín, durante el bloqueo a la ciudad, es válido hoy: «Pueblos del mundo, mirad esta ciudad». Occidente no hizo entonces oídos sordos al llamamiento del alcalde berlinés Ernst Reuter. Kiev necesita armas, necesita el cierre de su espacio aéreo a los agresores rusos, aguarda algo parecido al puente aéreo que salvó a Berlín.

10 de marzo de 2022

UNA CIUDAD QUE YA NO EXISTE

Estuve por primera vez en Mariúpol en la primavera de 2014, de camino entre Donetsk y Odesa. Crimea acababa de ser ocupada y, en Donetsk, fuerzas especiales moscovitas habían asaltado los edificios administrativos de la ciudad. En Mariúpol y en Berdiansk los viajeros no estaban autorizados a bajar del autobús: era demasiado peligroso. En los meses siguientes se produjeron disturbios y los rebeldes prorrusos tomaron durante algún tiempo el poder. Desde entonces han continuado los bombardeos sobre la ciudad desde los territorios ocupados por los separatistas, la frontera discurre a pocos kilómetros de la urbe. Después de la construcción del puente sobre el estrecho de Kerch y de varios ataques a buques ucranianos, aumentó la presión sobre el segundo puerto más importante del país.

Cuando visité Mariúpol por segunda vez, en 2018, aún podía palparse la tensión. El aeropuerto internacional estaba cerrado, el viaje en tren nocturno desde Kiev discurría a través de la llamada «línea de contacto» y fue largo y fatigoso. No obstante, desde la perspectiva de hoy, cuando la ciudad se encuentra en ruinas, fue un milagro de normalidad. «Un puente de papel» fue el título de la conferencia de escritores alemanes y ucranianos que aún abrigaban la esperanza de encontrar un lenguaje que se sustrajera a la hostilidad reinante. No pudimos llegar hasta el cercano frente de operaciones, pero Serhiy Zhadan ofreció una lectura de sus textos a los voluntarios en la avanzadilla.

La mayoría de los participantes, no sólo los alemanes, apenas podían asociar nada con el nombre de Mariúpol. Oímos hablar de problemas relacionados con la contaminación del medio ambiente, veíamos el brillo multicolor del humo y los gases salidos de los altos hornos y las chimeneas. Más importantes que las escaramuzas bélicas de mayor o menor envergadura parecían entonces los problemas medioambientales de unas empresas que, desde su privatización, pertenecían a Rinat Ajmétov, el hombre más rico de Ucrania. Pero incluso allí, en el extremo sureste del país—la frontera con Rusia, en circunstancias normales, se hallaba a una hora de viaje en coche—, reinaba el espíritu optimista, como en casi toda Ucrania. Desde la estación de autobuses podía

viajarse a toda hora a cualquier rincón de Europa. Por el inglés de los jóvenes se notaba que muchos habían estado en el extranjero. La imagen urbana se había transformado, los hoteles y pensiones habían sido modernizados. Existía una «escena creativa» que utilizaba los imponentes muelles del puerto como escenarios de sus actuaciones nocturnas. En estos momentos, cuando la mirada a la ciudad devuelve las espantosas imágenes de edificios acribillados y fosas comunes en los patios de las urbanizaciones de edificios prefabricados, vemos con más claridad que antes del ataque ruso Mariúpol era una gran ciudad de medio millón de habitantes con todo lo que eso acarrea: embotellamientos en las calles, un servicio de transporte público que funcionaba, modernos supermercados y centros comerciales, edificios de oficinas, aparcamientos, cines, discotecas y clubes; en fin, Mariúpol disponía de todo aquello que distingue a cualquier gran ciudad europea que ha dejado atrás ese provincianismo que aún reflejaba una película soviética de culto como *La pequeña Vera* (1988), ambientada precisamente en Mariúpol.

De la nueva Mariúpol formaba parte también el redescubrimiento de la historia de la propia ciudad: la avenida de Grecia, con imponentes mansiones de comerciantes y empresarios, nos recordaba que Mariúpol había sido una antigua fortaleza de cosacos y que, a finales del siglo XVIII, había estado fundamentalmente poblada por griegos del mar Negro llegados desde Asia Menor y Crimea. Del auge económico y cultural en torno al año 1900 dan fe algunos edificios de estilo historicista como el hotel Continental, ciertas sedes de bancos y redacciones, así como la neogótica torre de agua, que asombrosamente ha sobrevivido a todas las devastaciones del siglo XX. La casa del comerciante Natan Rabinkin o las ruinas de la sinagoga en la calle Georguievska son el testimonio de una próspera comunidad judía que fue aniquilada a las puertas de la ciudad tras la llegada de los alemanes en octubre de 1941. También el constructivismo de la década de 1920 dejó su huella en la avenida de la Paz. En el casco histórico los edificios del imperio estalinista construidos después de la Segunda Guerra Mundial tienen una presencia masiva. En muchas de esas obras arquitectónicas pueden verse aún las huellas de los conflictos del siglo XX. La casa del abogado Júriev sirvió como sede del periódico local, del NKVD, el servicio secreto soviético y, en el período de ocupación alemana, de la Gestapo. Numerosas iglesias fueron demolidas en la década de 1930, una de ellas en el lugar donde, después de la guerra, se erigió

ese teatro que hoy vemos convertido en el refugio de centenares de civiles que perdieron allí la vida a raíz de un ataque con misil de las fuerzas rusas.

Todas las vías y avenidas de Mariúpol parecen conducir a los complejos metalúrgicos de Ilitch y Azovstal, situados en la otra orilla del río Kalmius, que divide la ciudad en dos mitades. Sus altos hornos, sus plantas de laminación, las salas de máquinas y las chimeneas dan forma al noble perfil de la ciudad. Los cambios de turno de los obreros—que en un tiempo llegaron a ser cuarenta mil—determinaban el ritmo vital de toda la urbe, y la historia de esas fábricas es también la historia de la ciudad en el siglo XX. Representan el auge de Mariúpol como centro industrial del acero en Ucrania y uno de los mayores complejos metalúrgicos del mundo. En los inicios del complejo metalúrgico de Ilitch, surgido en 1896 de la compañía Providence Russe à Mariupol S. A., la empresa se financiaba con capital belga y estaba dirigida por ingenieros estadounidenses. El otro complejo metalúrgico, el de Azovstal, fundado durante el Primer Plan Quinquenal, se inscribía en una serie de «grandes obras del comunismo» como Magnitogorsk y el Kuzbás. Mariúpol, con sus vías ferroviarias y su puerto marítimo, se hallaba situada en la intersección de los depósitos de carbón y de mineral, y se nutría de la inagotable mano de obra de campesinos que, desplazados por la colectivización y las hambrunas, afluyeron torrencialmente a las ciudades. Sólo lo más moderno era lo suficientemente bueno: equipamientos de Siemens-Schuckert, Demag, Metropolitan-Vickers o Schloemann. Las fábricas de Mariúpol suministraban todo lo necesario para la modernización de la agricultura: hierro fundido, acero, tuberías, pilares de puentes, vías férreas, trenes blindados. Lo que no pudo ser desmontado a tiempo durante la ocupación nazi fue puesto en manos de la Friedrich Krupp AG en nombre de la «Empresa Fiduciaria de la Sociedad Metalúrgica y Minera del Este».

Aunque la planta se vio seriamente dañada, la producción se retomó poco después de la reconquista de la ciudad, y la fábrica—como si hubieran pensado ya en la siguiente guerra—fue dotada de instalaciones subterráneas, una «ciudad dentro de la ciudad», que hoy es el refugio de quienes defienden Mariúpol de los invasores rusos. Azovstal, símbolo de la reconstrucción e industrialización del país, se ha convertido hoy en símbolo de la destrucción de una ciudad abruptamente devuelta a la Edad de Piedra.

El lugar donde esto ocurre y donde tiene lugar el combate final y decisivo, el área de las plantas metalúrgicas, esa «ciudad dentro de la ciudad», puede

reconocerse perfectamente en las imágenes de satélites y de drones. Las nuevas tecnologías nos convierten en testigos de una batalla terrible. Bien reconocible es la superficie de color óxido que podemos ampliar con el zoom: este paisaje industrial creado por el hombre en el siglo XX está a merced de los ataques con bombas y misiles. En el año 2016, el fotógrafo checo Viktor Mácha creó documentación de estas monumentales instalaciones fabriles. No podía saber entonces que esas fábricas se convertirían en el lugar de retirada de los últimos defensores de Mariúpol frente a las tropas rusas, último refugio también de habitantes que no consiguieron abandonar a tiempo la ciudad asediada. Lo que varias generaciones construyeron literalmente con «el sudor de su frente» ha pasado a ser ahora el objetivo de una destrucción sistemática y sin parangón.

Ni siquiera las más atroces descripciones del comandante Serhiy Volyna han podido reproducir lo que ocurría en aquel sistema de túneles de la ciudad bajo la ciudad: sin agua ni vituallas, centenares de soldados y civiles heridos a quienes no era posible hacer llegar ningún suministro se refugiaban allí, bajo el fuego de balas permanente. Hemos leído los diarios de Lidia Ginsburg durante el bloqueo de la ciudad de Leningrado, las declaraciones de testigos supervivientes del gueto de Varsovia, los apuntes del conde Hans von Lehndorff desde una sitiada Kaliningrado o la epopeya de Vasili Grossman sobre Stalingrado. Azovstal, hasta la caída de la ciudad en mayo de 2022, fue el último bastión de los agredidos, la fortaleza en la que no sólo se defendió a Ucrania, sino a toda Europa, que no logró hacer acopio de fuerzas para acudir en ayuda de esa ciudad.

25 de abril de 2022

ERA ORIUNDO DE MARIÚPOL

La mayoría de quienes han visitado San Francisco conocen Telegraph Hill. Desde allí, en lo alto de la colina, se disfruta de una vista panorámica que abarca el puente Golden Gate, la isla con la cárcel de Alcatraz y la otra orilla de la bahía. Mucho más impresionante es la vista desde el mirador de la Coit Tower, de más de sesenta metros de altura, que a principios de la década de 1930 donó a la ciudad una excéntrica millonaria en honor del cuerpo de bomberos de San Francisco. Para decorar las paredes de las escaleras se convocó a varios artistas, casi todos de izquierdas, que, gracias a los programas de empleo del New Deal, debían crear una serie de frescos sobre «aspectos de la vida en California», obras de carácter social, realista, inspiradas por el espíritu de la época: murales que celebraran la educación del pueblo, que representaran la dura realidad de los años de la depresión y denunciaran el mundo de las finanzas. En uno de los murales podía verse incluso el símbolo de la hoz y el martillo, pero como la prensa exigió que lo taparan la inauguración de la galería en 1934 hubo de posponerse.

En uno de los murales, un hombre con sombrero se halla de pie frente a un ejemplar del *Daily Worker* y de la principal revista de la izquierda, *The Masses*. Se trata de un autorretrato de Víktor Mijáilovich Arnautov (o Arnautoff), cuyo nombre no llama en absoluto la atención en la amplia lista de aristas del New Deal con orígenes polacos, irlandeses o judíos. Existen otros murales suyos en el área de la bahía—en una clínica en Palo Alto, por ejemplo—, pero sobre todo hay un ciclo entero de frescos en la George Washington High School, el cual, con motivo de una confrontación bien característica del año 2019, acaparó la atención de la opinión pública. La dirección del centro había decidido ceder a las exigencias de los activistas de Black Lives Matter y cubrir las trece obras que conforman el ciclo, supuestamente racistas. La reacción no se hizo esperar: centenares de académicos, maestros y artistas dejaron claro que en el caso del ciclo titulado *The Life of George Washington* se trataba justamente de lo contrario, no era una apología, sino una crítica al racismo insólitamente osada para la época. Terminado en 1936, el ciclo fue una de las primeras

representaciones de George Washington no sólo como uno de los padres fundadores de Estados Unidos. Un mural lo muestra como propietario de plantaciones de esclavos a cuyo trabajo debía su riqueza. Otro de los cuadros muestra a unos colonos que, instruidos por Washington, parten armados hacia el Nuevo Mundo y pasan por encima del cuerpo de un indio asesinado. Los jóvenes activistas de Black Lives Matter, a pesar de sus buenas intenciones, no tenían ni idea, de modo que el acuerdo fue revocado.

En ese ciclo de Arnautoff se reconoce fácilmente el lenguaje pictórico de su maestro, el muralista mexicano y artista revolucionario Diego Rivera, con el que había trabajado en Ciudad de México entre 1929 y 1931, llegando a participar significativamente en el diseño de varios edificios públicos. El mismo Diego Rivera había creado para Ford el mural *Detroit Industry* y para Rockefeller, en el edificio del mismo nombre, la obra *The Crossroads of Mankind*, la cual incluía un retrato de Lenin que más tarde fue tapado por las presiones de las empresas con sede en el edificio.

Pero Arnautoff tuvo una vida antes y después de vivir en California. Esa vida comenzó y concluyó en Mariúpol, la ciudad de la que muy pocos habían oído hablar hasta ahora, a pesar de haber sido, durante el siglo XX, uno de los principales centros de la producción de acero a nivel mundial, un centro de la industrialización soviética, ahora convertido en símbolo de una guerra bárbara iniciada por los rusos y de la heroica resistencia de los ucranianos, un lugar decisivo, a fin de cuentas, en la lucha entre una Ucrania libre y soberana y un agresor fascista con apetitos imperiales.

Víktor Mijáilovich Arnautov nació en 1896 en un pueblo de la región de Zaporiyia. Era hijo de un sacerdote, pero creció en la cercana Mariúpol, la ciudad portuaria y multiétnica a orillas del mar de Azov. Allí asistió al instituto masculino Aleksandr, donde recibió su primera formación artística. Tras un rápido entrenamiento como soldado, combatió durante la Primera Guerra Mundial y fue condecorado con la Orden de San Jorge. En 1918 combatió en la guerra civil en el bando del Ejército Blanco a las órdenes del almirante Aleksandr Kolchak. En 1925, tras la derrota de este último, logró llegar a Estados Unidos, pasando antes por Harbin, en Manchuria. Una vez en California, entró en contacto con Diego Rivera a través de la California School of Fine Arts. El «guardia blanco» se convirtió entonces en uno de los artistas de izquierda del New Deal y, hacia finales de la década de 1930, llegaría a integrar las filas del Partido Comunista de Estados Unidos, en un momento, 1938, en

que su padre, que aún residía en la URSS, era víctima de las purgas estalinistas. Al comienzo de la guerra contra Hitler, recaudó fondos para el Ejército Rojo, lo cual, a su vez, se convirtió en una pesadilla para el artista una vez concluida la guerra, cuando fue citado a comparecer ante el Comité de Actividades Antiamericanas, cuya condena consiguió evitar sólo gracias al apoyo de sus colegas en la Universidad de Stanford.

Evidentemente, pertenecía a ese grupo de emigrantes que al final de sus vidas decidieron regresar a su país natal, o se dejaron seducir para hacerlo. Después de un viaje a la Unión Soviética en 1961, regresó al país y se estableció en la ciudad donde había crecido, que había padecido muchísimo bajo la ocupación nazi y que entonces, tras la guerra, había sido rebautizada con el nombre de Zhdánov, el tristemente célebre responsable de los asuntos relacionados con la cultura durante el estalinismo. Arnautoff murió en 1979 en un pueblo próximo a Leningrado, adonde se había mudado con su segunda esposa poco antes de su muerte. Sus cenizas, sin embargo, fueron llevadas de vuelta a la ciudad que lo vio crecer.

Su legado artístico en Mariúpol podía contemplarse hasta que se produjo la agresión rusa contra la ciudad. Sus frescos y mosaicos podrían interpretarse como una forma sovietizada del New Deal o, en todo caso, como la obra de un muralista que había adoptado como propia la mitología soviética de un futuro paraíso en la tierra. El gran mosaico en la fachada de la escuela primaria número 54, un edificio de tres plantas fruto de la segunda ola de modernidad arquitectónica en la década de 1960, muestra a una maestra rodeada de pioneros con sus pañoletas que echa a volar una paloma de la paz. En el mural podemos ver, además, a dos alumnos que confeccionan un avioncito de papel. En el fondo, brilla un sol gigantesco en medio de un cielo azul, mientras un cohete Sputnik se alza en el firmamento en dirección al espacio. Otro de los grandes trabajos de Arnautoff podía verse en el aeropuerto internacional de Mariúpol. Su título era *De los escitas al cosmos* y representa la historia de progreso en la URSS: de las cosechas de vid y la pesca a orillas del mar Negro, del trabajo de campesinos y obreros metalúrgicos, hasta la lucha contra los ocupantes nazis, cuyos estandartes con la cruz gamada son arrojados al suelo. Esta mitológica historia del progreso ha llegado hace tiempo a su fin, al menos desde el final del imperio soviético, pero ahora ese legado artístico y estético también está siendo materialmente destruido.

En tiempos normales, los murales estadounidenses de Arnautoff y sus mosaicos soviéticos serían material de estudio sobre las trágicas biografías de artistas a lo largo del siglo XX, de interés para la investigación sobre ciertas afinidades reales, más allá de las fronteras, entre dos sistemas sociales antagónicos. Gracias a estas obras es posible aprender algo sobre el *pathos* que reinaba en la construcción de un mundo nuevo tanto en los Estados Unidos del New Deal como en la Unión Soviética del período de la industrialización, sobre el trabajo como lucha heroica y sobre la transformación de la naturaleza como batalla del progreso hacia un futuro mejor.

Las obras de Arnautoff en San Francisco vuelven a estar accesibles y visibles para el público. El universo de los mosaicos de Arnautoff en Mariúpol ya no existe. Desde la llamada «descomunización» del espacio público en Ucrania habían perdido su relevancia. Pero hoy su lugar lo han ocupado otras imágenes: imágenes del infierno de Mariúpol, en tiempo real, implacables, transmitidas a lo largo de semanas, de días, de horas, segundo a segundo.

21 de abril de 2022

DESVALIDO ANTIPUTINISMO: ANATOMÍA DE UNA IMPOTENCIA

«Cambio de época» o «período de transición» son las expresiones del momento. La unanimidad con que han sido acogidas en el Bundestag alemán indica que con la agresión rusa a Ucrania la realidad ha llegado por fin a los espacios de toma de decisiones de la política. Pero son muchos, demasiados, los que pronuncian la frase con significativa ligereza: simplemente nos equivocamos, simplemente nos engañaron. Sin embargo, durante décadas la idea de una «asociación modernizadora» con Rusia formó parte de los programas del gobierno: la construcción del oleoducto Nordstream 2 fue alabada por Schröder y Merkel, y hasta hace poco también por el nuevo canciller federal Scholz, como un gran proyecto de la economía privada. Ahora es preciso olvidar todo eso. Las consecuencias de esos *mea culpa* pronunciados con ligereza y premura aún están por verse.

RESERVA Y CLICHÉS RUSOS

Cabe preguntarse, además, por qué se le restó importancia o simplemente se silenció lo evidente: que ese oleoducto creaba desde el principio una situación de dependencia y podía ser empleado, llegado el caso, como un arma en la política energética. ¿Cuál es el nivel de una opinión pública en la que, en numerosos programas de debate televisivos, daban su opinión personas sin la menor idea sobre las circunstancias reales en Ucrania y Rusia? ¿Y cuál es el nivel de un gobierno que hasta hace poco seguía invocando el diálogo, mientras Putin hacía alarde de su desprecio por cualquier recurso a la diplomacia y desplegaba sus tropas? En Alemania, hablar en público de armas o de defensa significó hasta hace nada ser considerado como un militarista.

Que Putin domine la escalada y Occidente apenas tenga capacidad de reacción son las dos caras de una misma moneda. Tras la catástrofe en Siria y la ola de refugiados provocada por la misma, así como tras la pandemia y la guerra en Ucrania, la capacidad de reacción de la opinión pública también despareció rápidamente. ¿Cuánto se tardó en reaccionar en 2020 a las imágenes

de la cacería de personas en las calles de Minsk? ¿Y ahora, en el caso de la guerra en y contra Ucrania? La guerra es una gran maestra, tal vez la más severa, de una generación de postguerra (mal) acostumbrada a la paz. Para la abrupta irrupción de la realidad sólo disponíamos del vocabulario de la conmoción: «No tenemos palabras», «Estamos desconcertados» o «Nunca habríamos podido imaginar nada parecido». Hemos aprendido de golpe que existe una realidad que escapa a nuestras nociones, y nos hemos visto expulsados de un universo cuya continuidad creíamos segura pero que se revela ahora como una ilusión. La pérdida de esa ilusión podría considerarse también una ganancia en términos de realismo: la desilusión es una forma de lucidez. En adelante, podemos iniciar las labores de desescombro.

Qué difícil resulta, sobre todo en Alemania, decir adiós a un mundo de nociones obsoletas. Ello se ha hecho evidente no sólo con la conmoción causada por la guerra de Rusia contra Ucrania. Tuvo que transcurrir un tiempo antes de que los acontecimientos llegaran a los *think tanks*, cuyo número parecía crecer en proporción al desconcierto generalizado. En los debates de televisión se impuso la retórica del asombro: quien criticaba a Putin era acusado de demonización o de rusofobia. No era necesario saber demasiado acerca de Rusia si se podía decir algo sobre los errores históricos de Occidente. Meterse en la cabeza de Putin, tratar de adivinar sus pensamientos, se convirtió en la ocupación principal de los analistas, y los políticos parecían haberse convertido en psicoterapeutas analizando las consecuencias derivadas de una humillación personal. En los círculos diplomáticos todo parecía limitarse a ver quién se trataba de tú con Vladímir Vladimírovich, quién podía ponerle una mano en el hombro o incluso obtener un abrazo del mandatario. Una pringosa camaradería ocupó el lugar de la diplomacia, que tanto celo suele poner en mantener las distancias. Para ensalzar la figura de Putin se daban lecciones sobre el déficit histórico de Rusia en términos de sociedad civil y sobre la necesidad que tienen «los rusos» de la mano dura de un zar. La propaganda rusa no necesitaba agentes, tenía garantizado, sin coste alguno, que cualquier cliché sobre Rusia acudiría en su ayuda: desde autores de *best sellers* como la señora Krone-Schmalz, que habló de sus días en Rusia, hace ya tiempo olvidados, pasando por Gregor Gysi, que opinó temerariamente sobre asuntos que no entiende, hasta Sahra Wagenknecht, que emitió juicios sobre Ucrania, un país que desconoce por completo. A Matthias Platzeck, presidente del Foro Ruso-Alemán, se le permitió evocar una y otra vez sus bonitos recuerdos de los

soldados rusos en la RDA, mientras que cuando le preguntaron por los asesinatos y la persecución en la Rusia actual simplemente hizo una escueta y rutinaria condena. La alianza cómplice de estos expertos en Putin abarcaba todo el espectro político, desde la izquierda, que afirma mantener la tradición del antifascismo, hasta la Alternativa por Alemania de Alexander Gauland, que se refería a Bismarck y al siglo XIX, y mantenía contacto con el oligarca ortodoxo Konstantín Maloféiev, quien financia a los separatistas del Dombás. En esa coalición de conjurados vimos también los llamamientos a la moderación de Markus Söder en Baviera y de Armin Laschet en Renania del Norte-Westfalia. El caso de Gerhard Schröder tal vez es más singular, ya que en él se manifiesta casi todo lo que da forma al complejo de los alemanes frente a Rusia: el trauma de la guerra y la pérdida del padre, la erótica del poder, la gratitud por la adopción de unos hijos en la que hizo de intermediario el propio Putin—y de los que no hablaremos porque no vienen al caso—, la sincera admiración por Putin, «un tipo con huevos», y la convicción de que, más allá de embolsarse el salario de la petrolífera Rosneft, está prestando un servicio a la nación y a la industria alemanas.

EL FIN DE LA CULTURA DE LA MEMORIA COMO SUCEDÁNEO

El líder moscovita conoce muy bien la mentalidad de los alemanes, condicionada por la culpa, la fascinación por el «alma rusa» y los intereses económicos, de ahí que sepa tocar las teclas adecuadas. La mayoría de los alemanes sigue convencida de que las principales víctimas de los crímenes de la Wehrmacht y los comandos especiales fueron «los rusos». Ucrania y Bielorrusia, los escenarios principales de la barbarie nazi, no aparecen en esa representación de los hechos. Aun pasadas tres décadas de la desaparición de la Unión Soviética, tras la revolución en Kiev y el movimiento popular en Minsk, en Alemania—y también más al oeste—resulta difícil reconocer que el mapa de Europa ha cambiado radicalmente. Los alemanes tendrían motivos suficientes para sentirse responsables frente a esos otros pueblos mancillados, es decir, motivos para acudir en su auxilio con armas en lugar de darles lecciones morales. La monstruosidad de los crímenes cometidos hoy por las tropas rusas ante nuestros ojos no nos permite seguir aferrándonos a una cultura y una labor de memoria que desde hace tiempo se ha convertido en un sucedáneo de

la aceptación del presente. Esa cultura de la memoria que cierra los ojos ante la actualidad y que, en general, se ha convertido en un cómodo ritual, ha llegado a su fin. No es posible honrar con verosimilitud a las víctimas de la ocupación alemana en Kiev, Járkov u Odesa y callar sobre las víctimas actuales de la guerra declarada por Rusia. La impresionante ola de simpatía espontánea y la voluntad de ayudar a una Ucrania amenazada y en armas, una ola que se extendió por todo el país y por el mundo entero, ha pasado por encima de las formas anquilosadas de la memoria histórica, dándole al mismo tiempo nueva vida, y ya no hay vuelta atrás. Esta experiencia nos ayuda a permanecer inmunes ante las manipulaciones de la propaganda rusa, que instrumentaliza los sentimientos de culpa de los alemanes. Y además puede servirnos para llamar a las cosas por su nombre.

LA RUSIA DE PUTIN, UNA ESENCIA DESCONOCIDA

Todo empieza con la dificultad de que ni siquiera tenemos un calificativo para el hombre que ha desatado la guerra contra Ucrania ni para el sistema que pretende imponer al país una vez conquistado. Ciertas diferencias semánticas muy sutiles resultan en este sentido de gran relevancia. Se habla de un presidente presuntamente elegido por su pueblo, como es habitual en las democracias, pero también de un autócrata, un déspota, un gobernante autoritario, un nuevo zar, un dictador al que se compara con Stalin o Hitler. El sistema es a veces postsoviético, y otras veces neoimperial, neoestalinista, fascista, euroasiático, cleptocrático, totalitario, un Estado mafioso, una mezcla de servicios secretos y capitalismo oligárquico, por mencionar sólo algunas de las calificaciones. La bibliografía sobre la época y el régimen de Putin llena ya bibliotecas enteras, pero invariablemente se advierte la cautela analítica. Nadie quiere dejarse arrastrar y caer en la trampa de sacar conclusiones por analogía, por contundentes que sean los paralelismos entre Putin y Mussolini, Hitler o Stalin. Nadie quiere dar pie a malentendidos estableciendo similitudes entre la anexión de la región de los Sudetes y la de Crimea, entre la política del «apaciguamiento» [*appeasement*] de entonces y la de hoy. En un país que aún tiene dificultades para lidiar con esa verdad de parvulario según la cual *comparar* no es lo mismo que *declarar idéntico*, no resulta sencillo comparar a Putin con Hitler. Es sabido que *totalitarismo* es un término de la Guerra Fría y

por lo tanto hay que evitar emplearlo, por muy actual que se haya vuelto. En la actualidad están de moda la diversidad de perspectivas, el relativismo o el ponerse en el lugar del otro. Aferrarse a una verdad es considerado una actitud obsoleta, pasada de moda. Todo es al mismo tiempo verdadero y falso. El relato ha vencido sobre los acontecimientos y la insistencia en los hechos es, en algunos contextos, una postura «simplista», vulgar y materialista. Este complejo ideológico, que desde hacía tiempo se había propagado por las aulas universitarias, ha conquistado la opinión pública, y entre sus maestros más virtuosos podemos contar a Dmitri Peskov, portavoz del presidente ruso, y a Maria Zajárova, la portavoz del ministro de Asuntos Exteriores Serguéi Lavrov. La postmodernidad ha llegado al poder político y muestra su forma histórica perfeccionada, con mobiliario dorado y águila zarista de fondo.

La prolongada irresolución mostrada frente a la agresión rusa recuerda la situación de la década de 1930 ante el auge del fascismo y del nacionalsocialismo. También entonces hubo un período de incertidumbre, de espera, de aplazamientos y ambivalencias a la hora de admitir la seriedad de la situación. Ello se puso de manifiesto en la pasividad de quienes se vieron desbordados por los hechos, y en la ardua y lenta organización de la resistencia contra el fascismo, el nacionalsocialismo y—no lo olvidemos—el estalinismo. A las mentes más lúcidas de toda una generación les costó hacerse una idea clara sobre esos nuevos rivales. Los congresos internacionales, los análisis y las publicaciones de las décadas de 1920 y 1930 giraban en torno a la cuestión de con quién había qué vérselas. Algunos alertaron de la situación, ateniéndose a su experiencia, pero nadie los tomó en serio. No obstante, se produjo también lo que Julian Benda denunció en *La traición de los intelectuales*. A juicio de una perpleja Hannah Arendt, hubo no pocos intelectuales que tenían mucho que decir sobre Hitler. También estaban los sabihondos de los que se mofaba Adorno, a su vez afincado en su exilio en California, sin mucha idea de lo que ocurría. La lucha por entender y encontrar categorías descriptivas en una época de confusión general se vio superada por unos acontecimientos que Dan Diner calificaría *post festum* de «quiebra civilizatoria». Yo tengo la impresión de que esa situación—la pasividad y el desconcierto, el miedo, la impotencia y la parálisis—se repite hoy.

EL ROSTRO DEL «TERCER IMPERIO»

En la comparecencia de Putin durante los días previos a la agresión contra Ucrania vimos revelarse al mandatario ruso en todo su esplendor al anunciar la consumación de lo que había prometido. Lo verdaderamente relevante lo deja claro su discurso y es harto conocido: la aniquilación de una Ucrania libre y soberana. Pero mucho más revelador que el qué es el cómo de esa comparecencia: detalles como el aislamiento de su despacho revestido de madera, el escritorio al que a veces casi parece aferrarse y del que otras veces se aleja, apoyándose hacia atrás en el asiento o inclinándose hacia adelante, el teléfono con aspecto de pieza de museo, la insistencia con la que habla a unos interlocutores imaginarios, el tono burlón y sarcástico con que se refiere a sus «socios» en Occidente, el odio que rezuma al hablar de los miembros del gobierno ucraniano, a los que califica como «drogadictos y neonazis de la junta de Kiev». El entorno, la corbata y la bandera al fondo son elementos de la puesta en escena, pero esa rabia, esa desmesura de la expresión y esa perfidia no son escenificaciones de un guión. Putin estaba en su elemento, se entregaba a un odio que no sale de los libros, daba rienda suelta a una ofensa y un complejo que trata de inculcar a sus compatriotas, se mostraba decidido a soltar a la bestia de la guerra que no librará él, lejos de los disparos, sino otros. Lo que vemos es a un perdedor desesperado cuyo triunfo sólo consiste en mostrar que posee el poder para arrastrar a todos, incluido su propio pueblo, al abismo. El modo en que habla a su público imaginario, el rostro a veces contraído en una mueca de dolor, otras iluminado por un mohín de desprecio, la manera en que a ratos incurre en una pérfida retórica del odio para, un rato después, presentarse como mandatario magnánimo e indulgente, promotor de la paz, la gesticulación, los suspiros, los lamentos, todo ello encarna la tragedia a la que ha conducido a su país, la desgracia que ha llevado a Ucrania.

Putin, en efecto, encarna la abrumadora historia del imperio desparecido, cuya disolución no tiene el valor de admitir y cuya restauración como «Tercer Imperio»—así reza el título de una sobrecogedora distopía de Mijaíl Yuriev del año 2006, dominada por el delirio de destrucción—se empeña en llevar adelante con todas las fuerzas a su disposición. Ese hombre es carne de la carne de ese imperio, de su núcleo de violencia más íntimo, todavía intacto hoy, el del KGB, el órgano represivo del que salió. Putin es incapaz de imaginar la Rusia posterior a ese imperio, y el núcleo de su sistema de dominio y su destructividad es la explotación de los traumas acumulados durante la

abrumadora historia de Rusia en el siglo XX. Preservar el anacrónico imperio condenado al hundimiento es para él más importante que la supervivencia de Rusia como nación moderna. Putin odia Europa, la desprecia por débil, y odia Occidente, cuya forma de vida constituye un peligro para su dominio. Odia Ucrania con todo su ser, porque ese país no quiere otra cosa que ser independiente de un régimen extranjero, y disfruta obligando a Occidente a contemplar pasivamente cómo destruye Ucrania.

14 de marzo de 2022

EL ORDEN MENTAL
Y EL DESORDEN DEL MUNDO

A la sombra de la guerra en Ucrania, el actual lema de las *Römerberggespräche*,[8] «Nunca más paz», suena casi jocoso, como una provocación en un contexto en el que no esperamos con mayor urgencia otra cosa que el final de esta guerra. Es una variación de aquella consigna de la postguerra europea, «Nunca más guerra», a la que ahora sigue la perspectiva del final de la postguerra. ¿Qué podría yo aportar a este tema? En la introducción de la primera edición de este libro, que escribí en 2014 tras la anexión de Crimea, señalé:

> No sabemos cuál será el desenlace de la pugna por Ucrania. No sabemos si el país conseguirá consolidarse frente a las agresiones por parte de Rusia o acabará claudicando, ni si los europeos, Occidente en general, la defenderán o la abandonarán a su suerte. Ni siquiera sabemos si la Unión Europea se mantendrá unida o se fragmentará. Sólo hay una cosa cierta: Ucrania ya no desaparecerá de nuestros mapas mentales. No hace mucho tiempo, esa nación y ese pueblo apenas existían en la conciencia colectiva. En Alemania, especialmente, estábamos acostumbrados a suponer que Ucrania era, de algún modo, «parte de Rusia», del Imperio ruso o de la Unión Soviética, una región en la que se hablaba una lengua que era una suerte de dialecto de la rusa. Con la llamada «Revolución de la Dignidad» en la plaza de la Independencia (Maidán), y también con su resistencia a los intentos de Rusia por desestabilizar el país, los ucranianos han demostrado que esa visión ha quedado superada desde hace mucho por la cruda realidad. Es hora, por lo tanto, de echar una nueva ojeada al mapa para cerciorarnos otra vez.

Escribí estas palabras hace ocho años, pero siguen siendo válidas ahora, mucho más después del 24 de febrero de 2022, como a estas alturas prueba el discurso inflacionario sobre el supuesto «período de transición». Entonces, como se dijo, estábamos «desconcertados», había ocurrido algo que «no habríamos podido imaginar». Pero desde entonces los acontecimientos han auxiliado a la capacidad imaginativa y ya no precisamos imaginar la nueva realidad, sino tan sólo observar con atención, porque esa realidad se ha materializado y lo ha hecho de forma artera. Aceptar la realidad es algo que ahora hacemos a diario, las veinticuatro horas del día: seguimos inquietos las noticias, leemos varios periódicos para darnos una idea de lo que ocurre,

navegamos sin descanso por internet a la espera de la noticia que anuncie un giro de los acontecimientos, el final de esta guerra descabellada. Es como si esperáramos un milagro, una esperanza extraña para cualquier persona ilustrada. Cualquier imagen que nos llega desde los escenarios de la guerra hace caer un pedazo de la muralla que los alemanes, (mal) acostumbrados a la paz, habíamos levantado para protegernos de la realidad. La información que llega desde el frente nos pone al corriente, las imágenes que componen este nuevo mundo nos las proporcionan los corresponsales de guerra desplazados a Ucrania. Esas imágenes no nos muestran las ciudades ni los sitios de interés turístico que no hemos visitado, sino fachadas calcinadas por la artillería, calles enteras reducidas a cenizas. Son escenas apocalípticas que ninguna película hollywoodiense de catástrofes podría reproducir, pero que nos resultan familiares por los álbumes de fotos de la generación que vivió la guerra y por los documentales. Las imágenes que nos llegan de todas partes, como en una *situation room*, dejan sin habla: no hay palabras para describirlas. La mañana del 24 de febrero, cuando supimos que se había iniciado la invasión de Ucrania, llamamos por teléfono a amigos de todas partes del mundo, completamente desconcertados e impotentes. ¿Cómo íbamos a ser capaces de hablar de la guerra en Ucrania si carecíamos de palabras para describir lo que estaba ocurriendo? Tal vez callar, admitir que no estamos preparados para asimilar lo que vemos, sea la única reacción adecuada. De lo que no es posible hablar es mejor callar. Admitir que nos resulta inconcebible es una honesta confesión, una capitulación ante una realidad que no habíamos conocido hasta entonces, no una excusa. Somos incapaces de asimilar la monstruosidad de lo que vemos y oímos. Contenemos las espontáneas ganas de gritar o de protestar porque sabemos que son inútiles, que sólo sirven para aliviar nuestra mala conciencia, que son cómodos sucedáneos. Nos estremece y conmueve ver a personas como nosotros dispuestas a tomar las armas de un día para otro a sabiendas de que arriesgan sus vidas. Ni siquiera nos atrevemos, pese a no correr riesgo alguno dada la segura distancia que nos separa de los hechos, a hablar de héroes ni de heroísmo, pues supuestamente vivimos en tiempos «postheroicos». Nos sentimos implicados, pero no queremos tener nada que ver con el discurso del victimismo. Sabemos desde hace tiempo que no podemos dar solución al mal y a la violencia con oraciones, pero somos lo suficientemente educados como para tomar en serio la más vergonzosa estupidez de un pacifismo obsoleto e invertir nuestras fuerzas en refutarlo.

Somos conscientes de que a las armas sólo podemos enfrentarnos con las armas, pero, una vez más, nuestra educación nos lleva a mantener la compostura cuando alguien habla de la necesidad de «negociar» y de «evitar posiciones extremistas». Defendemos el diálogo aun cuando éste ha sido cancelado, y nos aferramos a la idea de no imponer ningún discurso aunque el respeto por las posiciones ajenas se haya evidenciado como inútil hace tiempo. Nos cuesta aceptar el recurso al Ejército del que depende todo en los momentos decisivos, porque nosotros—al menos los objetores de conciencia como yo—nunca quisimos tener nada que ver con el militarismo, y porque hasta los militares, en cuyos conocimientos expertos deberíamos poder confiar, no siempre están a la altura de los tiempos, al menos en Alemania. No estamos preparados para la insolencia y la desvergüenza de las mentiras que cada día nos sirve Dmitri Peskov, el portavoz de prensa de Putin, porque nos han enseñado que debe permitirse tomar la palabra a todo el mundo. Nos hemos dejado arrastrar a una concepción en la que no parecen tener validez las diferencias entre verdadero y falso, realidad y ficción, *facts and fakes*, en la que no existe una verdad sino diversas perspectivas y maneras de percibir lo mismo, todas verdaderas y, a la vez, falsas. De modo que saber si puede llamarse *guerra* a una guerra es una cuestión de perspectiva, de percepción.

Sin embargo, esta concepción ha quedado puesta en entredicho por la propia guerra, que ha hecho hundirse de repente el suelo que pisábamos hasta ahora. Finalmente ha aparecido ante nuestras narices una realidad largamente anunciada y nos traslada a un espacio que hasta hace poco era *terra incognita*: la violencia de la que habíamos estado exentos. Nos ha trasladado abruptamente al presente y confrontado a una experiencia para la que no estábamos preparados—tal vez ni siquiera era posible estarlo—. No se trata solamente de la necesidad de librarnos de una ilusión, sino de algo más que no es posible sacudirse haciendo un *mea culpa*: el espacio de experiencia en el que nosotros, ciudadanos de la *Postwar Europe*, hemos crecido. La nueva realidad ha sumado a las imágenes de destrucción y crímenes que ya conocíamos nuevas imágenes que se superponen a las anteriores. Hemos chocado con algo inasimilable en nuestra matriz analítica, una realidad en la que ya nada es seguro y todo lo que dábamos por descontado se vuelve incierto. Formas de pensar que nos prestaron buenos servicios en el pasado se nos revelan ahora como frágiles o deficientes, algo que ya se ha señalado en los análisis más recientes sobre el espíritu de nuestros tiempos en los que el mundo se ha vuelto inabarcable. Se

diría que se ha producido una abdicación y una capitulación ante la exigencia de comprender el mundo de manera racional, una renuncia al análisis particularmente necesario en tiempos de crisis, o tal vez incluso podría pensarse que entre los intelectuales, desbordados por los acontecimientos, ha cundido el paralizante pánico. No puedo excluir ninguna de estas posibilidades, pero sí tratar de esclarecer lo que pretendo señalar.

UCRANIA, «TERRA INCOGNITA»

Ucrania, ese gran país, no ha existido para nosotros, o lo ha hecho sólo como una realidad marginal, un factor perturbador. No aparecía en el horizonte de experiencia de la generación de postguerra, crecida a la sombra del Telón de Acero. En todo caso, la veíamos sólo desde un solo prisma, el rusocentrista, imperial. Ucrania era un traspatio del imperio, eterna y generalizadamente sospechosa de nacionalismo y antisemitismo, una acusación que sólo puede hacer quien lo ignora todo. Pero ni siquiera para los europeos cultos existía el país, a pesar de la Kiev milenaria, de la célebre escalinata de Odesa, de la Járkov de la modernidad, de la historia de ciudades plurinacionales y multiétnicas, y a pesar de que en las últimas décadas, tras la desaparición de la Unión Soviética, iba camino de ser un país europeo abierto con las cualidades de los más punteros Estados asiáticos: en todas partes se construyeron nuevos aeropuertos, la nación se asentaba en el contexto europeo gracias a una nueva generación cosmopolita diseminada por toda Europa y a su literatura fascinante, el país estaba decidido a reorientar su vida, no amenazaba con una misión universal ni con ambiciones de salvar el mundo, sólo aspiraba a que lo dejaran en paz.

Sin embargo, las imágenes que vemos hoy nos muestran que el objetivo de las bombas es devolver ese gran país—una nación activa que ha cobrado conciencia de sí—a la marginalidad histórica. Los daños y pérdidas son incalculables, apenas pueden plasmarse en cifras. Los puertos y aeropuertos que comunican al país con el mundo, las estaciones y vías ferroviarias, las imprescindibles infraestructuras de una civilización moderna—electricidad, agua, comunicación, hospitales, escuelas, teatros y museos—son bombardeados deliberadamente. Es la estrategia de la guerra de aniquilación, anunciada y justificada con una retórica que no deja duda sobre los propósitos: aniquilar un Estado para que desaparezca una nación independiente. La Europa tanto

tiempo autosatisfecha y centrada en Occidente se adentra ahora en *terra incognita*, el territorio de la *urban warfare*, donde tienen lugar las batallas con el fuego de los tanques y la política de tierra quemada. Quienes mejor la conocen son los corresponsales de guerra, los cronistas de la resistencia, quienes documentan y siguen el rastro de los crímenes de guerra, los expertos que exploran el terreno. El mapa de ese gran y maravilloso país se está trazando de nuevo: lo queramos o no, somos testigos y espectadores, mirones de una lucha sin igual.

LA IRRUPCIÓN DE LA VIOLENCIA

Para mi generación la violencia tenía lugar en las noticias televisivas y en las películas. Por lo general, la generación de postguerra europea apenas tuvo experiencia de la violencia, aunque conocía las imágenes de Vietnam, Afganistán, Bagdad, Srebrenica, Alepo y Grozni. Lo que ocurre ahora tiene lugar muy cerca, en ciudades vecinas, con todo lo que eso conlleva. Las cámaras de los móviles están por todas partes, millones de personas en todo el mundo escuchan las conversaciones captadas de los soldados rusos con sus mujeres. Cadáveres en los arcenes, fosas comunes, relatos de violaciones, saqueos, misiles asesinos, todas esas atrocidades tienen lugar aquí y ahora, en nuestras ciudades, aunque éstas fueran abstracciones hasta que el desamparo las ha hecho reales. Se apela al lugar común de que «la civilización es una capa muy fina de barniz» como si trasladar al registro culto y al discurso distanciado el horror pudiera ofrecer algún consuelo. Desde las imágenes de la devastación de Varsovia y las ruinas de Dresde no habíamos visto en Europa una fuerza destructiva tan devastadora.

PENSAR RUSIA

Parte de la herencia mental y cultural a partir de la cual intentamos elaborar hoy nuestras ideas es el «complejo ruso» de los alemanes: ésa es la otra cara de nuestra ignorancia con respecto de Ucrania. Toda la atención, todas las miradas —al menos hasta hace poco—estaban centradas en Rusia. Es un complejo derivado de la tradición imperial que ha pervivido más allá de todas las crisis y

sigue vigente en la actualidad, algo que evidencian formulaciones como «somos naciones vecinas con fronteras comunes». Gerd Koenen ha dedicado un libro a ese complejo. Los ingredientes que lo alimentan son muy diversos: Pedro el Grande y Leibniz, la *inteliguentsia* rusa rebelde en las aulas universitarias de Gotinga o Berlín, Rilke en Moscú y Pasternak en Marburgo, las vanguardias soviéticas y la República de Weimar, el Tratado de Rapallo y el pacto Mólotov-Ribbentrop, las experiencias de la guerra en el Este, los prisioneros alemanes, el recuerdo infantil de los soldados rusos—mejor dicho, soviéticos—en las ciudades de la RDA donde había guarniciones, la «Gorbachov-manía» y los aplausos que los miembros del parlamento alemán dedicaron a un antiguo agente del KGB que hablaba en alemán, citaba a Schiller y, más tarde, llegaría a convertirse en presidente de Rusia. Asimismo, son diversos los factores que contribuyen a la pervivencia del complejo: los negocios de empresarios y *networkers* alemanes, la sincera fascinación por el gran país y los clichés sentimentales sobre Rusia. La conciencia de los crímenes cometidos por los alemanes en territorio soviético se limita a Rusia—al menos hasta fecha reciente—, y no hace demasiado un presidente federal todavía justificó un proyecto como el de Nordstream 2 apelando a todo lo que los alemanes debemos a Rusia.

Ucrania y Bielorrusia jamás contaron con tales atenciones, ni con tanta comprensión y complicidad, aunque habría muchos motivos para que así fuera: la ocupación alemana, los miles de pueblos y ciudades arrasadas, los millones de mano de obra forzada y las víctimas de la Shoah en los territorios de ambos países. Incluso una persona culta como el antiguo canciller federal Helmut Schmidt negó la existencia de la nación ucraniana.

Más allá de la percepción específica que los alemanes tienen de Rusia, cabe cuestionar la forma de describir y analizar la Rusia postsoviética. Porque uno de los motivos del desconcierto que ha causado el estallido de la guerra es también la incertidumbre con respecto a Rusia: se trata de un sistema autocrático y autoritario, un capitalismo de Estado cleptócrata, neoimperial o neototalitario, organizado según el principio de las pandillas. A lo largo del siglo pasado fuimos testigos de la disolución de varios imperios, de un sinfín de movimientos postcoloniales y de la formación y creación de nuevos Estados: el Imperio británico, Francia, España, Holanda. Pero lo que nunca antes habíamos visto era la conversión en Estado nación de un imperio que había ido creciendo a lo largo de siglos y que, en su última etapa, había estado

profundamente marcado por el comunismo, razón por la cual ninguno de los *Soviets* y *Postsoviets Studies* estuvo en condiciones de describir adecuadamente esa estructura de nuevo cuño. Rusia todavía no ha dado lugar a la ingente bibliografía a la que nos tienen acostumbrados los estudios postcoloniales. No sólo la política y la diplomacia se vieron incapaces de pronunciarse a propósito del más reciente estadio de la Rusia de Putin—el llamado «putinismo»—, sino también los *think tanks*. Las infructuosas tentativas de analizar el putinismo y su proyecto de un «Tercer Imperio» recuerdan mucho los esfuerzos teóricos realizados durante la postguerra para comprender el fascismo y el nacionalsocialismo, así como el empeño desesperado de los emigrados para encontrar una forma de expresar su experiencia. El término *fascismo*—al menos cuando no se usa para designar el mal absoluto—también aparece cuando se trata de entender lo que ocurre en Rusia, pero la búsqueda del lenguaje adecuado continúa: neototalitarirismo, rusofascismo, «rusismo» (neologismo que integra los términos *Rusia* y *fascismo*), etcétera. Sin embargo, curiosamente, lo que menos se menciona es la *longue durée* del imperio estalinista, la dependencia específica del modelo soviético.

EL FIN DE LA ACTUAL CULTURA DE LA MEMORIA

Nuevas imágenes del horror y la destrucción se superponen sin cesar a las ya familiares, por no decir icónicas. Y para esclarecerlas se recurre a una retórica del presente que es deudora de la historia: la topografía del «siglo de los extremismos» se traza de nuevo y forma un nuevo estrato, pero es un calco de la topografía del terror del siglo XX. La historia de las ideologías y prácticas genocidas continúa escribiéndose en este último estrato del presente, arcaico y postmoderno a la vez, refinado. No es preciso ponerse a teorizar de nuevo ni crear conceptos, no es necesaria la inventiva ni una nueva cultura de la memoria que se superponga a la establecida desde hace tiempo, más bien sería necesaria una actualización del conocimiento a la luz de los acontecimientos actuales. En la Ucrania actualmente asolada por la guerra aún viven personas de noventa años que, mientras tratan de protegerse de las bombas rusas en los refugios, todavía recuerdan la invasión alemana de 1941. Para referirse a los invasores echan mano del término más obvio: *fascistas*. Vivieron todas las consecuencias del terror y la ocupación: el asedio, el bloqueo, la deportación o

la colaboración. Entre ellos hay hombres y mujeres a los que enviaron a campos de concentración del Reich alemán, que sobrevivieron a la masacre por casualidad y hoy mueren por el impacto de las bombas rusas. Ahí está el ejemplo de Boris Romanchenko, superviviente de Buchenwald, al que hallaron muerto recientemente tras un bombardeo que redujo a ruinas Járkov. Muchas de las ciudades donde se libran hoy los combates se encontraban en los «mapas para uso oficial» de la Wehrmacht alemana: Sloviansk, Kramatorsk, Mariúpol. Asimismo, muchos de los lugares donde las tropas alemanas exterminaron a los judíos ucranianos están siendo bombardeados actualmente: Babi Yar en Kiev, la menorá de los mausoleos de Drobitsky Yar, en Járkov; y también Uman, otro centro de la vida judía, sitio de peregrinación para judíos ortodoxos de todo el mundo, ha sido alcanzado por misiles. Junto a las masivas fosas comunes que podemos encontrar en cualquier ciudad ucraniana—creadas por las unidades especiales de Hitler o Stalin—se han excavado otras nuevas. Las imágenes de las columnas de tanques de los ocupantes se asemejan mucho, sólo que los invasores llegan esta vez desde el este. A las fotos de millones de soldados enviados a casa desde el frente oriental se suman hoy los *selfies* de los ocupantes rusos. El discurso de los agresores, «la solución definitiva al problema ucraniano», nos estremece, porque nos resulta muy conocida la expresión «solución final».

No es posible volver a una política de la memoria que ignore las experiencias recientes. Las topografías del crimen y la resistencia en Europa se están trazando de nuevo y apenas habrá un sólo término que permanezca incólume tras esta nueva experiencia. Ni siquiera la música rusa o su lengua, ajenas a los últimos acontecimientos, se verán exentas de la contaminación de los crímenes: será difícil escucharlas con oídos inocentes. A algunos alemanes que viajaron al extranjero en la década de 1950 les resultará familiar esa experiencia. No es posible honrar a los héroes de la resistencia de entonces si nos mostramos indiferentes ante los héroes de hoy. Pronto podremos ver si la cultura de la memoria de los alemanes es auténtica compasión o únicamente un ritual agotado o una costumbre rutinaria. Resulta fácil ponerse del lado correcto cuando los acontecimientos pertenecen a la generación anterior, pero es mucho más difícil y arriesgado decir de qué lado está uno en el presente.

DEL ENVEJECIMIENTO DE CIERTAS

La realidad—aunque seguramente habrá quien se pregunte si existe—ha rebasado la idea que nos habíamos hecho de ella. Pero cada cual—sea un individuo, una generación, una sociedad o una comunidad discursiva—se aferra a lo que buenamente puede: la propia experiencia, los relatos históricos, las expectativas de futuro individuales, las rutinas de la normalidad en la que cada cual ha crecido. En tiempos de ruptura, cuando se producen las llamadas «cesuras históricas», y en períodos de transición esas experiencias quedan en cierto modo suspendidas, en entredicho o relativizadas, cuando no anuladas. En aras de dominar la crisis, buscamos nuevos patrones, modelos y hasta enseñanzas de la historia, y a menudo nos refugiamos en la errónea certeza que ofrecen las analogías, si bien terminan revelándose como trampas.

Algo parecido ocurre con los pronósticos para el futuro. Las anticipaciones del futuro suelen ser meras proyecciones del presente. Los llamados períodos de transición, las crisis profundas, son el momento idóneo para la proliferación de profetas, sean apocalípticos o mesiánicos. Tanto las Casandras como los profetas ofrecen las tan anheladas certezas en los catastróficos paisajes en ruinas. Jörn Leonhard ha mostrado recientemente la teleología oculta en determinados relatos históricos y pronósticos de futuro. La historia siempre ha de tener una finalidad: el triunfo de Europa, de Occidente, del comunismo, del imperio, etcétera. No obstante, este relato histórico tal vez no evidencie tanto el verdadero devenir de los acontecimientos como la necesidad de orden de quienes pretenden ofrecer un relato de la historia. Esto supone una crisis de la noción de historia como proceso lineal o incluso teleológico, como si de repente los grandes acontecimientos estuvieran *out of control*, se nos fueran de las manos y, en cierto modo, no obedecieran al patrón previsto.

Algo similar ocurre en otros campos, como el retorno de los «hombres fuertes», para los que durante mucho tiempo no hubo lugar en la concepción demasiado centrada, o incluso exclusivamente centrada, en las estructuras sociales—creo que no hace falta que los mencione por su nombre—.

Es probable también que el auge de la geopolítica sea ya cosa del pasado. A lo sumo con la superación de la división del mundo en dos bloques—sobre todo en Alemania—, llegó también la hora de poner fin al ostracismo que había sufrido el concepto de «espacio» en la historia y en el análisis de las relaciones de poder, y se reconoció que la historia no sólo tiene lugar en el tiempo, sino

también en el espacio (incluido, por supuesto, el período de la Guerra Fría). Desde entonces la geopolítica se alzó como modelo interpretativo universal, como si todo acontecimiento derivara de las relaciones espaciales. Pero aunque la geografía pasara a ocupar el lugar de los sistemas, no permite explicar el comportamiento de las sociedades, ni de los Estados ni de los dictadores, de modo que desde hace tiempo parece necesario dar plena prioridad a los estudios sobre la complejidad de los sistemas sociales. En suma, para explicar las dinámicas internas de los Estados, de las cuales derivan a su vez las relaciones internacionales, es necesario recurrir a la sociología y la economía, al análisis de los sistemas y a la historia de las mentalidades, en lugar de atenernos al mero enfoque geográfico.

Todo parece indicar que no sólo se han visto alterados ciertos puntos de referencia y coordenadas individuales, sino el propio orden de los discursos. No es extraño que estemos paralizados, porque toda referencia familiar para orientarnos amenaza con perderse. Tampoco es extraño que en momentos como éste proliferen los pseudoexpertos con pretensiones de explicar el mundo, los demagogos e ideólogos de la conspiración y los mesías.

EL PRESENTE COMO «OSCURIDAD DEL INSTANTE VIVIDO»

La mirada retrospectiva al pasado que hemos dejado atrás tiene algo en común con la proyección hacia el futuro que no conocemos: ambas constituyen una visión panorámica de las cosas y presuponen que es posible obtener un saber al margen de los tumultos del pasado y de lo que está por venir. Recuerda a la posición del *strategós*, es decir, de quien permanece en la colina de los generales, desde la cual se tiene una visión de conjunto y se dan las órdenes. Situarse en la posición de mando, adoptar la mirada estratégica, implica la certeza de que el general domina un método, si bien el asunto se decide en el tumulto de la batalla, donde no es posible una visión de conjunto. Pero tal vez en este punto deberíamos consultar *De la guerra* de Clausewitz.

Por mi parte, creo que el planteamiento más acertado sobre el carácter abierto de la historia lo encontramos en Ernst Bloch, quien habla del presente como «oscuridad del instante vivido». Cuando nos encontramos en la simultaneidad de la coexistencia y la confrontación en un espacio reducido, los opuestos chocan y surge otra percepción de los acontecimientos, que jamás se

despliegan de un modo lineal, sino simultáneo: se trata de una percepción que nada tiene que ver con una historia del día a día ni con una historia desde abajo. La toma de decisiones se produce en esa «oscuridad del instante vivido», no en esa posición elevada desde la que se divisa el pasado concluido y el futuro proclamado por visionarios y videntes. Tal como lo entiende Bloch, el presente es una situación con final abierto, pues nadie puede saber cuál será el resultado de las fuerzas en conflicto. Lo decisivo es la apuesta, la fuerza, estar en el momento oportuno en el lugar oportuno: el azar, la contingencia histórica. También podría hablarse de *kairós*, ese lapso de tiempo en el que es posible que ocurra lo inesperado, lo que ningún cálculo humano ni saber tradicional habría podido prever, lo que, por decirlo de algún modo, nos ataca por la espalda. En la contingencia, procesos de larga duración se condensan en un punto, en un segundo histórico, echando todo por tierra. El lema del presente entendido como situación con final abierto no es ya la «lección de la historia», sino la presencia de ánimo, el estar preparado en todo momento para lo que ocurra. Pero ¿a qué vienen estas disquisiciones tan abstractas?

El pueblo ucraniano, la nación ucraniana y los propios ucranianos han tomado una decisión: luchar por su libertad, su independencia y su dignidad pese a que su situación pareciera no tener salida. También nosotros podemos elegir, decidir entre mantenernos al margen o intervenir.

LA DECISIÓN EN KIEV Y LA TRAICIÓN DE EUROPA

Ucrania se ha convertido en un campo de batalla en el que se decide el destino de Europa. Los ucranianos y las ucranianas hacen frente a la agresión de la neototalitaria Rusia y del rusofascismo, pero al luchar por su libertad y su independencia defienden también la nuestra. Los ataques a Kiev, Odesa, Járkov o Lviv también van dirigidos contra nosotros. El sometimiento de Ucrania, la destrucción de sus estructuras estatales, el ataque a la identidad del pueblo ucraniano, no es una invención de «rusófobos», sino el objetivo de la violencia desatada por la Rusia de Putin. Quien aconseja a Ucrania que capitule está promoviendo asimismo la capitulación de Europa y de Occidente. No falta mucho para que veamos cómo hacemos frente a esta nueva situación los europeos y Occidente, si resistimos o nos ponemos de rodillas. A pesar de las sanciones históricamente insólitas que se han impuesto a Putin, el presidente

de Rusia sigue dominando la escalada de violencia, por ejemplo gracias a la amenaza nuclear a la que nos somete. No hemos prestado oídos a lo que Yuri Andrujóvich dice, «¡No tengáis miedo!», y nos hemos dejado robar la libertad de comentar y decidir lo que es posible pese a las amenazas del chantajista del Kremlin.

Si ha habido signos de esperanza en las últimas semanas, han sido sobre todo la valentía y la inteligencia de los ucranianos, una sociedad civil que resiste, pero también la gran respuesta espontánea de solidaridad que hemos visto entre la ciudadanía alemana. Más allá de cualquier bando político, ha quedado claro que no se ha extinguido el sentido de la justicia, ni la distinción entre la verdad y la mentira, ni la voluntad de llamar a las cosas por su nombre y de prestar ayuda a los agredidos, tanto a los que combaten como a los que parten en busca de refugio. Las espontáneas manifestaciones de solidaridad en todo el país muestran que el sentimiento de fraternidad—contra los prejuicios sobre la decadencia de quienes viven en la zona de confort—ha permanecido intacto o incluso se ha fortalecido. El incomparable movimiento de refugiados y la acogida de millones de personas podría calificarse de «europeización desde abajo», *ex negativo*. Sin querer, o incluso en contra de nuestra voluntad, nos hemos convertido en vecinos: el conocimiento sobre el país invadido se filtra por sí solo, y esa Ucrania de la que sabíamos muy poco irrumpe en nuestras vidas por miles de vías diferentes.

No obstante, no deberíamos hacernos ilusiones, dada la continua desestabilización y las caravanas de vehículos «putinistas» en las ciudades alemanas. Más bien podría decirse: por fin da la cara el mundo ruso, el *ruski mir* camuflado bajo la máscara de la lucha contra la rusofobia y la discriminación de todo rusoparlante, y descubrimos que en realidad se trata de un mundo paralelo infiltrado desde hace tiempo por las agencias rusas, que confía más en el canal 1 de la televisión estatal rusa y de *Russia Today* que en las noticias del telediario en la televisión estatal alemana. La labor de desestabilización continúa y continuará mientras Putin siga en el poder, y su éxito dependerá de la debilidad de las sociedades occidentales. En Ucrania se decidirá si Europa tiene futuro y si Rusia sale del callejón sin salida en el que se ha dejado meter guiada por Putin.

Todas las noticias indican que en el este de Ucrania se está produciendo una lucha encarnizada. En este instante se está fraguando la posibilidad de que ocurra algo que nos parece inconcebible: la celebración de un «día de la

victoria» bajo el signo de la cruz gamada de Putin, la Z. Hasta hoy nadie había mancillado tanto como Putin el honor de los soldados soviéticos caídos en la lucha contra Hitler. Mariúpol no es sólo el símbolo de una infamia, sino también del honor y el coraje de los ucranianos. Y tal vez sea también un mal presagio del fracaso de los europeos, de nuestro fracaso.

Abril de 2022

AGRADECIMIENTOS

No son siempre las relaciones surgidas en el entorno profesional las que nos abren los ojos, sino que a veces sucede de forma casual: el encuentro con una controladora de trenes que había nacido en Vínnytsia, en el seno de una familia rusoucraniana, que había pasado su juventud en Taskent y acabado la carrera en Moscú, que había seguido los pasos de su marido hasta Járkov, y que se me presentó como una patriota ucraniana; o mi encuentro cara a cara, una mañana de domingo, con un hombre en un café de Járkov, un afinador de pianos de profesión que había servido como francotirador en la guerra de Afganistán, donde había sido altamente condecorado, y se dirigía a la guerra en la región de Dombás: un mecánico de precisión de la muerte. Doy las gracias a todos aquellos a los que tuve oportunidad de escuchar a fin de entender mejor lo que estaba sucediendo. Las conclusiones que haya sacado de esos encuentros —con la mayor buena fe—son responsabilidad mía, única y exclusivamente.

En la decisión de retomar mis estudios, por decirlo así, de viajar a Ucrania y ver la situación con mis propios ojos, desempeñó un papel fundamental mi encuentro con Timothy Snyder en Leipzig en 2012, y más tarde en Kiev en mayo de 2014, así como con Hiroaki Kuromiya, cuya entrega durante décadas a su «objeto de estudio» (el Dombás) sólo puedo admirar. Me siento dichoso de haberme reunido varias veces con Andreas Kappeler durante el tiempo que pasé en Viena. Sus trabajos sobre la historia de Ucrania son para mí—y por suerte también para un público lector mucho más extenso—fundamentales e imprescindibles a la hora de comprender la evolución de los sucesos en Ucrania. Y lo mismo vale para Martin Pollack: fue él quien, hace treinta años, me abrió los ojos a la región de Galitzia, y es él quien, hasta hoy, siempre me mantiene al tanto de todo lo que sucede en el mundo intelectual y literario, que él conoce como ningún otro.

Recibí importantes recomendaciones a la hora de explorar las ciudades: de Tatiana Zhurzhenko (Viena) en el caso de Járkov; de Ígor Solomadin y Yevgueni Sajarov en la propia Járkov; de Antje Rempe en Núremberg. Las distintas visitas a Dnipropetrovsk no habrían sido posibles sin la información que me proporcionó Andriy Portnov en Berlín y sin la iniciativa de Ígor Shchupak, del Instituto y Museo del Holocausto de Ucrania. Stefania Ptashnyk, Bohdan Cherkes, Yurko Projasko y Yaroslav Hrytsak fueron fuentes inagotables de conocimiento sobre Lviv, e Ígor Pomerantsev y Petro Rykhlo me han ayudado a mantener el contacto con Chernivtsí. En lo que respecta a Kiev estoy muy agradecido a Konstantín Sigov, Andreas Umland, Mark Belorusets y al rabino Aleksandr Dujovny.

A Karl-Konrad Tschäpe, mi colaborador desde mis días en la Universidad Viadrina en Fráncfort del Óder, le agradezco su—como siempre—cuidadosa revisión del manuscrito. Que el libro haya podido salir a tiempo se debe al apoyo y la paciencia de Tobias Heyl, con el que trabajo desde hace años.

Viena, la maravillosa ciudad donde tuve la oportunidad de trabajar en la primavera de 2015 gracias a una beca del Centro Internacional de Estudios Culturales, se reveló como un lugar

privilegiado desde el cual me sentí un poco más cerca de Ucrania. A su director, Helmut Lethen, y a todos los que hicieron de esa estancia algo estimulante y productivo, mi más sincera gratitud.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía que presentamos a continuación incluye los libros y las publicaciones empleados para el retrato de las ciudades. Pueden encontrarse bibliografías detalladas sobre la historia de Ucrania en: Paul Robert Magocsi, *A History of Ukraine. The Land and its Peoples*, Toronto-Búfalo-Londres, University of Toronto Press, 2010 (2.ª ed. revisada y ampliada), pp. 761-821; o en Andreas Kappeler, *Kleine Geschichte der Ukraine*, Múnich, C.H. Beck, 2014 (4.ª ed. revisada y actualizada), pp. 399-409. Por su volumen, no hemos incluido artículos de prensa, televisión o internet, sin los cuales este libro jamás habría sido posible.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ANDRUJOVICH, Yuri (ed.) *Österreichisch-Ukrainische Begegnungen. Ukrains'ko-avstrijs'ki zustrič*, Lviv, VNTL-Klasyka, 2013.

—y Andrzej Stasiuk, *Mein Europa. Zwei Essays über das sogenannte Mitteleuropa*, trad. Sofia Onufriv y Martin Pollack, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2004. [Existe traducción en español: *Mi Europa*, trad. Iury Lech, Jerzy W. Slawomirski y Anna Rubió, Barcelona, Acantilado, 2005].

BERKHOFF, Karel C., *Harvest of Despair. Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge (Massachusetts)-Londres, Harvard University Press, 2004.

CONQUEST, Robert, *Ernte des Todes. Stalins Holocaust in der Ukraine 1929-1933*, trad. Enno von Löwenstern, Berlín, Ullstein, 1991.

DALLIN, Alexander, *Deutsche Herrschaft in Russland 1941-1945. Eine Studie über Besatzungspolitik*, trad. Wilhelm y Modeste Pferdekamp, Königstein im Taunus, Athenäum, 1981.

FEDÓTOV, Gueorgui Petrovich, «Tri Stolicy», en: *id.*, *Lico Rossii. Stat'i 1918-1930*, París, YMCA-Press, 1988 (2.ª ed.), pp. 49-70 (1.ª ed., «Tri Stolicy», *Versty*, 1, 1926).

GOLCZEWSKI, Frank (ed.), *Geschichte der Ukraine*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1993.

GROSSMAN, Vasili e Iliá Ehrenburg (ed.), *Das Schwarzbuch. Der Genozid an den sowjetischen Huden*, trad. Ruth y Heinz Deutschland, Reinbek, Rowohlt, 1994. [Existe traducción en español: *El libro negro*, trad. Jorge Ferrer, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011].

HAGEN, Mark von, «Does Ukraine Have a History?», *Slavic Review*, 54, n.º 3, 1995, pp. 658-673.

JOBST, Kerstin S., *Geschichte der Ukraine*, Stuttgart, Reclam, 2010.

KAPPELER, Andreas, *Die Kosaken. Geschichte und Legenden*, Múnich, C. H. Beck, 2013.

—, *Kleine Geschichte der Ukraine*, Múnich, C. H. Beck, 2014 (4.ª ed. ampliada y actualizada).

KASIANOV, Gueorgui y Philipp Ther (ed.), *A Laboratory of Transnational History. Ukraine and Recent Ukrainian Historiography*, Budapest-Nueva York, Central European University Press, 2009.

KRUGLOV, Aleksandr, *Chronika Jolokosta v Ukraine 1941-1944*, Dnipropetrovsk-Zaporiyia, Ukrainskaya Biblioteka Jolokosta. Centr «Tkuma», 2004.

KUROMIYA, Hiroaki, *Conscience on Trial. The Fate of Fourteen Pacifists in Stalin's Ukraine, 1952-1953*, Toronto, University of Toronto Press, 2012.

—, *The Voices of the Dead. Stalin's Great Terror in the 1930s*, New Haven (Connecticut)-Londres, Yale University Press, 2007.

LÜDEMANN, Ernst, *Ukraine*, Múnich, C. H. Beck, 2006 (3.ª ed.).

MAGOCSI, Paul Robert, *A History of Ukraine. The Land and its Peoples*, Toronto-Búfalo-Londres, University of Toronto Press, 2010 (2.ª ed. revisada y ampliada).

MIROSHNICHENKO, B. A., *Po Dnepru. Putevoditel'*, Moscú, Transport, 1967.

PLOKHY, Serhii, *Ukraine and Russia. Representations of the Past*, Toronto, University of Toronto Press, 2008.

POLONSKA-VASYLENKO, Natalia, *Geschichte der Ukraine. Von den Anfängen bis 1923*, trad. Roman Szuper, Múnich, Ukrainische Freie Universität, 1988.

REID, Anna, *Borderland. A Journey Through the History of Ukraine*, Boulder, Colorado, Westview Press, 2000.

ROTH, Joseph, *Reisen in die Ukraine und nach Russland*, ed. y epílogo Jan Bürger, Múnich, C. H. Beck, 2015. [Existe traducción parcial en español: *Viaje a Rusia*, trad. Pedro Madrigal, Barcelona, Minúscula, 2008].

SCHMID, Ulrich, *UA - Ukraine zwischen Ost und West*, Zúrich, Vontobel-Stiftung, 2015.

SNYDER, Timothy, *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven (Connecticut)-Londres, Yale University Press, 2003.

—, *Bloodlands. Europa zwischen Hitler und Stalin*, trad. Martin Richter, Múnich, C. H. Beck, 2011. [Existe traducción en español: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, trad. Jesús de Cos, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011].

SOTNIKOV, Ivan, *Dnepr mogučij. Kniga pervaja. Sil'nye Ognja*, Moscú, Voennoe izdatel'stvo ministerstva oborony SSSR, 1964.

SUBTELNY, Orest, *Ukraine. A History*, Toronto-Búfalo-Londres, University of Toronto Press, 1988.

TRUBETSKÓI, Nikolái Serguéievich, «The Ukrainian Problem», en: *id.*, *The Legacy of Genghis Khan and Other Essays on Russia's Identity*, ed. Anatoly Liberman, trad. Kenneth Brostrom y Anatoly Liberman, Ann Arbor, Michigan Slavic Publications, 1991, pp. 245-268.

WEINER, Amir, *Making Sense of War. The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution*, Princeton (Nueva Jersey)-Oxford, Princeton University Press, 2001.

ZHURZHENKO, Tatiana, *Borderlands into Bordered Lands: Geopolitics of Identity in Post-Soviet Ukraine*, Stuttgart, ibidem, 2010.

SOBRE EL MAIDÁN Y LOS ACONTECIMIENTOS RECIENTES

ANDRUJOVICH, Yuri (ed.), *Euromaidan. Was in der Ukraine auf dem Spiel steht*, con un ensayo fotográfico de Yevguenia Belorusets, Berlín, Suhrkamp, 2014.

DATHE, Claudia y Andres Rostek (ed.), *Majdan! Ukraine, Europa*, Berlín, Edition.fotoTAPETA, 2014.

EPIFANOVA, Alena, «Besetzungen öffentlicher Gebäude in der Ostukraine», *Osteuropa*, 64, n.os 5-6, 2014, pp. 149-156.

GARTON ASH, Timothy, «Putin Must Be Stopped. And Sometimes Only Guns Can Stop Guns», *The Guardian*, 1 de febrero de 2015. [Existe traducción en español: «Debemos parar a los matones de Putin», trad. María Luisa Rodríguez Tapia, *El País*, 4 de febrero de 2015].

GEISSBÜHLER, Simon (ed.), *Kiew – Revolution 3.0. Der Euromaidan 2013/14 und die Zukunftsperspektiven der Ukraine*, Stuttgart, ibidem, 2014.

HUSJEV, Hlib (ed.), *#Euromaidan: History in the Making*, Kiev, Osnovy, 2014.

JILGE, Wilfried, «Geschichtspolitik auf dem Majdan Politische Emanzipation und nationale Selbstvergewisserung», *Osteuropa*, 64, n.os 5-6, 2014, pp. 239-258.

KURKOV, Andréi, *Ukrainisches Tagebuch. Aufzeichnungen aus dem Herzen des Protests*, trad. Steffen Beilich, Innsbruck-Viena, Haymon, 2014.

MITROKHIN, Nikolái, «Transnationale Provokation. Russische Nationalisten und Geheimdienstler in der Ukraine», *Osteuropa*, 64, n.os 5-6, 2014, pp. 157-174.

POMERANTSEV, Peter, «Risse in der Kreml-Matrix. Postmoderne Diktatur und Opposition in Russland», trad. Karl Heinz Siber, *Transit. Europäische Revue*, 44, otoño de 2013, pp. 179-193.

—y Michael Weiss, *The Menace of Unreality: How the Kremlin Weaponizes Information, Culture and Money. A Special Report presented by the Interpreter, a Project of Institute for Modern Russia*, Nueva York, Institute of Modern Russia, 2014.

PUTIN, Vladímir, «Rede des russländischen Präsidenten Vladimir Putin am 18. März 2014 im Kreml vor den Abgeordneten der Staatsduma, den Mitgliedern des Föderationsrats, den Leitern der Regional verwaltungen und Vertretern der Zivilgesellschaft», *Osteuropa*, 64, n.os 5-6, 2014, pp. 87-99.

RAABE, Katharina y Manfred Sapper (ed.), *Testfall Ukraine. Europa und seine Werte*, Berlín, Suhrkamp, 2015.

SCHULLER, Konrad, *Ukraine. Chronik einer Revolution*, Berlín, Edition.fotoTAPETA, 2014.

SHORE, Marci, «Entscheidung am Majdan. Eine Phänomenologie der ukrainischen Revolution», *Lettre international*, 106, otoño de 2014, pp. 10-23.

Transit. Europäische Revue, 45: «Maidan: die unerwartete Revolution», ed. Tatiana Zhurzhenko, verano de 2014.

Ukraine-Analysen, Centro de Estudios de Europa del Este en la Universidad de Bremen y Deutsche Gesellschaft für Osteuropakunde, 2006-2014.

WENDLAND, Anna Veronika, «Hilflos im Dunkeln. "Experten" in der Ukraine-Krise: eine Polemik», *Osteuropa*, 64, n.os 9-10, 2014, pp. 13-33.

WILSON, Andrew, *Ukraine Crisis: What it Means for the West*, New Haven (Connecticut)-Londres, Yale University Press, 2014.

KIEV, METRÓPOLIS

ANISIMOV, Aleksandr, *Privet iz Kieva*, Kiev, Skyhorse, 2011.
BERDIÁIEV, Nikolái, *Selbsterkenntnis. Versuch einer philosophischen Autobiographie*, Darmstadt-Ginebra, Holle, 1953. [Existe traducción en español: *Autobiografía espiritual*, trad. Juan Godo Costa, Barcelona, Luis Miracle, 1957].
BULGÁKOV, Mijaíl, *Die weiße Garde*, trad. Larissa Robiné, Múnich, Sammlung Luchterhand, 1992. [Existe traducción en español: *La guardia blanca*, trad. José Laín Entralgo, Barcelona, Debolsillo, 2014].
—, *Žizn' i tvorčestvo. Fotoal'bom*, Moscú, Ėllis Lak, 2006.
CHEPELYK, Viktor *et al.* (ed.), *Chreščatyk. Kul'turologičnyj putivnyk*, Kiev, Amadej, 1997.
CHINKULOV, Leonid, *Zolotye Vorota Kieva*, Kiev, Radjans'kyj pis'mennyk, 1988.
Deržavnyj Architekturno-istoryčnyj zapovidnyk «Sofijs'kyj muzej». Fotoal'bom, Kiev, Mystectvo, 1990.
DRUK, Olga y Yuliya Ferentseva, *Kiev. Istorija. Architektura. Tradicii*, Kiev, Baltija-Druk, 2012.
EHRENBURG, Iliá, *Menschen, Jahre, Leben. Autobiographie, I: 1891-1922*, trad. Alexander Kaempfe, Múnich, Kindler, 1962. [Existe traducción en español: *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*, trad. Marta Rebón, Barcelona, Acantilado, 2014].
EMCHENKO, A. M., *Kiev. Pamjat' goroda-geroja. Fotoputevoditel'*, Kiev, Mystectvo, 1990.
HAMM, Michael F., *Kiev. A Portrait, 1800-1917*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1993.
KALNICKI, Mijáil, *Progulka po Kievu: Putevoditel'*, Kiev, Saltija-Druk, 2009.
—, *Biznes i biznesmeny*, Kiev, Varto, 2011.
—, *Evrejskie adresa Kieva. Putevoditel' po kul'turno-istoričeskim mestam*, Kiev, Duch i litera, 2012.
—, *Zodčestvo i zodčie*, Kiev, Varto, 2012.
KIZNY, Tomasz, *La Grande Terreur en URSS 1937-1938*, Lausana, Noir sur Blanc, 2013.
KONCHAKOVSKI, Anatoli y Dmitri Malakov, *Kiev Michaila Bulgakova. Fotoal'bom*, Kiev, Mystectvo, 1990.
KÓPELEV, Lev, *Und schuf mir einen Götzen. Lehrjahre eines Kommunisten*, trad. Heddy Pross-Weerth y Heinz-Dieter Mendel, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1979.
KOVALINSKI, V., *Mecenaty Kieva*, Kiev, Kyj, 1998.
KRUGLOV, A., *Tragedija Bab'ego Jara v nemeckich dokumentach*, Dnipropetrovsk, Tkuma, 2011.
KUZNETSOV, Anatoli, *Babij Jar. Die Schlucht des Leids. Roman-Dokument*, trad. Irina Nowak, epílogo Benjamin Korn, Múnich, Matthes & Seitz, 2001. [Existe traducción en español: *Babi Yar. El vértigo del terror*, trad. María R. Sanagustín, Barcelona, Dima, 1967].

Kyjiv 1941-1943. Fotoal'bom, Kiev, Kyj, 2000.
LIFAR, Serge, *Žittja dlja tancju*, Kiev, Feniks, 2011.
MALAKOV, Dmitro, *Architektor Horodec'kyj*, Kiev, Kyj, 1999.
MANDELSTAM, Ósip, «Kiew», en: *id.*, *Das Rauschen der Zeit. Gesammelte «autobiographische» Prosa der 20er Jahre*, Zúrich, Amman, 1985, pp. 172-180. [Existe traducción en español: Mandelstam, Ósip, *El rumor del tiempo*, trad. Lydia Kúper, Madrid, Alfaguara, 1981].
PEISAKHOV, Dmitri B., *Jüdisches Leben in Kiew*, introd. y ed. Erhard Roy Wiehn, Constanza, Hartung-Gorre, 1991.
PETROVSKAIA, Katia, *Vielleicht Esther*, Berlín, Suhrkamp, 2014. [Existe traducción en español: *Tal vez Esther*, trad. Nicolás Gelormini, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2015].
PETROVSKI, Mirón, *Master i gorod. Kievskie konteksty Michaila Bulgakova*, Kiev, Duch i Litera, 2001.
POZNYAK, Pablo y Serhij Piaterikov, *Kyjiv. Pogljad čerez stolittja. Fotoputivnik*, Kiev, Mystectvo, 1987.
PUCHKOV, Andrei, *«Kiev» Osipa Mandel'štama v intonacijach, pojasnenijach, kartinkach*, Kiev, Duch i Litera, 2015.
ROGOZOVSKAIA, Tatiana, *Dom Bulgakovych-Turbinych: Neputevoditel' po Kievskomu muzeju*, Kiev, Varto, 2014.
SHEROCKY, K. V.,*Kyjiv. Putivnyk, Repryntne vidtvorennja vydannja 1917 roku*, Kiev, UKSP «Kobza», 1994.
SHLENSKI, Dmitri y Alekséi Braslavec, *Andreevskij spusk. Kul'turologičeskij putevoditel'*, Kiev, Amadej, 1998.
SHULKEVICH, M. M., *Kiev. Architekturno-Istoričeskij Očerk*, Kiev, Gosudarstvennoe izdatel'stvo Literatury po stroitel'stvu i architekture USSR, 1963.
SMISHKO, V. P., *Vozroždennyj Kiev (trudovoe sodružestvo narodov SSSR v vosstanovlenii stolicy ukrainy, 1943-1950 gg.*), Kiev, Vyšča Skola, 1990.
SUPRUNENKO, N. I. (ed.), *Istorija Kieva. V trech tomach, četyrech knigach*, Kiev, Naukova Dumka, 1982-1986.
TERNO, Valentin, *Vospominanija o detsvte: Leningrad-Kiev*, Kiev, Varto, 2011.
Volodymyrska. Kul'turologyčnyj putivnyk. Istorija odnije vulyci, Kiev, Amadej, 1999.

AH, ODESA. UNA CIUDAD EN LA ÉPOCA DE LAS GRANDES EXPECTATIVAS

ALEKSÁNDROV, Rostislav,*Progulki po literaturnoj Odesse*, Odesa, Vest', 1993.
ASCHERSON, Neal, *Schwarzes Meer*, trad. H. Jochen Bußmann, Berlín, Berlin-Verlag, 1996. [Existe traducción en español: *El mar Negro. Del siglo de Pericles a la actualidad*, trad. María Luz García de la Hoz, Barcelona, Tusquets, 2016].
ATLAS, A., *Staraja Odessa, ee druz'ja i nedrugi*, Moscú, Lasmi, 1992.

BÁBEL, Isaak, *Mein Taubenschlag. Sämtliche Erzählungen*, ed. Urs Heftrich y Bettina Kaibach, trad. Bettina Kaibach y Peter Urban, Múnich, Hanser, 2014. [Existe traducción parcial en español: *Historia de mi palomar y otros relatos*, trad. Ricardo San Vicente, Barcelona, Minúscula, 2020].

BALATSKY, V., *Museum in the Catacombs. Guide*, Odesa, Mayak, 1986.

BOY, Ann-Dorit, «Die Tragödie von Odessa», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 7 de marzo de 2015, p. 3.

DALLIN, Alexander, *Odessa, 1941-1944: A Case Study of Soviet Territory under Foreign Rule*, Las Vegas, Center for Romanian Studies, 1998.

DEREVIANKO, Borís, *Odesskij teatr opery i baleta. Fotoočerk*, Odesa, Majak, 1990.

DE-RIBAS, Aleksandr, *Staraja Odessa. Istoričeskie očerki i vospominanija*, Odesa, 1913 (reimp., Moscú, Dimoff & Co., 1995).

DOLZHENKOVA, A. y P. Djachenko, *Odessa. Putevoditel'*, Odesa, Majak, 1978.

Est' gorod u morja. Kraevedčeskij sbornik, Odesa, Majak, 1990.

FILIMÓNOV, O. V., *Odesskaja plejada. Satiričeskie proizvedenija 20–30-ch godov*, Kiev, Dnipro, 1990.

HAUSMANN, Guido, *Universität und städtische Gesellschaft in Odessa, 1865-1917. Soziale und nationale Selbstorganisation an der Peripherie des Zarenreiches*, Stuttgart, Franz Steiner, 1998.

HERLIHY, Patricia, *Odessa: A History 1794-1914*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1986.

ILF, Iliá y Evgeni Petrov (Ilf & Petrov), *Zwölf Stühle*, trad. Renate y Thomas Reschke, Berlín, Volk und Welt, 2000. [Existe traducción en español: *Las doce sillas*, trad. Helena-Diana Moradell, Barcelona, Acantilado, 1999].

ILJINE, Nicolas V. (ed.), *Odessa Memories*, Seattle-Londres, University of Washington Press, 2003.

Iz istorii evrejskoj Odessy. K dvuchsotletiju goroda, Odesa, s. d.

JABOTINSKY, Vladímir Zeev, *Die Fünf*, trad. Ganna-Maria Braungardt y Yekaterina Lebedeva, Berlín, Die Andere Bibliothek, 2012 (1.ª ed., París, 1935-1936).

KOSCHMAL, Walter (ed.), *Odessa: Kapitel aus der Kulturgeschichte*, Ratisbona, Lassleben, 1998.

Odessa. Fotoal'bom, Kiev, Spalach, 1994.

Odessa. Očerk istorii goroda-geroja, Odesa, Odesskoe Oblastnoe izdatel'stvo, 1957.

Odessa. The Memory of the Hero-City, Kiev, Mystectvo, 1989.

Odesskij al'manach. Deribasovskaja-Riševelevskaja, Odesa, 2000.

Odesskij gosudarstvennyj literaturnij muzej. Putevoditel', Odesa, Majak, 1968.

OSTROVSKI, G., *Odessa – more – kino. Stranicy istorii dalekoj i blizkoj*, Odesa, Majak, 1989.

PENTER, Tanja, *Odessa 1917: Revolution an der Peripherie*, Colonia, Böhlau, 2000.

PILYAVSKI, Valentín, *Zdanija, Sooruženija, pamjatniki i ich zodčie. Spravočnik. Vtoroe izdanie*, Odesa, Optimum, 2010.

—, *Zodčie Odessy. Istoriki-architekturnye očerki*, Odesa, Optimum, 2010.

RICHARDSON, Tanya, «Zwei große Unterschiede und ein paar kleine. Das Leben in Odessa nach dem Maidan und dem 2. Mai»,*Transit. Europäische Revue*,45, verano de2014, pp.164-

177.
SARKISYAN, K. y M. Stavnicer, *Ulicy rasskazyvajut…*, Odesa, Majak, 1986.
TIMOFEIENKO, V. I., *Odessa. Architekturno-istoričeskij očerk*, Kiev, Budivelnyk, 1984.
[TWAIN, Mark, *Guía para viajeros inocentes*, trad. Susana Carral Martínez, La Coruña, Ediciones del Viento, 2009].
VLASIŠEN, Yuri, *Odessa. Oranževyj gid*, Moscú, Eskimo, 2011.
ZINKO, Feliks, *Koe-čto iz istorii Odesskoj čK*, Odesa, 1998.
ZIPPERSTEIN, Steven J., *The Jews of Odessa: A Cultural History, 1794-1881*, Stanford, California, Stanford University Press, 1985.

PASEO EN YALTA

ASCHERSON, Neal, «Die Krim – eine Einleitung», en: *Die Krim: Goldene Insel im Schwarzen Meer. Griechen - Skythen - Goten* [catálogo de exposición], Darmstadt, Primus, 2013, pp. 21-35.
JOBST, Kerstin S.,*Die Perle des Imperiums. Der russische Krim-Diskurs im Zarenreich*, Constanza, UVK, 2007.
MAGOCSI, Paul Robert, *This Blessed Land: Crimea and the Crimean Tatars*, Toronto, University of Toronto Press, 2014.
POPOV, Arkadi, *Crimeaskie mify no. 1-6*, 22 de junio de 2015, http://arkadiy-popov.blogspot.ru/2015/05/normal-0-false-false-false_24.html.
SASSE, Gwendolyn, *The Crimea Question. Identity, Transition, and Conflict*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2007.

CONTEMPLAD ESTA CIUDAD: JÁRKOV, UNA CAPITAL DEL SIGLO XX

BOSSE, George, *Jene Zeit in Charkow 1936-1941: Eine Jugend unter Stalin*, Berlín, Berlin Verlag Arno Spitz, 1997.
CARRÈRE, Emmanuel, *Limonow*, trad. Claudia Hamm, Berlín, Matthes & Seitz, 2012. [Existe traducción en español: *Limónov*, trad. Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2012].
Char'kov. Kratkij putevoditel', Járkov, Zolotye stranicy, 2012.
CHECHUNOV, N. V. y G. A. Dubovis, *Gosprom. Vremja. Sud'ba*, Járkov, Izd. gruppa «Karavella – T. L.», 2004.
Drobickij Jar. Memorial-muzej, Járkov, 2008.
FRIEDRICH, Gunter, *Kollaboration in der Ukraine im Zweiten Weltkrieg. Die Rolle der einheimischen Stadtverwaltung während der deutschen Besetzung Charkows 1941 bis 1943* [disertación inaugural], Bochum, Ruhr-Universität Bochum, 2008.

HAUSMANN, Guido, «Lokale Öffentlichkeit und städtische Herrschaft im Zarenreich: die ukrainische Stadt Charkiv», en: Andreas R. Hofmann y Anna Veronika Wendland (ed.), *Stadt und Öffentlichkeit in Ostmitteleuropa 1900-1939. Beiträge zur Entstehung moderner Urbanität zwischen Berlin, Charkiv, Tallinn und Triest*, Stuttgart, Franz Steiner, 2002, pp. 213-234.

JACINA, O. A., *Architekturnaja simfonija char'kova*, Járkov, Kolorit, 2008.

KEVORKIAN, Konstantín, *Pervaja stolica. Očerki, Proza*, Járkov, Folio, 2007.

Kharkiv Through Years, s. l., s. d.

Kharkiv: Visitor's Guide, Járkov, Golden Pages, 2012.

KOLOVRAT, J., *Spasov Skit. Krušenie carskogo poezda i istorija chrama christa Spasitelja. Putevoditel'*, Járkov, Mačulin, 2013.

KÓPELEV, Lev, *Und schuf mir einen Götzen. Lehrjahre eines Kommunisten*, trad. Heddy Pross-Weerth y Heinz-Dieter Mendel, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1979.

KÓSAREV, Borís, *Modernist Kharkiv 1915-1931* [catálogo de exposición], ed. M. M. Mudrak, V. Chechyk y T. Pavlova, Kiev, Rodovid, 2012.

KOTELEVSKI, Volodímir e Ígor Kotelevski, *Kharkov. 21st. Beginning, Photoalbum*, Donetsk, Panorama-Art, 2012.

LIUBAVSKI, Roman G., *Povsjakdenne žittja robitnikiv charkiva v 1920-1930-ti r. r.* [conferencia], Járkov, 2014.

MACHULIN, Leonid, *Ukrainskaja stolica dlja krasnogo imperatora*, Járkov, Mačulin, 2009.

PLOTICHER, E. A., *Slovo o rodnom gorode*, Járkov, Zolotye stranicy, 2009.

ROZENFELD, Maksim, *Chark'kov. Retrogeografija. Fotoal'bom*, Járkov, Folio, 2013.

SHKODOVSKI, J. M., I. N. Lavréntiev, A. J. Lejbfrejd y J. J. Poljakova, *Char'kov včera, segodnja, zavtra*, Járkov, Folio, 2002.

Staging the Ukrainian Avant-Garde of the 1910s and 1920s, ed. M. M. Mudrak y T. Rudenko, Kiev, Rodovid, 2015.

Starovynnyj charkiv u poštovych kartkach, Járkov, Kolorit, 2004.

WEISSBERG-CYBULSKI, Alexander, *Hexensabbat: Rußland im Schmelztiegel der Säuberungen*, Fráncfort del Meno, Frankfurter Hefte, 1951. [Existe traducción en español: *Aquelarre trágico. Rusia en el crisol de las depuraciones*, trad. C. Sáenz de Magarola, Barcelona, Luis de Caralt, 1954].

ZHADAN, Serhiy, *Die Erfindung des Jazz im Donbass*, trad. Juri Durkot y Sabine Stöhr, Berlín, Suhrkamp, 2012.

ZHURZHENKO, Tatiana, «"Capital of Despair": Holodomor Memory and Political Conflicts in Kharkiv after the Orange Revolution», *East European Politics and Societies*, 25, n.º 3, agosto de 2011, pp. 597-639.

—, «The Fifth Kharkiv», *New Eastern Europe*, 3-4, 2015, pp. 30-37.

DNIPROPETROVSK: ROCKET CITY A ORILLAS DEL DNIÉPER Y CIUDAD DE POTEMKIN

Dnipropetrovskyj istoryčnyj muzej, im. d. i. Javornic'koho. Putivnyk, Dnipropetrovsk, 1971.
KABAKOV, Iliá, *L'Album de ma mère. My Mother's Album. Album meiner Mutter*, París, Files, 1995.
KAVUN, Maksim, *Sady i parki v istorii Ekaterinoslava/Dnepropetrovska. Park imeni t. g. Ševčenko*, Dnipropetrovsk, Gerda, 2009.
KRÁVCHENKO, Víktor, *Ich wählte die Freiheit. Das private und politische Leben eines Sowjetbeamten*, trad. Albert Heß, Hamburgo, Drei Türme, s. d. [*c.* 1946-1949] (1.ª ed., Nueva York, 1946). [Existe traducción en español: *Yo escogí la libertad. Vida íntima y política de un alto funcionario soviético fugado de la embajada de la URSS en Washington*, trad. M. B., Madrid, Nos, 1948].
LAZEBNIK, Valentina, *Neizvestnaja Ekaterinoslavščina. Istoričeskie očerki*, Dnipropetrovsk, Dniprokniga, 2012.
LINDNER, Rainer, «Städtische Modernisierung im südlichen Zarenreich: Ekaterinoslav und Žitomir, 1860-1914», en: Carsten Goehrke y Bianka Pietrow-Ennker (ed.), *Städte im östlichen Europa. Fallstudien zur Problematik von Modernisierung und Raum (vom Spätmittelalter bis zum 20. Jahrhundert)*, Zúrich, Chronos, 2006, pp. 281-316.
—, *Unternehmer und Stadt in der Ukraine, 1860-1914. Industrialisierung und soziale Kommunikation im südlichen Zarenreich*, Constanza, UVK, 2006.
MOROZ, V. S., *Pamjatnye mesta revoljucionnoj slavy dnepropetrovščiny. Putevoditel'*, Dnipropetrovsk, Promin, 1985.
PORTNOV, Andriy, «Dnipropetrovsk: Where Ukraine starts from», *gefter.ru*, 27 de junio de 2014.
ROMÁNOV, Evgenij, *V bor'be za Rossiju. Vospominanija*, Moscú, Golos, 1999.
SHATROV, Mijaíl, *S veršiny poluveka. Kniga o posleoktjabr'skom Dnepropetrovske*, Dnipropetrovsk, Promin, 1968.
—, *Gorod nach trech cholmach. Kniga o starom Ekaterinoslave*, Dnipropetrovsk, Promin, 1969.
SHCHUPAK, Ígor, *Evrei v Ukraine: Voprosy istorii i religii s drevnejšich vremen do Cholokosta*, Dnipropetrovsk, Centr «Tkuma», 2009.
VATCHENKO, A. F. y G. I. Shevchenko, *Dnepropetrovsk. Putevoditel'-Spravočnik*, Dnipropetrovsk, Promin, 1974.
ZHUK, Serguéi, *Rock and Roll in the Rocket City: The West, Identity and Ideology in Soviet Dniepropetrovsk, 1960-1985*, Washington D. C.-Baltimore, Woodrow Wilson Center Press-Johns Hopkins University Press, 2010.

DONETSK: URBICIDIO EN EL SIGLO XX

BATENIN, Ė. S. (ed.), *Donbass. Južnyj gorno-promyšlennyj rajon*, Moscú, Tanspečat' NKPS, 1928.
BIAŁOSZEWSKI, Miron, *Nur das was war. Erinnerungen aus dem Warschauer Aufstand*, trad. Esther Kinsky, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1994. [Existe traducción en español: *Diario*

del levantamiento de Varsovia, trad. Katarzyna Olszewska Sonnenberg, Barcelona, Alba, 2011].
Doneck: ot poselka do megapolisa. Donetsk from Obscure Village to Global City, Donetsk, CP ARPI, 2010.
FRIEDGUT, Theodore H., *Iuzovka and Revolution, Volume I: Life and Work in Russia's Donbass, 1869-1924*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1989.
—, *Iuzovka and Revolution, Volume II: Politics and Revolution in Russia's Donbass, 1869-1924*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1994.
GRIGORENKO, Piotr, *Erinnerungen*, trad. Anne Herbst-Oltmanns, Múnich, C. Bertelsmann, 1981.
JANION, Maria, *Die Polen und ihre Vampire. Studien zur Kritik kultureller Phantasmen*, ed. e introd. Magdalena Marszalek, trad. Bernhard Hartmann y Thomas Weiler, Berlín, Suhrkamp, 2014 (véase el capítulo «Krieg und Form», pp. 123-210; en especial, «Der Tod der Stadt», pp. 199-207).
KUROMIYA, Hiroaki, *Freedom and Terror in the Donbas. A Ukrainian-Russian Borderland 1870s-1990s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
—, «Der Donbass-Albtraum», *Ukraine-Analysen*, 152, 27 de mayo de 2015, pp. 2-5.
MITROJIN, Nikolái, «Bandenkrieg und Staatsbildung. Zur Zukunft des Donbass», *Osteuropa*, 65, n.os 1-2, 2015, pp. 5-19.
PENTER, Tanja, *Kohle für Stalin und Hitler: Arbeiten und Leben im Donbass, 1929 bis 1953*, Essen, Klartext, 2010.
SKIBENKO, A. K., *Doneckaja oblast': putevoditel'*, Donetsk, Veber (Doneckoe otdelenie), 2008.
—, *Putevoditel'. Gorod na beregach Kal'miusa! Kraevedčeskie progulki po rodnomu gorodu*, Donetsk, Nord Komp'juter, 2011.
Staraja Juzovka, Donetsk, 2014.
STEPKIN, Valeri, *Illustrated History of City Hughesovka-Stalino-Donetsk*, Donetsk, Apeks, 2012.
—, *Degtarev. Chozjain Oblasti*, Donetsk, Apeks, 2013.
—y S. Tretiakov, *Stalino glazami soldata vermachta*, Donetsk, Apeks, 2013.
ZHADAN, Serhiy, *Anarchy in theUKR*, trad. Claudia Dathe, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2007.
—, *Depeche Mode*, trad. Yuri Durkot y Sabine Stöhr, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2007.
—, *Vorošilovgrad*, Járkov, Folio, 2012.
ZIMMER, Kerstin, *Machteliten im ukrainischen Donbass. Bedingungen und Konsequenzen der Transformation einer alten Industrieregion*, Berlín, Lit, 2006.

CHERNOVITZ: CITY UPON THE HILL

BILEK, Vasil *et al.*, *Vitannja z Černivciv – Gruss aus Czernowitz*, Chernivtsí, Čas, 1994.

BRAUN, Helmut (ed.), *Czernowitz. Die Geschichte einer untergegangenen Kulturmetropole*, Berlín, Links, 2005.
COLDEWEY, Gaby (ed.), *Zwischen Pruth und Jordan. Lebenserinnerungen Czernowitzer Juden*, Colonia, Böhlau, 2003.
CORBEA-HOISIE, Andréi, *Czernowitzer Geschichten. Über eine städtische Kultur in Mittel(Ost)-Europa*, Viena, Böhlau, 2003.
HUSAR, Juchim y Serhiy Rozumnyj, *Černivci. Ščo? De? Jak?*, Kiev, Mystectvo, 1991.
In der Sprache der Mörder. Eine Literatur aus Czernowitz, Bukowina [catálogo de exposición], ed. Ernest Wichner y Herbert Wiesner, Berlín, Literaturhaus Berlin, 1993.
KOEPP, Volker (dir.), *Herr Zwilling und Frau Zuckermann. Episoden aus dem jüdischen Leben in Czernowitz* [documental], Alemania, 1999.
—, *Dieses Jahr in Czernowitz* [documental], Alemania, 2003-2004.
POLLACK, Martin *et al.*, *Mythos Czernowitz. Eine Stadt im Spiegel ihrer Nationalitäten*, Potsdam, Deutsches Kulturforum Östliches Europa, 2008 (véase la bibliografía, pp. 239-251).
POMERANTSEV, Ígor, *Czernowitz/Černovcy/Černivci. Proza, Ésse*, Chernivtsí, Meridian, 2012.
REZZORI, Gregor von, *Ein Hermelin in Tschernopol*, Múnich, Goldmann, 1989. [Existe traducción en español: *Un armiño en Chernopol*, trad. Carmen Castañera, Barcelona, Anagrama, 1993].
RYCHLO, Petro y Oleg Liubkivskyj, *Literaturstadt Czernowitz*, Chernivtsí, Bukowina-Zentrum, 2009 (2.ª ed. ampliada).
YAVETZ, Zvi, *Erinnerungen an Czernowitz. Wo Menschen und Bücher lebten*, Múnich, C. H. Beck, 2007.

LVOV: CAPITAL DE LA PROVINCIA EUROPEA

BARTOV, Omer, *Erased: Vanishing Traces of Jewish Galicia in Present-Day Ukraine*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2007. [Existe traducción en español: *Borrados. Vestigios de la Galitzia judía en la Ucrania actual*, trad. María Fernanda Trías, Barcelona, Malpaso, 2016].
CZAPLICKA, John (ed.), *Lviv, a City in the Crosscurrents of Culture*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Ukrainian Research Institute (HURI), 2002.
DOHRN, Verena, *Reise nach Galizien. Grenzlandschaften des alten Europa*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1993.
FÄSSLER, Peter, Thomas Held y Dirk Sawitzki, *Lemberg-Lwów-Lviv: Eine Stadt im Schnittpunkt europäischer Kulturen*, Colonia, Böhlau, 1995.
GROSS, Jan T., *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988.
HENKE, Lutz, Grzegorz Rossolinski y Philipp Ther (ed.), *Eine neue Gesellschaft in einer alten Stadt. Erinnerung und Geschichtspolitik in Lemberg anhand der Oral History*, Breslavia ,

Oficyna Wydawn. Atut/wrocławskie wydawn. Oświatowe, 2007.
HRYTSAK, Yaroslav, «Lviv: A Multicultural History through the Centuries», *Harvard Ukrainian Studies*, 24, 2000, pp. 47-73.
Images of a Vanished World. The Jews in Eastern Galicia [catálogo de exposición], Lviv, Centre of Europe Publishing House, 2003.
KOTŁOBUŁATOWA, Irina, *Lwów na dawnej Pocztówe*, Cracovia, Międzynarodowe Centrum Kultury, 2002.
L'vivščyna. Istoryko-kul'turni ta krajeznavči narisi, Lviv, Centr Jevropi, 1998.
LONGOLIUS, Sonja y Katharina Schubert, *Lemberg/Lviv. Jüdische Erinnerungsorte in Lemberg – eine Bestandsaufnahme*, Berlín, Stiftung neue Synagoge-Centrum Judaicum, 2007.
MELNYK, B. V., *Vulycjami Starovynnoho L'vova*, Lviv, Svit, 2002.
MICK, Christoph, *Kriegserfahrungen in einer multiethnischen Stadt. Lemberg 1914-1947*, Wiesbaden, Harrasowitz, 2010.
Mythos Galizien [catálogo de exposición], ed. Jacek Purchla, Wolfgang Kos, Žanna Komar, Monika Rydiger y Werner Michael Schwarz, Viena-Cracovia, Museo de Viena-International Cultural Centre, 2014-2015.
NOWAK, Janusz T., Stanisław Sroka y Ryszard Terlecki, *Historyczny Lwów. Przewodnik*, Cracovia, Wydawn. Strado, 1993.
POLLACK, Martin, *Galizien: Eine Reise durch die verschwundene Welt Ostgaliziens und der Bukowina*, Fráncfort del Meno, Insel, 2001.
—, *Kontaminierte Landschaften. Unruhe bewahren*, Salzburgo, Residenz, 2014.
[ROTH, Joseph, *Judíos errantes*, trad. Pablo Sorozábal Serrano, Barcelona, Acantilado, 2008].
—, «Lemberg, die Stadt», en: *id.*, *Reisen in die Ukraine und nach Russland*, ed. Jan Bürger, Múnich, C. H. Beck textura, 2015.
[—, «Viaje por Galitzia», en: *id.*, *Años de hotel. Postales de la Europa de entreguerras*, trad. Miguel Sáenz, Barcelona, Acantilado, 2020].
STRUVE, Kai, «Tremors in the Shatterzone of Empires, Eastern Galicia in Summer 1941», en: Omer Bartov y Eric D. Weitz (ed.), *Shatterzone of Empires: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian, and Ottoman Borderlands*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 2013, pp. 449-462.
Turystyčnyj putivnyk. L'viv. Lviv. A Guidebook for the Visitor, Lviv, Centr Jevropi, 1999.
WENDLAND, Veronika, *Die Russophilen in Galizien. Ukrainische Konservative zwischen Österreich und Rußland, 1848-1915*, Viena, Böhlau, 2000.
WITTLIN, Józef, *Mein Lemberg*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1994. [Existe traducción en español: *Mi Lvov*, trad. Elzbieta Bortkiewicz, Valencia, Pre-Textos, 2006].
WOLFF, Larry, *The Idea of Galicia: History and Fantasy in Habsburg Political Culture*, Stanford, California, Stanford University Press, 2010.
YAMASH, Yuri, *Architektura teatriv L'vova (kinec XVIII st.–perša pol. XIX st.)*, Lviv, 2003.

UNA VEZ MÁS BABI YAR, LUGAR EUROPEO DE MEMORIA

Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945, vol 7: *Russland und annektierte Gebiete*, ed. Institut für Zeitgeschichte München – Berlin (Ifz), Múnich, R. Oldenbourg, 2011.

GROSSMAN, Vasili e Iliá Ehrenburg (ed.), *Das Schwarzbuch. Der Genozid an den sowjetischen Huden*, trad. Ruth y Heinz Deutschland, Reinbek, Rowohlt, 1994. [Existe traducción en español: *El libro negro*, trad. Jorge Ferrer, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011].

KUZNETSOV, Anatoli, *Babij Jar. Die Schlucht des Leids. Roman-Dokument*, trad. Irina Nowak, epílogo Benjamin Korn, Berlín, Matthes & Seitz, 2001. [Existe traducción en español: *Babi Yar. El vértigo del terror*, trad. María R. Sanagustín, Barcelona, Dima, 1967].

LOWER, Wendy, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, Carolina del Norte, University of North Carolina Press, 2005.

Osteuropa,1-2: «Babyn Jar. Der Ort, die Tat und die Erinnerung», ed. Manfred Sapper y Volker Weichsel, 2021.

SNYDER, Timothy, *Bloodlands. Europa zwischen Hitler und Stalin*, trad. Martin Richter, Múnich, C. H. Beck, 2011. [Existe traducción en español: *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, trad. Jesús de Cos, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011].

WIEHN, Erhard Roy (ed.), *Die Schoáh von Babij Jar. Das Massaker deutscher Sonderkommandos an der jüdischen Bevölkerung von Kiew 1941. Fünfzig Jahre danach zum Gedenken*, Constanza, Hartung-Gorre, 1991.

DESPUÉS DEL 24 DE FEBRERO DE 2022

BELTON, Catherine, *Putin's People. How the KGB took back Russia and then took on the West*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2020. [Existe traducción en español: *Los hombres de Putin. Cómo el KGB se apoderó de Rusia y se enfrentó a Occidente*, trad. Juanjo Estrella González, Barcelona, Península, 2022].

DAWISHA, Karen, *Putin's Kleptocracy. Who Owns Russia?*, Nueva York, Simon & Schuster, 2014.

GUDKOV, Lev, Возвратный тоталитаризм, 2 vols., Moscú, НЛО, 2022.

HABERMAS, Jürgen, «Krieg und Empörung», *Süddeutsche Zeitung*, 29 de abril de 2022, pp. 12-13. [Existe traducción en español: «Hasta dónde apoyamos a Ucrania. Habermas, el gran intelectual, aborda el dilema de Europa», *El País*, 7 de mayo de 2022].

KAPPELER, Andreas, *Ungleiche Brüder: Russen und Ukrainer vom Mittelalter bis zur Gegenwart*, Múnich, C. H. Beck, 2017.

KOENEN, Gerd, «Autokratischen Herrschern hilflos ausgeliefert», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 21 de marzo de 2022, p. 14.

KRYSCHTANOWSKAIA, Olga, *Anatomie der russischen Elite. Die Militarisierung Russlands unter Putin*, trad. Helmut Ettinger, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 2005.

LAQUEUR, Walter, *Putinismus. Wohin treibt Russland?*, trad. Klaus-Dieter Schmidt, Berlín, Propyläen, 2022 (nueva ed.).

LEONHARD, Jörn, «Das Gespenst des Imperialen. Zäsur und Wiederholung: Über die Wiederkehr eines historischen Musters im Ukrainekrieg», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 12 de abril de 2022, p. 14.

MAGYAR, Bálint y Júlia Vásárhelyi (ed.), *Twenty-Five Sides of a Post-Communist Mafia State*, Budapest, CEU Press, 2017.

MEDVÉDEV, Dmitri, «Pocemu bessmyslenny kontakty s nynesnim ukrajnsikim rukovodstvom», *Kommersant*, 11 de octubre de 2021.

Osteuropa, 1-3: «Russlands Krieg gegen die Ukraine. Propaganda, Verbrechen, Widerstand», ed. Manfred Sapper y Volker Weichsel, 2022 (incluye discursos de Vladímir Putin y Volodímir Zelenski).

PLOKHY, Serhii, *The Gates of Europe: A History of Ukraine*, Nueva York, Basic Books, 2021 (nueva ed. actualizada). [Existe traducción en español: *Las puertas de Europa. Pasado y presente de Ucrania*, trad. Marta Rebón, Barcelona, Península, 2022].

POMERANTSEV, Peter, *Nichts ist wahr und alles ist möglich: Abenteuer in Putins Russland*, trad. Ulrike Wasel y Klaus Timmermann, Múnich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2015. [Existe traducción en español: *La nueva Rusia. Nada es verdad y todo es posible en la era Putin*, trad. Ana Isabel Sánchez, Barcelona, RBA, 2017].

PRIBYLOVSKI, Vladímir, *Vokrug Putina. Biograficeskij spravocnik*, Moscú, Panorama, 2016.

PUTIN, Vladímir, «Über die historische Einheit der Russen und der Ukrainer», *Osteuropa*, 7, 2021, pp. 51-66.

SCHLÖGEL, Karl, «"Denken ohne Geländer". Dreißig Jahre nach der Wende», *Osteuropa*, 12, 2019, pp. 3-14.

SCHMID, Ulrich, *Technologien der Seele. Vom Verfertigen der Wahrheit in der russischen Gegenwartskultur*, Berlín, Suhrkamp, 2015.

SNYDER, Timothy, *Der Weg in die Unfreiheit: Russland, Europa, Amerika*, trad. Ulla Höber y Werner Roller, Múnich, C. H. Beck, 2018. [Existe traducción en español: *El camino hacia la no libertad*, trad. María Luisa Rodríguez Tapia, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018].

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

«Czernowitz – City upon the Hill», en: *Das Wunder von Nishnij oder die Wiederkehr der Städte*, Fráncfort del Meno, Die Andere Bibliothek, 1991, pp. 80-115.

«Lemberg – Hauptstadt der europäischen Provinz», en: *Das Wunder von Nishnij oder die Wiederkehr der Städte*, Fráncfort del Meno, Die Andere Bibliothek, 1991, pp. 62-79.

«Ach Odessa. Eine Stadt in der Zeit großer Erwartungen», en: *Promenade in Yalta und andere Städtebilder*, Múnich, Carl Hanser, 2001, pp. 185-198.

«Promenade in Yalta», en: *Promenade in Yalta und andere Städtebilder*, Múnich, Carl Hanser, 2001, pp. 208-218.

«Charkiw: Schaut auf diese Stadt!», *Die Zeit*, 45, 30 de octubre de 2014, pp. 18-19.

«Ende der Ausstellung», *Süddeutsche Zeitung*, 26 de agosto de 2014.

«Rocket City am Dnipro», *Neue Zürcher Zeitung*, 284, 6 de diciembre de 2014, p. 57.

«Babi Jar – a European Memorial», en: *LOSS. In Memory of Babi Yar*, de Christian Boltanski, Berlinde De Bruyckere y Jenny Holzer [catálogo de exposición], Kiev, Pinchuk Art Center, 2016, pp. 11-18.

«“Für Eure und unsere Freiheit!”. Rede auf dem Bebelplatz am 6. März 2022», *Die Zeit*, 9 de marzo de 2022.

«Urbizid. Bomben auf die “Mutter der russischen Städte”», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 11 de marzo de 2022.

«Hilfloser Anti-Putinismus. Anatomie einer Ohnmacht», *Neue Züricher Zeitung*, 19 de marzo de 2022.

«Er kam aus Mariupol», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 21 de abril de 2022.

«Eine Stadt, die es nicht mehr gibt», *Neue Züricher Zeitung*, 25 de abril de 2022.

«Die Ordnung im Kopf und die Unordnung der Welt», *Osteuropa*, 1-3, 2022, pp. 7-18 (versión resumida en *Frankfurter Rundschau*, 3 de mayo de 2022).

TÍTULO ORIGINAL
Entscheidung in Kiew

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

ISBN: 978-84-19036-55-1

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
marzo de 2023



[1] Hemos usado el término *Maidán* ('plaza') en las diferentes acepciones que han ido estableciéndose en la prensa escrita a raíz de los sucesos ocurridos en esa plaza entre noviembre de 2013 y febrero de 2014. El nombre proviene de Майдан Незалежності (o Maidán Nezalézhnosti), plaza de la Independencia, pero la voz ha pasado a designar a todo el movimiento proeuropeísta dentro de una Ucrania dividida tras la anexión de Crimea y de la región del Dombás a la Federación Rusa. Con esas acepciones las usa también el autor. Véase su aclaración en el capítulo «Escribir en la *situation room*». (*Todas las notas son del traductor*).

[2] El término usado en alemán es de difícil traducción: *Gleichschaltung*. Se empezó a usar en la Alemania nazi para definir la política oficial de neutralización de cualquier manifestación de la vida pública que se apartara de la línea ideológica partidista, lo cual afectaba a la prensa, la cultura, los centros de enseñanza, los puestos claves en centros de investigación o de opinión.

[3] Abreviatura de *Hilfswillige*, 'auxiliares voluntarios'.

[4] AUN (en ucraniano, Організація Українських Націоналістів o ОУН, Organizatsiya Ukrayinsky Natsionalistiv), Organización de Nacionalistas Ucranianos.

[5] Aunque más conocidas por las versiones realizadas por Fritz Lang a finales de la década de 1950, estas dos películas, basadas en novelas de Thea von Harbou, fueron rodadas en la Alemania nazi, bajo la dirección de Richard Eichberg, en 1937 y estrenadas un año después.

[6] El término usado en el original alemán es *Sowdepland*. *Sovdep*, abreviatura de *Sovet deputatov*, el Consejo de Diputados, era como se llamaba oficialmente el gobierno bolchevique de 1917. *Sovdepija* sería la variante despectiva con que llamaban al gobierno de los sóviets sus detractores. Aunque habíamos usado antes la variante «Sovietilandia», tras una oportuna aclaración de Karl Schlögel, hemos preferido traducirlo con el más despectivo sufijo castellano *-stán*, de ahí «Sovietistán».

[7] Siglas de *Kraft durch Freude* (literalmente: 'fuerza a través de la alegría'), la organización estatal nazi destinada a controlar el tiempo libre de los alemanes.

[8] Las llamadas *Römerberggespräche* ('Foro de Debate en el Römerberg') son una serie de mesas redondas en torno a distintos temas políticos y culturales de actualidad que se celebran desde 1973 en Fráncfort del Meno. Las sustenta una organización sin ánimo de lucro y la entrada es gratuita. Römerberg es la plaza del Ayuntamiento de la ciudad, en pleno casco histórico.